SUPERHÉROES DEL IMPERIO

MITO Y REALIDAD DE LOS HOMBRES QUE FORJARON ESPAÑA



CÉSAR CERVERA MORENO

ÍNDICE

Dedicatoria
Agradecimientos
Introducción

1. Diego García de Paredes, el gigante
2. Francisco Pizarro, el dios de hierro
3. Julián Romero, el encantado
4. Cabeza de Vaca, el Ulises
5. Álvaro de Bazán, el que nunca perdió una batalla
6. Juan del Águila, el hombre sin miedo
7. Alejandro Farnesio, el Rayo de la Guerra
8. Francisco de Cuéllar, el náufrago invencible
9. Juan Pablo de Carrión, el samurái
10. Catalina de Erauso, la Monja Alférez
11. El duque de Osuna, el temerario
12. Blas de Lezo, el mediohombre
13. Antonio Barceló, el corsario
14. Los héroes del Salvaje Oeste Español

Epílogo. Los últimos
Bibliografía
Créditos

Para mis abuelas, Regina y Raquel.

AGRADECIMIENTOS

Sin adornos ni ánimo de adulador, le agradezco a mi editor Félix Gil su apoyo y su paciencia. Cada noticia de posibles retrasos ha tenido siempre un gesto amable como respuesta. Al igual que a la editorial La Esfera de los Libros y al diario *ABC*, por servirme de plataformas para la labor de divulgación histórica. Hay muchas maneras de acercarse a la historia. Es un orgullo poder hacerlo con ellos.

A mi tío Óscar le agradezco cada palabra de ánimo y la labor que desde su quiosco de prensa en la calle Juan Hurtado de Mendoza realiza para la promoción de la cultura.

A mis padres y mis familiares, mi tía Ana y mis primos Luis y Josan les agradezco que aguantasen mi mal humor y mis prolongadas ausencias cuando se acercaba la fecha de entrega del libro.

A Lucía le agradezco todo. Su ayuda con el libro, su paciencia, su generosidad, su buen humor, su inteligencia y que sea una persona tan maravillosa. Gracias, gallega.

A mi infatigable compañero de mesa Manuel Pérez Villatoro le agradezco sus consejos y su buen criterio. Como se lo agradezco también a muchos compañeros de redacción como Gonzalo López Sánchez, Francisco Javier Calero o Jorge Sanz Casillas, que me han aconsejado en varias cuestiones para la elaboración del libro. Mi deuda con el Máster de ABC y con Luis Prados es igual de grande, aunque viene de tiempo atrás.

INTRODUCCIÓN

Convivimos a diario con lo extraordinario. En el Mundial de Atletismo de 1991, el norteamericano Mike Powell realizó un salto de longitud de 8,95 metros, el equivalente a saltar quince lavadoras colocadas en fila india. Usain Bolt fue capaz de correr 100 metros en poco más de nueve segundos y medio, suficiente para dejar atrás a una mamba negra o un camello arábigo. El hombre más fuerte del mundo puede levantar más de media tonelada, aunque se conocen casos de personas corrientes que en situaciones extremas han movido pesos aún más elevados. Tres generaciones de una familia italiana, los Marsili, no saben lo que es el dolor. Se pueden romper una pierna o dislocarse el hombro, pero por una extraña mutación genética solo sienten una ligera molestia. En el plano mental, Kim Peek, el hombre que inspiró la película *Rain Man*, con Dustin Hoffman como uno de los protagonistas, memorizó más de 12.000 libros hasta su muerte en 2009. Rebecca Sharrock es una australiana con autismo capaz de recordar cada instante de su vida desde que tenía menos de un mes.

Los seres humanos fuera de lo común, ya sea por condiciones innatas o debido a las circunstancias extremas, se remontan a lo más hondo del pasado. En el siglo XVI, las crónicas nos narran que un caballero de Jerez de la Frontera recorrió desnudo 18.000 kilómetros de rutas desconocidas y plagadas de elementos adversos a través de lo que hoy es el sur de Estados Unidos. Entre tanto, un extremeño de gran talla al servicio del Gran Capitán causó 500

muertos en una misma jornada con su mandoble. Por no mencionar al hombre que nació sin miedo, al soldado que parecía tener más vidas y heridas que Allan Quatermain, o al viejo que venció a una multitud de samuráis piratas en Filipinas. ¿Son sus hazañas menos creíbles por estar escritas en documentos ya amarillentos?

La historia de España está repleta de personajes asombrosos, cuyas cualidades mentales o físicas les otorgaron talentos por encima del resto de individuos. Fuertes, valientes, resistentes, inteligentes… Superhéroes, al fin y al cabo, en la mayoría de los casos relacionados con lo militar, porque era lo que demandaba entonces el país. Los héroes han sido elementos imprescindibles en la memoria colectiva de todas las sociedades occidentales. La proyección del ideal de los ciudadanos de una patria, adaptada así a los tiempos en los que vivieron. No se espera lo mismo de un héroe de la Guerra del Peloponeso que de uno de la Guerra de Vietnam. Los perfiles y las sensibilidades van evolucionando. En la potencia hegemónica de hoy, Estados Unidos, son militares (como George Patton o el Capitán América), científicos (como Thomas Alva Edison o Bruce Banner) o empresarios (como Henry Ford o Bruce Wayne).

Todos ellos, reales o ficticios, encarnan los valores patrióticos propios del siglo xx, pero ¿qué ocurre con un país, como España, que ha carecido de una auténtica ética del patriotismo? Aquí los héroes más cantados han sido el Cid Campeador o Don Pelayo, más ficción ideológica que histórica, cuando no directamente inventados como Don Quijote. Los verdaderos héroes militares han sido desechados en España. Lo que siempre resulta más placentero que aquellos vilipendiados bajo juicios actuales, como en el caso de los conquistadores «genocidas» o del gran duque de Alba, retorcido de forma grotesca por la leyenda negra. El resultado es que los españoles no conocen apenas a los hombres que murieron creyendo que sus descendientes vivirían mejor gracias a sus sacrificios.

El Imperio español tuvo la fortuna de contar con estos seres en sus filas, cuando las ambiciones desmedidas de sus monarcas levantaron la maquinaria militar más calibrada que había conocido el

mundo. España podría haber invertido el oro y la plata que llegaba en grandes remesas desde América en obras públicas o en los cimientos de una sociedad mejor. No lo hizo. Por el contrario, la dinastía de los Austrias antepuso sus intereses familiares al fortalecimiento de España y a su proyecto americano. Todo ello en unas fechas en las que la guerra disparó radicalmente su coste. Mientras que los Reyes Católicos apenas tenían tropas propias, a mediados del reinado de Felipe II la maltrecha Hacienda española mantenía un ejército de 86.000 hombres solo en los Países Bajos.

Los muertos, la ruina económica y la caída demográfica dibujaron la cara más terrible de esta inversión en guerra. El mastodóntico esfuerzo militar legó, no obstante, una rica historia que emplaza operaciones españolas en las selvas de Camboya, los desiertos chilenos, la aridez africana o los campos anegados del corazón de Europa, que durante 150 años contuvo la respiración con cada salida desde Italia de los Tercios españoles. Diría de esta infantería uno de sus generales, Francisco de Melo: «Estos son aquellos hombres que fueron tan famosos y temidos en el mundo, los que avasallaron príncipes, los que dominaron naciones, los que conquistaron provincias, los que dieron ley a la mayoría de Europa». Aparte de un continente explorado de arriba abajo. Un océano tan domado que terminó por llamarse el Lago Español. Y guerras simultáneas, en inferioridad numérica, contra Francia, el Imperio otomano, Inglaterra, Holanda, parte de Alemania, Venecia, Saboya, Suecia, Roma… «Todos contra Nos, Nos contra todos», que diría el Conde-Duque de Olivares.

Tan inverosímiles fueron algunas de sus empresas, que la memoria de los superhéroes ha acabado a veces trufada de datos exagerados o modulada por el relato que cada España ha necesitado. Si la España conservadora ha requerido montones de defensores del catolicismo, la España progresista se quiso imaginar a héroes románticos como los comuneros o los liberales del levantamiento de Riego. Este libro pretende rescatar del olvido a estos héroes y separar la leyenda de la realidad en la medida de lo

posible, siendo consciente de que la historia la cuentan los vencedores, que a veces simplemente son los que sobreviven a expediciones salvajes o a combates hasta el último hombre en pie. Porque detrás de todo gran hombre hay una gran mujer, pero sobre todo un buen narrador. Los héroes anónimos no permanecen mucho tiempo en los libros de Historia.

1

DIEGO GARCÍA DE PAREDES, EL GIGANTE

El 20 de septiembre de 1502, once de los mejores guerreros del ejército francés se enfrentaron a once soldados del Gran Capitán durante un desafío al sol en Trani (Italia). Los comandantes de ambos ejércitos decidieron de esta manera canalizar las rivalidades personales entre ambos ejércitos, hartos de que en los momentos de tregua las tropas siguieran desangrándose en duelos personales. Según el relato que trazan las crónicas, la lucha empezó sobre la una de la tarde y se alargó hasta el anochecer. Uno de los franceses quedó muerto, otro más se rindió; y casi todos los demás fueron heridos o desmontados. Los franceses supervivientes se atrincheraron entre los caballos muertos y formaron una especie de fortaleza de carne que, tal vez por el olor a muerte, espantó a los corceles españoles. Desde esta peculiar fortaleza, los franceses se defendieron de los sucesivos ataques e incluso parecieron cobrar ventaja, en una lucha donde las autoridades venecianas, supuestamente neutrales, ejercieron de árbitros.

Tras cinco horas de lucha, los franceses solicitaron detener la disputa, dando a los españoles por «buenos caballeros». Los españoles se conformaron —porque la noche estaba cayendo— a excepción de uno de ellos, un extremeño de gran envergadura

llamado Diego García de Paredes. En una demostración de fuerza sobrehumana, arrancó una de las enormes piedras con las que los venecianos habían delimitado el campo y mostró su desacuerdo. Como si fueran de atrezo, empezó a arrojarlas a gran distancia contra los caballeros franceses, ante el asombro de la multitud y de los propios jueces. De aquí nos debe únicamente «sacar la muerte de los unos o de los otros», anunció.

Frente a tal cabritada, los franceses «salieron del campo y los españoles se quedaron en él con la mayor parte de la victoria». Los jueces del tribunal, no obstante, dictaminaron tablas, sentenciando que la victoria era incierta, de tal manera que a los españoles «les fue dado el nombre de valerosos y esforzados, y a los franceses por hombres de gran constancia». Al igual que a García de Paredes, al Gran Capitán el empate no le gustó un pelo: «Por mejores los había yo enviado».

ÉRASE UN GIGANTE ENTRE LA LEYENDA Y LA REALIDAD

La vida y obra de Diego García de Paredes está impregnada por todas partes de un halo de mitificación y literatura que le presenta como un héroe mitológico. Un Sansón —el juez hebreo de enorme fuerza del Antiguo Testamento— o un Heracles —el hijo heroico del dios griego Zeus— con acento extremeño. Lo cual hace todavía más difícil delimitar qué partes de la biografía de este oficial de los ejércitos hispánicos en Italia son ciertas y cuáles exageración. En la misma senda del desafío contra los franceses, las crónicas del periodo relatan que en cierta ocasión se dirigió en solitario a la entrada del puente del río Garellano, custodiado por 2.000 hombres de armas franceses. Diego García de Paredes, blandiendo con rapidez y furia el descomunal acero, acometió una espantosa matanza entre los franceses, que por la estrechez del paso fueron incapaces de hacer buena su superioridad numérica. Detalla Hernán Pérez del Pulgar en *Crónica llamada las dos conquistas del reino de Nápoles*:

> Con la espada de dos manos que tenía se metió entre ellos, y peleando como un bravo león, empezó de hacer tales pruebas de su persona, que nunca las hicieron mayores en su tiempo Héctor y Julio César, Alejandro Magno ni otros antiguos valerosos capitanes, pareciendo verdaderamente otro Horacio en su denuedo y animosidad.

Para una nación emergente como España en el siglo XVI, urgían los héroes propios, ante lo lejanos que sonaban los personajes clásicos y medievales. El Gran Capitán como dominador de Europa y Hernán Cortés como señor del Nuevo Mundo fueron los principales protagonistas de la literatura heroica surgida a partir del reinado de Felipe II. La creación del mito castellano de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, se debió en gran medida al historiador del siglo XVI Gonzalo Fernández de Oviedo, brevemente secretario del general, al que presenta como un paladín de todas las virtudes, piedad, cortesía y generosidad. Y como en todos los escenarios mitológicos y poemas de caballería, en torno a este héroe absoluto aparecen otros personajes de igual calidad, entre ellos Diego García de Paredes, la fuerza, y Pedro Navarro, el ingenio. Miguel de Cervantes cita al gigante en su más célebre obra como un «valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia». Lo complicado así es separar la paja del trigo: lo cierto de lo mítico.

Y sin embargo, se mueve. Más allá de lo que quisieran hacer sus compatriotas con su memoria, García de Paredes existió y en vida alcanzó un estatus de leyenda que obedecía, únicamente, a sus habilidades militares y a una fuerza física asombrosa. Nació el gigante el 30 de marzo de 1468, en la ciudad de Trujillo, cuna de Francisco Pizarro, de Francisco de Orellana y de otros conquistadores. El propio Diego pudo haber acabado en América, como haría su más celebre descendiente, pero tomó el otro camino posible para un castellano hambriento en aquellos años, aventurarse en una Italia que estaba en ebullición.

Durante más de 250 años, la ristra de principados y repúblicas que formaban la Península Itálica se hicieron la guerra valiéndose no

de ejércitos profesionales, sino de soldados de fortuna que se vendían al mejor postor a través de un sistema escrupulosamente reglamentado, que incluía un contrato (una *condotta*, de ahí el nombre de condotieros) con el reino, república o principado. El amanecer de una nueva era en Europa llevó a las potencias extranjeras pujantes a romper esta rueda de guerras a pequeña escala, para sustituirla por una forma cruda y pragmática de combate que les permitió repartirse Italia a su antojo. La «guerra a la italiana» quedaría en la memoria colectiva como una forma de lucha elegante y cortés, frente a la encarnizada «guerra a la francesa» o «a la española».

Los genuinos mercenarios renacentistas fueron remplazados por una nueva remesa de soldados a sueldo todavía más brutales y vinculados a la pólvora. García de Paredes y otros condotieros de su generación, como Giovanni de Médici, cuya historia es narrada en una película italiana de culto llamada *El oficio de las armas* (2001), representaron esa transición entre dos formas de hacer la guerra y la tribulación que provocaba la pólvora. Durante aquel tiempo, los caballeros como Médici tomaron la práctica vengativa de sacar los ojos y cortar las manos a los arcabuceros que caían prisioneros.

Una cita del autor clásico Tibulo (siglo I a. C.), con la que empieza la citada película, sintetiza la melancolía que, a principios del siglo XVI, se extendió entre los condotieros, que veían cómo un cobarde con un arcabuz a cincuenta metros podía acabar incluso con el más valeroso guerrero:

> ¿Quién fue el primero que inventó las espantosas armas? Desde aquel momento hubo estragos y guerras y se abrió un camino más corto a la cruel muerte. ¡Aun así, el miserable no tiene la culpa! Somos nosotros los que usamos mal aquello que él nos dio para defendernos de las feroces fieras.

El padre del gigante, don Sancho Delgadillo de Paredes, fue en tiempos de Juan II de Castilla embajador extraordinario en Inglaterra y después sirvió tanto a Enrique «El Impotente» como a la causa de los Reyes Católicos. Sus funciones políticas no eran

incompatibles con la destreza y el valor que también se le apreciaban a Sancho. El pequeño García de Paredes se crio al murmullo de las armas y del entrenamiento militar, hasta que la muerte de su padre le llevó a residir un tiempo en una casa de campo cerca de Belén, en Cáceres. De aquel periodo responde la referencia de Miguel de Cervantes de que podía parar «ruedas del molino en la mitad de su furia», porque entre las responsabilidades del joven se encontraba la de supervisar un molino que tenía su familia en Alcollarín, también en Cáceres, para lo cual en una ocasión frenó con sus músculos las aspas. No obstante, su biografía temprana está repleta de esta clase de bravuconadas y referencias a una fuerza extrema. Se dice que cierta vez sacó a la calle la pila de la iglesia de Santa María la Mayor para ofrecer a su madre el agua bendita, tras lo cual fueron necesarios seis hombres para meter la pila de nuevo. En uno de sus galanteos nocturnos arrancó de un solo golpe una reja que le molestaba. Cuando se dio cuenta de que una reja distinta podía comprometer la honra de la dama que cortejaba, optó por arrancar el resto de las rejas de esa calle para que nadie supiera cuál fue la primera.

Poco más se sabe de su infancia y juventud, aparte de que aprendió a escribir y leer. Los historiadores no se ponen de acuerdo en si participó o no en la Guerra de Granada, que terminó con la rendición final de 1492. Pero de lo que no cabe duda es que en 1496, tras el fallecimiento en Trujillo de su madre, Diego García de Paredes, su hermano bastardo, Álvaro, y un escudero citado como Tapia, partieron a Italia al oficio de las armas. Su intención original era la de unirse a Gonzalo Fernández de Córdoba, un general castellano que combatía en Nápoles las ambiciones francesas de anexionarse este reino, tradicionalmente bajo el manto de Aragón. Sin embargo, la actividad militar estaba parada a la llegada de García de Paredes, quien decidió desplazarse a Roma. Que el país estaba en proceso de cambio era más que evidente cuando se observaba que en aquellos años el hombre que ocupaba el sillón de San Pedro era español. Alejandro VI, de la familia valenciana de los

Borja (en italiano, Borgia), ascendió al papado en 1492 entre la oposición de los romanos más recalcitrantes, siempre recelosos de que un extranjero ocupara el máximo cargo de la Iglesia católica.

UN CONDOTIERO EXTREMEÑO

En este sentido, Roma era otro de los actores militares en aquella Italia revuelta y el Papa, ávido de estirar su patrimonio familiar, aumentó las tropas bajo su mando. A los alabarderos de la guardia del Papa se sumaron cada vez más españoles, entre ellos el gigante y sus dos compañeros de fatigas. Las opulentas capacidades militares del extremeño no tardaron en llamar la atención de los Borgia.

El Papa accedió a contratarle tras presenciar por casualidad cómo Diego García de Paredes se imponía en una disputa callejera contra un grupo de más de veinte italianos. Armado solamente con una barra de hierro, el soldado español destrozó a todos sus rivales, que habían echado mano de las espadas, «matando cinco, hiriendo a diez, y dejando a los demás bien maltratados y fuera de combate». Alejandro VI, asombrado por la fuerza del extremeño, que mató al menos a uno, le nombró miembro de su escolta más personal y le tuvo en cuenta en sus siguientes empresas. A principios de 1497 García de Paredes integró las fuerzas papales que, unidas a las españolas del Gran Capitán, se coordinaron para recuperar el puerto de Ostia, en la estratégica desembocadura del río Tíber.

Bajo el servicio de Francia, un pirata de origen español llamado Menaldo Guerri mantenía bloqueada Ostia. El Papa y los españoles cercaron en una operación conjunta su posición y le exigieron que se rindiera. Declinó la oferta con bravuconería vasca: «Que se acordara que todos eran españoles, que no se enfrentaba a un francés, que él era español, y no castellano sino vizcaíno».

El asalto a la plaza de Ostia fue la mejor presentación en sociedad del gigante extremeño del Papa. En la *Historia del Rey Don*

Fernando, Jerónimo Zurita relata que García de Paredes esquivó las saetas para alcanzar un baluarte de la plaza, que tomó en solitario hasta que llegaron refuerzos. El propio Menaldo Guerri acudió a esta posición con sus tropas al percibir el peligro de aquella acometida aislada. Aquel primer ataque fue repelido, pero sirvió al extremeño para llamar la atención de sus superiores. El 9 de marzo de 1497 el Gran Capitán envió a los rodeleros españoles al asalto de las murallas tras un intenso bombardeo previo; mientras que, en secreto, un comando especial al mando de Garcilaso de la Vega, padre del poeta, escalaba la muralla en un punto alejado del aparatoso asalto. García de Paredes formó parte de este grupo, cuyo ataque contribuyó decisivamente a la caída de la plaza.

El gigante de Trujillo regresó a Roma y continuó al servicio de los Borgia en más operaciones. El asalto temerario a fortalezas era uno de sus puntos fuertes. Su papel en la toma de Montefiascone, a cuya puerta arrancó los cerrojos de cuajo, le valió como recompensa entrar en la guarnición del castillo de Sant'Angelo, en el corazón de Roma. Pero no hubiera sido un soldado de fortuna de la época, bravo y bocazas, si su orgullo no le hubiera traído problemas en algún momento. Según la versión narrada por los cronistas castellanos, en una de las escaramuzas de las tropas papales contra las de su archienemigo, el duque de Urbino, el soldado extremeño gritó: «¡España! ¡España!» para encabezar una carga.

Un grito de guerra que molestó al capitán Celaro Romano, que le calificó de traidor. Diego García de Paredes le retó a duelo para lavar su nombre y, como haría más de trescientas veces, según las inverosímiles cifras de los cronistas, salió victorioso en el desafío. «En desafíos particulares, con los más valientes de todas las naciones extrañas, mató solo por su persona, en diversas veces más de trescientos hombres, sin jamás ser vencido, antes dio honra a toda la nación española», anotó el médico del siglo XVI Juan Sorapán de Rieros en uno de sus textos. Los duelos individuales eran otra de las especialidades del gigante, que aunaba fuerza con una agilidad sorprendente para su fisionomía.

Debido al incidente, García de Paredes puso tierra de por medio para escapar del arresto y posible juicio. El duque de Urbino le ofreció poco después una compañía de arcabuceros, del mismo modo que se extiende una alfombra roja a una estrella de cine que decide cambiar de estudio. Como otros condotieros, García de Paredes fue saltando de compañía en compañía, si bien nunca tuvo que enfrentarse directamente a sus compatriotas. Al contrario, las circunstancias bélicas dirigieron su siguiente servicio a las banderas de Próspero Colonna, el jefe de un poderoso linaje italiano ahora aliado con España. Aquí ejerció como coronel, esto es, el capitán que mandaba sobre una reunión de capitanías (cada una de ellas de unos 250 hombres). Un grado de tanto prestigio que era signo de distinción y aprecio para los hombres de armas conservar el título de coronel al cabo de los años. Coronel García de Paredes fue una fórmula que le iba a acompañar a lo largo de su vida, incluso cuando alcanzaría grados superiores.

Aparcó su vida como soldado a sueldo cuando el Gran Capitán reclamó hombres para recuperar Cefalonia, una ciudad de Grecia que había sido arrebatada por los turcos. Durante el interminable asedio a esta localidad, defendida por 700 jenízaros (la infantería de élite del Imperio otomano), los turcos usaron un garfio para elevar a García de Paredes al interior de su muralla. Una práctica muy habitual en los asedios de la época, que era posible gracias a una máquina provista de garfios que los españoles llamaban «lobos», con los cuales enganchaban a los soldados por la armadura y los lanzaban contra la muralla como si fueran peluches de los recreativos.

El «gigante extremeño» mantuvo la calma mientras le elevaban y consiguió zafarse de las ataduras en lo alto de la fortificación. Allí resistió, en una zona protegida del paseo de ronda de la muralla, el acoso de los otomanos durante tres días, donde a cada instante «parecía que le aumentaban las fuerzas con la dificultad». «Ya a los turcos les pesaba haberlo subido arriba», afirmaría asombrado el Gran Capitán. Casi pareció que no estaba encerrado por ellos, sino

ellos estaban encerrados con él. Una vez reducido, los turcos respetaron la vida del extremeño con la intención de usarlo para el intercambio de prisioneros. No en vano, el soldado español escapó por su propio pie y se unió al combate, poco antes de la rendición turca. Fue aquella gesta el origen de su leyenda y cuando comenzó a ser conocido entre sus camaradas como «el Sansón de Extremadura», «el gigante de fuerzas bíblicas» o «El Hércules de España».

Ya convertido en un mito andante, Diego García se reincorporó a los ejércitos del Papa a principios de 1501. César Borgia, el belicoso hijo de Alejandro VI, tenía puestos los ojos en la Romaña y permitió que se olvidaran las ofensas pasadas con tal de hacerse con los servicios de aquella máquina de guerra. El hijo del Pontífice le nombró coronel en el ejército que participó en las tomas de Rímini, Fosara y Faenza. Pero tampoco duró mucho esta nueva asociación con los Borgia, puesto que ese mismo año acudió a otra llamada del Gran Capitán para luchar en Nápoles contra los franceses.

La firma del Tratado de Granada entre los Reyes Católicos y Luis XII de Francia, por el que se acordaba la repartición de Nápoles, no tenía visos de durar mucho. En cuanto Francia, con más tropas sobre el terreno, se curara las heridas del pasado se lanzaría a la yugular hispánica. El Gran Capitán lo sabía y, en el verano de 1501 empezó a reforzar sus escasas tropas con los españoles desperdigados por Italia. García de Paredes logró alistar a 800 hombres en la Península Itálica y puso rumbo a Calabria, desde donde Gonzalo Fernández de Córdoba coordinaba la administración de la parte de Nápoles que le correspondía a España. El primer asalto a la victoria de los Reyes Católicos fue posible por el ingenio y habilidades tácticas del genio cordobés. Ante un ejército todavía más numeroso, el milagro también debía ser mayor.

EL ARMA DE DESTRUCCIÓN MASIVA PARA LA GUERRA DE NÁPOLES

En la primera guerra (1494-1498) entre Francia y los Reyes Católicos por Nápoles el desencadenante fue una crisis sucesoria a la muerte del monarca napolitano Fernando I, cuya dinastía era de origen aragonés. Una vez cerrado aquel conflicto, Nápoles quedó sin soberano y partido por la mitad entre estas dos potencias extranjeras. El siguiente choque, pospuesto hasta que Francia recuperara el aliento tras las victorias del Gran Capitán en la anterior contienda, debía resolver cuál de los dos países se quedaría toda la tarta.

Por su pujanza económica y demográfica, Francia no tuvo problemas en recomponer el ejército en cuestión de dos años, para desplegar en el tablero de juego a 6.000 infantes (entre ellos, 2.000 piqueros suizos) 1.000 caballeros pesados y 2.000 efectivos de caballería ligera, así como veintiséis piezas de artillería. La caballería pesada, «*gens'de armes*», era la gran baza francesa y su poder se estimaba tal que Maquiavelo vaticinaba que haría a este país primera potencia europea. No sería la única vez que Maquiavelo patinara en sus cálculos. El comandante francés, el joven duque de Nemours, confiaba con candidez en que los mercenarios suizos, considerados imbatibles, compensarían la mala calidad de la infantería gala.

Con solo 5.000 infantes y 700 caballos ligeros, la mayoría de sus oficiales aconsejaron al Gran Capitán que se replegara en el verano de 1502 a Sicilia. Él se negó a esta decisión, que hubiera hundido la moral española. Sabía que había una letra pequeña en la inferioridad numérica de su ejército: la infantería castellana estaba mostrando unas prestaciones inesperadas. Después de siglos inmersos en la Reconquista de la Península, los castellanos se presentaron a Europa con todas las lecciones aprendidas en la Guerra de Granada, cuyas características supusieron una novedad en muchos sentidos. Ya en Granada fue habitual la combinación de picas, arcabuces, ballestas y espadas roperas que el Gran Capitán, protagonista de las negociaciones finales para rendir la capital nazarí, aplicó con tanto éxito en Nápoles. Los españoles sufrieron en sus primeros choques

contra los disciplinados bloques de piqueros suizos, pero pronto aportaron varias novedades tácticas para desarbolar estos cuadros.

Armada con rodelas (escudos pequeños) y espadas, la infantería española se infiltraba entre las filas de los piqueros enemigos y combatía cuerpo a cuerpo durante el choque de vanguardias, donde las picas españolas las solían sujetar los alemanes, de mayor altura. Asimismo, fue revolucionaria la introducción en las alas de ballesteros, y en menor medida arcabuceros, que obligaban a los muros de piqueros a defenderse más allá de su línea frontal. Años después, los ejércitos hispánicos fueron incrementando el número de arcabuceros hasta alcanzar más de la mitad de todos los efectivos de sus fuerzas. «Únicamente arriesgaría mi persona, mi imperio y todos mis bienes al valor de sus mechas encendidas [los arcabuceros]», se le oyó pronunciar a Carlos V en una ocasión.

Con esto, incluso en superioridad numérica los franceses tenían motivos para desconfiar del general castellano, que accedió a replegarse, pero hacia la Barletta, y a distribuir sus tropas en guarniciones a lo largo del litoral. En la posición más expuesta, Ceriñola, colocó a Diego García de Paredes con una guarnición reducida y la misión de entorpecer el avance del aparatoso ejército galo. Tal vez el Gran Capitán quería comprobar así la fama ganada por «el Sansón de Extremadura», al que los franceses «temían por hazañas y grandes cosas que hacía y acometía». Y aquí el de Trujillo volvió a retratar que no solo era músculo. Una avanzadilla francesa le hizo salir de su guarnición en Ceriñola y le atrajo hacia una emboscada calculada al milímetro por D'Aubigny, segundo al mando francés. No en vano, García Paredes y su caballería eligieron una zona de viñas, que anulaba por los obstáculos las ventajas de los jinetes galos, para presentar batalla a la vanguardia francesa.

Aun cuando no se tenía a la caballería española por muy válida, en el caso de la ligera ofrecía innovaciones adquiridas tras siglos de luchas fronterizas. Estos jinetes, especializados en las refriegas contra el enemigo moro y sus maniobras de «tornafuye» (tornarse y huir), combatían con estribos cortos y lanzas más reducidas que

otros europeos. Al frente de un coronel con las capacidades del extremeño, la caballería española e italiana sorprendió por su variado repertorio a los franceses, cuya emboscada se volvió en su contra. El Gran Capitán quedó satisfecho con el trabajo de García de Paredes, de tal manera que le encomendó nuevas misiones y le dio voz fija en su consejo de guerra.

El gigante se alzó como un personaje muy apreciado por sus compañeros, así como el héroe recurrente para los desafíos duelistas con los franceses. Además del mencionado desafío de Barletta (septiembre de 1502), el propio Diego narra en «Breve suma» otro duelo, en este caso de doce contra doce, en el que los españoles se impusieron sobre los galos tras una lucha reñida. El Sansón de Trujillo mató a dos hermanos en el combate pactado y, terminado el encuentro, un tercer hermano le retó a un duelo por el daño a su familia. Concertaron, sin embargo, que fuera con porras de hierro. El francés trató de agarrar una de las porras, pero pesaba demasiado y echó mano de su espada, convencido de que Paredes tampoco podría cogerla a pulso. Para asombro de los presentes, el español elevó la porra como quien sujeta una escoba y la descargó con tanta fuerza sobre el tercer hermano que lo mató allí mismo.

Los duelos de estas características se sucedieron durante meses, con satisfacción del Gran Capitán, que pretendía ganar tiempo con aquel periodo de *drôle de guerre*. A principios de 1503, el ejército de los Reyes Católicos estaba en disposición de pasar a la ofensiva, luego de que se unieran a sus filas 2.000 peones gallegos y asturianos procedentes de la Península Ibérica. Los muros de Ruvo di Puglia, al oeste de Bari, probaron la solidez de esta savia nueva en un asalto donde los españoles no parecieron «hombres sino diablos». En una carta del rey Fernando se menciona que el extremeño «fue uno de los primeros que subieron al muro e valerosamente entró en la ciudad». Al final, el ataque fue más espantoso que valeroso y el jefe francés, Jacques de la Palisse, quedó envuelto en llamas por el impacto de un objeto explosivo lanzado por los atacantes. Aún con vida, fue capturado por los

hombres del Gran Capitán y años después ejercería el cargo de mariscal de Francia. La ciudad fue tomada casa por casa. Los horrores de la guerra a la francesa en su máxima expresión.

Tomar metro a metro nunca ha sido la mejor forma de ganar una guerra, al igual que tampoco lo fue en ningún tiempo ganar batallas sin obtener réditos después, como bien aprendieron con crueldad algunos de los grandes enemigos de Roma, véase Aníbal o Pirro. Solo una acción decisiva podía poner fin a aquel episodio de lo que iba camino de ser un auténtico culebrón de altos vuelos: la rivalidad de España y Francia durante los siglos XVI y XVII. Finalmente, la renovada ofensiva española desembocó en una carrera de los dos ejércitos por llegar el primero a la localidad de Ceriñola, lo que el Gran Capitán logró invocando esa cualidad tan propia de las legiones romanas de marchar casi al trote. El genio cordobés sabía que la elección del terreno podía ser clave para contrarrestar las ventajas francesas. Ceriñola, en manos españolas, estaba rodeada por un barranco en una de sus partes y bañada por viñedos en sus alrededores, como había comprobado la caballería francesa un año antes frente a los hombres de Paredes.

Como si hubiera hecho inventario de cada piedra en el terreno, el comandante español calculó, con acierto, que la caballería pesada tendría problemas al cargar sobre lo que en apariencia parecía un terreno llano. Para completar su plan, estableció una trinchera en la zona frontal de su campamento, guarnecida con estacas y garfios, para repeler a la caballería gala. Los españoles eran cerca de 9.000, con una caballería mínima, frente a los 9.500 franceses, cuyo grueso eran los hombres de armas con sus caballos blindados y colmados de adornos.

A pesar de su inferioridad numérica, los españoles decidieron ofrecer batalla el 28 de abril de 1503. Y a pesar de su superioridad numérica, los franceses recelaron hasta el último momento de si aceptar la invitación. «No sirvo bien al rey, pero muriendo en el campo salvaré mi honor», afirmó el duque de Nemours al final del consejo de guerra donde se decidió entablar combate. No le fallaba

el instinto al general galo. En la fugaz batalla (duró poco más de una hora) se desarrollaría un suceso que acabaría por repetirse innumerables veces en las siguientes décadas: la inconsciente y abnegada fe de los franceses en la potencia de su caballería les llevó a estamparse contra la disciplinada infantería española, pólvora y picas, que en una posición de ventaja rechazó al impetuoso enemigo.

El duque de Nemours encabezó en persona una fabulosa carga de unos 800 hombres a caballo, lo que en su locuela cabeza medieval supondría barrer a los españoles. García de Paredes, por su parte, se colocó al frente de 2.000 infantes en la posición más expuesta de la formación española, a la izquierda, donde la pendiente del barranco era menos pronunciada. El gigante debía frenar las acometidas galas y proteger la artillería situada detrás de ellos: dieciséis piezas coordinadas por el extravagante Pedro Navarro. Justo el estallido accidental de dos carretas de pólvora al principio del envite fue uno de los escasos sobresaltos para el bando hispánico. No hubo más sustos para García de Paredes y el resto de oficiales, a pesar de que los franceses no escatimaron determinación

Las picas entrechocaban al frente, las espadas, alabardas y puñales relucían, los arcabuces escupían fuego y la artillería rugía. Los tambores retumbaban de fondo. La caballería francesa se lanzó contra la formación española, como una ola tormentosa que estalla contra un acantilado. La infortunada carga de la caballería pesada se topó con un foso y un talud erizado de pinchos. Los jinetes que no quedaron ensartados en las estacas bordearon, con Nemours a la cabeza, las defensas buscando algún punto débil. Hasta tres descargas de arcabuz recibieron los franceses al alcanzar la posición de García de Paredes y su compañía. Nemours luchó con valentía, Nemours luchó con nobleza, Nemours luchó honorablemente. Y Nemours murió. Después de la lucha aparecería el cadáver de Luis de Armagnac desnudo y tan destrozado que un paje suyo tuvo que reconocerlo por un lunar que tenía en la espalda.

Al ocaso de la caballería de élite le siguió un ataque titubeante de la infantería suiza, que terminó confrontada con la fuerza mercenaria contratada por los españoles, los lansquenetes. Como resultaba habitual en los enfrentamientos entre mercenarios, fue necesario para romper el equilibrio pactado la irrupción de García de Paredes y su compañía, armados con espadas y rodelas. Aun así, los suizos aguantaron sin retroceder, hasta ser aniquilados uno a uno y caer su jefe. La retaguardia francesa se retiró sin entrar en la lucha, dejando a su espalda a 3.000 camaradas caídos. Los huidos fueron perseguidos sin piedad por la caballería ligera y a los heridos agonizantes solo les reservaban *misericordia* (así se llamaba a la daga de origen italiano con la que se solía rematar a los caídos).

Ceriñola tuvo escasa significación política y comprometió a fuerzas relativamente pequeñas. Sin embargo, el protagonismo aquí de la infantería, sobre todo de los arcabuceros españoles, confirmó el cambio de los tiempos bélicos. A partir de esta contienda cada vez más nobles españoles aceptaron combatir a pie, junto a esta pujante infantería. Ese año, 1503, apareció el término «ynfante» en la contabilidad militar como nueva denominación de los peones castellanos. El prestigio de los «ynfantes» estaba en alza gracias a personajes como García de Paredes, cuyos orígenes militares estuvieron marcados por la caballería, como todos los condotieros, pero cada vez combatía más a pie.

EL MIEDO FRANCÉS AL *GRAND DIABLE*

Tras la victoria en Ceriñola, las esperanzas francesas por arrebatar Nápoles a la Corona de Aragón parecían aplazadas por una buena temporada. Nada más lejos de la realidad. Una vez resuelto un conato de motín en Melfi con ayuda del coronel extremeño, el Gran Capitán y su ejército se dirigieron a la ciudad de Nápoles, donde tomaron por asalto las fortalezas de Castell Nuovo y Castell dell'Ovo, todavía en manos francesas. El siguiente objetivo del general castellano fue la plaza fuerte de Gaeta, al noroeste del Reino de

Nápoles. No obstante, como otras tantas veces en la historia de los enfrentamientos entre España y Francia, el propio rey Luis XII se sacó otro ejército de la chistera para levantar el sitio de la Gaeta, mientras se producía una ofensiva sobre la frontera vasco-navarra. Francia demostró, una vez más, que era una criatura semejante a la mitológica hidra: cada vez que el Gran Capitán derrotaba un ejército, brotaba otra cabeza.

Diego García de Paredes se encargó de asegurar el camino hacia la Gaeta. Los asaltos sobre esta fortaleza napolitana fracasaron, sin que los españoles pudieran poner pie en sus almenas. El 6 de agosto, los exploradores del Gran Capitán avistaron una flota gala y, atrapados entre los defensores y el ejército de rescate francés, se ordenó el repliegue español hacia el este del río Garellano, en cuya orilla contraria esperaban los galos. El gigante estuvo en la retaguardia de esta retirada.

Una guerra al ralentí perjudicó los intereses hispánicos. Mientras que los franceses tenían acceso a suministros a través del mar, los españoles sufrieron desde el principio la escasez de comida y las insalubres condiciones de la zona. Cada día moría o desertaba un mayor número de hombres del Gran Capitán. La pantanosa posición española extendió las epidemias, entre ellas lo que entonces se llamaba fiebres tercianas (hoy paludismo), que también afectaron a Gonzalo Fernández y le torturarían en su vejez. Se da la paradoja histórica de que otro genio militar que hizo diabluras en la Península Itálica, el cartaginés Aníbal Barca, sufrió de igual manera los estragos de las zonas pantanosas de Garellano. La desesperada situación se prolongó durante seis meses de desgaste y, al mismo tiempo, turbulencias en Roma. Solo la caída de los poderosos Borgia permitió una pausa en el combate.

La muerte del papa Alejandro VI el 18 de agosto después de una misteriosa cena en la que cayó enfermo interrumpió las hostilidades. El Gran Capitán envió a Roma a Diego de Mendoza, hijo del poderoso cardenal castellano, y a García de Paredes con un pequeño contingente para proteger a los españoles de la ciudad y

garantizar la elección de un nuevo Papa. Con César Borgia aún convaleciente de la misma enfermedad (tal vez veneno) que mató a su padre, los Borgia no pudieron influir en la elección de un pontífice de su facción, si bien se elevó Pío III como un candidato de consenso. Tras veintiséis días, falleció a causa de la ulceración de una de sus piernas, aunque no faltaron tampoco rumores sobre su asesinato. Ahora sí, Giuliano della Rovere, enemigo público de los Borgia, se impuso en el conclave con el nombre de Julio II. Viéndose sin los apoyos necesarios, el propio César Borgia le dio su respaldo a cambio de la promesa de mantener el mando de las fuerzas papales y sus posesiones en la Romaña. Apoyar a uno de los mayores opositores de Alejandro VI en vida, sin embargo, fue el error político más grave de la carrera de César. Julio II ordenó la detención del antiguo compañero de armas y general de García de Paredes y la confiscación de los bienes de la familia Borgia. César pudo huir a Nápoles, donde fue detenido y enviado a España por el Gran Capitán, que no tenía intención de ofender al nuevo Papa. Al lema de «¡fuera los bárbaros!», Julio II se revelaría un arduo enemigo de los franceses.

De vuelta a la Gaeta, García de Paredes y Próspero Colonna, ambos designados para buscar refuerzos incluso debajo de las piedras, levantaron el cerco francés a Roccasecca y sumaron hombres a las debilitadas fuerzas del Gran Capitán. A finales del verano de 1503, los franceses trataron de cruzar el río uniendo un grupo de barcazas cerca del puente de Sessa, pero, en una defensa más que desesperada, los españoles lograron resistir el ataque, que se prolongó durante días. Según uno de los relatos más inverosímiles sobre Diego García de Paredes, el extremeño expuso ante el Gran Capitán en esa ocasión un elaborado plan para acabar de una vez con el puente de barcazas. Lo que fue contestado con desdén por el general cordobés:

—Diego, pues no puso Dios en vos el miedo, no lo pongáis vos en mí.

—Señor, lo que yo tengo dicho no son palabras de miedo; pero yo haré que de aquí a veinte días, si quisiereis caminar, nos metamos dentro de Francia, quedando vencidos y rotos los franceses —respondió un desairado García de Paredes.

A continuación, el gigante se dirigió en solitario hacia el puente de barcazas y, tras desmontar del caballo, con su espada a dos manos causó la ruina a todos los franceses que se atrevieron a cruzar: en total cerca de 500 muertos. «Túvose por género de milagro, que siendo tantos los golpes que dieron en Diego García de Paredes los enemigos... saliese sin lesión», explica una de las crónicas. «Como un león contra todos» aguantó la posición hasta que se unieron tropas hispánicas a su lucha; luego, simplemente, se marchó. Le *grand diable* («el gran diablo»), como le conocían los franceses, se destacó evitando el avance francés, aun cuando la cifra de los 500 muertos pueda ser una exageración grotesca. La fanfarronería también era un elemento típico del soldado español de la época. En este sentido, Pierre de Bourdeille, aventurero y escritor francés, aclara que «las fanfarronadas españolas superan a las de cualquier otra nación, tanto que debe reconocerse que la nación española es brava, bravucona y valerosa, y de genio vivo y hábil para improvisar frases con ingenio». Es decir, altanería y arrogancia, sí, pero acompañada de ingenio y agudeza en las palabras, así como de hechos consumados.

Al igual que en otros fragmentos legendarios de su biografía, se puede leer entre líneas de esta anécdota el estilo bravucón del personaje y otros detalles. Por ejemplo, que la relación con el Gran Capitán era buena pero tirante, como lo es la de un padre con un hijo demasiado alocado. Así como el hecho de que a esas alturas el gigante extremeño era una figura conocida y temida por el enemigo, tanto por sus dotes físicas como por su visión táctica.

La fe ciega de Gonzalo Fernández de Córdoba y de sus oficiales en mantener la posición fue recompensada con el envío de un ejército de refuerzo, a la cabeza del condotiero italiano Bartolomeo d'Alviano. La llegada de este experimentado general de la familia

Orsini, contratado ex profeso para combatir a los franceses, permitió al Gran Capitán retomar la iniciativa. Tras simular un repliegue hacia el Volturno, el cordobés hizo creer al Marqués de Saluzzo, sustituto del malogrado duque de Nemours, que la contienda estaba llegando a su fin. Procedente de Piamonte, Ludovico II de Saluzzo relajó entonces la vigilancia, movió soldados hacia retaguardia e incluso autorizó una tregua navideña para los días 25 y 26 de diciembre, en un arranque de candidez impropia de aquella nueva era. Los franceses no esperaban ya una ofensiva enemiga.

La verdadera intención detrás del falso repliegue era, sin embargo, salvar el río en otra posición mediante un improvisado puente de pontones ensamblados entre sí, lo cuales fueron fabricados de forma secreta en el castillo de Mondragone, bajo la dirección de Juan de Lezcano. El marino guipuzcoano —descrito como «un varón de mucha virtud por la mar y aun por la tierra (...) tan bien afortunado que siempre salía en todas sus refriegas victorioso»— no falló a su fama y cumplió con diligencia el encargo del Capitán. Las piezas del puente se trasladaron en mulas hasta el lugar del cruce, donde fueron unidas apresuradamente bajo las instrucciones del ingeniero y capitán Pedro Navarro. La estructura era sencilla pero resistente, formada por tres tramos de pontones que estaban apoyados sobre ruedas de carros y barcas y unidos por cadenas.

El 28 de diciembre, cuando ya había expirado la tregua, el puente se encontraba listo y Gonzalo Fernández de Córdoba dividió su ejército en tres cuerpos: el grueso de la caballería al mando de D'Alviano, que debía cruzar en primer lugar; un cuerpo central con el propio Córdoba y sus principales capitanes, que atravesaría la estructura en segundo lugar; y una retaguardia capitaneada por Fernando de Andrade y Diego de Mendoza, que atravesaría el puente cuando existiera la garantía de que la contienda estaba resultando un éxito.

¿Podía el factor sorpresa compensar la clara inferioridad numérica de los españoles? Frente a los 25.000 hombres entre

infantes y caballería y cuarenta cañones del marqués de Saluzzo, los españoles no reunían ni siquiera 15.000 soldados. La velocidad con la que se ejecutara el plan iba a ser clave. Al frente de unos 3.000 jinetes ligeros, d'Alviano pilló desprevenidos a las principales fortificaciones francesas y a sus guardias, algunos todavía borrachos de la noche anterior. Asegurada la cabeza del puente, García de Paredes, Pedro Navarro, Gonzalo Pizarro (padre del conquistador Francisco Pizarro), Zamudio y Villalba condujeron a 3.500 rodeleros y arcabuceros a la orilla francesa. Les siguieron la caballería pesada de Próspero Colonna, con más de 200 jinetes, y parte de la retaguardia dirigida por Diego de Mendoza. Por último, el Gran Capitán con su guardia y 2.000 lansquenetes alemanes. Si bien, tras el paso de los lansquenetes el puente cedió y entre las tropas españolas cundió el pánico. El temor se acrecentó aún más cuando el caballo de Gonzalo Fernández de Córdoba trastabilló y lanzó al general contra el barro.

El accidentado camino de la retaguardia no influyó en el auténtico choque. D'Alviano avanzó trazando un arco hasta el puente de la Mola, que abría el camino hacia Gaeta, mientras sus tropas se dirigían al campamento francés. Ya casi de noche, Saluzzo recibió noticias del avance español y decidió, como había previsto el Gran Capitán, retirarse hacia Gaeta a través del puente de la Mola. El repliegue se produjo sin luz, bajo una tormenta, y con los españoles pisándoles los talones. El movimiento envolvente de D'Alviano funcionó a la perfección en medio de los relámpagos. Pese a su inferioridad numérica, los españoles pusieron en fuga a casi la totalidad del ejército francés, que apenas reunió valor para presentar una resistencia compacta.

Una de las honrosas excepciones francesas fue la de Pierre Terrail, conocido como el caballero Bayardo, el «paladín sin miedo», que se defendió en uno de los puentes hasta el anochecer. En este sentido, las biografías mitificadas de Bayardo y García de Paredes cuentan con nexos comunes y ambos representaron en sus respectivos países los vestigios caballeresco de finales de la Edad Media, a base de duelos de honor y gestas hercúleas. Bayardo era,

además, uno de los once soldados franceses que se enfrentaron a García de Paredes y otros once españoles en el desafío de Barletta.

El caballero Bayardo acometió con tanto ímpetu a los jinetes españoles que los hizo retroceder con torpeza hasta topar con la columna de infantería dirigida por Gonzalo Fernández de Córdoba, que marchaba a continuación. Cundió el desconcierto entre las primeras filas de esta, compuestas por lansquenetes, que quedaron inmóviles sin saber cómo reaccionar. Abriéndose paso a caballo entre ellos, el Gran Capitán consiguió organizarlos en un cuadro para hacer frente a la siguiente carga de caballería que lanzó Bayardo. En los siguientes asaltos, el francés no pudo superar a los piqueros germanos, cuyas formaciones se caracterizaban por su robustez y disciplina, y perdió a la mayoría de sus hombres en el embate.

AL SERVICIO DE ESPAÑA PERO NO DE SU REY

En total, los franceses registraron 8.000 bajas entre prisioneros y muertos en el Garellano. A los pocos días, los que habían conseguido llegar a la ciudadela de Gaeta también capitularon ante el cerco, permitiéndoseles la libre salida a cambio de prisioneros españoles. El hostigamiento de la población local y la falta de suministros hicieron que, finalmente, solo un tercio del ejército francés consiguiera regresar a casa con vida. Tras el final de la guerra en Italia, en 1504, Nápoles pasó de forma definitiva a la Corona de Aragón y el Gran Capitán gobernó este reino en calidad de virrey con amplios poderes. Como agradecimiento a sus servicios, Fernández de Córdoba nombró a García de Paredes marqués de Colonnetta (Italia).

Sin embargo, cuando el Gran Capitán cayó en desgracia, acusado de desviar fondos y de repartir cargos y favores entre sus amigos, la defensa que hizo «el Sansón de Extremadura» de su antiguo general le alejó de la Corte y le extravió su señorío en Colonnetta, si bien le fue concedida una renta de 500 ducados en compensación. Otros como Diego de Mendoza o Pedro Navarro no

dudaron en dar la espalda de forma descarada al cordobés para salvar sus cabezas y cargos, no así García de Paredes o el marino Juan de Lezcano, a pesar de que con ellos había tenido más roces que con otros más aduladores. En cierta ocasión tuvo el gigante conocimiento de que en la Corte algunos difamadores hablaban mal de su antiguo general en alto y, como él mismo narra en su breve memoria, irrumpió en la sala donde rezaba el rey para exponerle este hecho. Cuando hubo terminado de hablar el militar, el monarca puso sus manos en los hombros del Sansón y le dijo que bien conocía que donde estuviera él y el Gran Capitán siempre tendría guardadas las espaldas.

Bien los conocía el rey; pero más le pesaban las sospechas y los temores de que el prestigio y poder que había adquirido el Gran Capitán en Italia se tornaran contra él. Maquiavelo no se equivocaba cuando estimó en Fernando el ejemplo perfecto del príncipe que se crece con «las grandes empresas y las acciones raras y maravillosas». No era el aragonés de los que confiaban en la buena voluntad de sus súbditos. No era un cándido ni un romántico, más bien una persona pragmática que supo convencer a Diego García de Paredes para que se uniera a varias de sus «grandes empresas», entre ellas, la campaña del Cardenal Cisneros en el Norte de África (1505) y más tarde la conquista de Orán (1509). El divorcio con el rey nunca fue completo.

El soldado extremeño se dedicó durante años a la piratería en el Mediterráneo, teniendo entre sus presas favoritas a los barcos berberiscos y franceses, un dato que destacan los cronistas castellanos como para dar fe de su compromiso con España, entonces más una designación geográfica o una promesa que una realidad política. En verdad, su tibia relación con la Corona pudo motivar este súbito cambio de actividad, que él revistió de cruzada particular contra los viejos enemigos del rey, pero sin estar bajo su mando, y sin comprender que en el barco «la única patria es la mar y no hay más ley que la fuerza y el viento», que diría Espronceda. A causa de una de sus correrías, un mercader francés exigió una

indemnización a Fernando el Católico, quien no dudó en embargar la renta que el Sansón tenía sobre la ciudad de Nola, como consta en una carta del monarca fechada el 30 de octubre de 1508. En otra ocasión, casi resultó capturado en Cerdeña. Ya borracho de abordajes y huidas, abandonó la vida pirata en 1509 para servir al emperador.

Dado su enorme tamaño, el de Trujillo solía valerse en combate de un montante, la versión ibérica del arma a dos manos, que, sobre todo en su versión *flammards*, cuyos bordes ondulados imitan las llamas del fuego, era usado por un tipo de soldado de élite dentro de los lansquenetes alemanes. Los llamados *doppelöldner*, dobles sueldos, de gran envergadura y temeridad, portaban espadas a dos manos para realizar las misiones más arriesgadas. Les pagaban un sueldo extra, doble, para que se colaran en medio de las picas enemigas a cortar las astas y alguna tibia con sus afiladas hojas, además de encargarse de la protección del abanderado de la unidad y el cuadro de mando. Este tipo de espada también era muy útil contra la caballería, cortando las patas de los caballos de un tajo, y en la defensa de fortalezas y posiciones estrechas. La mortalidad entre los dobles sueldos llegó a ser tan alta como para que ni siquiera el salario fuera suficiente para atraer voluntarios, por lo que se alistaron condenados a muerte con la promesa de redención de sus penas. Así, hubo quien llamó a estas unidades de locos y condenados *Verlorener Haufe* (compañías pérdidas).

Diego García de Paredes combatió mano a mano con estas compañías suicidas. Lo hizo cuando el Gran Capitán contrató en su campaña de Nápoles a 2.000 lansquenetes al emperador Maximiliano I, con la intención de compensar a los piqueros suizos de Francia. Años después, formando parte de la Liga de Cambrai, sirvió bajo las órdenes directas de Maximiliano y junto a estos guerreros germanos. Durante su permanencia en el ejército imperial, fue nombrado maestre de campo, al mando de 2.000 infantes y 300 caballeros, y Maximiliano premió sus servicios en 1511 con un elogio de su actuación y la concesión de nuevos cuarteles para su escudo

heráldico (pudo incluir una cruz roja en campo de plata y un león de oro en campo de gules). A los músculos y a la inteligencia táctica había sumado para entonces conocimientos militares de todas las facetas de la lucha: caballería, infantería, artillería e incluso combate naval. Era una fábrica perfecta de viudas.

HACIA UNA MUERTE ESTÚPIDA

Con la entronización de Carlos I en España, el Sansón abandonó su retiro en Trujillo para ir al encuentro de este rey con acento extranjero. El joven monarca había crecido con los relatos de aquella bestia de la naturaleza y era gran admirador de su leyenda, como hoy lo son los futbolistas o los cantantes para los adolescentes. Su Cesárea Majestad se hizo acompañar de García de Paredes por Europa y le otorgó mando de maestre de campo de los ejércitos españoles, sirviendo en Alemania, Flandes, Austria y en todos los conflictos acontecidos en España, entre ellos la defensa de Navarra de los franceses en 1522. En esta campaña, el emperador comprobó que bajo su mando estaba, no una vieja gloria, sino un valioso oficial. «En la batalla que se dio junto a Pamplona os mostrasteis tan valeroso por volvérsela a ganar, que a vos se debe atribuir la mayor parte de aquella victoria», escribió de su puño y letra el impresionado monarca.

Por su interminable lista de méritos, el extremeño fue uno de los pocos españoles convocados por el emperador para que asistiera a la ceremonia de su coronación al frente del Sacro Imperio Germánico en Bolonia. Al terminar la consagración del Papa, Carlos golpeó con su estoque levemente en el hombro de los principales nobles de su Imperio, a modo de reconocimiento de su condición de caballeros. El extremeño era uno de estos hombres de armas para los que no faltarían refriegas hasta sus últimos alientos. Carlos tenía guerras para todos.

En 1533, tras regresar con Carlos V de hacer frente a los turcos en el Danubio, el de Trujillo paseaba por las calles de Bolonia cuando

se encontró con unos mozos jugando a lanzar pajas contra una pared. Sin acordarse de sus sesenta y cuatro años, el bonachón extremeño se unió al juego. Salió corriendo a clavar la paja en el muro con tal ímpetu que levantó demasiado el cuerpo, se torció el tobillo y cayó al suelo. Ya no se volvió a levantar. En su lecho falleció por las heridas sufridas durante el accidente. Lo que no habían conseguido quince batallas campales y diecisiete asedios, derribar al gigante, lo alcanzó un juego infantil. La estupidez de las circunstancias de su muerte sirve de recordatorio de que, pese a las exageraciones y a hechos que suenan imposibles, las crónicas hablan de un caballero de Trujillo, casi sobrenatural, pero tan real y matemático como la salida del sol cada mañana. Ni siquiera la indiscutible mitificación de sus cualidades puede empequeñecer su historia y el milagro de que llegase a viejo un hombre que, a decir de las cartas oficiales, siempre se colocaba en primera línea y se ofrecía a las misiones más arriesgadas.

2

FRANCISCO PIZARRO, EL DIOS DE HIERRO

Nunca tan pocos vencieron a tantos como en Cajamarca. Rodeados por un océano de guerreros, Francisco Pizarro y 160 españoles se defendieron de forma abusiva, como un león acorralado. Rufianes de hierro que habían venido desde Panamá a través de junglas, pantanos y desiertos, salvando una cordillera que desafiaba la gesta de Aníbal y sus elefantes para reunirse con el mismísimo rey de la civilización más avanzada que había conocido América. El inca Atahualpa había decidido ir al encuentro de aquellos barbudos, pero dudaba si hacerlo de forma amistosa. El mínimo malentendido entre ellos abrió las hostilidades. Mientras los españoles atrapaban al líder inca por sorpresa, un cañón situado estratégicamente abrió fuego contra la multitud y provocó el espanto de miles de hombres. «Matamos a ocho mil hombres en obra de dos horas y media, y tomamos mucho oro y mucha ropa y mucha gente», narró a su padre un soldado vasco testigo de estos hechos. Por increible que parezca, ni un solo español murió aquel día.

La supervivencia de estos escasos soldados españoles frente a una horda tan numerosa de guerreros incas se explica con dificultad. Los incas eran soldados temidos y organizados en unas estructuras militares hasta entonces desconocidas en el mundo precolombino. El

contexto que precedió a la llegada de los españoles, no obstante, no fue el más propicio. La venida de Pizarro coincidió con la guerra civil entre el estamento militar inca, representado por Atahualpa, y el sacerdotal de su hermanastro Huáscar, a lo que hubo que sumar la catástrofe demográfica que provocaron las enfermedades europeas entre los indígenas. Una epidemia de viruela tambaleó los cimientos del Imperio, siguiéndole una de sarampión entre 1530 y 1531, y una de tifus en 1546.

Ambas circunstancias dejaron al Imperio inca debilitado frente a la superioridad tecnológica de aquellos hombres barbudos enfundados por completo en «plata». El acero toledano de las espadas y armaduras de los conquistadores no eran rivales para las precarias armas incas. Los caballos eran también una novedad para los nativos (dirían que los españoles montaban en carneros gigantes) y les provocaban gran temor incluso en el caso de las mulas y los bueyes. Sin olvidarse del impacto para los incas que supuso la pólvora, dando la impresión de que aquellos extranjeros escupían truenos como el dios Illapa. Es más, parte de la indecisión de Atahualpa a la hora de defender su tierra se debió a su incapacidad para discernir si los hombres de Pizarro eran «Viracocha» (el dios creador) o simples saqueadores. Su imprudencia al dejarse capturar durante el enfrentamiento en Cajamarca derrumbó la unidad inca y precipitó una accidentada fuga.

Así y todo, la gesta de aquellos 160 españoles tiene un factor humano que solo se explica por el liderazgo de Pizarro y la audacia de sus compañeros de armas. Más allá de las posibles ventajas tecnológicas, lo cierto es que en Cajamarca y en posteriores batallas se enfrentaron fuerzas en una desventaja numérica (500 incas por cada español) solo posible en leyendas antiguas. Resulta complicado no sufrir vértigo en unas circunstancias tan adversas. ¿Cómo salió con vida aquel puñado de barbudos confundidos con dioses? ¿Acaso todo aquello formaba parte del plan de su capitán, un analfabeto tallado en acero? El relato de su aventura demuestra que, sí, Pizarro

llevaba preparándose toda la vida para aquella noche aterradora. Su poco conocida biografía le revela como un superhéroe de actitud conciliadora y generoso en todas las facetas de su vida; un hombre sin atisbo de duda, con sus sombras y sus luces, pero alejado de la visión oscura y rancia que la leyenda negra ha mantenido hasta la actualidad.

EL ANTIHÉROE: VIEJO, FUERTE Y FORMAL

Como con el tópico de los toreros, los conquistadores parecían hechos de otra pasta, unos supervivientes que emprendían (palabra de moda hoy en día) a lo bestia, es decir, lanzándose con lo puesto a una tierra desconocida donde solo cabía, en su imaginación, volver ricos o no volver. Incluso la ciencia corrobora que la asunción de riesgos de la que hicieron gala estos y otros emigrantes a lo largo de la historia los señala como individuos fuera de la común. Un estudio realizado en 2013 por The Amsterdam School of Creative Leadership sobre liderazgo y emprendimiento en Australia reveló que en la década de los sesenta los mejores estudiantes del país eran los hijos de emigrantes españoles, portugueses y griegos; mientras que en los setenta lo eran los hijos de emigrantes indios y paquistaníes, y hoy, los de emigrantes vietnamitas y camboyanos. La explicación tiene parte de genética, porque el neurotransmisor de la dopamina, que nos impulsa a tomar riesgos y aprender nuevos conocimientos, está más presente en algunas personas que en otras. No resulta desdeñable pensar que la diferencia entre los que se quedaban en la áspera tierra castellana y los que se alistaban en la guerra de Italia o se enrolaban a una expedición a través del territorio americano, era a veces simplemente genética.

Francisco Pizarro era un hombre de hierro en términos estadísticos y genéticos. Pocos eran los peninsulares que sobrevivían al viaje hasta las Indias, donde muchos perecían ahogados en los habituales naufragios, otros se veían afectados por las condiciones insalubres de las pequeñas carabelas y naos, y una gran parte moría

por enfermedades provocadas por la mala alimentación, tales como el escorbuto. No obstante, el extremeño sobrevivió repetidas veces a expediciones en las que murieron más de la mitad de sus integrantes a causa de las epidemias, el hambre y la hostilidad de los indígenas. Las tribus caníbales infectaban aún los alrededores del Caribe ¡Su supervivencia era un prodigio estadístico! A consecuencia de todo ello, al final de su vida habría de acumular siete cicatrices profundas alrededor de su cuerpo, como recordatorio de las batallas pasadas, y sin embargo gozó de una sorprendente vitalidad hasta sus últimos días.

Parte de su dureza se presumía genética, entre otras cosas porque su padre había sido un soldado destacado en Italia, dotado de su misma audacia, pero sobre todo era el efecto de una infancia muy cruda. Su madre, Francisca González Alonso, se negó a apellidarle Pizarro durante el bautizo. A esas alturas bien sabía esta madre soltera que para criar a su hijo recién nacido no iba a contar con la ayuda del padre, un joven soldado de Trujillo, ni la de su familia de hidalgos. Como criada de un convento, Francisca mantuvo un encuentro sexual con el soldado llamado Gonzalo Pizarro «El Largo» que le cambiaría la vida. La pareja se encontró durante las fiestas celebradas en Trujillo para agasajar a Isabel la Católica y celebrar la salida de Juana la Beltraneja del Alcázar de la ciudad. Si bien se desconocen las circunstancias, se sospecha que fue a consecuencia de un galanteo breve, una relación fugaz o incluso una violación… Solo de esta manera se puede entender que la relación no se prolongara y que Gonzalo renegara de su hijo.

El padre del conquistador reconoció en su testamento hasta a seis hijos bastardos, entre ellos, dos que procreó con una molinera de la Zarza. No así al conquistador Francisco Pizarro, sin que el misterio de por qué procedió de esta manera se haya resuelto nunca. ¿Le avergonzaban las circunstancias de su gestación? ¿Creía que Francisca era de origen judío? La violación ofrecería la explicación más sencilla a estas preguntas, aunque también la daría la hipótesis, que plantea el historiador Roberto Barletta Villarán, de

que el niño pudo nacer como consecuencia de una relación secreta del padre de Gonzalo, es decir, el abuelo del niño, con Francisca la Ropera. Hernando Alonso Pizarro, regidor de la ciudad, a sus cuarenta años habría mantenido una aventura con la joven, de la que nació el futuro conquistador. El principal indicio es que, en contraste con la desidia de Gonzalo hacia el niño, el abuelo ordenó que Francisco fuera a su casa en al menos una ocasión, en la que le abrazó secretamente y luchó para darle el apellido familiar.

Francisca quedó señalada en todo Trujillo. Al conocerse su estado de gestación las monjas la echaron de su trabajo en el convento y tuvo que regresar al hogar materno. El pequeño Francisco se crio en la casa de Juan Cascos —segundo marido de su abuela— y creció en un ambiente rural que, con intención de desprestigiar al conquistador, llevó a algunos cronistas afines a Hernán Cortés a decir de forma poco precisa que se dedicó a cuidar cerdos en su mocedad. Con esto, la madre abandonaría Trujillo junto a su hijo para casarse con Martín de Alcántara en una localidad a pocos kilómetros de Sevilla. El bastardo de Trujillo apenas recibió educación. Siendo gobernador en el Perú su secretario escribía previamente su nombre y Francisco se limitaba a hacer dos señales cuando debía firmar algún documento. No aprendió a escribir ni leer, de tal modo que su vida parecía orientada a trabajar en el campo. No obstante, en la mente de aquel joven ilegítimo e ignorante nunca se borró la estampa paterna del hidalgo bravo que servía, por entonces, al Gran Capitán en Italia. Quería ser soldado como su padre.

Antes de viajar por primera vez al Nuevo Mundo, Francisco sirvió a las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba en Nápoles y Sicilia. Se desconoce si el futuro conquistador combatió en algún momento junto a su padre en este escenario, pues ambos coincidieron, en 1495, en distintas fases de la primera campaña italiana. Así y todo, el viaje del natural de Trujillo a América en 1499 puso un océano de por medio entre padre e hijo y evitó que pudieran coincidir en más ocasiones.

Una de las razones por las que Pizarro no ha resultado una figura muy atractiva es que, ante la fiebre actual por los protagonistas jóvenes (casi adolescentes), su gran éxito militar llegó en su alta madurez. Por su carácter austero no resulta un héroe de acción apetecible, a pesar de que su biografía tardía le achaca una vitalidad sobrenatural para su edad. Una imagen de capitán veterano de barba blanca que ha camuflado sus numerosas aventuras de juventud. El extremeño no era de la clase de personas que se habían trasladado al Nuevo Mundo a permanecer con los brazos cruzados o enriqueciéndose lentamente, sino para participar de lleno en la monumental empresa de conquistar y colonizar un territorio de miles y miles de kilómetros.

Lo más probable es que Pizarro viajara a América en la expedición organizada por Alonso de Ojeda, el navegante que había acompañado a Cristóbal Colón en su segunda expedición. En ese momento la presencia española se limitaba solo a varias islas caribeñas, entre ellas La Española (Santo Domingo), donde arribó el extremeño en busca de aventuras de fondo dorado. No obstante, los pacíficos indios que halló Colón en su primer encuentro habían sido remplazados por otros más belicosos, al igual que las fáciles riquezas iniciales se habían vuelto espinosas en el momento en el que llegó el joven Pizarro. Los escasos europeos en el Caribe debieron enfrentarse a los indígenas —pronto asolados por enfermedades ante las que no estaban inmunizados—, a la escasez de víveres, a las fiebres tropicales y a tierras menos fértiles de lo prometido. Para remediar el estancamiento en lo que en un principio se prometía el paraíso perdido, los Reyes Católicos relegaron en esos a años a Colón y a sus hermanos y nombraron gobernador de la isla a Nicolás de Ovando, también extremeño, que puso los cimientos para el despegue de la colonia.

Ovando se valió de soldados de infantería como su paisano Pizarro, que apenas poseía más que su espada y su capa, para lanzar campañas de conquista y pacificación en la zona. Una situación que compartió con otro natural de Extremadura, Hernán

Cortés, sobrino segundo de Pizarro, con el que ciertamente debió de coincidir hasta que las circunstancias los llevaron a rumbos inversos, uno al norte, a México; y otro al sur, al Perú. De la mano de Ovando, Francisco Pizarro exhibió pronto un carácter rocoso en expediciones poco o nada lucrativas para pacificar la isla.

A sus treinta y un años, Pizarro se hizo eco de las leyendas de riquezas vírgenes que se podían encontrar hacia el sur de la Tierra Firme, pues a esas alturas ya se sabía de la existencia de un continente entero junto a las islas caribeñas. Aceptó el reto sin dudar, involucrándose en las empresas suicidas de Alonso de Ojeda a través del actual territorio de Colombia y Venezuela. Ojeda era tenido por un superdotado esgrimista (fray Bartolomé de las Casas, dado a exagerar, afirmó que «había participado en casi mil duelos a muerte y nunca nadie consiguió herirle»), aunque de poco le valió frente a las flechas envenenadas de los guerreros locales. El 20 de enero de 1510, el conquistador levantó un fuerte llamado San Sebastián en el golfo de Urabá creyéndose que al invocar al santo muerto a flechazos podría evitar ese mismo destino. Pero se equivocaba. Al igual que otros puestos de avanzada en Tierra Firme, el fuerte San Sebastián fue brutalmente atacado por los indígenas y el propio Ojeda quedó con una flecha envenenada en un muslo. Entre los hombres que sujetaron al explorador cuando le fue extraída la flecha, sin anestesia alguna, estaba Pizarro. Su valentía, lealtad y habilidad con las armas le granjearon la confianza de Ojeda, quien, temiendo un motín, nombró teniente al de Trujillo y le ordenó defender el precario poblado mientras él iba a por nuevos refuerzos a Santo Domingo. Si en cincuenta días no regresaba —ordenó Ojeda a su teniente de forma secreta—, debían buscar la manera de volver a la Isla Española por sus propios medios.

Pizarro era de carácter solitario y taciturno. Si había acabado al mando de sesenta hombres no era por su labia o su capacidad de encandilar a los suyos, como en el caso de Cortés, una suerte de encantador de serpientes; sino porque en las batallas contra los indios había mostrado una fuerza asombrosa y en territorios

insalubres y repletos de fiebres una enorme fortaleza mental. Bajo su disciplina, los sesenta hombres esperaron la llegada de Ojeda durante el tiempo señalado. Sin comida y enfermos, tenían que dormir con la espada y los escudos en las manos. Y esperaron en vano. Alonso de Ojeda murió a consecuencia de la herida mencionada, tras ingresar poco antes en un convento y renunciar a las cosas mundanas, entre ellas la de lograr un auxilio para Pizarro y los suyos. Con el paso de los días, los supervivientes de la trágica expedición desmantelaron el fuerte y trataron de embarcarse en dos pequeños bergantines, lo cual no fue posible hasta que murieron los suficientes hombres como para que cupieran todos. Era mejor esperar que la selección natural actuara, antes que abandonar a un solo compañero o elegir salvar a unos por encima de otros.

Cuando al fin pudieron alejarse del golfo maldito, uno de los bergantines se hundió al chocar con una ballena a la deriva y murieron todos sus tripulantes. Una vez más Pizarro, que viajaba en el otro barco, se salvó de la muerte de milagro. Se podría decir que la suerte le sonreía, salvo porque una vez se habían alejado del golfo fueron interceptados por el bachiller Fernández de Enciso, socio de Ojeda, que al mando de refuerzos ordenó a Pizarro y a sus harapientos soldados regresar al fuerte de San Sebastián. Allí la pesadilla volvió a repetirse en idénticos términos, en torno a las ruinas del puesto levantado por Ojeda.

América en ese tiempo era un pañuelo. Pizarro conoció probablemente a Colón poco después de poner pie en Santo Domingo, como lo hizo con Cortés y luego con Ojeda, todos ellos actores principales de aquella homérica empresa. Y entre los refuerzos que Enciso llevó al golfo de Urabá se contaba Vasco Núñez de Balboa, que se había enrolado como polizón en esta aventura huyendo de sus copiosos acreedores. Un rasgo característico entre los conquistadores: huir hacia delante cuando las cosas venían mal dadas.

Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, ambos extremeños, compartían el hambre por los descubrimientos intrépidos. Conocedor

de aquellos territorios, Núñez de Balboa convenció a Enciso de viajar al margen occidental del golfo de Urabá, entre lo que hoy es Colombia y Panamá. Allí fundaron Santa María del Darién y capturaron un gran tesoro en ropas de algodón y joyas de oro. La creciente popularidad del natural de Jerez de los Caballeros le elevó a alcalde de la nueva ciudad frente al impopular Enciso.

Bajo el gobierno de Balboa, el teniente Pizarro partió junto a seis soldados a descubrir una provincia llamada Cueba, que los indios proclamaban repleta de oro. Según el testimonio de fray Bartolomé de las Casas, los siete españoles debieron enfrentarse a poco de iniciar la incursión a cuatrocientos indios, que arrojaron sobre ellos piedras y flechas, si bien en este territorio al menos no era habitual envenenarlas. Aunque el rigor con las cifras nunca fue el punto fuerte de Las Casas, a decir él los siete españoles abatieron a ciento cincuenta nativos con sus armas europeas y la destreza del veterano teniente. Lograron regresar a Santa María del Darién todos menos uno, demasiado herido para seguirles el paso, a lo que Núñez de Balboa ordenó a Pizarro que volviera a por el hombre malherido. Sin rechistar, ni reprochar al alcalde la desastrosa excursión, el trujillano obedeció y trajo de vuelta a su compañero.

El siguiente proyecto del insaciable Balboa fue dar con un mar nunca visto al sur del continente. Al frente de 800 indígenas y 190 españoles, Balboa y Pizarro marcharon en septiembre de 1513 hacia el istmo de Panamá. A la altura de Comogre, un caudillo local les confirmó la existencia de ese misterioso mar en el que navegaban gentes con navíos de velas y remos. A pesar de las peticiones desde España de que los indígenas fueran tratados con escrupuloso respeto, no faltaron en estas expediciones los ataques injustificados a poblaciones y el secuestro de varios caciques a modo de coacción contra las tribus que encontraban a su paso.

Durante veinticinco días, la decreciente expedición del extremeño recorrió los 700 kilómetros de tierra húmeda y selvática que separan el océano Atlántico del Pacífico, en ese momento bautizado como Mar del Sur. Núñez de Balboa tomó posesión de su

costa en nombre del rey Fernando el Católico y de su hija Juana. En la lista de los descubridores del nuevo mar aparece en tercer lugar el nombre del teniente Pizarro, en una muestra de la importancia que estaba ganando poco a poco el de Trujillo.

Por supuesto aquí no terminaban los proyectos de Balboa, que pretendía ser el primero en explorar este nuevo mar. Desconocía que en España los damnificados por sus planes intrépidos, entre ellos Enciso, habían persuadido al rey de poner fin a su exceso de iniciativa. Con este objetivo llegó a Santa María de la Antigua del Darién un nuevo gobernador, Pedrarias Dávila, de un carácter vengativo y pendenciero. Ni siquiera al casarse con una de las hijas de Pedrarias pudo Balboa impedir la tragedia. Mientras el gobernador cavaba la tumba de su yerno, Pizarro se ganó el grado de capitán en expediciones en Tierra Firme, donde una larga lista de hombres buenos perdió la vida. Su experiencia y fortaleza eran valoradas por el gobernador, tanto como su increíble capacidad de volver de una pieza a casa. A finales de 1518, Pedrarias ordenó a Pizarro que detuviera a su anterior jefe porque había realizado nuevas exploraciones sin contar ya con licencia real, si bien lo que subyacía debajo del arresto era la envidia y desconfianza que el gobernador guardaba desde el primer minuto hacia Balboa. El juicio contra él desembocó en su ejecución el 15 de enero del nuevo año. Su cabeza fue expuesta públicamente, clavada en una pica, durante varios días «por traidor a la Corona y al gobernador».

Los detractores del conquistador del Perú ven en su papel durante el proceso contra su viejo capitán Núñez de Balboa la enésima muestra de su naturaleza traicionera. Sin embargo, lo que de verdad se puede sacar de aquellos acontecimientos es que el extremeño era de férreas lealtades al gobernador y a la Corona de Castilla. Según el historiador José Antonio del Busto, en las correspondencias escritas desde la cárcel Balboa no expresó rencor alguno hacia Pizarro por haberlo apresado, porque entendía que solo había cumplido las órdenes del despótico Pedrarias. Lo que sí parece claro es que para entonces no tenían trato ni amistad, aunque solo

le agradaría ver la cabeza de su viejo capitán clavada en una pica. La muerte así del descubridor del Pacífico, víctima de las envidias, es hoy, o debería ser, una espina clavada en la historia de España.

LA LEYENDA DEL BIRÚ

De haber seguido con vida es muy probable que Núñez de Balboa, siempre de oído fino en lo que se refería a las noticias de nuevas tierras, hubiera terminado siendo un persistente rival, tal vez socio, en la exploración de una rica y casi legendaria tierra llamada por los nativos «Birú». Entre 1519 y 1523, Pizarro fue el alcalde y regidor de la colonia de Panamá, convertida en una sala de espera para los aventureros antes de lanzarse a las entrañas del continente en busca de tesoros; y en este cargo, el conquistador escuchó las historias que contaban los viajeros sobre el rico territorio. A sus cincuenta años de edad, el extremeño unió esfuerzos con Diego de Almagro, de orígenes todavía más oscuros que los suyos, y el clérigo Hernando de Luque para internarse hacia el sur de Tierra Firme. Los tres socios comprometieron la mayor parte de su patrimonio en la primera expedición, que partió en septiembre de 1524 y derivó en perdición para los 80 hombres y 40 caballos que la integraban.

En esta incursión, el veterano capitán estuvo cerca de morir en una emboscada en los manglares colombianos a manos de los nativos, que le provocaron siete heridas grandes. Se salvó porque le dieron por muerto. El de Trujillo hubo de enfrentarse, además, a sus hombres y se mostró el más activo en la pesca de peces y cangrejos para los enfermos y recogiendo cocos, a pesar de sus heridas. Solo la posterior llegada de refuerzos comandados por Diego de Almagro, que perdió un ojo y tres dedos de la mano en otra emboscada, permitió a las huestes de Pizarro recuperar el aire.

El de Trujillo estaba advertido por la experiencia con Ojeda y con Balboa de que los fracasos de ese tipo podían ser, o al menos eso esperaba, la antesala de un gran descubrimiento. Si volvían entonces a Panamá, Pizarro y Almagro tendrían que enfrentarse a

algo casi tan temido como los indios caníbales: los acreedores y un decepcionado Pedrarias, quien estaba descontento por el alto número de muertos en aquella Compañía de Levante. Los soldados castellanos eran demasiado escasos en América como para desperdiciarlos en misiones inciertas. Había demasiadas tierras que explorar, en tanto Castilla y Aragón no contaban con el potencial demográfico de Francia, cuyo monarca pidió insistentemente a Roma que le dejara ver la cláusula del testamento de Adán que le excluía del reparto del mundo realizado entre Portugal y España.

Mientras Pizarro permaneció durante más de dos años en los puestos avanzados sobreviviendo a los mosquitos y reteniendo, en ocasiones, a sus hombres a la fuerza; Almagro regresó varias veces a puertos civilizados en busca de refuerzos que arrojar sobre la Compañía de Levante. Todo continuó igual hasta el verano de 1526, cuando regresó con novedades el piloto Bartolomé Ruiz Estrada, enviado por Pizarro en un bergantín a explorar la costa sur del Pacífico. El andaluz relató que en su travesía había visto una embarcación de velas latinas que parecía desde lejos una carabela europea por su moderno acabado. Sus tripulantes iban vestidos con ricas telas de algodón y su lengua no se asemejaba a ninguna que hubiera oído antes de los españoles. Aquellos nativos del Birú no tardaron en hablarles de ciudades repletas de oro y plata, un relato que iluminó de dorado el semblante de Pizarro cuando lo escuchó. La leyenda por la que había comprometido todos sus ahorros era cierta.

A la vista de que por fin había posibilidades de cubrirse en oro, Pizarro se internó en el sur, pero, superado por las tribus locales, ordenó una vez más a Almagro que obtuviera refuerzos en Panamá, lo que apenas conseguiría dado lo desprestigiada que estaba la empresa. Al contrario, recibió órdenes de que todos regresaran de inmediato. Entretanto, el extremeño retrocedió hasta la desértica isla de Gallo (en la bahía de San Mateo), otra vez a la espera de más víveres y hombres con los que seguir adelante. Los ochenta conquistadores que allí se refugiaron habían sufrido ya suficientes

fracasos y estaban hartos de aquel capitán huesudo que les impedía volver a Panamá.

Al borde del motín, dos barcos mandados por el nuevo gobernador Pedro de los Ríos arribaron en la isla para rescatar a los enfermos y a quienes quisieran volver a Panamá. Pizarro trazó, según la leyenda, una línea en el suelo y afirmó: «Camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra la del gusto. Por este lado se va a Panamá, a ser pobres, por este otro al Perú, a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere». Sea cierta o no esta arenga, poco probable dada la terquedad de palabras del extremeño, solo trece hombres, «los Trece de la Fama», decidieron quedarse junto al capitán en la isla del Gallo, donde todavía permanecieron otros cinco meses hasta la llegada de los apoyos que pudieron reunir Diego de Almagro y Hernando de Luque.

Cuando estuvieron listos partieron hacia el sur, dejando enfermos en la isla a tres de los trece. Esta primera expedición que alcanzó el Perú lo hizo a modo de exploración para sopesar las posibilidades lucrativas del territorio. El encuentro con nuevos indígenas en Túmbez, una ciudad de piedra que asombró a los españoles, confirmó la existencia de un gran imperio. Hubo que esperar hasta 1532 para que los planes militares del extremeño se materializaran, una vez se aseguró una licencia real para tomar posesión y fundar ciudades. Quizás al recordar las dificultades que había tenido Cristóbal Colón e incluso Hernán Cortés para reclamar sus derechos sobre territorios conquistados, Francisco Pizarro se trasladó a España, donde al pisar tierra fue encarcelado por causas pendientes, hasta que el emperador le dio vía libre para que se reuniera con la gobernadora de Castilla, esto es, su esposa. La capitulación que Pizarro firmó con Isabel de Portugal, en nombre de Carlos V, en Toledo, le concedió derechos de dominio sobre la zona de Perú, que iba desde el Río de Santiago (Río de Tempula) en Colombia, hasta el Cuzco.

El viaje a España, además, sirvió a Pizarro para levantar un pequeño ejército. Entre la tripulación alistada se encontraron tres hermanos por parte de padre, Hernando, Gonzalo y Juan, y uno de madre, Martín de Alcántara. Un colchón de fieles para protegerse las espaldas en su avance hacia el corazón inca, más cuando las capitulaciones de Toledo dejaron a Francisco como único adelantado, lo que provocó el primer amago de cisma entre el extremeño y Almagro. Los hermanos gozarían de un protagonismo clave en la conquista del Perú y la posterior administración de las ciudades levantadas por el hermanísimo. Así como durante la enemistad con Almagro.

En enero de 1531 Francisco partió desde Panamá al frente de 180 hombres y 30 caballos. Diego de Almagro ya reconciliado con el extremeño, quedó atrás otra vez a la espera de más voluntarios. Los fuertes vientos obligaron a Pizarro a desembarcar mucho más al norte de lo previsto. El clima tropical provocó entre los españoles fiebres y enfermedades hasta entonces desconocidas, entre ellas una epidemia de verrugas causada por la picadura de una mosca venenosa que redujo a los huesos a los expedicionarios. El resto de efectivos se unieron con el transcurso de las semanas, hasta que en julio de 1532 todos juntos fundaron el primer asentamiento español fortificado en Perú, San Miguel. Entre las nuevas incorporaciones se hallaba Hernando de Soto, hábil jinete, cuyas cualidades militares iban a ser fundamentales en la guerra que Pizarro estaba a punto de librar. El escenario había cambiado radicalmente respecto al anterior viaje. Allí donde esperaba dar con un imperio próspero y unos indios amables, los conquistadores encontraron destrucción y un rastro de muertos que apuntaba en dirección al Inca.

El Imperio inca hundía sus orígenes en el siglo XII, cuando los pueblos de cultura quechua extendieron su dominio sobre una región de Sudamérica que alcanzó cinco mil kilómetros, del sur de la actual Colombia al centro de Chile. No conocían la rueda ni la escritura ni el hierro, lo que no les impedía contar con ciudades de un esplendor desconocido en el mundo precolombino. Cuando los

españoles alcanzaron Cuzco, comprobaron que la ciudad y sus calles estaban trazadas y empedradas. Sin embargo, en aquellas fechas el Imperio vivía un periodo de gran inestabilidad a consecuencia del conflicto sucesorio que enfrentaba a los hermanos Atahualpa y Huáscar. La guerra la ganaba el primero, apoyado por el estamento militar, como pudieron intuir los españoles en su avance desde San Miguel al interior de los Andes. En la fértil provincia de Caxas, Hernando de Soto describió un horizonte de cadáveres del bando sacerdotal colgados en altos cerros. Los testimonios recogidos por el sanguinario Atahualpa sobre los extranjeros le dejaron desconcertado. ¿Eran enviados del dios creador, el Contiti Viracocha, que en su día se marchó hacia el océano del que venían aquellos barbudos? ¿O más bien eran simples saqueadores? Las últimas noticias de que los supuestos dioses necesitaban comer y beber parece que le hacían inclinarse cada vez más por la segunda opción.

AL ENCUENTRO CON EL DIOS CREADOR

Francisco de Pizarro y Atahualpa acordaron a través de sus enviados conocerse en Cajamarca, la ciudad desde donde el inca había acometido la guerra civil contra su hermanastro. En muchos sentidos aquella urbe ofrecía más comodidades que las de Castilla, con calles empedradas y casas con acceso al agua. Atahualpa acudió confiado en que aquella pequeña fuerza no suponía una amenaza a su poder, mientras que los 160 españoles lo hicieron afectados por el súbito cambio de temperaturas y paralizados por el miedo, cada vez más conscientes del potencial militar de los incas. Muchos se mostraron partidarios de replegarse a Panamá, pues solo Pizarro presumía de tener un plan para salir con vida de la boca del lobo. La tarde del 15 de noviembre de 1532 los conquistadores entraron en una Cajamarca medio desierta, haciendo acopio de todas las piezas valiosas que hallaron a su paso, en un ambiente enrarecido que, a decir de los cronistas, aterró a muchos de los españoles. El

numeroso ejército con el que Atahualpa acampó a las puertas de la ciudad no ayudó a calmar los ánimos.

Las crónicas difieren sobre la forma de actuar de Atahualpa, al que sus espías le habían apuntado que los españoles acostumbraban a dormir todos juntos en una misma casa, ante lo que barajó que la mejor estrategia era quemar esta vivienda con aquellos demonios dentro. El cacique inca contaba con un ejército de 50.000 hombres bien armados y confiaba en que sus flechas y sus lanzas pudieran contrarrestar las ventajas europeas, esto es, su pólvora y sus caballos. Pizarro no era un iluso. Consciente del peligro que le rodeaba, tomó algunas precauciones. Ordenó esconder un cañón de artillería y distribuyó a sus hombres en las casonas que formaban la plaza principal. Si oían disparos debían atacar todos al unísono. Con las espadas en la mano y los caballos ensillados, los españoles permanecieron en vela la noche previa al combate. En palabras del cronista Pedro Pizarro, algunos hasta se mearon encima a causa del miedo.

Un soldado vasco relató a su padre la tensión de la espera: «Pensamos que nuestras vidas eran fenecidos, porque tanta era la pujanza de la gente que hasta las mujeres hacían burla de nosotros y nos hacían lástima de cómo nos habían de ganar». A los integrantes del pequeño ejército de españoles se les veía como a cadáveres andantes a los que ya solo restaba enterrarlos o, al estilo precolombino, colgar sus restos de los cerros.

Se dice que Atahualpa se decidió a caer sobre los españoles al saber que habían entrado en los templos repartiéndose el oro. Borracho, según algunos cronistas, el monarca inca avanzó hacia la ciudad con los guerreros en disposición de ataque. A dos tiros de arcabuz de llegar, un mensajero extranjero le informó de que Pizarro aguardaba al inca en la plaza principal de Cajamarca. Atahualpa preguntó en boca de uno de sus capitanes si es que estaban ya hartos de robar y forzar mujeres, mas el extranjero no entendió nada y regresó junto a los suyos, creyendo que la actitud del monarca seguía siendo conciliadora. A punto de anochecer,

Atahualpa entró en Cajamarca transportado en un palanquín de oro y plata adornado con plumas de papagayo por ochenta nobles y acompañado de una nube interminable de guerreros incas vestidos de forma vistosa y fiera. El general Rumiñahui y otros capitanes incas se desplegaron alrededor de la ciudad para impedir que ninguno de los españoles escapara con vida.

Según la versión de Pedro Pizarro, Atahualpa fue recibido por el fraile Vicente Valverde, junto a un soldado y un intérprete, quienes transmitieron al Inca la buena voluntad de los españoles una vez hubiera aceptado obediencia al emperador Carlos. Le hablaron de la religión católica leyéndole algunos fragmentos de la Biblia. Atahualpa reclamó ojear aquel libro de cerca y, al no poder abrirlo por estar cerrado, lo arrojó al suelo y exigió al soldado que le entregara su espada. A continuación, los insultó y los amenazó de muerte, lo que en palabras de Diego Trujillo se tradujo en un «ea, ea, que no escape ninguno». Una versión de los hechos que difiere según el cronista, pero en todos los casos destacan la poca templanza de Atahualpa y cómo el malentendido en torno a la Biblia fue el detonante. A ojos cristianos de la época, solo una ofensa así a la religión podía justificar que se desatara al instante un baño de sangre de aquellas dimensiones.

El gobernador Pizarro, vestido de arriba abajo con un traje de armas, dirigió a los veinticuatro hombres que estaban a su lado para atrapar a Atahualpa. En paralelo al audaz movimiento de Pizarro, la escasa caballería española cargó contra la masa de guerreros incas y desencadenó una trágica huida. Los españoles cayeron por sorpresa en la plaza. Los incas se chocaron entre sí y provocaron la caída de una pared de piedra que mató a cientos de hombres. La captura del monarca inca y los disparos de artillería a bocajarro contra la multitud desataron una espantada total: «Los aullidos que daban eran grandes, espantábanse y preguntábanse unos a otros si era cierto o si soñaban». Los miles de guerreros que aguardaban en el valle para entrar en Cajamarca tomaron las de Villadiego al ver la estampida. Como ocurrió a los aztecas en la batalla de Otumba, la

desaparición de la cabeza del ejército indígena fue crítica para mantener la formación.

La acción de ese día no supuso, como parece imaginarse por las fábulas europeas, la destrucción del Imperio inca. El proceso iba a durar más de cuarenta años y alargarse hasta varias generaciones después de Francisco Pizarro. Si bien el derrumbe se aceleró debido a la sorprendente parálisis que siguió al encarcelamiento de Atahualpa, que permaneció en Cajamarca con los honores propios de su rango. Incluso se hizo amigo de los españoles, con los que jugaba al ajedrez y a los bolos para matar el rato. Al Inca le ofrecieron liberarle si reunía un rescate en oro y plata procedente de todos los rincones del Imperio. La estancia donde fueron acumulándose estos tesoros se llenó a reventar en sus seis metros de ancho y tres de largo. En Cajamarca Pizarro se hizo con un tesoro valorado en 13.420 libras de oro y 26.000 libras de plata, que fueron fundidas sin tener en cuenta el valor artístico de las piezas allí acumuladas. No era la arqueología, que entonces ni existía, lo que había llevado hasta allí a aquel puñado de aventureros. Una vez apartado el quinto real reservado para la Corona, Pizarro cumplió su promesa de hacer ricos a los que le acompañaran hasta el Perú, repartiendo la fortuna entre sus hombres. Paradójicamente, Diego de Almagro no estaba entre los combatientes de aquella batalla y se le privó de participar del reparto, aunque se reservó una pequeña parte para pagar sus gastos. Más leña para alimentar el rencor que crecía en lo más hondo del tuerto y mal encarado Almagro.

El pago del rescate no salvó a Atahualpa de la muerte. Pizarro sabía que los incas todavía contaban con miles de hombres preparados para aplastarlos al mínimo síntoma de debilidad, por no mencionar a los generales leales al Inca que buscaban la forma de liberar a su monarca. En la que es sin duda la mayor sombra de su biografía, Pizarro consintió que se condenara a muerte al Inca acusado de esconder tesoros, alentar el complot y haber usurpado el trono a su hermanastro Huáscar. La leyenda negra, hoy asumida por los grupos indigenistas, quiere describir al extremeño como un

hombre sanguinario y cruel, instigador de la muerte de Atahualpa y de millares de incas. Su forma de proceder durante la conquista del Perú revela, por el contrario, que incluso asumiendo que era un hombre de su tiempo fue muy empático con la población inca y reclamó que se respetaran sus bienes. Su visión fue tan adelantada como para vislumbrar que el nuevo país resultante de las ruinas incas y el auge hispánico pasaba por el mestizaje, de ahí que él mismo, un soltero empedernido, tomara sucesivamente a dos mujeres nativas con las que tuvo varios hijos, a los que trató con gran cariño.

La ejecución de Atahualpa, que se salvó de ser quemado vivo por convertirse al cristianismo, hizo surgir lágrimas en los ojos del gobernador extremeño. No fue el único. Tanto Hernando de Soto como los hermanos de Pizarro creían que no era necesario ejecutarle o enviarle a España por el momento. Inés Muñoz, cuñada de Pizarro, aseguró que «nos ha afectado a todos este hecho, no lo comentamos, cada uno mastica su conciencia». La razón última para tantas prisas procedía del temor porque un ejército inca planeaba liberar al monarca, algo que Soto descubrió infundado durante una partida de exploración una vez ejecutado el Inca.

Al contrario, la muerte de Atahualpa revolvió a los incas. En Quito poderosos nobles se pusieron a disposición del general Quizquiz al conocer la noticia. Pizarro contestó invistiendo rey a Tupahualpa, títere de sus intereses, y apoyándose en los muchos enemigos del Inca fallecido. Para la conquista del resto del imperio Francisco Pizarro se valió de la ayuda de las maltratadas hordas del hermanastro de Atahualpa, Huáscar, y de pueblos sometidos por los incas, que estuvieron entusiasmados con la idea de vengarse de los oprobios sufridos. Conforme los españoles y sus aliados avanzaban a la ciudad real de Cuzco hallaron nuevas remesas de plata y oro transportadas hacia Cajamarca para pagar el rescate. La enorme cantidad de oro que encontraron en Hatun Xauxa daría lugar al dicho popular hoy vigente: «Esto es Jauja».

El avance hacia Cuzco fue lento y complicado, tanto como lo procuró el ejército inca levantado en Quito, que se dedicó a quemar puentes y pueblos del valle de Xauxa para evitar que los españoles pudieran aprovisionarse. Hernando de Soto y su caballería de vanguardia estuvieron cerca de ser masacrados. Al puro estilo del cinematográfico Séptimo de Caballería, incluido el sonido de trompetas, la ayuda de Diego de Almagro con refuerzos salvó a la vanguardia española del desastre.

Los rebeldes dirigidos por Quizquiz no se quedaron a las puertas de la ciudad real. Preferían quemar Cuzco antes de que se hicieran con ella los extranjeros, sobre todo porque la ciudad estaba dominada por los partidarios de Huáscar. Cuando el gobernador extremeño se percató de estas intenciones ordenó acelerar la marcha para llegar antes a Cuzco, una impresionante población con la traza de un puma sentado. A dos leguas de la urbe vieron una gran humareda salir de uno de los montes colindantes. Hernando de Soto, al mando de cuarenta jinetes, provocó la huida entre los rebeldes que habían prendido fuego al monte, que como era habitual le rebasaban en un número desproporcionadamente alto. En el mes de marzo de 1534 los españoles se hicieron con Cuzco y con los tesoros allí congregados, cerca de la cantidad de oro y plata obtenida en Cajamarca, que en esta ocasión sí pudo disfrutar Almagro.

Justo el gobierno de Cuzco sería uno de los principales motivos de controversia entre Almagro y Pizarro. El manchego aspiraba desde las capitulaciones de Toledo a tener su propia gobernación, lo cual ocurriría el 21 de mayo de 1534. A la ambigüedad en las cédulas reales que separaban las gobernaciones de Pizarro y Almagro se sumaba que Quito, al fin desalojada de rebeldes, era también reclamada por el adelantado Pedro de Alvarado, uno de los capitanes de Hernán Cortés. Diego de Almagro se reunió con Alvarado y le hizo entrar en razón. El adelantado accedió a venderle su armada y a que sus soldados se pasaran a las filas del manchego. Una decisión que iba a resultar fatal, porque bastante resabiados y

hambrientos estaban ya los hombres de Almagro como para sumar a más hombres desheredados.

LOS VIEJOS SOCIOS SE ENFRENTAN A CUCHILLO

Francisco Pizarro quedó impresionado con la ciudad de Cuzco, como el resto de españoles, pero vio en su lejanía respecto al mar un obstáculo para hacerla sede de su gobernación. El extremeño, en tanto, fundó la Ciudad de los Reyes junto al río Rímac después de desechar muchos otros lugares, tras lo cual se dedicó en cuerpo y en alma a hacerla florecer, siguiendo al milímetro las cuadrículas dibujadas en un papel. Es por este motivo por el que, cuando Almagro acudió con los ánimos inflamados a Cuzco reclamando que la ciudad estaba en los límites de su gobernación, se las tuvo que ver con Gonzalo y Juan Pizarro, designados responsables de la ciudad. La urbe se dividió en dos bandos.

Durante días se sucedieron las refriegas, pero el 11 de junio de 1535 cesaron al hacer acto de presencia entre vítores el héroe Francisco Pizarro, que en solo una semana cruzó los Andes centrales a caballo. A esas alturas el de Trujillo era una auténtica leyenda en América y su mera figura bastó para calmar los ánimos. Almagro y Pizarro se abrazaron, por última vez en su vida, y pactaron una solución salomónica: el manchego partiría cuanto antes hacia los misteriosos parajes de Collasuyo, en Chile, y en caso de que no se pudieran poblar aquellas tierras Pizarro le cedería parte de su gobernación. Todo ello, en cualquier caso, a la espera de que el emperador Carlos aclarase los límites entre ambos.

El 3 de julio Almagro salió de Cuzco al frente de 560 españoles y 15.000 guerreros nativos al mando de otro hermanastro de Atahualpa. Ávido de más acción, Hernando de Soto se ofreció a ir con ellos a Chile, que se antojaba una tierra llena de tesoros; pero el propio Almagro se lo impidió por desconfiar del hábil capitán de caballería. Y mejor para él. De regreso a España con una enorme fortuna, fue colmado de honores y, cuando se cansó de la vida

cortesana, asumió el cargo de gobernador en Cuba y se internó más tarde en La Florida. En cualquier caso, en Chile no faltaron los hombres de calidad, sino la suerte. Almagro invirtió todos sus ahorros en la aventura y durante más de dos años recorrió junto a sus hombres las regiones de Bolivia, Chile y Argentina, si bien únicamente halló parajes desérticos. En el desierto de Atacama el sol abrasaba por el día y la oscuridad helaba por la noche. Por no mencionar la presencia de los feroces nativos mapuches, uno de los pueblos llamados a ser el enemigo más persistente del Imperio español en las siguientes décadas.

La aventura de Almagro fue la oportunidad perfecta para que se produjera un levantamiento inca instigado por el sustituto de Tupahualpa. Con la precipitada salida de Pizarro de Cajamarca, quedó sellada la suerte del hombre colocado por él en el trono inca. Tupahualpa fue envenenado por los suyos, a lo que los españoles replicaron elevando a otro monarca que creían fácil de manipular y enemistado con los rebeldes procedentes de Quito, un medio hermano de Huáscar llamado Manco. Poco después de la conquista de Cuzco, el nuevo Inca juró lealtad al emperador Carlos y Pizarro le situó en una bonita jaula de oro. Sin embargo, Almagro y el Manco Inca estrecharon lazos en los siguientes meses. Él fue quien le sugirió que en Chile daría con grandes riquezas e incluso le ayudó a levantar un ejército indígena para que le acompañara en esta empresa. Lo que desconocía el gobernador de Nueva Toledo es que Manco Inca había acordado que los soldados incas exterminaran a todos los españoles cuando estuvieran en las áridas tierras de los desiertos chilenos. Con esto, la expedición resultó un desastre desde el principio y no hubo ocasión para que se consumara la traición. Los indígenas estaban tan debilitados como los españoles y sus intenciones permanecieron ocultas.

Mientras esperaba que las fuerzas de Almagro fueran apuñaladas por la espalda, Manco Inca trató de fugarse varias veces de Cuzco y organizó un complot de nobles incas contra los españoles. Se había dado cuenta de que su poder era nominal; de

que sus compatriotas realizaban todos los trabajos abusivos en las ciudades y los campos; y de que ya no necesitaba a los españoles para vengarse de los enemigos de Quito, pues los generales de Atahualpa habían sido todos vencidos. Hernando Pizarro, máxima autoridad en la ciudad, dio de forma inexplicable permiso a Manco Inca para salir de Cuzco en vísperas de que, el 3 de mayo de 1536, la ciudad apareciera rodeada por un ejército de unos 200.000 hombres que «parecían un paño negro» cubriendo los campos de alrededor. Los españoles de las poblaciones cercanas a la capital fueron masacrados sin la menor clemencia.

Con Francisco Pizarro en la Ciudad de los Reyes y Almagro en Chile, la guarnición de españoles en Cuzco se reducía a 250 personas, de las que solo un centenar eran aptas para combatir. A eso había que añadir, no obstante, a unos dos mil indígenas enemistados con los incas. Durante el cerco, la comida no tardó en agotarse y los incas estuvieron a punto de tomar toda la ciudad, incluida la fortaleza clave de Sacsayhuamán. En la defensa de esta fortaleza recibió una pedrada en la cabeza Juan de Pizarro, que en el plazo de dos semanas falleció. El asedio de Cuzco duró más de un año por la incapacidad de Francisco de organizar un rescate en condiciones. El gobernador del Perú lanzó una llamada de auxilio a los gobernadores de Panamá, Guatemala y México: ¡toda la tierra ganada estaba en riesgo! A la congoja sufrida por temer que todos sus hermanos habían muerto, se sumó la frustración de que tres oleadas de soldados enviadas en su auxilio fueran vapuleadas por las inclemencias y las emboscadas nativas.

El caos vivió su momento de máximo fragor cuando fue cercada la propia Ciudad de los Reyes. El 5 de septiembre 50.000 incas invadieron el margen derecho del río Rímac y pronto comenzaron los ataques a la ciudad. Era una marea marrón de penachos de plumas, estandartes de guerra, hachas y armas de bronce. Cargaban a gritos contra la escasa línea española, y poco después volvían a gritar y repetían el ataque. La situación obligó al extremeño a enfundarse su armadura desgajada. A sus cincuenta y ocho años, Francisco Pizarro

ya no tenía la fuerza de otro tiempo. Siendo jóven su gran altura, su mirada penetrante y su enorme resistencia le habían convertido en un temido infante. Pero ahora los años habían caído sobre sus hombros. Se armó como pudo y se subió a su caballo al frente de una pequeña fuerza de veinte jinetes.

Después de seis días de hostigamiento determinaron los incas asaltar la ciudad, de modo que Pizarro volvió a emplear la misma estrategia que en Cajamarca. Ordenó a los soldados españoles que se atrincheraran en los edificios de la plaza principal y aguardaran a que las huestes se internaran hasta la cocina. Y también aquí el resultado fue el mismo. La emboscada noqueó a los incas y en el combate murió el general destinado por el Inca Manco. Aquel asalto fracasó sin que, por ello, los nativos renunciaran a mantener el cerco desde los altos cerros.

El 12 de octubre un ejército de guerreros aupado por la madre de Inés Huaylas, la princesa inca unida con Pizarro, rompió el bloqueo cuando arreciaba el hambre; 300 españoles acudieron poco después a la Ciudad de los Reyes respondiendo a la petición de auxilio. Liberados del asedio, Francisco Pizarro y la fuerza de rescate se dirigieron a levantar el cerco sobre Cuzco. A pesar de todo, no fue posible liberarla hasta el 29 de mayo del siguiente año. La desmotivada expedición de Almagro volvió a la ciudad en esas fechas y los incas se retiraron, frustrados por no haberse podido imponer a una fuerza tan pequeña.

Los cronistas afirman que los indígenas achacaron su derrota a la presencia de una señora vestida de blanco que apagaba todas las flechas encendidas con sus manos, y a un hombre de barba blanca con el hábito de Santiago que cabalgaba en un caballo blanco… Una explicación mitológica para ocultar que los incas estaban mal equipados, entorpecidos por la compañía de sus mujeres e hijos y carecían de un líder tan carismático como el fallecido Atahualpa a la hora de dirigir los combates. Manco Inca se internó en la selva una vez consumado el fracaso y desplegó en los siguientes años una guerra de guerrillas muy incómoda para los españoles.

Como un muñeco desgajado cuyos hilos mueven otros a su espalda, Diego Almagro regresó de la desastrosa expedición en Chile cargado de rencor y con la mente trastocada. Varios de sus oficiales se aprovecharon de que la sífilis y los estragos de la campaña habían secado el seso de Almagro para manipularle a voluntad. Había salvado Cuzco con su llegada; y ahora exigía que se le compensara con la ciudad y con más tierras, sin saber, irónicamente, que en su gobernación estaban las lucrativas minas de plata de Potosí y Poopó. Si el rencor le hubiera dejado ver más allá habría disfrutado en Nuevo Toledo de la verdadera joya de la Monarquía Hispánica, una fuente inagotable de riquezas, en vez de condenarse a una muerte brutal.

El manchego tomó Cuzco durante una tregua en la que se esperaba aclarar a quién pertenecía la ciudad y puso bajo prisión a Hernando y Gonzalo. Si bien, este último logró huir en un golpe de suerte para unirse al ejército de su hermano. A continuación, Almagro planeaba tomar prisionero a Francisco con un ejército que consideraba superior al de su rival y en el que estaban integrados miles de indígenas desde la expedición a Chile. Pero el manchego subestimaba a las fuerzas de Pizarro, entre cuyas tropas estaban hombres bien equipados con armas europeas, venidos de todos los rincones hispánicos de América para romper el cerco de Cuzco.

Su fuerza era considerable y creía actuar en nombre de la legalidad. Francisco Pizarro escribiría a Carlos V contándole la traición de su antiguo socio con una narración de los sucesos en la que Almagro aparecía como un obstáculo para la conquista y pacificación de todo el Perú: «Antes perderé yo la vida y mi estado a que yo dé ocasión a que Su Majestad sea deservido».

El 13 de octubre de 1537 Francisco Pizarro y Almagro se vieron en un terreno neutral para zanjar sus diferencias. Esta tensa reunión se malogró sin avances cuando el arisco socio de Pizarro huyó al sospechar que se trataba de una emboscada. Sí, el extremeño había apostado unos arcabuceros en un cruce, pero no dio orden de atacar. El choque era inevitable y los abrazos cosa de otra década,

incluso cuando Almagro en contra del criterio de sus capitanes liberó a Hernando a cambio del pago de un rescate. Un error que iba a costarle caro: el resentimiento del hermano de Francisco por las humillaciones sufridas durante su cautiverio igualaba al de los almagristas, lo que no era poco. En la batalla de Las Salinas (26 de abril de 1538), Hernando Pizarro se valió de unas tropas con mayor potencia de fuego para vencer a las huestes de Almagro, al que cogió prisionero y condenó a muerte.

El conquistador manchego suplicó por su vida, a lo cual respondió Hernando: «Sois caballero y tenéis un nombre ilustre; no mostréis flaqueza; me maravillo de que un hombre de vuestro ánimo tema tanto a la muerte. Confesaos, porque vuestra muerte no tiene remedio». Almagro fue ejecutado el 8 de julio de 1538 en la cárcel por estrangulamiento de torniquete y su cadáver decapitado en la Plaza Mayor de Cuzco. Francisco Pizarro no participó en el proceso contra su viejo socio e incluso derramó lágrimas al conocer la noticia, lo cual no significa que hubiera actuado de forma distinta que su hermano. Tras la ejecución, despojó de sus tierras al hijo de Almagro y le cerró el acceso al cargo que había ostentado su padre, gobernador de Nuevo Toledo (Chile), pese a lo cual le aceptó en Lima junto a muchos de los almagristas.

LA MUERTE NO ES EL FINAL

En su último año de vida, 1541, Francisco Pizarro parecía que iba a gozar al fin de los dulces frutos de sus conquistas. A pesar de los fantasmas que le perseguían a sus sesenta y tres años, el extremeño vivía feliz en su recién construido Palacio de los Reyes junto a la bella Angélica Yupanqui. A su lado observaba al estilo jubilado cómo crecía la ciudad que sería conocida como Lima, vocablo indígena del río Rímac. Seguía en posesión de una vitalidad prodigiosa, jugaba a los bolos y a la pelota a diario, así como continuaba con sus hábitos y vestimentas austeras. «Usaba un sayo de paño negro con los faldamentos hasta el tobillo y el talle a los medios pechos y unos

zapatos de venado blancos y un sombrero blanco y su espada y su puñal a la antigua», describe Agustín de Zárate sobre la despreocupada ropa de Pizarro, que vestía a la antigua, esto es, como cuando salió de España. Pero al igual que Julio César, la clemencia de Pizarro iba a ser su perdición, porque los ociosos, empobrecidos y rencorosos almagristas no tardaron en tramar una venganza contra los hombres que consideraban responsables de su ruina. Los llamados «caballeros de la capa» planeaban vengarse del anciano de Lima.

Advertido de la conspiración, Pizarro aumentó la seguridad en su palacio y el 26 de junio de 1541 pidió que se oficiara misa en su residencia, sabiendo que una veintena de almagristas le esperaban junto a la iglesia para coserle a cuchilladas. No obstante, al ver que permanecía en su palacio, el grupo armado congregado en torno al hijo de Diego Almagro, del mismo nombre que su padre, se dirigió allí al grito de «¡viva el rey, muera el traidor!», provocando una enorme espantada entre los acompañantes del conquistador del Perú. Relata Pedro Pizarro que «todos los que se hallaban en la sala salieron corriendo, incluso el teniente gobernador Juan Velázquez con su vara de mando en la boca, y que se tiraron por las ventanas que daban al río Rímac... dejando solos al gobernador, a su hermano y a dos pajes».

El héroe extremeño se defendió «bravamente» y fueron necesarias al menos veinte heridas de espada para acabar con su vida y otras tantas para su hermano Martín. El viejo conquistador y sus hombres lograron matar a dos almagristas antes de perecer agotados. Una estocada en la garganta le dejó agonizante en el suelo, donde a duras penas pronunció el nombre «¡Jesús!» e hizo una cruz en el suelo. Estudios modernos del antropólogo forense Edwin Greenwich han confirmado que el rostro del extremeño quedó desfigurado: recibió una estocada que indica que le vaciaron el ojo izquierdo y otro corte recto en el pómulo derecho.

Los agresores obligaron a las autoridades de Lima a nombrar gobernador al joven Diego Almagro, mientras Francisco Pizarro fue

enterrado de forma clandestina en un patio de la catedral de la ciudad. Pero los almagristas quedaron lejos de tomar ventaja en esta guerra civil entre conquistadores. Con Hernando preso en España, a causa del pleito con Almagro, y Gonzalo en una expedición en el País de la Canela; los pizarristas y el gobernador y juez Vaca de Castro aún tardarían en reagruparse. El conflicto se prolongó durante años y obligó incluso a la Monarquía Hispánica a tomar partido. La victoria de los realistas sobre los almagristas en septiembre de 1542 recuperó el prestigio de los Pizarro. Así y todo, el hermano menor del conquistador, Gonzalo Pizarro, provocó una segunda rebelión contra las nuevas leyes de Indias años después, en la que incluso pretendió proclamarse rey del Perú una vez se hubiera casado con la hija que Francisco tuvo con la princesa inca Inés Huaylas.

Al final solo la imagen del patriarca sobrevivió a la caída de prestigio de su familia en el Nuevo Mundo, donde la Corona no estaba dispuesta a que las ambiciones particulares amenazaran la prosperidad del lucrativo Virreinato del Perú, fundado con este nombre por real cédula el 20 de noviembre de 1542. La hazaña de Francisco Pizarro y sus aventureros inició la incorporación al Imperio donde nunca se ponía el sol de un territorio ocho veces más grande que España. O lo que es lo mismo: casi cinco millones de kilómetros cuadrados. Pero como el ferrocarril a su llegada al Lejano Oeste, los aventureros y buscavidas como el extremeño fueron progresivamente sustituidos por funcionarios y comerciantes de mejor presencia, mientras que las fuerzas hispánicas cercaron en pocos años a los últimos herederos incas. La era de los conquistadores sobrevivió poco tiempo a la caída del Imperio inca.

3

JULIÁN ROMERO, EL ENCANTADO

En el momento de su muerte, a Julián Romero le faltaba un ojo, una pierna, un brazo y no escuchaba bien de un oído. El soldado conquense, además, había perdido a un hijo, tres yernos y cuatro hermanos luchando en la milicia. Las cicatrices recorrían de arriba abajo su cuerpo, a modo de tatuajes de las guerras libradas durante toda una vida. Un tipo indestructible. También los Tercios de Flandes tenían su particular medio hombre. Pero el hallazgo más sorprendente en su cuerpo era que, al abrirle el pecho, apareció un corazón de gran tamaño y peludo… Lo mismo que el romano Mesenio, de quien se decía que había dado muerte a 300 espartanos de su propia mano, como otros héroes mitológicos con pelo en el corazón. Una enfermedad cardiaca de algún tipo que da pie a la frase más heroica que se puede proclamar de un militar: el corazón de Romero era tan grande que no le cabía en el pecho.

Ante la necesidad de afrontar una interminable serie de campañas militares, Carlos V sacó el máximo provecho de su mayor activo militar, las coronelías castellanas, y puso las bases de los primeros tercios en 1534. La fama de esta infantería tras las campañas italianas arrojó a las banderas de alistamiento a antiguos soldados, labriegos, campesinos, hidalgos, nobles e incluso niños.

Hasta que la corrupción y la obsesión por la limpieza de sangre terminaron por quebrar el sistema en el siglo XVII, los Tercios de Flandes ofrecían una oportunidad en igualdad de condiciones independientemente de la clase social.

Natural de Torrejoncillo del Rey (Cuenca), un adolescente imberbe llamado Julián Romero de Ibarrola trató de escapar de la miseria a través de esta oportunidad. Su padre tenía raíces vascas a través del Señorío de Vizcaya y vivía como maestro de cantera en el pueblo conquense de su esposa, entonces llamado Torrejoncillo de Huete, cuando murió corneado por un toro y dejó a su familia presumiblemente en una situación precaria.

Julián, como se le llamaría años después en la Corte sin necesidad de dar su apellido, encabezaría la primera generación de soldados de los tercios. Con dieciséis años, el joven huérfano ingresó en la mítica infantería en calidad de mochilero y ayudante de algún soldado. Dada su minoría de edad, le estaba reservado este puesto bisoño que se encargaba de transportar parte de los pertrechos de los soldados y de hacer las veces de aguador en asedios y combates. Otra modalidad para imberbes como Romero era la de mozo de tambor, esto es, el que toca este instrumento para marcar el paso de la infantería.

En torno al ejército castellano revoloteaba toda una nube de estos granujas, que se vinculaban a una compañía, e incluso recibían un pequeño sueldo, hasta poder ingresar en el oficio de las armas. Una vez lo hizo, Romero pasó a ser lo que los soldados de la época llamaban un bisoño, palabra que procede de la expresión italiana «fa bisogno» («hay necesidad»). Los nuevos soldados entraban en sus inicios como picas secas, lo que equivalía a sostener las largas picas en combate, sin yelmo y sin coraza. A partir de entonces corría de su cuenta hacerse con un yelmo o un morrión (el característico casco de acero en forma de media almendra), además de un peto de cuero o acero, que aumentaran sus posibilidades de supervivencia. Otra opción era que se compraran un arcabuz o un mosquete, lo que incrementaba su sueldo porque tenían que pagar ellos la pólvora y la

munición casi siempre de su bolsillo. La expresión «disparar (o tirar) con pólvora del rey» hace referencia a lo excepcional, y oportuno, de que la Corona facilitara a veces esta pólvora.

Julián Romero tuvo su bautizo de pólvora en la campaña de Túnez de Carlos V, tras un periodo de instrucción en Italia. En 1535, el monarca trasladó la guerra al Norte de África con el objetivo de acabar con la base predilecta de una dinastía de piratas turcos apodados Barbarroja, cuyos padres eran un albanés secuestrado cuando era niño por los turcos y una española también cautiva. El joven Romero debió maravillarse ante el despliegue militar más impresionante de los muchos que realizó Carlos V. Atrajo a Túnez a toda la alta nobleza de Castilla y a algunos de los personajes más ilustres de los Países Bajos e Italia, vestidos de oro y plata, así como a un contingente internacional procedente de todos los rincones de sus reinos. Encabezado por el propio Carlos, el ejército desembarcó en junio de 1535 en la antigua Cartago y, bajo un sol abrasador, puso cerco a la fortaleza de La Goleta, que sigue siendo hoy la llave de la ciudad y del puerto de Túnez. Con la llave en la mano, el emperador asaltó la ciudad a finales de ese mismo mes y se hizo con su ansiada victoria en África, tal vez la única reseñable aquí de su carrera y la que le proclamó *Dux africanus*. No obstante, la huida de Jaredín Barbarroja dejó la cruzada huérfana. Cuando hubo terminado la costosa ofensiva imperial, el corsario se limitó a trasladar sus bártulos de pirata de Túnez a Argel.

Romero coincidió en Túnez con numerosos nobles flamencos y tal vez aquí asumió su vocación internacional. A partir de 1538 sirvió en el entonces manso Flandes, que años después se convertiría en un fangal de turbulencias. El territorio natal del emperador era un conjunto de provincias con gran independencia entre sí y bajo el control de una nobleza todavía anclada en la Edad Media. La modernización que estaba en marcha en los reinos hispánicos y en Francia, con la creación de los cimientos de un estado moderno, resultaba indiferente en los Países Bajos. Carlos V, a diferencia de lo que luego haría su hijo, ni se molestó en intentar domar a su

nobleza y delegó el gobierno en su hermana María de Hungría, que dio a este territorio uno de sus momentos de mayor esplendor. Así las cosas, el verdadero peligro en aquellos años eran las perennes aspiraciones galas sobre varias de las provincias de los Países Bajos, cuya zona limítrofe con Francia contaba con grandes similitudes culturales y sociales. Cada una de las guerras periódicas que enfrentaron al Imperio español con Francia involucró, especialmente, al norte de Italia, a la frontera vasca y al sur de los Países Bajos, aun cuando los vasallos de los Países Bajos abogaban por mantenerse neutrales en estas disputas. Francisco I de Francia sabía bien que si quería ganar a su enemigo íntimo debía dividir a las tropas hispánicas en distintos fuegos.

Durante la cuarta guerra entre Carlos y Francisco, Romero estuvo implicado en la defensa de los Países Bajos dentro de la compañía de Hernando de Acuña. Francisco I mordió primero invadiendo Luxemburgo y atacando Perpiñán; a lo que los españoles replicaron con un contraataque en Flandes y con otro en la parte alemana. El conquense participó en el asalto y toma de la inexpugnable plaza de Duren (Alemania), en 1543, frente a las tropas del duque de Cleves-Julich, el mayor aliado de Francisco I de Francia entre los nobles alemanes. Ante una de las murallas más imponentes de Europa, la artillería imperial solo consiguió abrir pequeñas brechas por las que fueron incapaces de pasar los soldados españoles e italianos. La ingeniosa respuesta de los españoles fue escalar la muralla, desafiando un terrible fuego enemigo y sufriendo graves bajas.

Avergonzados y derrotados, los franceses y los alemanes justificarían la pérdida de esta plaza, según el cronista fray Prudencio de Sandoval, porque los atacantes no eran humanos comunes, sino «diablos, que los españoles eran unos hombres pequeños y negros que tenían las uñas y los dientes de un palmo y se pegaban a las paredes como murciélagos, de donde era imposible arrancarlos». Ya entonces se temía a los españoles como expertos en los asaltos a plazas por su enorme resistencia y arrojo. Y ya

entonces Romero empezó a acumular heridas en su cuerpo por exponerse a graves peligros en estos ataques a pecho descubierto.

SIR ROMERO DE CUENCA

A golpe de pica y arcabuz, el castellano fue subiendo escalones. De cabo a sargento; de ahí a alférez y, luego, a capitán. Bastó para ello su talento como soldado y su liderazgo. En los tiempos de Romero, los ascensos en los tercios estaban basados en certificados de experiencia y antigüedad, no así en recomendaciones o en la tonalidad de la sangre. Ni siquiera proceder de la nobleza aseguraba, salvo excepciones, el mando de entrada. Todos empezaban desde cero y hasta un niño hambriento de Cuenca podía pasar en solo diez años de ser un paje a capitán. Este prestigioso cargo militar se encargaba del mando y disciplina de una compañía, un grupo de 250 soldados. La parte estratégica estaba reservada al general y al maestre de campo, pero muchas decisiones tácticas quedaban al criterio de lo que cada capitán decidiera sobre la marcha. Se esperaba de estos que no rehusaran nunca la primera línea de combate.

El capitán Julián Romero acudió a Inglaterra en condición de mercenario del monarca Enrique VIII, cuya alianza con España se había renovado a partir de la muerte de su anterior esposa, Catalina de Aragón. El monarca español recibió con tristeza la noticia sobre el fallecimiento de su tía, sobre todo cuando sonaron rumores de envenenamiento, pero en cierta forma fue una liberación. En términos de política pura y dura, el cisma iniciado por Enrique VIII a raíz de su divorcio le alejó de la esfera de Carlos V y le acercó a la de Francisco. Ahora, sin el espinoso asunto de por medio y con Ana Bolena descabezada, Carlos podía sumar de nuevo los esfuerzos ingleses a su interminable guerra. Harto de las injerencias francesas en Escocia, el monarca inglés accedió, por su parte, a romper sus relaciones con Francia e invadir a su anterior aliado en una acción coordinada con Carlos. Al frente de un voluminoso ejército, el

emperador estuvo a punto de caer sobre París, en septiembre de 1544, mientras parte de las tropas galas estaban entretenidas en el norte con los ingleses. Incluso después de que Carlos y Francisco firmaran por esas fechas la paz de Crépy, Inglaterra siguió la guerra en solitario dos años más.

La unidad de un millar de españoles al mando de Pedro de Gamboa fue empleada por el monarca —frustrado por la mala calidad de la infantería británica— para sus campañas en Escocia y contra Francia. En enero de 1546, Romero estuvo presente en la defensa de Boulogne, cerca de Calais, donde el ataque fallido forzaría a un desfondado Francisco I a firmar la paz con Enrique en el verano de ese mismo año. Como era habitual en la época, y más entre oficiales castellanos, los duelos se acumularon en la hoja de servicios de Romero. En cierta ocasión, estando en Boulogne, un aventurero desertor español que combatía con los franceses retó a Gamboa a probar su honor, lo que el capitán Romero aceptó en nombre de su maestre de campo. Un caballero inglés, sir Henry Knivet, se encargó de proporcionarle el equipo y le apadrinó en un acontecimiento que «provocó irrisión y burla» entre los presentes. Al inicio de la justa, el caballo del conquense fue herido y, con la espada también extraviada, se vio obligado a combatir únicamente con una daga.

Durante tres horas, Romero se defendió a duras penas detrás del cadáver de su montura, en un combate deslucido. El español al servicio de Francia le incitó entonces a rendirse, porque «no te quiero mal, señor Juliano» (una frase que se convirtió en un dicho corriente en la Corte francesa para cuando alguien quería rehuir la lucha). Otros más grandes y habilidosos que él sí querrían matar a Romero en el futuro y, en cambio, no podrían… Pero a punto de perder, se revolvió con la daga, al estilo español, para lograr la victoria sobre el lenguaraz desertor. El mismísimo rey inglés, gran admirador de las justas medievales, premió su gesta con un mayorazgo en tierras, una renta de 150 libras anuales y su aprecio.

En las islas inglesas, el capitán castellano participó también en la invasión de Escocia, concretamente en la célebre (toda la historia inglesa lo es por empeño de su poderosa propaganda) batalla de Pinkie, librada el 10 de septiembre de 1547. La contienda es hoy en día recordada por ser la última batalla campal entre escoceses e ingleses y, quizá, la primera moderna en suelo británico. La derrota escocesa fue de entidad: casi 15.000 muertos y 2.000 prisioneros, lo que sumió este reino en la indefensión. Sobre los méritos de Romero debieron de ser elevados, puesto que el comandante inglés le nombró caballero sobre el campo de guerra. La Corona inglesa le ascendió con presteza de maestre de campo a sir y *banneret*. Lejanas sonaban entonces las estrecheces en Torrejoncillo del Rey para un auténtico caballero inglés con vasallos bajo su bandera (*knight having vassals under his banner*).

Por muchas mercedes que recibiera, el servicio como mercenario de Julián Romero a la Casa Tudor tenía fecha de caducidad. Al fin y al cabo, el castellano solo había acudido a Inglaterra por orden de su verdadero monarca, Carlos V, ya en proceso de retirada de la vida política, y él en verdad «no quería servir a herejes». Tras más de una década al servicio de los intereses ingleses, Julián Romero fue recibido con los brazos abiertos en los ejércitos hispánicos. En Flandes entró como capitán de las tropas que protegían este territorio al mando de Guillermo de Orange, lo que no deja de ser una grotesca ironía, dado que este mismo Orange sería el famoso líder rebelde contra el que combatirían Romero y sus camaradas durante décadas. En 1554, conoció además al hijo de Carlos, el futuro Felipe II, todavía príncipe de Asturias, y le acompañó en su viaje a Inglaterra para que se casara con la hija de Enrique VIII, María Tudor. Como rey consorte de Inglaterra en ese momento, el monarca vio un filón en el conocimiento de la lengua y la cultura inglesa que tenía Romero. Sobre todo en un país que, según los acompañantes del monarca, estaba lleno de enemigos de la nación española.

Se dice que durante el viaje el soldado castellano evitó un atentado contra el príncipe y despachó con la espada a cinco magnicidas. Un episodio heroico que, como todo este viaje a Inglaterra, debe ser puesto bajo cuarentena ante la posibilidad de que en esas fechas Romero estuviera prisionero en Dinant. El conquense había demostrado una fortaleza y un talento belicoso fuera de lo normal, no así que pudiera teletransportarse y estar en dos sitios a la vez. Pierre de Bourdeille relata que, según le contó el propio Julián, estuvo presente durante el sitio de la ciudad de Dinant (Bélgica) por parte de los franceses y fue el encargado de parlamentar la rendición de la plaza cuando ya no se podían defender más que ruinas. Romero se plantó frente al mando francés para reclamarle condiciones más favorables «hacia nosotros soldados españoles, recogiéndonos y tratándonos no como vencidos, más bien que padecer alguna deshonra y afrenta». Quería abandonar la ciudad y rendir su compañía, siempre y cuando se le permitiera salir con sus banderas y sus armas. Una petición a la que el condestable de Francia respondió con igual brusquedad: «En verdad, buen señor, me divertís, y tendría gracia que el tomador quedase por tomado y el vencedor por vencido; y que quien hace temblar tierras y mares cediese en reputación de armas a un pajarillo como vos…».

A pesar de las violentas palabras del francés, que incluyó una amenaza de soga, Romero insistió en que al menos se les autorizara a doce españoles a conservar las armas. Impaciente, el condestable engañó al resto de españoles haciéndoles creer que el capitán abogaba solo por él y sus amigos cercanos, a lo que, engañados, salieron a la vez que los alemanes y flamencos desarmados. Romero quedó preso por su bravata.

DE SAN QUINTÍN A GRAVELINAS, ROMERO DESATADO

Felipe II, inmerso en otro episodio de las guerras contra Francia, le designó maestro de campo y caballero de Santiago (en 1558) en

cuanto fue liberado mediante el pago de un rescate. No era Felipe II, ni mucho menos, de aquellos que dieran algo sin esperar recibir el doble a cambio... Aunque el rey apostaba por la paz con Francia, nada pudo hacer para evitar el reinicio de las hostilidades en 1556. El nuevo Papa, de origen napolitano, Paulo IV, detestaba a los españoles, de los que decía ser «simiente de judíos y de moros». Enrique II de Francia, hijo de Francisco I, no tardó en acudir a la llamada del Papa para inmiscuir sus armas con los aliados italianos de Felipe II. Nuevos rostros para viejas rivalidades. Simultáneamente, una flota turca (aliada con el Papa y con Francia) realizó una ráfaga de ataques sobre las costas de España y sus aliados. Todos sus enemigos, varios príncipes italianos incluidos, se arrojaban rabiosos sobre el inexperto rey para darle la bienvenida.

El rey ordenó sendos contraataques: uno en Italia y otro en el norte de Francia. Desde Italia, el mejor general español, el gran duque de Alba, entonces virrey de Nápoles, se lanzó a rebajar las venenosas aspiraciones del papa Paulo IV en una campaña que situó sus tropas a las puertas de Roma. En el norte de Francia, por su parte, el ejército hispánico tomó el camino de París. 42.000 hombres, dirigidos por el duque de Saboya, Manuel Filiberto «Cabeza de hierro», invadieron Picardía y pusieron bajo sitio la ciudad de San Quintín, cuya posición servía de parapeto a París. En esta plaza solo había unos centenares de soldados, pero entre el río Somme, la laguna y los muros de alrededor albergaba una poderosa defensa. En medio del río y los pantanos se situaba una zona de tierra, llamada el arrabal de la Isla, que era la única comunicación de San Quintín con este margen del río. El paso era difícil, se hacía a través de un estrecho puente, llamado de Rou, que además estaba fortificado.

Sin reparar en ello, el 2 de agosto de 1557, las compañías españolas comandados por Julián Romero y Candolenet se apoderaron del arrabal de la Isla, cuya guarnición no tuvo tiempo de responder, salvando los fosos y las baterías defensivas. La réplica francesa fue enviar al almirante Gaspar de Coligny al mando de un

contingente de socorro formado por apenas 500 hombres, que logró introducirse en la ciudad durante la noche del 3 de agosto. Además, el condestable Anne I de Montmorency, con un ejército de 28.000 hombres (incluidos unos 6.000 jinetes), acudió a ayudar a la ciudad sitiada. Los atacantes estaban atrapados entre dos ejércitos.

El desprecio que Montmorency profesaba a Manuel Filiberto le llevó a subestimar el poder militar que este tenía a su alcance. El ejército hispánico formaba a su derecha con soldados españoles y alemanes a las órdenes del capitán Alonso de Cáceres; el ala izquierda quedaba reservada para el legendario Tercio de Saboya, encabezado por el maestre de campo Alonso de Navarrete; mientras que el centro, liderado por el capitán Julián Romero, contaba con presencia española, borgoñesa e inglesa. Asimismo, la caballería hispánica, que iba a jugar un papel determinante en la contienda, corría a cargo del temerario conde de Egmont.

Los sucesos se precipitaron el 10 de agosto de 1557, festividad de San Lorenzo, cuando la vanguardia francesa trató de cruzar el río Somme para unirse a la guarnición de San Quintín. La caballería de Egmont lo impidió y obligó a los franceses a replegarse a una zona boscosa cercana. Montmorency dio entonces la orden de retirada para evitar la lucha campal, pero Romero y sus arcabuceros entorpecieron desde el puente la vuelta a la otra orilla. El lento repliegue de los franceses, con los cañones a la cabeza, permitió al duque de Saboya cerrar su puño sobre el objetivo. Apenas formada la defensa francesa, la caballería cargó contra los carromatos, sin dar tiempo a la caballería gala para organizar un contraataque. Mientras tanto, los cuadros de arcabuceros españoles, siempre ágiles en lo referido a movimientos tácticos, sembraron el caos en todas las líneas, causando la rendición en bloque de los 5.000 mercenarios alemanes de la vanguardia francesa.

El choque de tropas se resolvió de un plumazo. En menos de una hora, la infantería de Montmorency fue derrotada por el grueso del ejército del duque de Saboya, que hasta ese momento no había entrado en batalla. Al menos 5.000 soldados franceses perecieron en

una jornada donde «había tantas moscas azules y verdes emergiendo de sus cadáveres, fecundadas por la humedad y el calor del sol, que cuando remontaban en el aire ocultaban el sol». Dispuesto a morir con honor, el anciano Montmorency buscó el cuerpo a cuerpo, hasta que un soldado castellano llamado Pedro Merino de Sedano le hirió en un muslo y le hizo su prisionero. Romero también participó en la caza mayor que siguió a la batalla. Sus arcabuceros capturaron al conde de Coligny, cabeza de los hugonotes franceses. Un trofeo heroico para compensar que en San Quintín le reventaron la pierna con un mosquete. La primera evidencia para sus enemigos de lo exasperantemente difícil que iba a ser matar al conquense.

San Quintín se antojaba la estación final de aquella guerra, tanto que Felipe II aprovechó esta victoria para levantar en su conmemoración el Real Monasterio de El Escorial. Una excusa como cualquier otra, pues los acontecimientos demostraron que Francia aún guardaba una bala en la recámara. Al siguiente año, Enrique II reclutó un nuevo ejército en la Picardía, que puso en manos de Luis Gonzaga-Nevers, y pidió al sultán otomano que mantuviera ocupada a la flota española. Pero, sin duda, el momento más peligroso para los intereses del Imperio español vino a través del señor de Thermes, que apuntó con otro ejército —formado por 12.000 infantes, 2.000 jinetes y mucha artillería— al corazón del mismísimo Flandes. Los esfuerzos por revertir la situación corrieron a cargo del conde de Egmont, un general de Felipe II presente en San Quintín con un concepto idealizado y medieval de la guerra, que vencería a las tropas francesas en la localidad de Gravelinas con una táctica plagada de riesgos.

Las órdenes recibidas por Egmont se limitaban a que hostigara la retaguardia francesa. No debía entablar un enfrentamiento directo con fuerzas que se suponían más poderosas que la amalgama reunida por los españoles. Sin embargo, en una decisión poco meditada, Egmont se encaró con el enemigo el 13 de julio de 1558 y realizó una carga de caballería de consecuencias nefastas. De nuevo,

la infantería salvó la jornada. La contienda cambió de color cuando los arcabuceros españoles, con Julián Romero presente en el lance, se colaron por el costado enemigo con la intención de disparar desde la línea de carruajes que protegía el campamento francés. Con todo, el golpe de gracia a los franceses lo causaron los cañonazos de una flotilla —probablemente una flota guipuzcoana— que apareció por sorpresa en la espalda gala. Sin escapatoria, el número de bajas francesas fue muy elevado.

LA REBELIÓN DE FLANDES TOMA EL RELEVO

La inesperada victoria de las Gravelinas obligó a los franceses a resignarse con la Paz de Cateau-Cambrésis, que significó un largo periodo de tranquilidad entre ambos países. El rey recompensó al católico Egmont con el cargo de *estatúder* de Flandes y Artois, en 1559, lo que le situó como uno de los más poderosos nobles de un país al borde de estallar en protestas religiosas. Al enemigo francés le dio el relevo la interminable guerra de Flandes. En 1560, Egmont y Orange renunciaron a sus cargos en el Ejercito Imperial y exigieron la salida del país de los soldados de nacionalidad española, como protesta por las interferencias de Felipe II en la política local. La revoltosa nobleza flamenca estaba demasiado acostumbrada a que cada uno hiciera lo que le viniera en gana como para aceptar las órdenes de un monarca tan puntilloso.

De ahí que, en 1567, el gran duque de Alba se dirigiera allí con lo más granado de las tropas y oficiales españoles para ahogar la posible rebelión. Entre ellos, Julián Romero como sargento mayor general de los 1.500 soldados del Tercio de Sicilia. En poco tiempo, su general en Gravelinas pasó de ser su aliado a ser un rival. Mientras Guillermo de Orange huía hacia Alemania al menor rumor de la llegada de tropas españolas, Egmont y el conde de Hornes no mostraron ningún temor e incluso fueron a recibir al veterano general. El duque de Alba era hombre severo e inquebrantable y siempre había mostrado deferencia en el trato con hombres de

armas. Egmont era uno de aquellos, casi un monumento militar, al que el noble castellano le profesaba gran admiración a pesar de la caduca ideología militar que representaba. Pero más querencia tenía a obedecer órdenes de su monarca. Alba no albergaba dudas de la implicación en la revuelta de Egmont, Hornes y Guillermo de Orange: «Siempre que veo las cartas de esos tres señores, me ahoga la cólera en términos que, si no me esforzara en reprimirla, creo que mi opinión parecería a Su Majestad la de un hombre frenético».

El 9 de septiembre de 1567 invitó a Egmont y Hornes a un banquete en nombre de su hijo bastardo, el prior Hernando, que terminó con el capitán español Sancho Dávila deteniendo a los dos nobles católicos. Ambos fueron encarcelados en celdas separadas. No en vano, una teoría sostiene que hombres afines al duque de Alba advirtieron al flamenco el día antes de su apresamiento de lo que iba a ocurrir, supuestamente, con el consentimiento del noble castellano. Y no fue sino Romero, viejo camarada de Egmont, el portador de este mensaje. Sea falsa o verdadera esta historia, el flamenco decidió no huir, creyendo que el Imperio español no incurriría en tan grave traición. Antes del siguiente verano, el conde de Egmont fue decapitado en el Mercado de Caballos de Bruselas ante los ojos de una multitud sollozante y las lágrimas de su propio verdugo, Alba, del que se dice que no pudo contenerse al ver a uno de los últimos caballeros medievales muerto de esa manera. A Romero le tocó la tarea de acompañarle hasta el cadalso.

Enterado en Roma de la ejecución, el cardenal Granvela, conocedor de los asuntos de Flandes, preguntó si Orange había sido también tomado. Cuando le dijeron que no, acertó a decir: «Pues no habiendo caído aquel en la red, poca caza ha hecho el duque de Alba». Guillermo de Orange era una oveja demasiado astuta como para ir a dar la bienvenida al lobo. Durante años fue un fiel servidor de la familia Habsburgo y sus raíces eran más alemanas que holandesas, lo que no fue impedimento para que la resistencia antihispánica se congregara en torno a su figura. Aunque los nobles

calvinistas mantenían recelos hacia él, el de Orange y su hermano, Luis de Nassau, lograron disipar las dudas levantando un ejército mercenario mayor en número a las tropas de Alba. Confiaban en que si derrotaban al castellano, o al menos mostraban que era vulnerable, la población se uniría a su causa. En abril de 1567, Orange invadió la zona sur del país, cerca de Maastricht, y buscó unir sus huestes a un contingente de hugonotes en Francia. Mientras tanto, Luis de Nassau atacó con un segundo ejército desde la frontera con Alemania. Los hermanos Zipi y Zape, en versión hereje.

El ataque desde el norte fue algo mejor que la desastrosa marcha de Orange en el sur. La frontera alemana con los Países Bajos fue testigo de una guerra de desgaste entre el duque y Luis de Nassau que, en contra de la intención del castellano, terminó en un choque frontal. Luis de Nassau, junto a un ejército de 12.000 hombres, cometió el error de encerrarse en una península entre los ríos Ems y Dollar. Su escasa ventaja era que controlaba un puente de amplia senda que le brindaba la posibilidad de una retirada limpia. Pero cuando los españoles cargaron contra los rebeldes, poco pudo hacer Nassau más que ordenar la destrucción del puente. La sorpresa llegó cuando los españoles se abalanzaron a través del armazón en llamas con las barbas y ropajes en ascuas.

Tras reconstruir el puente, el duque de Alba ordenó avanzar al resto de tropas. El enemigo quedó acorralado cerca de la localidad de Jemmingen. A falta del grueso del ejército, los maestres de campo Julián Romero y Sancho de Londoño se dirigieron, con los Tercios de Sicilia y el de Lombardía, respectivamente, hacia la vanguardia enemiga. Las tropas de Nassau frenaron por varias veces las acometidas de los tercios de Romero y Londoño. Incluso pusieron contra las cuerdas a los españoles. Julián Romero pidió refuerzos al verse superado en tres ocasiones al duque de Alba, quien se los negó tres veces como San Pedro. Cuando los españoles comenzaron a retroceder y el ejército rebelde reveló su grueso, el duque de Alba ejecutó su auténtico plan, precipitando todas sus fuerzas sobre los

rebeldes con un desenlace de 7.000 bajas entre las tropas de Nassau, por solo 60 de los españoles. Una carnicería.

El resultado de la batalla se conoció casi de inmediato en Emden, cuando vieron los sombreros de los vencidos flotando por cientos en dirección al mar. El resto del país tampoco tardó en enterarse del fracaso rebelde. El duque de Alba desinfló sin dificultad las aspiraciones militares de Guillermo de Orange, un inexperto general. Así las cosas, el castellano fue incapaz de comprender la situación política del país y, ante las reiteradas excusas de Felipe II para no viajar al lugar de los hechos, el veterano general sumergió el conflicto en un punto de no retorno. La subida de los impuestos y la sangrienta represión del Tribunal de Tumultos resucitaron la guerra en 1572.

La inesperada llegada de una flotilla de barcos piratas, los llamados Mendigos del Mar, a varias ciudades de Holanda y Zelanda reanudó la rebelión en esas fechas. En paralelo, Luis de Nassau se apoderó de Mons y Valenciennes, en el sur, al frente de un ejército de hugonotes franceses, en la primavera de 1572. El castellano se enfrentaba a la situación más crítica de su carrera con la mayoría de los fondos militares del Imperio español comprometidos en la guerra del Mediterráneo y las tropas dispersas por la geografía flamenca.

Tras su tiempo en España, Julián Romero volvió en esas fechas a Flandes junto a un refuerzo de soldados dentro de la comitiva del duque de Medinaceli, designado para remplazar al gran duque. Acosado por todos los frentes, Alba decidió que su prioridad sería recuperar Mons, aunque eso supusiera el abandono de algunas guarniciones a lo largo del país. Pero incluso reuniendo las tropas dispersas, los españoles tenían complicado recuperar esta ciudad sureña, guarnecida por unos 4.000 rebeldes.

Sin artillería para asediar la plaza, el heredero de Alba, Fadrique Álvarez de Toledo, se limitó a enzarzarse en distintas escaramuzas con el fin de debilitar a los defensores. Durante una de estas operaciones previas, sir Romero y sus hombres quedaron atrapados por el enemigo, cuando procedían a «degollar una tropa de

herreruelos que se alojaban algo apartados», pero en verdad cayeron en una trampa. El conquense puso a los soldados a cavar una improvisada trinchera en torno al bosque en el que se habían refugiado. Así pudieron soportar dos horas de acometidas, con la muerte de veinte españoles y con Romero herido en un brazo, hasta que la llegada de Fadrique Álvarez de Toledo les salvó. Tal parece que era imposible acabar con Romero.

Los escasos avances en el cerco a Mons se ensombrecieron por la peor de las noticias: el príncipe de Orange cruzó el Rin al frente 20.000 soldados. Se trataba de un ejército endeble, formado en su mayoría por mercenarios, pero suponía abrir un tercer frente. «Tengo necesidad de toda la ayuda que pueda prestar a este viejo pájaro», escribió el veterano general a Felipe II. El propio Alba, de sesenta y cinco años, marchó junto a Medinaceli a Mons con 36 cañones pesados y 8.500 soldados (a los que se sumaban los 4.000 de su hijo Fadrique). El 30 de agosto comenzó el verdadero asedio, mientras Alba miraba de reojo la posible llegada de Orange y sus 20.000 hombres. El noble español ordenó apuntar varios cañones hacia la llanura por donde era más probable que intentasen llegar a la ciudad.

A principios de septiembre supo que el líder rebelde se encontraba a media jornada de marcha, alojado en el pueblo de San Sinforien, sin terminar de decidirse sobre cómo hincarle el diente al campamento español. En vísperas del día elegido por Orange para su asalto definitivo, el duque de Alba designó a Julián Romero, aún convaleciente de la herida en el brazo que obligó a amputarlo en una operación sin anestesia, para lanzar «una encamisada» en el campamento enemigo, esto es, un ataque nocturno llamado así porque se empleaban camisas blancas para diferenciarse en la oscuridad. Una táctica en la que los escurridizos españoles se movían como si tuvieran visión nocturna.

En medio de un silencio hipnótico, Julián Romero penetró en el campamento de Guillermo de Orange al mando de 600 arcabuceros, que taparon la mecha de sus armas para que su resplandor no les

delatara, y provocó casi un millar de muertes, así como la pérdida de cientos de caballos y gran cantidad de la impedimenta enemiga, por solo sesenta caídos españoles. Según la leyenda, casi cayó durante el ataque Guillermo de Orange, al que salvaron los ladridos de una perra spaniel que dormía a su lado. A partir de entonces, durmió siempre con un animal de esta raza junto a su cama.

Tras la encamisada, Orange huyó en dirección a Alemania, llevando consigo a su perro pero no a su hermano, que se encontraba en ese momento en cama, aquejado de fiebres. El 21 de septiembre, Luis de Nassau concertó la rendición de Mons y se le permitió marchar con sus hombres y aquellos ciudadanos que quisieran acompañarle.

EL EJÉRCITO RENACIDO SE QUEDA SIN DUCADOS

La victoria en Mons fue seguida por la recuperación de Ooudernarden, Terramunda, Tilemont y Malinas. El punto crítico llegó con el asedio a Naarden, cuya guarnición no se impresionó ni por la racha de victorias españolas ni por el saqueo que sufrían las poblaciones que no se rendían. Sus regidores pidieron capitular solo cuando se aseguraron de que no iban a recibir ayuda, lo que envenenó las conversaciones desde el principio. Según las fuentes españolas, un disparo desde dentro de la ciudad cuando Fadrique estaba conversando sobre la entrega de la ciudad desencadenó un asalto frontal y la destrucción de la población. Las holandesas, en cambio, proclamaron que el ataque se produjo sin mediar provocación por parte de los defensores. Al menos, así fue interpretado por las ciudades vecinas de Enkhuizen, Alkmaar y Haarlem, que creyeron que frente a los españoles solo cabía resistir hasta el final. Este precedente hizo que las siguientes resistencias se alargaran hasta límites extremos, lo cual marcó el principio de una nueva estrategia rebelde. La economía española no podía soportar asedios tan largos y costosos, en tanto que Orange estaba por la labor de demostrárselo a toda Europa.

Julián Romero pudo comprobarlo en sus carnes durante el asedio a Haarlem. Sin municiones ni vituallas, los españoles hubieran pensado que estaban de golpe en el mismísimo infierno, salvo porque las obras de asedio se desarrollaron en medio de un invierno inmisericorde. Sobre Flandes, el capitán Alonso Vázquez aseguraba «que de doce meses del año, los nueve son de inviernos y los tres de infierno». El 18 de diciembre, los cañones ya castigaban las murallas de Haarlem y se preparó un estrecho puente con barriles sobre el hielo para realizar un primer ataque. Varias compañías de arcabuceros se adelantaron con el fin de supervisar la idoneidad de la posición, y debieron apreciarla alta, porque asaltaron de forma atropellada la ciudad sin consultar a nadie. Y no solo eso. Cuando se estrellaron contra el foso víctimas de «una fiera tempestad de mosquetazos…», se negaron a dar la vuelta en contra de las órdenes de sus capitanes. Fue necesario que acudiera Romero, por el que los soldados sentían gran estima, para que desistieran de su empeño absurdo: «¿Estos desórdenes se aprenden en la escuela militar del duque de Alba? ¿Así se va al asalto, por el aire?». En su retirada dejaron a 200 soldados veteranos muertos. Y el maestre de campo dejó un ojo, después de recibir un arcabuzazo durante «la charla». A partir de entonces portaría un parche.

Los españoles se convencieron de que iba a hacer falta mucha paciencia, porque en un asedio en el que los cercados viven mejor que los sitiadores hay poco que hacer. Sobre todo cuando la guarnición no estaba formada por simples vecinos, sino por mercenarios, «mendigos del mar» y hombres de armas; y porque cada nueva ventisca era seguida de un tren de provisiones trasladados en trineos al interior de la ciudad. Los holandeses recurrieron también a los «saltapantanos», hombres cargados con suministros que se valían de una precaria técnica de salto con pértiga para esquivar muros y obstáculos.

Un puñado de asaltos fracasados y la lenta muerte de sus hombres plantearon a don Fadrique, cabeza de la operación, la duda de si no era mejor recular. Su rígido padre respondió de forma cruel

a sus vacilaciones: «Si pensaba en levantar el cerco, no lo tendría por hijo suyo, fuera lo que fuera lo que antes hubiera creído, y si moría en el sitio, iría en persona para mantenerlo, y si ambos caían la duquesa, su esposa, vendría desde España para lo mismo». Al llegar la primavera los holandeses sustituyeron los trineos por galeras y alargaron seis meses el asedio, seis meses de asaltos fallidos, escaramuzas, impotencia y penurias. De nuevo fue la torpeza de Guillermo de Orange, que acudió en persona a ayudar a Haarlem, la que dio una bocanada de oxígeno a los españoles.

Un hambriento soldado español cazó una paloma mensajera procedente de la ciudad y por la información que portaba supo desde dónde pensaba Orange introducir nuevos refuerzos. Fadrique atacó a esta fuerza causándole 3.000 bajas y tomando 300 carros de munición. Se veía al fin luz detrás del largo invierno. Tres días más tarde se rindió la ciudad, el 14 de julio de 1573, tras soportar más de diez mil cañonazos. La dureza de la lucha se denota en la alta cifra de muertos en las filas españolas, más de 4.000, con cientos de heridos, entre ellos Fadrique, Bracamonte y Romero. No extraña que una vez lograda la victoria los tercios españoles se amotinaran para exigir las pagas atrasadas. Los españoles siempre esperaban a que hubieran finalizado las operaciones para que nadie les pudiera acusar de cobardes por el motín, a diferencia de las tropas de otras naciones, que chantajeaban a los pagadores en medio del combate. En este sentido eran bastante civilizados, pues elegían sus propios mandos por votación y mantenían la disciplina incluso en esas circunstancias (se dieron casos de ahorcados por cometer abusos a los civiles). El nudo se desató únicamente con la llegada de una remesa de ducados desde Madrid.

Haarlem fue la primera oposición militar seria en el camino de las tropas de Alba. El motín posterior, además, retrasó los siguientes movimientos y abonó el terreno para el primer gran fracaso de la guerra. En el intento por recuperar la vecina ciudad de Alkmaar, estrecho paso de entrada a la región del Waterlant, Fadrique organizó un doble asalto desde dos posiciones opuestas. La

acometida fracasó con estrépito por la mala coordinación entre los maestres de campo encargados de cada uno de los ataques, Julián Romero y Francisco Valdés. Una mancha en la trayectoria del conquense, causada porque uno de los puentes improvisados, sobre el que debían avanzar sus tropas, se atascó en el peor momento. El capitán y futuro maestre de campo Francisco de Bobadilla recibió tres arcabuzazos cuando se echó al foso para reconstruir el puente más ligero. Se incorporó al ataque a pesar de las heridas, para sufrir otros dos disparos, que «le quebraron los dientes y le abrieron la lengua hasta la garganta, con que le retiraron más muerto que vivo».

El amargo recuerdo de Haarlem, en forma de nieves y lluvias que ahora caían sobre Alkmaar, hizo temer al heredero de Alba una repetición de las penurias del año anterior, por lo que desistió de más cornadas por esa temporada. Entre los rebeldes aquello obtuvo el rango de leyenda. «La victoria comienza en Alkmaar», reza un refrán holandés.

Visto el panorama sombrío, el duque de Medinaceli, con el que Romero había regresado a los Países Bajos, lanzó una bomba de humo y se descartó para tomar el mando de aquel lodazal. El sustituto del duque de Alba resultó ser Luis de Requesens, lugarteniente de don Juan de Austria en la batalla de Lepanto y amigo de la infancia de Felipe II. El catalán no gozaba del talento militar de su predecesor, uno de los grandes generales de su tiempo, pero la debilidad de la Hacienda Real obligaba a buscar una solución política. Así, antes de partir para Bruselas, el nuevo gobernador anunció una amnistía general, la abolición del Tribunal de Tumultos (símbolo de la represión española) y la derogación del impuesto de las alcabalas. El cambio de estrategia de la Monarquía Hispánica fue interpretado entre las filas rebeldes, no como un gesto de conciliación, sino como un síntoma de flaqueza, de tal modo que, a finales del otoño de 1573, Requesens tuvo que recurrir de nuevo a las armas para reafirmar su autoridad.

«NO ME ENTREGUE MÁS ARMADAS»

En el mapa militar heredado del gran duque de Alba, aunque se mantenía aún bajo control la mayor parte de Flandes, se habían perdido las ciudades norteñas de la zona de Holanda y de Zelanda. En febrero de 1574, además, se extravió el importante puerto de Middelburg. La reanudación de las operaciones iba a requerir el compromiso de los mejores oficiales del anterior gobierno y la lealtad de unos soldados que tenían a Alba como «el padre de los soldados». Algunos de ellos prefirieron marcharse con su padre. Cuando se produjo el relevo de Alba, Romero escribió al rey pidiéndole permiso para volver con él a España. Enfermo y falto de fuerzas, el veterano castellano se quejó pronto del trato recibido por Requesens, quien había promocionado a otros jefes más jóvenes «que nacieron cuando él ya era capitán». En una lastimosa carta escrita en junio, el conquense reclamaba:

> Hace que sirvo a Su Majestad cuarenta años la Navidad que viene sin apartarme todo este tiempo de la guerra y de los cargos que me han encomendado y en ellos he perdido tres hermanos y un brazo y una pierna y un ojo y un oído y lo demás de mi persona tan fatigado de heridas que me resiento mucho de ellos y ahora, últimamente un hijo en quien yo tenía puesto los ojos.

En esta misma carta Romero exponía su trágica situación familiar. Casado hacía nueve años, pero «no he estado un año entero en mi casa», no tenía dinero para emparentar a ninguna de sus hijos, una de ellas bastarda de Flandes, ni permiso para poner en orden sus escasas propiedades. Su nieto, de mismo nombre, moriría en el sitio de Hulst, tras recibir veintisiete heridas, cuando se adelantó al resto para rechazar una salida del enemigo. La guerra del rey había costado ya demasiado al conquense, pese a lo cual, la petición del veterano capitán fue ignorada. De manera que la falta de entendimiento entre el general y Romero se agigantó con el paso de los días. La designación de un hombre de Cuenca, sin mar a la

vista, para dirigir una flota en el Mar del Norte da cuenta del nivel de incomprensión entre ambos.

Si la infantería española en campo abierto era invencible, no pasaba igual con la Armada de Flandes, escasa y mal tripulada, frecuentemente por oficiales de tierra. El catalán reunió a principios de 1574 una precaria flota para auxiliar dos lejanas guarniciones (Ramua y Middelburg) en la provincia de Zelanda, una de las más hostiles a la autoridad real. Julián Romero partió al mando de sesenta y dos navíos de guerra, cuya estabilidad era, como poco, cuestionable: «Uno de los navíos mejor armados en el que iba la compañía del capitán Francisco de Bobadilla, disparando una pieza para saludar [costumbre protocolaria], se abrió de manera que se lo tragó la mar cerca del dique». La flota rebelde, mayor en número y calidad, desarmó la escuadra española al primer encuentro. Tras resistir el ataque simultaneo de cuatro navíos, Julián Romero y diez soldados se echaron al agua. Al llegar a la orilla donde se situaba Requesens, el maestre de campo se dirigió al comendador de Castilla de forma altiva: «Vuestra excelencia bien sabía que yo no era marinero, sino infante; no me entregue más armadas, porque si ciento me diese, es de temer que las pierda todas».

El mayor éxito militar del periodo Requesens tuvo lugar en la batalla terrestre de Mook, en el valle del Mosa, donde perecieron dos hermanos de Guillermo de Orange, pero se obtuvieron pocas ventajas a consecuencia de lo que ocurrió tras la contienda. Cuando avanzaban hacia Zelanda, se extendió un motín generalizado entre los ejércitos hispánicos por el retraso en las pagas de la soldada. «Las banderas viejas se comenzaron a desvergonzar el día 29 de [agosto 1574] a las dos de la mañana, pidiendo les dieran que comer», escribió Romero en un tono paternalista hacia sus hombres.

El inicio de los motines sorprendió a Requesens y Romero en el empeño, casi obsesión, de conquistar algún puerto de Zelanda, con lo que pudieran traer una armada desde España. Para tomar la isla de Zerkicea, 1.500 españoles cruzaron un canal de seis kilómetros con el agua al pecho y pertrechos a los hombros, hostigados por

barcazas de fondo plano y los cañones holandeses. Cuenta un cronista que los soldados avanzaban «cogidos de la mano, con chistes y ocurrencias, sufriendo impávidos el fuego y desenganchándose de los arpones y ganchos holandeses». Por cierto que el uso del humor en estas circunstancias adversas no era exclusivo de los Tercios Viejos. El rey espartano Leónidas tiró de humor negro cuando el último día en las Termópilas «ordenó a sus soldados que tomaran el desayuno con la esperanza de que pudieran cenar en el Hades». Al amanecer del día 29 de septiembre, los defensores de Zerkicea se asustaron al emerger de entre la bruma un grupo de diablos mojados, barbudos y chistosos.

Finalmente, el motín detuvo por competo la maquinaría militar. Felipe II declaró al año siguiente la suspensión de pagos de los intereses de la deuda pública de Castilla y la financiación del Ejército de Flandes quedó en punto muerto. Los motines se avivaron, como había advertido Romero al Consejo de Estado si después de Zerkicea no se afrontaban los pagos. Sin fondos, sin tropas y cercado por el enemigo, que contraatacó al oler la sangre, Luis de Requesens trató de cerrar un pacto con las provincias católicas durante el tiempo que su salud se lo permitió. Enfermizo desde que era un niño, el catalán falleció, en Bruselas, el 5 de marzo de 1576, a causa posiblemente de la peste. La rapidez con la que se propagó la enfermedad imposibilitó que el comendador de Castilla pudiera dejar orden de sucesión. Fue así el conde de Mansfeld quien se hizo cargo temporalmente del mando del disperso ejército de 86.000 hombres, que llevaban más de dos años y medio sin cobrar. Julián Romero, junto a otros veteranos capitanes como Mondragón, Bernardino de Mendoza o Hernando de Toledo, intentaron convencer a los amotinados para permanecer unidos ante el enemigo común: los rebeldes, que aprovecharon las disensiones para medrar y ganar terreno.

Los amotinados se hicieron fuertes en Alost, cerca de Bruselas, al ver cada vez más odio en los ojos de los lugareños. A Romero, el estadillo de rebelión general le sorprendió en la capital como

miembro del Consejo de Estado presidido por naturales del país. Desde aquí buscó apaciguar a sus compatriotas sin apreciar que estaba rodeado de ratas de cuello escarolado. Varios miembros del Consejo entablaron negociaciones con Orange y emitieron una orden para degollar a los españoles y cualquier natural que los ayudara. En un rápido golpe de mano, que no supieron advertir Mansfeld ni Romero, varios nobles prendieron al resto de miembros del Consejo leales a la Corona. Junto a otros españoles, el conquense permanecía prisionero en palacio, sin poder escribir ni recibir cartas, hasta que la velada amenaza de otros oficiales castellanos de acudir a Bruselas a liberar a sus camaradas persuadió al Consejo de Estado de soltarlos. Otros soldados españoles quedaron presos igualmente a lo largo de la geografía flamenca, a manos de sus antiguos aliados.

A principios de octubre de 1576, una legión de enemigos apareció frente a Amberes dispuesta a rendir la ciudad. Los gobernadores locales traicionaron a los castellanos y entregaron la villa. Repartieron armas a continuación entre la población para sitiar la ciudadela, aún bajo el poder de los españoles. 14.000 ciudadanos armados y 6.000 soldados rebeldes iniciaron un asedio contra una minúscula fuerza defensora dirigida por Sancho Dávila. Sin embargo, al enterarse de la traición del pueblo de Amberes incluso las tropas españolas que permanecían amotinadas en la ciudad de Alost acudieron en ayuda de sus compatriotas. Sir Romero fue uno de los que marcharon a Amberes.

Los amotinados, cerca de 3.000, juntaron sus esfuerzos con 600 soldados traídos por el maestre de campo Julián Romero y arremetieron desde el castillo contra las 20.000 almas furiosas de Amberes. Fue cuando los españoles se prometieron, al estilo espartano, «comer en el Paraíso o cenar en la villa de Amberes». El cronista Cabrera de Córdoba lo narra así:

> Julián Romero con su gente combatió hasta ganar la calle de San Miguel y por todas partes huyeron los flamencos, dando lugar a que fuese mayor la matanza que la pelea, hasta que llegaron a la plaza.

A pesar de la inferioridad numérica de los castellanos, los soldados de los tercios se abrieron paso entre las trincheras rebeldes como si los encabezara una locomotora. Al ver que muchos de sus enemigos se habían atrincherado en el Ayuntamiento de Amberes, desde cuya posición disparaban a los españoles, los soldados de los tercios prendieron fuego al edificio. El incendio se extendió a ochenta casas vecinas para ruina de la ciudad. Aquel día murieron solo catorce españoles, entre ellos el yerno de Romero, Damián Morales, y el alférez Navarrete, cabeza del motín de Alost.

La brutal imagen dada por los españoles en Amberes convenció a católicos y calvinistas de la necesidad de expulsar a la fuerza extranjera. Solo el tiempo les iba a demostrar que el problema iba más allá de los españoles, porque, en realidad, lo que se dilucidaba era conformar lo que hoy son los territorios de Bélgica, Luxemburgo y Holanda. Al siguiente gobernador, don Juan de Austria, lo primero que le exigieron antes de sentarse a hablar fue la salida de los españoles. Accedió a la vista de que necesitaba hallar una solución política. Claro está, que no iba a tardar mucho en reclamar su vuelta, como así se lo advirtió el propio Romero:

> El pensar Vuestra Alteza que los flamencos han de hacer virtud hasta que le vean armado y pujante para poderlos hacer recular adonde le pareciera, Vuestra Alteza se desengañe, que ellos no harán virtud hasta que esto vean, y por muchas palabras que den…

QUE EL PECHO ADORNA AL VESTIDO

Partieron las tropas hacia Milán con el gesto torcido y con un sentimiento agridulce. Muchos como Romero habían pedido regresar a casa en el pasado, pero ahora veían como una deshonra dejar así el país y abandonar al gobernador. El conquense estuvo más de media vida ausente de su patria natal. Solo en 1569, con permiso del gran duque de Alba, había regresado a España. En Madrid se instaló en la casa que poseía su mujer en la calle Mayor y fue

recibido por el rey, «que le honró mucho y le dio un vestido de su cuerpo y le abrazó». Además de sus años de soldado, el monarca le agradeció su trabajo dentro de la red de espías que le informaba sobre lo que iba sucediendo en Inglaterra.

En los últimos años de vida, sus ambiciones naufragadas fueron establecerse con su esposa en Italia y la concesión de una castellanía (gobernador de una fortaleza). Felipe II, sin embargo, no saldó su gran deseo, pero sí convino cederle una castellanía en Hedín, Flandes. Difícilmente los sueños de aquel humilde mozo de Torrejoncillo del Rey sopesaron algún día convertirse en sir inglés o en castellano de una terrible tierra tan remota. El lema de su escudo de armas «sine causa et principio impossibile ese» («sería imposible sin causas y principios») da cuenta de lo importante que era para él haber ascendido desde lo más bajo, fiel a unos principios, sin traicionarse así mismo. «Pero desnudo nací, y he vivido honradamente», anotó.

Tras el fracaso del Edicto Perpetuo, don Juan de Austria reclamó la vuelta de los españoles en 1577. La mayoría de los soldados no había tenido ni tiempo de embarcar hacia España o permanecía en Italia entrenando a los bisoños. Julián Romero, de cincuenta y nueve años, falto de un brazo, una pierna y un ojo, falleció mientras adiestraba a jóvenes soldados en Italia camino de su nueva aventura en Flandes. Cayó de bruces contra el suelo desde su caballo, debido probablemente a una dolencia cardíaca. Aquel fue el único contratiempo entre las tropas de lo que iba a ser un feliz viaje para ayudar a don Juan.

Fue al embalsamarlo cuando hallaron que tenía el corazón gigante y con pelo. El doctor jesuita Martín Antonio del Río, que coincidiera con él en Flandes, lamentó su muerte en sus textos, atribuyéndola a una congestión sanguínea y no, como algunos pensaban, «que le había ocurrido lo que sucede habitualmente a casi todos aquellos cuyas heridas han sido curadas por medio de sortilegios y encantamientos». Y es que a sus contemporáneos les resultaba imposible creer, como también lo es hoy en día, que el

caballero de Cuenca siguiera en activo a pesar de tantos disparos, golpes y espadazos, si no fuera con magia de algún tipo.

4

CABEZA DE VACA, EL ULISES

Los precarios botes crujían como si de un momento a otro fueran a estallar en mil pedazos. Y ya quedaban solo jirones de las velas fabricadas con camisas y sábanas roídas de los exploradores de La Florida. Cuando los españoles que abarrotaban las dos únicas canoas que habían salvado las corrientes del Misisipí creían haber pasado lo peor, una tormenta hundió una de ellas y apretó con el puño cerrado a la otra. A la deriva, un caballero barbudo y agotado llamado Álvar Núñez Cabeza de Vaca cayó rendido en la cubierta atestada de cuerpos esqueléticos de aquella patera. Nada se podía ya hacer, salvo esperar a que la mar dictara su sentencia. Tal vez pasaron horas o días, pero al fin los restos del barco arribaron a una playa, como si alguien hubiera destapado de golpe toda una isla en medio del mar. El agua escupió a los europeos en un lugar inhóspito y, sin creerse aún que siguieran vivos, comieron lo poco que encontraron en la isla al calor de una revitalizante hoguera. Se estaban calentando al fuego cuando un centenar de indios armados hasta los dientes con arcos y flechas cayeron sobre ellos. El naufragio era el prólogo de una pesadilla todavía más cruel.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca sobrevivió durante casi nueve años a toda una serie de desdichas, cada una de las cuales harían tambalearse a un elefante, y de regreso a casa escribió su historia

en *Naufragios*, una obra tan realista como increíble. La crónica de la aventura vivida por este conquistador ha sido calificada por muchos de obra de ficción, dado lo imposible de su viaje, y porque, como en todos los textos con objetivos políticos, también aquí se perciben adornos por parte del gaditano. Pero aun cuando las partes menos positivas de su aventura hubieran sido omitidas para resultar del agrado del rey, al que iba dirigido el texto, esto no resta importancia o drama a la odisea del primer superviviente de América, el primero en atravesar los territorios que hoy conforman los Estados Unidos de América, de Florida a California, y desde allí hasta México; 18.000 kilómetros de rutas desconocidas y plagadas de elementos adversos. En ellas convivió con los semínolas, los sioux, los indios pueblo, y aprendió media docena de idiomas. Como le pasó a Ulises en su regreso a Ítaca, los dioses del Olimpo soplaron fuerte para alejar al aventurero español cuando ya tocaba varias veces con las yemas de los dedos los límites de Nueva España.

EL CABALLERO DE JEREZ DE LA FRONTERA

Los orígenes de Álvar Núñez Cabeza de Vaca rozaban lo godo. Como diría un siglo después el poeta Francisco de Quevedo: «Las descendencias gastan muchos godos; todos blasonan, nadie los imita. Y no son sucesores, sino apodos». Todos en aquel tiempo pretendían descender de linajes godos, sin que nadie imitara sus gestas ni demostrara proceder de ancestros ilustres. El noble gaditano, en cambio, fue un buen emulador de las hazañas de su familia, cuyo peculiar nombre se remontaba a la batalla de las Navas de Tolosa (1212), cuando un remoto antepasado suyo había mostrado una ruta alternativa a las tropas cristianas para caer contra los almohades. Según reza la leyenda, un pastor mozárabe de nombre Martín Alhaja recibió el apellido de Cabeza de Vaca como reconocimiento a su ayuda al rey Alfonso VIII de Castilla y por el cráneo de buey que empleó para marcar el sendero. Además, un abuelo de Álvar de la rama paterna culminó la conquista de Gran

Canaria y tuvo un papel destacado en la Guerra de Granada. Aquellos eran buenos godos.

Nacido en Jerez de la Frontera a finales del siglo xv, probablemente 1492, su familia vivía en una posición acomodada, que aunque sin ser boyante les mantenía bien relacionados con los grandes nobles andaluces. Jerez era una ciudad desparramada entre la orilla del río Guadalete y el Coto de Doña Ana, al que su cercanía con la Bahía de Cádiz le otorgaba un papel fundamental con el gran acontecimiento del siglo, el descubrimiento de un Nuevo Mundo, en el mismo año que nació Cabeza de Vaca. Su padre, don Francisco de la Vera había colaborado desde el Consistorio de Jerez en el aprovisionamiento de la primera expedición de aquel loco llamado Cristóbal Colón.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca recibió el apellido materno como era costumbre entonces para los hijos segundos. Por la posición social de su padre tuvo una educación secundaria basada en el conocimiento de la lectura, escritura y cuentas matemáticas sencillas. Huérfano en 1509, el joven gaditano de dieciocho años se trasladó a Sevilla, ciudad de paso de todos los aventureros que ponían rumbo a América, y entró como paje al servicio de la casa del duque de Medina-Sidonia. Los hidalgos provincianos revoloteaban como moscas en torno a las pequeñas cortes de los grandes nobles andaluces, los Medina-Sidonia y los Medinaceli, con la esperanza de colarse en el séquito de alguno de sus miembros o de hacerse cargo de las mil y una industrias que tenían repartidas por Castilla. Solo los ingresos anuales de los Medina-Sidonia alcanzaban los 170.000 ducados, lo que les convertía en la fortuna mayor de España.

Durante ese tiempo acompañó al sargento don Alonso de Carvajal a reclutar una compañía de infantería por tierras castellanas. Carvajal había combatido en Granada y luego con el Gran Capitán en Italia, además de acompañar a Cristóbal Colón en uno de sus viajes. El relato de sus experiencias debió de impresionar al joven Cabeza de Vaca. La América desconocida y llena de oportunidades… la Italia fastuosa y elegante que se repartían

España y Francia como hienas tras un largo ayuno. Tanto le asombró que él mismo se alistó en la compañía de Carvajal, integrada en la expedición militar que se dirigía a Nápoles a retomar la empresa de Fernando el Católico allí donde lo había dejado el Gran Capitán. ¿Sobreviviría la hegemonía española a la marcha de su mejor comandante? Las envidias y las conspiraciones habían forzado el regreso del astuto general a España en 1507, de manera que cuando volvió a reactivarse la guerra con Francia por la soberanía de Nápoles el rey Fernando puso el ejército español, aliado con el Papa y Venecia, en manos de un burócrata catalán de escaso talento militar, Ramón Folch de Cardona. En abril de 1512, la inaptitud de este virrey de Nápoles derivó en una atroz derrota en Rávena, que dejó 11.000 muertos en el bando hispánico, la batalla más sangrienta en Italia desde hacía siglos. Cabeza de Vaca fue de los pocos que salieron del desastre con todas las extremidades en su sitio.

El dantesco apellido de Cabeza de Vaca inspiraba miedo de por sí, al igual que la trayectoria militar de sus antepasados, pero en lo que se refiere a soldados ha dado siempre igual la sangre o el apellido. Álvar empezó desde abajo y combatió en la batalla de Rávena como uno más de la infantería hispánica, la cual salvó la honra a pesar de las pésimas decisiones de Cardona. El grueso de los infantes, al mando del veterano Pedro Navarro, se hizo fuerte en el centro del campo de batalla ante las acometidas de 5.000 lansquenetes alemanes. Los mercenarios germánicos estaban envalentonados por la muerte de uno de sus capitanes, Jacob Empser, y combatían con ira cada metro. Unos mil doscientos alemanes perecieron antes de convencerse de que luchaban contra hombres de piedra. Navarro logró agrupar a 3.000 españoles en un bloque compacto que se retiró hacia el suroeste por una de las orillas del río. Incluso en una situación tan adversa, la milicia española advirtió que seguía camino de alzarse en una máquina de combate casi infalible, aterradora. Lo que poco después empezaría a llamarse Tercios Españoles.

En la conocida como guerra de los comuneros, en Castilla, que enfrentó a las fuerzas leales a Carlos V contra parte de la nobleza castellana, Cabeza de Vaca tomó parte en el ejército levantado ex profeso por Medina-Sidonia para combatir el levantamiento. Los grandes de Castilla como los Medina-Sidonia se pusieron del lado de Carlos V, un joven monarca que apenas hablaba castellano, frente a la nobleza media y baja, que reclamaba al rey Habsburgo que dejara de nombrar extranjeros para cargos aquí. En dicho conflicto, el ya capitán Álvar Núñez Cabeza de Vaca conquistó el Alcázar de Sevilla en un rápido golpe de mano y tomó parte en la batalla de Villalar (1521), que ahogó la causa de los comuneros y terminó con la decapitación de sus principales líderes, Padilla, Bravo y Maldonado.

Para redondear esta juventud pegado a las armas, también participó de la defensa de Navarra ante una invasión francesa a cargo de las tropas de Francisco I, que incluso pusieron sitio a Logroño y penetraron en Burgos. El hidalgo fue descrito por Juan de Ocampo, en esos años mozos, como un «animoso, noble arrogante, los cabellos rubios y los ojos azules y vivos, barba larga y crespa […], agudo de ingenio, era Álvar un caballero a todo lucir. Las mozas del Duero enamorábanse de él y los hombres temían su acero». Así fue como tras su paso por la milicia asumió con su personalidad arrolladora el cargo de camarero mayor del duque de Medina-Sidonia. Durante seis años ejerció el hidalgo andaluz como mayordomo íntimo y hombre de máxima confianza del duque, lo que le valió el título de caballero como agradecimiento. No solo se codeó con la alta nobleza de Cádiz y Sevilla, sino también con la Corte en calidad de representante de la casa Medina-Sidonia en asuntos menores. En 1527, Cabeza de Vaca hizo bueno todo este prestigio cuando obtuvo el cargo de tesorero mayor en la expedición de un hombre, a la postre un cretino, que buscaba emular las gestas de Hernán Cortés.

Más de veinte años después de que comenzara la colonización de América, aún no había asentamientos firmes en el continente, si bien se habían trazado mapas de las costas atlánticas de Norteamérica y del Golfo de México gracias a las incursiones de Ponce de León y otros pioneros. No se aprovechó toda esta información hasta que Hernán Cortés, con su conquista de México, abrió a los españoles un mundo de posibilidades. Pánfilo de Narváez fue el capitán enviado por el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, a prender a Cortés durante su aventura en México. Perdió un ojo en la refriega y fue derrotado, pero el conquistador de México le perdonó la vida. Durante su cautiverio se convenció de que el azteca no podía ser el único reino maravilloso que ocultaba el norte del Nuevo Mundo, así que logró que Carlos V confiara en él para la conquista de La Florida, que era una forma genérica de nombrar lo que hoy ocupa gran parte de Estados Unidos.

Su alta estatura, su voz profunda, su cabello rojizo hacían de Narváez un poderoso y atractivo capitán. No le resultó difícil hacerse con cinco buques y enrolar para su empresa en Sanlúcar de Barrameda a 600 hombres (el doble del contingente que llevó Cortés a América), entre ellos Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en calidad de tesorero y alguacil mayor. Sin embargo, su fortaleza física escondía que era un vanidoso, un necio, un cruel y, a ojos de la Historia, un perdedor. Fray Bartolomé de las Casas diría de él que jamás perdonó una ofensa. La cerrazón de Narváez condujo a todos hacia el desastre.

Núñez Cabeza de Vaca no podía intuir que su capitán era un completo imbécil cuando se subió a bordo. El duque de Medina-Sidonia le recomendó para el puesto y su espíritu emprendedor hizo que ni pestañeara a la hora de aceptar el reto. Él no era uno más de los hombres de Narváez, sino que era el funcionario de la Corona encargado de que los conquistadores reservaran al emperador un quinto de todas las riquezas halladas y que se cumplieran las condiciones de las capitulaciones. Ciertamente, la Corona contaba con ventaja en estos acuerdos, porque Narváez corría con todos los

gastos y riesgos, mientras que el monarca no ponía un solo ducado y, sin embargo, en caso de descubrimiento todas las tierras y beneficios eran para él.

El 27 de junio de 1527, Narváez partió desde España y se detuvo una larga estancia en Santo Domingo y Cuba para recuperar fuerzas. La oferta de establecerse como colonos en estos territorios previos encandiló a un centenar de hombres. Las tormentas, las malas condiciones en los cinco buques y el carácter duro del gobernador dejaron a su espalda un reguero de deserciones, antes de que al fin, casi un año después de salir de Sanlúcar de Barrameda, trescientos de ellos desembarcaran en el lado oeste de la Bahía de Tampa (hoy, Tampa Bay). Los tifones costaron la vida de decenas de hombres en esta última fase de la travesía, «perdiéndose en los navíos hasta sesenta personas y veinte caballos». El capitán de gesto torcido tomó posesión de esta tierra en nombre del emperador Carlos y colocó el estandarte de Castilla. Los indios locales quedaron absortos ante la presencia española y un cacique llamado Hirrihigua recibió a Narváez y a sus hombres con talante amistoso.

El único ojo del gobernador enrojecía cada vez que alguien mentaba a Cortés y, como es obvio, apenas tomó nota de las claves de su éxito. El extremeño, al igual que haría Francisco Pizarro después, se abrió paso por territorio desconocido cerrando pactos con tribus enemigas de los aztecas y sin emplear la violencia salvo cuando era inevitable. Solo así pudieron dominar a pueblos que los superaban en un número desproporcionado. Narváez, en cambio, despreciaba la importancia de pactar con los nativos y, a decir de Bartolomé de las Casas, había estado involucrado en varias matanzas contra indios del Caribe. Fuera de sí por no haber encontrado las riquezas deseadas, el gobernador ordenó que a su amigo el cacique lo mutilasen y cortasen la nariz, así como despedazar a su madre y echar los restos a los mastines equipados con armadura que acompañaban a los españoles.

El desnarigado Hirrihigua prometió vengarse de los españoles y la oportunidad se la ofreció Narváez cuando partió al norte de La Florida. Su partida coincidió con la llegada en esos días de una patrulla española procedente de Cuba, a la que el cacique emboscó. Prendió a cuatro miembros de la tripulación. En una ceremonia colectiva los desnudó y los puso a correr, uno por uno, alrededor de la plaza de la aldea. A continuación, los indios les clavaron flechas por todo el cuerpo, cuidándose de que ninguna afectara a órganos vitales, porque el cacique quería disfrutar de la muerte lenta y dolorosa de sus enemigos europeos. De los cuatro españoles que quedaron en su poder, sobrevivió un mozo de apenas diez años, natural de Sevilla, llamado Juan Ortiz, al cual Hirrihigua sometió durante tres años a todo tipo de tormentos. Si en ese tiempo se salvó de ser el plato principal de una ceremonia caníbal fue por la intervención de la hija del jefe, una historia de amor interracial que se adelantó casi un siglo a Pocahontas.

La entrada de Narváez en la zona como un elefante en una cacharrería habría de tener consecuencias a largo plazo. Hernando de Soto, que se topó a Juan Ortiz tras doce años entre los nativos, también se enfrentó a tribus muy agresivas en La Florida en el siguiente intento de dominar la región. Hasta 1565 no sería posible establecer un asentamiento fijo en la región debido a la hostilidad de los indígenas.

Narváez avanzó hacia el norte con la misma violencia que en su desembarco. Arrasó aldeas, esclavizó a nativos para usarlos de guías y porteadores y sembró el temor con sus perros allí por donde pasó. De boca de los aterrados habitantes norteños supo de la existencia de una rica ciudad llamada Apalache, la cual imaginó tan esplendorosa como las ciudades halladas por Hernán Cortés en su gran hazaña. Con el propósito de saquearla, el gobernador y sus soldados se internaron hacia una zona de ciénagas, selvas y pantanos, en la que pronto tuvieron que alimentarse de la carne de sus caballos y combatir cada pocos metros a indios que en su desnudez se antojaban gigantes para los europeos. Los

conquistadores dirían de los arcos de estos guerreros que eran «gruesos como el brazo, de once o doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran, y sus flechas emponzoñadas de veneno matan muy cierto, pese a no tener puntas de fierro…».

En los márgenes del Apalache, el gobernador mandó a Cabeza de Vaca que se adelantara, junto a nueve hombres a caballo y cincuenta peones, a explorar los pueblos cercanos. En uno de ellos no hallaron sino mujeres y muchachos: «Más de ahí a poco, andando nosotros por él, acudieron los hombres, y comenzaron a pelear, flechándonos, y mataron el caballo del veedor; más al fin huyeron y nos dejaron». Para desgracia de todos, Apalache se alzó como una pequeña y pobre población sin grandes tesoros. Apenas un villorrio de chozas, rodeado de tierras yermas, con grandes arboledas, de nogales, palmeras y cedros, pero sobre todo zonas arenosas. Colérico y ausente de juicio, Narváez despreció las ofrendas de amistad de este pueblo, demasiado aislado para conocer la fama de pendenciero del español, y secuestró también al jefe local. El chantaje no surtió efecto con los pobladores del Apalache, quienes cayeron sobre los españoles y quemaron sus propias chozas para que no tuvieran cobijo alguno.

Creyendo la promesa de tierras mejores del cacique, preso y torturado, Narváez partió de nuevo al sur siguiendo el río Apalachicola, esta vez en dirección al mar. A los ataques indios y al hambre, Narváez, Cabeza de Vaca y el resto de españoles sumaron ahora la amenaza de panteras, caimanes, arenas movedizas y «enjambres de mosquitos» en esta nueva ruta. Pocos hombres confiaban en salir ricos de aquella aventura, pero, después de un avance a través de zonas en las que el agua les llegaba por la cintura, la mayoría ya se conformaba con volver a divisar la costa. Regresar con las manos vacías al territorio de su archienemigo no era lo que Narváez había imaginado al inicio de la empresa; si bien, él también había «quemado las naves» a su espalda con su

comportamiento despótico con las tribus de La Florida. Volvería o rico o muerto.

Una vez en la costa, el reducido grupo fabricó cinco canoas con estopa de palmera y usando espuelas y ballestas para los clavos. Ahuyentando las nubes de mosquitos con hogueras de humo, encendidas día y noche en cada campamento, a los expedicionarios no les quedó más remedio que ir matando a los pocos caballos que les quedaban y aprovisionarse de maíz y agua dulce, antes de echarse a la mar en dirección oeste hacia México. Narváez y los suyos abandonaron por fin «todas aquellas tierras en que nuestros pecados nos habían puesto».

En cualquier caso, la vida no le reservaba la humillación de volver harapiento a México, sino algo peor. En pocos días se echó a perder el agua dulce de las canoas, que estaba guardada en bolsas hechas con cuero de caballo sin tratar ni curtir. La necesidad obligó a los españoles a beber orines o agua salada. Navegaron con la vista puesta en la costa, en dirección a Veracruz (Nueva España), y desembarcando cuando era posible para obtener provisiones, lo cual ocurrió pocas veces. En una de estas paradas siguieron a un grupo de indios pacíficos en canoas hasta su poblado, donde les dieron agua y pescado. «Era gente grande y bien dispuesta, y no traían flechas ni arcos. Nosotros les fuimos siguiendo hasta sus casas, que estaban cerca de allí a la lengua del agua, y saltamos en tierra, y delante de las casas hallamos muchos cántaros de agua y mucha cantidad de pescado guisado», narra el propio Cabeza de Vaca. Sin embargo, los indios de forma súbita atacaron a la expedición e hirieron a casi todos los hombres con piedras, de modo que los españoles embarcaron sin apenas tiempo de conseguir nuevos suministros.

El viaje a México terminó abruptamente ante la desembocadura de un río de dimensiones bíblicas. Las corrientes y una fuerte tormenta destrozaron a cuatro de las cinco canoas en las proximidades del delta del Mississippi, que en la lengua ojibwa significa «grandes aguas». Ochenta náufragos se vieron

desamparados, sin comida, ni ropa, ni armas en algún punto al oeste de la desembocadura del río, cerca de lo que hoy es Houston, en Texas. La embarcación en la que iba Narváez se perdió para siempre, cuando se adelantó al resto con los hombres más sanos y proclamó que cada uno debía hacer lo que considerara oportuno: «Él me respondió que ya no era tiempo de mandar unos a otros; que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida; que él así lo entendía de hacer, y diciendo esto, se alargó con su barca…».

HAY UN HOMBRE DESNUDO EN MI TRIBU

El mar escupió a los hombres envueltos en las olas y medio ahogados. El frío, las penalidades y el hambre redujeron en poco tiempo el grupo de supervivientes a solo quince hombres que, al pronunciarse los elementos, fueron los que mostraron una resistencia más inhumana y los que no dudaron en alimentarse de los cadáveres de sus compañeros. Los horrores que vivieron en la isla les harían bautizarla como la del Mal Hado. Los indios que habitaban allí se mostraron hostiles al principio, pero pronto ofrecieron sus alimentos —raíces, bayas y pescados— a los españoles. Una vez hicieron acopio de suministros, los europeos desenterraron la canoa de la arena en que estaba metida y trataron de reemprender su camino; sin embargo, el bravo oleaje dio tantas vueltas a los supervivientes que perdieron todo lo que aún guardaban: «Los que quedamos escapados, desnudos como nacimos, y perdido todo lo que traíamos; y aunque todo valía poco, para entonces valía mucho», relata el gaditano.

Más cerca de la muerte que de la vida, los españoles despertaron la compasión de los nativos, que lloraron junto a los náufragos durante más de media hora. Cabeza de Vaca propuso a sus cámaras que, a la vista del desastre y del frío invernal, pidieran a los indígenas que les acogieran en sus casas. Algunos de los que participaron en la conquista de México mostraron su disconformidad

con este plan, porque temían que los locales guardaran el anhelo oculto, como los aztecas, de usarlos para sacrificios humanos. Sin más remedio, todos se refugiaron en el poblado indio, cuyas primitivas chozas estaban construidas con cáscaras de mariscos.

Por boca de los indios, supieron que otro de los barcos de la expedición de Narváez había salido con vida y buscaban más supervivientes. Este segundo grupo se horrorizó al hallar a sus camaradas en una situación tan lamentable y sin ropa. Su barca estaba aparentemente en buen estado y propusieron a todos los que tuvieran fuerzas echarse a la mar. Con todo, el plan se fue al garete cuando la canoa se hundió casi en la orilla. Antes de la llegada de la primavera, el número de españoles con vida bajó de ochenta a quince a causa de las adversidades y de una enfermedad del estómago que también redujo a la mitad a la población nativa.

Según narra Cabeza de Vaca, únicamente su amistad con uno de los indígenas impidió que la tribu matara a todos los españoles, a los que acusaban de ser los causantes de la epidemia. Al verlos enfermar también, los indígenas se convencieron de que no podían estar detrás de esta dolencia y, por el contrario, tomaron a los extranjeros como curanderos. La manera de curar de los indios era soplar y aplicar piedras calientes al enfermo, a lo que los españoles añadieron una bendición en el nombre de Dios («un Pater Noster» y un «Ave María»). Tal vez por autosugestión, muchos de los indios tratados por los españoles se curaron, de manera que compartieron su ración de comida en agradecimiento. Como apuntaría para el futuro Cabeza de Vaca, la fama de curanderos de los extranjeros podía ser su billete de vuelta a casa.

Durante largas temporadas, los indios pasaban a Tierra Firme a comer frutas del mar y otros alimentos que no fueran malditas raíces. Cabeza de Vaca pasaba días enteros sin llevarse nada a la boca y era para entonces una secuencia interminable de huesos barnizados por una delgada capa de piel. Cuando los españoles que aún podían andar por sí mismos, dispersos por la isla, se reagruparon para ir al continente, el gaditano permaneció un año

más con la tribu que le había acogido y que le obligaba a recolectar raíces. No en vano, la suerte de sus compañeros fue igual de cruel, pues en tierra sufrieron el ataque de una tribu llamada Quevenes, del que solo salieron con vida Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca; Andrés Dorantes de Carranza, natural de Béjar; y el esclavo marroquí Estebanico. Los tres fueron sometidos a un brutal régimen de esclavitud con coces, bofetones y palazos. Los más pequeños de la tribu se divertían arañándolos con sus largas uñas, tirándoles piedras o arrancándoles las barbas a tirones. Álvar Núñez Cabeza de Vaca desconoció durante años que hubiera otros supervivientes de la expedición original de 450 hombres de Narváez.

Cuántas tardes mirando el océano el gaditano se acordaría de su Jerez de la Frontera natal y se preguntaría qué había sido de los españoles que nadaron al continente. Cabeza de Vaca recuperó pronto la salud en la isla del Mal Hado, no así otro compañero herido que también había quedado atrás, Lope de Oviedo. Por él regresó año tras año a la isla, incluso cuando su posición entre las tribus mejoró y pudo desplazarse libremente por Tierra Firme. La población indígena no estaba por la labor de ayudarle a volver con los suyos, pero le llevaron consigo al continente y le pusieron a trabajar para ellos en un régimen de semiesclavitud. Cabeza de Vaca estaba aún débil para empuñar armas, no podía cazar porque no sabía seguir el rastro de animales y el resto de tareas eran consideradas propias de las mujeres, de modo que pronto los indios perdieron interés en su particular esclavo, tan exótico como inservible.

Al darse cuenta de que a los indios les importaba un pito a dónde fuera, Cabeza de Vaca se valió de esta licencia para realizar largas marchas con fines comerciales. La observación de su entorno le hizo ver las lucrativas oportunidades que ofrecía el intercambio entre los pueblos nativos. A las tribus del norte les ofreció pieles de ganado, pedernal para las puntas de las flechas, juncos flexibles para hacer arcos y almagre para la pintura facial; mientras que a las tribus del interior les llevaba conchas marinas y otros materiales

relacionados con la costa. Su rol como comerciante le convirtió de golpe en un miembro valioso de su comunidad.

Mientras se sintió débil de cuerpo sobrevivió con su inteligencia y su ingenio, pero recuperada la salud por completo, Cabeza de Vaca inició viajes cada vez más profundos hacia regiones desconocidas por los europeos. Su descripción de la fauna local, entre ella los bisontes de las llanuras, a los que denominó «vacas con joroba», hace intuir que pudo sobrepasar el río Colorado, en Texas. Además del comercio, el aventurero español se valió de sus conocimientos de las tribus y de las técnicas chamánicas para ejercer como curandero y para liberar de posesiones del espíritu a los nativos. Las dotes de este blanco barbudo terminaron así siendo muy apreciadas entre las tribus sureñas. Unas veces aplicaba sus curas valiéndose de rezos católicos, mientras que en otras ocasiones usaba lo poco o mucho sobre medicina que aprendió en las guerras en Italia. En sus textos, Álvar describe la intervención quirúrgica que realizó a un indio para extraerle con éxito la punta de una flecha del corazón, que, de ser cierto, sería considerado por muchos el primer testimonio de la humanidad de una operación a corazón abierto.

Durante sus largos viajes, que se alargaron por seis años, el chamán hispánico supo de la suerte de los otros tres supervivientes de la expedición de Narváez. En una de sus visitas anuales la isla del Mal Hado, convenció al fin a Lope de Oviedo de que le acompañara a tierra en busca de cristianos. El español accedió pero, ya cerca de los dominios de los indios Quevenes, Oviedo decidió volver sobre sus pasos y refugiarse en una tribu, con mujeres amistosas, que habían conocido en el viaje. La fama de violentos de la tribu que mantenía a Estebanico, Dorantes y Castillo esclavizados espantó a Oviedo y dejó a Cabeza de Vaca solo ante el peligro. Le gustaba más la idea de vivir entre amazonas que convertirse en un héroe.

En septiembre de 1534, cerca de siete años después de separarse en la isla del Mal Hado, el gaditano se encontró con uno de los tres supervivientes en algún punto al oeste del río Sabine, hoy Texas. Un amigo indio le ayudó a esconderse al pie de un monte

donde el peligroso grupo acampaba al menos una vez al año para comer nueces. De forma clandestina, Andrés Dorantes se citó con Cabeza de Vaca, del que «hacía mucho que le tenían por muerto», y entre abrazos y alegría planearon la futura fuga.

El caballero gaditano se integró como esclavo en la familia, todos tuertos, con la que estaba Dorantes. Juntos esperaron con paciencia a cuando los guerreros de la tribu se desplazaran a otra zona cercana a tomar tunas, una fruta del tamaño de huevos que comían cada pocos meses. Los otros dos supervivientes se reunirían con Cabeza de Vaca y Andrés Dorantes en esa fecha, que se vio pospuesta casi un año porque una riña entre los indios por un asunto de faldas (taparrabos, acaso) los dispersó de nuevo. La fuga fue cocinada con esmero durante meses, hasta que al fin lograron alejarse lo suficiente de aquella tribu de pendencieros.

Con el objetivo de que ellos también pudieran moverse con libertad por el territorio indio, Cabeza de Vaca instruyó a sus camaradas en la medicina nativa, incluidos los elementos teatrales necesarios para liberar espíritus. Cuando escaparon en agosto de 1535 de las tribus hostiles, los tres españoles y el esclavo beréber se desplazaron de poblado en poblado valiéndose de sus habilidades como magos. Primero solo Castillo, un «médico muy temeroso» que creía que sus pecados «podían estovar las curas», y más tarde se unieron Estebanico y Dorantes como físicos, esto es, médicos. Su fama causó «gran admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba de otra cosa». Los nativos llamaron a esos curanderos «hijos del Sol», porque seguían el rumbo que marca el sol en su ocaso.

Las penalidades se hicieron más tolerables gracias al buen trato ofrecido por algunas tribus. En Sonora hallaron indios jovas que construían sus casas con césped y cultivaban judías y calabazas. En la Sierra Madre convivieron varios días con una tribu que se alimentaba de corazones de gamo. Y a solo una jornada de marcha de esta región se encontraron a unos guerreros que portaban la hebilla de un tahalí europeo y un clavo de una herradura que, según

contaron ellos mismos, los habían arrancado a unos blancos malvados con los que habían combatido. Aquel encuentro les hizo intuir de forma errónea que estaban próximos a territorios civilizados.

Cabeza de Vaca y sus tres compañeros marcharon hacia el sudoeste, impacientes por toparse con compatriotas. Y así ocurrió, pero no con los compatriotas esperados. En Sinaloa, México, tuvieron noticia de que un grupo de cazadores de esclavos estaba asolando este territorio. La caza de indios era una actividad ilícita y perseguida por la Corona, en consonancia con la petición de Isabel la Católica al principio de la conquista de que «no consientan que los indios de las tierras ganadas y por ganar reciban en su persona o bienes agravio alguno, sino que sean bien tratados». Otra historia es que la autoridad real contara con poder efectivo en aquellas latitudes tan remotas.

El cabecilla de los tratantes se llamaba Diego de Alcaraz y dirigía a tres hombres igualmente brutales a la captura de indígenas para emplearlos en las minas y las encomiendas de los conquistadores. Cabeza de Vaca, Estebanico y once nativos se presentaron ante el tratante de esclavos, que apuntó en un documento oficial la reunión con el aventurero, pero no dio pábulo a su historia de supervivencia ni reconoció su autoridad como funcionario real. Días más tarde, a la reunión se sumaron Dorantes y Castillo en compañía de centenares de indios. De tal manera, que la reunión entre españoles casi se torna en un baño de sangre cuando los esclavistas trataron de aprisionar a varios indígenas. Cabeza de Vaca y los suyos lo impidieron, a pesar de haber estado ellos mismos esclavizados durante años.

A principios de mayo de 1536, los cuatro «aparecidos» alcanzaron Culiacán después de atravesar todo el sur de Texas y probablemente parte del actual estado norteamericano de Nuevo México, siguiendo la línea de la costa del Golfo de México. La pesadilla había durado nueve años. Melchor Díaz, alcalde mayor de Culiacán, les agasajó a su llegada, lloró con ellos y, una vez

estuvieron recuperados del largo viaje, los envió a la ciudad de México para que el virrey Mendoza conociera su historia. Desde allí se trasladaron a Compostela, capital de Nueva Galicia, durante un viaje de casi 500 kilómetros, tan plagado de penurias e indios hostiles como los recorridos en Texas.

En México, el virrey quedó fascinado por la experiencia vivida por aquellos cuatro supervivientes. Los interrogó de forma insistente sobre los relatos escuchados a los indios sobre ciudades ricas de casas altas. Como la búsqueda de El Dorado en Sudamérica, también el norte tuvo su propia fábula de una tierra maravillosa en la que hasta el papel Albal —de haber existido entonces— se hubiera fabricado con oro en vez de con aluminio. El mito de las Siete Ciudades de Cíbola relataba que durante la Reconquista, en 1150, los musulmanes tomaron Mérida y otras ciudades extremeñas provocando una huida de siete obispos y varias familias nobles hacia la zona más occidental del mundo. Tras embarcar en Portugal, navegaron hasta Norteamérica y allí fundaron siete ciudades en las que abundaba el oro y las piedras preciosas.

Las descripciones que hizo Cabeza de Vaca y los otros supervivientes de las ciudades de piedra devolvieron vigencia a este mito, de tal modo que distintos aventureros fueron en búsqueda de las Siete Ciudades de Cíbola, sin lograr grandes hallazgos; lo que hace suponer que la leyenda se refería a siete asentamientos de no mucha importancia del pueblos zuñi, un grupo étnico originario del occidente de Nuevo México.

El virrey Mendoza envió, inmediatamente después de conocer el testimonio de Cabeza de Vaca, a tres frailes franciscanos, en compañía del negro Estebanico, a recabar más datos sobre estas ciudades. Los resultados no fueron los esperados y el comportamiento de Estebanico, que se valió del cuento del curandero para que los indios le entregaran turquesas, le costó su muerte a manos de una tribu desconfiada. Temiéndose ser los siguientes, los frailes regresaron a México y, tal vez por miedo de volver con las manos vacías, uno de ellos dijo haber visto en persona

grandes ciudades en las que se usaban vasijas de oro y plata más abundantes que en Perú. El virrey dio crédito al fraile y siguió auspiciando nuevas búsquedas. En 1540, Francisco Vázquez de Coronado creyó haber llegado a este lugar maravilloso, al confundir el Gran Cañón del Colorado con los techos de oro de las Ciudades de Cíbola. Un descubrimiento igual de impresionante.

UN ESCRITOR FABULOSO

A su regreso a España, Cabeza de Vaca escribió y publicó, en 1542, el relato de su aventura en *Naufragios*, un texto dirigido a Su Sacra, Cesárea y Católica Majestad Carlos, donde detalla la vida de los indios sureños, el uso que hacían algunos de un «humo que emborracha», las creencias religiosas y todo lo que vio durante su convivencia con ellos. Las costumbres de algunos de los indios norteamericanos admiraron y desconcertaron a los europeos, a partes iguales:

> Desde la isla de Mal Hado, todos los indios que hasta esta tierra vimos, tienen por costumbre desde el día que sus mujeres se sienten preñadas, no dormir juntos hasta que pasen dos años que han criado a los hijos, los cuales maman hasta que son púberes de edad de doce años… Todas estas tribus acostumbran dejar sus mujeres cuando entre ellos no hay conformidad, y se tornar a casar con quien quieren; más los que tienen hijos permanecen con sus mujeres y no las dejan hasta que estos crecen.

El relato ha sido escudriñado por historiadores y filólogos para determinar su verosimilitud. Los hechos narrados parecen los propios de una novela de aventuras, pero la minuciosidad del entorno descrito es casi la de un naturalista y demuestra, sin duda, que Cabeza de Vaca recorrió gran parte del sur de Estados Unidos. El que lo hiciera sin derramar una sola gota de sangre es igual de inverosímil como de probable. Apunta el propio autor y protagonista de la aventura que él escribió «con tanta certinidad, que aunque en ella se lean algunas cosas muy nuevas y para algunos muy difíciles de creer, pueden sin duda creerlas: y creer por muy cierto, que

antes soy en todo más corto que largo, y bastará para esto haberlo ofrecido a Vuestra Majestad por tal».

Cabeza de Vaca no podía permitirse episodios ficticios en un libro dedicado al emperador. Podía adornar u ocultar los puntos más negativos de su actuación, sin mentir directamente sobre lo ocurrió en su angustiosa aventura. Poco después de su regreso a España, el monarca le ofreció el puesto de adelantado y gobernador del Río de la Plata y Paraguay. Álvar aceptó volver al Nuevo Mundo y durante los dos años que estuvo al frente del Río de la Plata acometió varias expediciones, en las que exploró el curso del río Paraguay con la guía de indígenas tupís-guaraníes y se convirtió en el primer europeo en ver las cataratas de Iguazú: «El río da un salto por unas peñas abajo muy altas, y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe que de muy lejos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más». No encontró, sin embargo, un lugar apropiado para nuevos asentamientos en la selva paranaense, ni poblaciones con grandes riquezas… Al contrario, lo que el gaditano y sus hombres hallaron fue una larga sucesión de epidemias, emboscadas y hambre.

El buen trato dispensado por Cabeza de Vaca a los indios, incluso cuando sometió a varias tribus, y su empeño en hacer cumplir las Leyes de Indias no eran objetivos compartidos por sus tropas. A la vuelta de una de sus expediciones, los soldados españoles, con la excusa de que Álvar era permisivo con los indígenas, organizaron un motín encabezado por Domingo Martínez de Irala, que terminó con la captura y encarcelamiento del gaditano. Su autoridad, en verdad, no fue bien recibida en ningún momento por los colonos establecidos con anterioridad, que le acusaron de llevar un gobierno personalista y dictatorial y de proteger en exceso a los indios. La conjura contra él le devino en un año de prisión y, en 1545, fue trasladado a España y acusado de gravísimos cargos ante el Consejo de Indias. Condenado al destierro en Orán, la Corona terminó por indultarlo de su condena ocho años más tarde.

Como en otras ocasiones, los esfuerzos de la Corona castellana por defender los derechos de los indígenas chocaban con la codicia de algunos conquistadores, que se comportaban como si el continente y todos sus seres les pertenecieran. A Bartolomé de las Casas, un embustero bienintencionado (las cifras de los indígenas fallecidos son del todo imposibles), y a Cabeza de Vaca se les considera los primeros defensores de los derechos indígenas en América. El mismo año en el que el gaditano publicó *Naufragios*, los mejores juristas y teólogos de España sacaron adelante las conocidas como Leyes de Indias, que en el plano teórico equiparaba en derechos y garantías a todos los súbditos del nuevo imperio. Lo que demuestra que las voces de estos inconformistas españoles fueron escuchadas por los monarcas hispánicos y contribuyeron a un positivo ejercicio de autocrítica, a diferencia de lo que luego pasaría durante el periodo colonial protagonizado por otras grandes naciones europeas. Mientras en España el debate surgió casi al inicio del descubrimiento y colonización de América, en tanto Bartolomé de las Casas viajó en 1500 a las Indias, el colonialismo salvaje de Inglaterra y Bélgica necesitó mucho tiempo para que surgiera una auténtica crítica. No es casualidad que incluso hoy *El libro de la selva* (1894), una velada crítica al imperialismo británico escrita por Rudyard Kipling, esté ausente de las lecturas escolares del Reino Unido.

Los años finales de la vida de Álvar Núñez Cabeza de Vaca están envueltos en la imprecisión. Tras el indulto se estableció en Sevilla y ejerció como juez. En 1555, publicó en Valladolid *Relación y comentarios*, su segundo libro, donde narra lo ocurrido en su aventura en Río de la Plata. Algunos le sitúan después como comerciante en Venecia o convertido en prior de un convento sevillano. Sin olvidar que, en 1522, había contraído matrimonio con una mujer bien situada entre la nobleza andaluza —su particular Penélope— aunque el largo peregrinaje en el Nuevo Mundo hace imposible rastrear qué fue de este matrimonio. En cualquier caso, murió rondando los setenta años en Sevilla y no regresó por tercera

vez a América, territorio del que después de dos fracasos y tantos años debía conservar un sabor agridulce y cuentas pendientes. De sus compañeros se sabe que Estebanico, como ya hemos señalado, murió asesinado por los indios en su regreso a Texas; mientras que Castillo y Dorantes se establecieron en México y allí pasaron el resto de sus vidas.

Los tres demostraron la misma fortaleza física y mental, casi inhumana, que Cabeza de Vaca y tiraron de igual audacia para salir con vida, desarmados, esclavizados, hambrientos, enfermos y desnudos, de donde el resto de sus compañeros perecieron. No obstante, ellos no tuvieron la capacidad o el talento de escribir un libro sobre su aventura como sí hizo Cabeza de Vaca, haciendo bueno aquello de una canción argentina de que «si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia». ¿Por qué nos resultan más atractivas las vidas de Escipión, Julio César, Cortés, Napoleón o Federico el Grande que las de otros igual de grandes? Pues porque ellos mismos escribieron directamente sus historias o se preocuparon de que cronistas de talento, como Bernal Díaz del Castillo en la conquista de México, les acompañaran y cantaran sus hazañas. Cabeza de Vaca es la gesta de un superviviente resistente a todo, pero también la prueba de que la inmortalidad está en las palabras.

5

ÁLVARO DE BAZÁN, EL QUE NUNCA PERDIÓ UNA BATALLA

Después de una sola estación las galeras (del griego medieval *galéa*) se convertían en amasijos de madera podrida. Estas embarcaciones eran perfectas para navegar por el Mediterráneo y para un tipo de guerra que exigía combates terrestres sobre el agua, pero su existencia era efímera y la comodidad imposible. Cuando dos galeras se enfrentaban lo primero era tratar de embestirse una a la otra con el espolón a modo de cornamenta; después, si ambas sobrevivían, se entrelazaban como serpientes y convertían las cubiertas en un campo terrestre flotante donde la infantería luchaba durante horas. Los almirantes de estas embarcaciones, por muy azul que fuera su sangre, tenían pocos rincones donde refugiarse ante el caos que emanaba en estas luchas.

Había que remangarse y combatir como uno más. Su pequeño tamaño, 140 pies de eslora y 20 pies de manga, las hacía indetectables a los enemigos hasta casi los últimos kilómetros, salvo por un pequeño detalle: la pestilencia que arrojaban. Un centenar de hombres se afanaba en la cubierta de estos barcos —en el caso de la mayoría de los remeros, en contra de su voluntad— haciendo sus necesidades y muriendo extenuados sobre el mismo lugar donde

comían y bebían bizcocho podrido y agua empantanada. A una galera se la detectaba antes por el olfato que por la vista.

Nacido en Granada en 1526, don Álvaro de Bazán se familiarizó desde niño con aquel peculiar olor. Las galeras turcas dominaban el Mare Nostrum y obligaban a muchas poblaciones costeras a vivir atemorizadas día y noche. Hasta tal punto que se decía en la costa de Levante que un pueblo se acostaba poblado y se despertaba desierto, con los hombres muertos y las mujeres y los niños esclavizados de camino a los puertos piratas del Norte de África. Cuando no había moros en la costa significaba que no había peligro, de ahí la popular expresión. La forma de hacer la guerra en el Mediterráneo era terrible y el enemigo un ser demoníaco a ojos cristianos, lo cual hace meritorio que la familia Bazán, linaje destacado de la nobleza andaluza, buscara aquí ganar más prestigio. Esta familia noble tenía ascendencia navarra y había estado emparentada con el V señor de Vizcaya antes de trasladarse al corazón de Castilla.

El abuelo, también llamado Álvaro de Bazán, sirvió a los Reyes Católicos en la Guerra de Granada. Y el padre, Álvaro de Bazán «el Viejo», se amarró a la vida marítima y, en 1526, sustituyó a Juan de Velasco en el cargo de general de galeras de España. Un tipo de combate despreciado por los nobles y estimado en el periodo como propio de mecánicos. La arriesgada elección de «el Viejo» respondía a que había comprendido antes que nadie que, tras el Descubrimiento, ahora las fronteras hispánicas eran marítimas.

EL VIEJO Y EL MAR

El padre se cuidó de que su hijo recibiera el hábito de Santiago siendo un niño y fuera nombrado con solo ocho años «alcaide del Castillo de Gibraltar», cuya bahía resultaba un lugar idóneo para que invernaran las galeras. Una recompensa para él por sus buenos servicios a Carlos V, y una forma de incentivar al muchacho, que a decir verdad no necesitaba muchas excusas. Bazán padre procuró

para sus vástagos una formación humanista y que en ellos surgiera la vocación marítima. Con la nariz todavía mocosa, «el invicto» (nunca perdió una batalla) corría por la cubierta de la nave capitana de su padre y poco después tendría su primera experiencia militar. En uno de los frescos del Palacio de Viso del Marqués se representa la Jornada de Túnez (1535), con el padre de don Álvaro entregando las llaves de la ciudad africana al emperador Carlos V. Y su hijo haciendo las veces de mozo de armas.

Siendo uno de los marinos más eficaces de Carlos V, el viejo capitán se enfrentó a los franceses en Muros junto a su hijo, en 1543. Francisco I de Francia había declarado de nuevo la guerra a España un par de años antes, en una ofensiva a tres bandas en la que implicó a Turquía, Dinamarca y Suecia, con la excusa de aprovechar la fracasada expedición española contra Argel. En paralelo a otras operaciones, el vicealmirante De Burye, uno de los mejores marinos de su tiempo, armó una escuadra de cerca de veinticinco barcos, en su mayoría atlánticos, para atacar el desprotegido Golfo de Vizcaya.

El emperador Carlos designó al padre de Bazán para que defendiera la zona con escasos hombres y menos barcos. El 10 de julio la escuadra francesa pasó por las aguas de Laredo, donde Bazán había situado su base, sin percibir que allí estaba la escuadra española. Saquearon las poblaciones de Lage, Corcubión y más puertos hasta el Cabo de Finisterre, echando finalmente sus anclas frente a la ciudad de Muros, a la que exigieron rescate para no ser arrasada como harían unos meros piratas. Álvaro de Bazán «el Viejo» alistó todos los buques y hombres posibles y saltó por sorpresa sobre los franceses, a los que cogió desprevenidos. Los franceses permanecían fondeados frente a Muros cuando la pequeña flota de dieciséis barcos se les vino encima a toda vela. La superioridad francesa se anuló por su mala posición, fondeada en una estrecha ría, que les retrasó a la hora de levar anclas.

Era el día 25 de julio, festividad del Apóstol Santiago, patrón de España, cuando Bazán y su hijo dirigieron su nave capitana contra la

del almirante francés, de tal manera que la hundió al coste de cien hombres. A continuación, el galeón de Bazán se enzarzó en un nuevo combate con el del corsario Hallebarde, que estaba junto a la capitana. En total, la lucha duró algo menos de dos horas y concluyó con las veinticinco naves francesas hundidas o capturadas, salvo una que pudo escapar con el árbol partido.

Muros es considerada la primera batalla de gran entidad en el océano Atlántico de la Historia, lo cual no quita que la forma de luchar siguiera siendo la típica del Mediterráneo. Faltaban aún varias décadas para que, precisamente Bazán, probara las ventajas y los inconvenientes de batirse en este océano con barcos adaptados para ello. Se conoce poco, en este sentido, sobre la actuación del joven en la batalla o si aprendió alguna lección de futuro, lo único que consta es que a sus diecisiete años fue encargado por su padre de que cuidara la armada y las naos apresadas mientras él viajaba a Santiago de Compostela a ofrecer al apóstol la victoria. Las bajas francesas superaron las tres mil y las españolas las ochocientas, entre muertos y heridos, lo que da fe de la violencia con la que se peleaba en este tiempo. Aparte de las bajas, el almirante español lamentó que del golpe se hundiera la almiranta francesa que transportaba el botín saqueado en las poblaciones cántabras y, lo que resultaba más doloroso para él, la venerada reliquia del brazo de San Guillermo de Finisterre.

Francisco I volvió a pedir una tregua un año después, no así los corsarios franceses, ingleses y sobre todo turcos que infectaban el Mediterráneo y la salida hacia el Atlántico. La carrera del joven Bazán creció como la espuma del mar en pocos años. Su nombre estuvo presente en todas y cada una de las grandes operaciones del Imperio español en el Mediterráneo. En 1554 fue nombrado capitán general de una armada destinada a guardar las costas de España y proteger la navegación de las Indias. Una de sus primera acciones en solitario (su padre moriría en 1558) fue contra dos naos inglesas, al mando del contrabandista llamado por los españoles «Richarte Guates», que transportaron al cabo de Aguer armas para los piratas

berberiscos de Fez y Marruecos. Don Álvaro de Bazán quemó siete chalupas y carabelas, que eran empleadas para asaltar navíos cristianos. La sangre fría cuando al resto se le disparaba la adrenalina se convirtió en su firma personal y en la principal explicación a su larga racha de victorias.

No faltaba trabajo para gente como él en las fronteras hispánicas. La flota otomana, asistida por los piratas berberiscos, llevaba encadenando una interminable lista de victorias y conquistas por la costa africana desde hacía casi un siglo. La situación en los presidios españoles en el Norte de África era pésima, porque faltaban fondos para pagar tropas y reparar fortificaciones. En esos años oscuros, don Álvaro de Bazán participó en varias operaciones para proteger plazas como Orán o Vélez de la Gomera, que fue arrebatada a los musulmanes en 1564. Un curioso incidente con barcos ingleses en Gibraltar, territorio del que era alcaide Bazán, pone de relieve que crecían como moscas los enemigos en el Mediterráneo. Ocho buques ingleses entraron en las aguas españolas en persecución de un barco francés y, haciendo caso omiso a la legalidad, lo bombardearon al pie del puerto. En esas apareció Bazán con cinco galeras de patrulla y no dudó en cargar contra los buques ingleses, mejor artillados y más altos. Los derrotó, uno a uno, e hizo 240 prisioneros acusados de piratería. No iba desencaminado en su acusación. En sus bodegas se encontraron productos indianos.

En su momento álgido, los turcos decidieron atacar Malta en 1565, primer paso para la invasión de Sicilia. Pero Malta se defendió como un gato panza arriba, hasta que fue posible que el Imperio español desembarcara allí tropas para socorrer a los cruzados. Los cinco meses de retraso se debieron a que, ya con una flota destacada en la zona, los cristianos seguían contando solo con 90 galeras frente a las 130 turcas y temían un nuevo batacazo. Por ello, Bazán ideó un plan genial en que las 60 galeras más rápidas embarcarían cada una a 150 soldados y trasladarían a los hombres a tierra antes de que pudieran reaccionar los turcos. Tras varios

intentos frustrados por el mal tiempo, el 7 de septiembre las galeras señaladas desembarcaron en la ensenada de Melecha, al noroeste de la isla, a 9.600 hombres. La escuadra se retiró sin que el enemigo tuviera tiempo de reaccionar.

Liberado el archipiélago de Malta, Jean Parisot de La Valette, gran maestre de la orden, abrazó y agradeció su ingenio a Bazán a la vista de todos. A sus cuarenta años, don Álvaro de Bazán fue nombrado capitán general de las Galeras de Nápoles y, poco después, el 19 de octubre de 1569, Felipe II le concedió el título de marqués de Santa Cruz. Cuando el rey le autorizó a cubrirse con el sombrero en su presencia, signo de distinción entre los grandes nobles, Bazán acertó únicamente a darle las gracias. «Por el sol, señor marqués», le corrigió el monarca, puesto que la recepción era al aire libre.

En sus victoriosas operaciones navales el granadino había exhibido una inteligencia extrema y una capacidad sobrehumana para mantener la calma cuando todos estallaban en un manojo de nervios. De Bazán se podría decir lo que Lord Byron de su Don Juan: «Era el hombre más comedido que jamás haya hundido un barco o cortado una garganta». El hombre hacia el que correr en caso de incendio. Estos triunfos cristianos cambiaron una dinámica que Lepanto, auténtica fábrica de mitos heroicos, iba a certificar: el Imperio otomano sangraba como cualquier criatura marítima. «La más alta ocasión que vieron los siglos», que diría Miguel de Cervantes, comenzó a gestarse con la renovada confianza cristiana, cuando el papa Pío V formó una Santa Liga entre Roma, el Imperio español (que ocupaba media Italia), Génova, Venecia y otros reinos cristianos hastiados de los métodos otomanos; no así Francia, que seguía aliada con la Sublime Puerta.

La Monarquía Hispánica se comprometió a sufragar la mitad del presupuesto, mientras Venecia, el Papado y otros aliados italianos corrían con el resto de gastos operativos. En total, la Santa Alianza estuvo formada por una flota de 200 galeras, 100 embarcaciones de transporte y 50.000 soldados (la mayoría españoles o pagados por

Felipe II). En lo referido al comandante, Felipe II entendía que debía ser un español y, a poder ser, con una envergadura principesca para poder imponer su autoridad al resto de almirantes. El soberano español estuvo conforme con la preferencia del papa Pío V, don Juan de Austria, hermanastro de Felipe II. A pesar de sus veinticuatro años, don Juan desplegó una actuación ejemplar en la batalla de Lepanto. Empleó su afable carácter para mantener inertes las tensas relaciones con Venecia y supo compensar su poca experiencia al dar voz a consejeros más curtidos en la mar como don Álvaro de Bazán o Luis de Requesens. El hijo natural de Carlos V se apoyó en el granadino en todas sus decisiones navales, porque no había una voz más acreditada en las filas europeas.

Don Álvaro de Bazán acudió a la campaña al frente de treinta galeras bien armadas de la escuadra de Nápoles, que cerraron en todo momento la formación. Él iba embarcado en una galera que se llamaba *La loba*, animal recurrente en su heráldica familiar, que era la insignia de la escuadra de Nápoles. Su objetivo y el de la Santa Liga era desalojar a Turquía y a sus aliados corsarios del Mediterráneo occidental y contrarrestar sus recientes conquistas, entre ellas Chipre y varios puertos venecianos en el Adriático.

Al mismo tiempo, el comandante turco, Alí Pashá, había recibido órdenes directas del sultán de destruir a la flota de la Santa Liga. Sus fuerzas, empleadas en la conquista de Chipre, sumaban 208 galeras, 66 galeotas y fustas y unos 25.000 soldados, entre ellos 2.500 jenízaros armados con arcabuces. Las fuerzas eran parejas a las cristianas, pero solo en apariencia. Después de seis meses de operación marítima, la flota estaba desgastada y el escaso número de jenízaros se explicaba porque muchos de ellos abandonaron los barcos en los días previos, ante la cercanía de los Balcanes, lugar de procedencia de la mayoría de ellos. El turco se empeñó en combatir a pesar de todo, tal vez porque infravaloraba la potencia cristiana y no estaba bien informado de la gran cantidad de galeras «ponentinas» (las fabricadas en España), de mayor tamaño que las musulmanas o las venecianas.

«ADELANTE, SIGAMOS EL PARECER DEL MARQUÉS»

Don Juan partió del puerto de Sicilia a mediados de septiembre de 1571 y en poco tiempo surgieron desavenencias con los representantes venecianos, cuya antigua amistad con los turcos los hacía poco fiables. El mayor incidente se originó en una galera veneciana, donde el almirante, Sebastiano Veniero había ordenado ahorcar por disciplina al capitán de unos soldados embarcados que no pertenecían a su mando directo. El genovés Juan Andrea Doria se manifestó partidario de volverse a España y dejar solos a los venecianos, a los que consideraba poco de fiar, pero Álvaro de Bazán calmó los ánimos y defendió que el hecho de que Veniero hubiera hecho un disparate no era motivo para tirar por la borda toda la alianza. Ya habría tiempo tras el combate para ajustar cuentas. Los que hablaron después de don Álvaro apoyaron su postura. El carácter conciliador de este viejo lobo de mar salvó la coalición. «Adelante, sigamos el parecer del marqués», concluyó don Juan de Austria.

La tensión entre los aliados siguió patente en los prolegómenos. El genovés Juan Andrea Doria y Luis de Requesens eran partidarios de esperar al enemigo en una ensenada próxima, mientras que Bazán y Alejandro Farnesio creían que el momento estaba en el sur de Punta Escropha (que los turcos llamaban «Cabo ensangrentado»). Allí se avistaron ambas escuadras y don Juan de Austria decidió presentar combate. Los musulmanes formaron su tradicional media luna de combate y se prepararon para envolver a los cristianos, a su vez divididos en cuatro escuadras (las dos alas, el centro y la retaguardia, a cargo de Bazán). Antes de que se iniciara la lucha, don Juan de Austria elevó la moral de sus tropas con una escena que hoy puede sonar ridícula. El generalísimo bailó una gallarda con dos de sus oficiales, armado con una fastuosa armadura, sobre la cubierta de *La Real*.

En torno al mediodía, cuatro galeazas venecianas se adelantaron al resto de la formación y empezaron a bombardear a una distancia de un kilómetro y medio la posición turca. La maniobra sirvió para desbaratar la formación de media luna e incluso hundir varias galeras, pero su participación en la batalla terminó aquí. Las galeazas venecianas eran plataformas artilladas hasta los dientes que debían ser arrastradas por otras embarcaciones debido a su peso y su poca maniobrabilidad, lo que conllevó que una vez iniciado el combate se perdieran en una maraña interminable de galeras, enfrentadas entre sí como si de un campo terrestre se tratara.

Los historiadores italianos se han quedado roncos de repetir que estas galeazas decidieron la batalla, en un intento de restar importancia al resto de potencias participantes y de proclamar la superioridad de la tecnología europea. Y solo en esto tienen razón: la pólvora fue determinante en Lepanto, pero más bien la de los arcabuceros embarcados. En los enfrentamientos entre galeras estaba cobrando cada vez más importancia el intercambio previo de disparos de artillería (los cristianos portaban cinco piezas por galera contra las tres de los musulmanes) y las andanadas a bocajarro de los arcabuceros, frente a un ejército turco que, salvo los jenízaros, portaba arcos y flechas.

Los españoles priorizaron el barrer las cubiertas enemigas con pólvora antes de iniciar la lucha. Aquellas descargas de sus arcabuceros, de tal manera que «os salpique la sangre del enemigo», marcaron la diferencia en la fase de abordajes de Lepanto. Don Juan de Austria insistió en que las naves venecianas fueran reforzadas con tropas de italianos al servicio de España. De hecho, la mayor debilidad turca aquel día estuvo, además de que las flechas no resultaban tan efectivas, en que su infantería era inferior a la cristiana. Así y todo, la confianza de años de éxitos y la superioridad numérica de los musulmanes hicieron que la victoria cristiana estuviera comprometida en varios momentos.

El flanco izquierdo cristiano, comandado por los venecianos, casi fue superado por los turcos, conocedores de aquellas aguas

someras. La muerte del comandante veneciano Barbarigo, que recibió un flechazo en un ojo por levantar la visera de su yelmo, y de su sobrino, Giovanni Marino Contarini, extendió el pánico hasta que el hombre invicto apareció para apagar el fuego. La fuerza de Bazán logró liberar a la capitana de Venecia y rendir la galera del almirante turco Sciroco, que mandaba ese flanco. El turco fue hallado agarrado a un madero en el agua y rematado sin compasión.

Desde la retaguardia, como hacía la élite de las legiones romanas, don Álvaro de Bazán acudió con las galeras de reserva a defender en primera instancia el flanco izquierdo. La amenaza basculó de izquierda a derecha como el propio balanceo del oleaje. En el centro, donde estaban don Juan de Austria y el comandante turco Alí Pashá, el enfrentamiento alcanzó una violencia inaudita por la acumulación kilométrica de barcos y de hombres. La fase de abordaje situó a la galera *La Real*, de don Juan, en el epicentro del volcán, con varias galeras y galeotas turcas colocadas a su popa. *La Sultana* embistió a *La Real* con tal ímpetu que el espolón alcanzó hasta la cuarta fila de remeros. La cristiana, que había retirado su espolón antes de la lucha para aumentar su potencia de fuego, contestó con el rugido de cinco cañones desde la proa. El baño de sangre fue una inyección de ánimo.

Don Juan de Austria y Alí Pashá estuvieron a punto de cruzar aceros. Lo evitó una conveniente descarga de arcabuzazos del representante papal, Marco Antonio Colonna, y la llegada de Bazán por la otra banda. En su avance para rescatar *La Real* venció y apresó sucesivamente a tres galeras enemigas, entre ellas la capitana jenízara. El noble granadino mandó al asalto a Pedro de Padilla con sus soldados del Tercio de Nápoles, quienes tomaron la galera de Alí Pashá y clavaron en ella el estandarte de la Santa Liga. La cabeza del comandante turco fue ensartada en una pica a modo de bárbaro anuncio del final del combate.

Cuando la batalla parecía declinar, el astuto almirante Uluch Alí —responsable del flanco izquierdo musulmán— sorteó a Juan Andrea Doria, con el que había protagonizado un alarde de maniobras en

dirección al mar abierto, y cargó junto a sus galeras contra los bajeles que se topó de costado. Enésima prueba de que a filigranas no se podía competir con los turcos. El almirante turco no guardaba ya esperanzas de vencer en aquella jornada, pero se contentaba con un jugoso botín antes de la retirada. Entre las seis galeras que se llevaron la peor parte de su ofensiva estaban la capitana de la Orden de Malta y *La Marquesa*, donde combatía el escritor Miguel de Cervantes. Una de las venecianas prefirió volar su santabárbara antes de rendirse. El arroyo de desolación causado por Uluch Alí duró hasta que Bazán y don Juan alcanzaron esta zona e hicieron huir al turco con quince galeras apresadas.

Bazán fue decisivo en la izquierda, el centro y la derecha. Convertido en una suerte de bombero en la batalla, Santa Cruz recibió dos tiros en la coraza y en la rodela aquel día, además de perder al capitán de su galera, al que un cañonazo le barrió las dos piernas. Tras cinco horas de lucha, los cristianos al fin eran dueños de aquel golfo tintado de rojo: 117 galeras turcas habían sido apresadas y 30.000 otomanos perdieron la vida, lo que sitúa Lepanto como una de las batallas más resolutivas de la historia. El impacto para los turcos fue terrible, hasta el extremo de que nunca más recuperarían realmente la iniciativa en los mares ni intentarían invadir Italia. En Constantinopla se publicó rápido un bando para que, bajo pena de ser empalado, nadie osara hablar nunca de la pérdida de la Armada.

La alianza entre cristianos continuó algún tiempo, a la búsqueda de explotar la victoria naval. Nada más conocer la noticia de la derrota turca, un exultante Pío V ofreció coronar a Felipe II como emperador de Oriente si recuperaba Constantinopla. Se trataba, en cualquier caso, de los cantos de sirena que suceden a una victoria así, pero que resultan irreales. Como recordaría el gran duque de Alba en aquellos días, los ejércitos del rey de España no estaban preparados para atacar al turco, sino para defenderse de él. Después de Lepanto, cada capitán general de la Santa Liga propuso un objetivo a conquistar acorde a sus intereses. Entre discrepancias y

nuevas tensiones, el año 1574 vivió el estéril choque entre la Santa Liga y el escurridizo Uluch Alí, que encabezaba una enorme flota fabricada durante el invierno. No obstante, ambas flotas se esquivaron y el único choque tuvo más de simbólico que de práctico. Cuando se cumplía justo un año de la victoria de Lepanto, una imponente galera turca se rezagó durante una maniobra evasiva de Uluch Alí. *La Loba* de Bazán fue el primero en llegar a la altura de esta galera, un hermoso buque de fanal en el que iba embarcado un descendiente del mítico pirata Barbarroja. El duelo singular se decidió en media hora y causó cien muertos a los turcos, entre ellos muchos jenízaros, frente a siete muertos españoles.

Al año siguiente, el terco empeño de los venecianos en recuperar Chipre acabó por acelerar las fricciones y echar al traste la alianza. Así las cosas, España continuó por cuenta propia la campaña con el objetivo de conquistar Túnez, lo cual logró el 11 de octubre de 1573. La ocupación fue sencilla, aunque solo duró un año y ni siquiera conllevó el control sobre el interior del país. La Santa Liga agonizaba, herida de muerte. Siempre envuelta en mil frentes, España se conformaba con que los turcos permanecieran en el Mediterráneo oriental sin molestar en sus posesiones italianas.

Todos los mandos participantes en la batalla de Lepanto terminaron sus días elevados a la condición de héroes de la cristiandad, entre ellos Alejandro Farnesio, Lope de Figueroa, Luis de Requesens, don Juan y por supuesto Bazán. El granadino participó en la conquista de Túnez y siguió en los años sucesivos con su papel de guardián de las costas mediterráneas. En 1575 le fue encargada por el rey la tarea de mantener en disposición de combate las cuarenta galeras de Nápoles, la principal fuerza hispánica en estas aguas. Bajo las directrices de don Juan de Austria, el granadino limpió de piratería berberisca las costas de Sicilia y el sur de Italia, haciendo frente a una nueva intentona turca de conquistar Malta. El desembarco de los soldados del tercio de Lope de Figueroa en el archipiélago disuadió por sí mismo a los otomanos de atacar la isla principal.

Un año después de estos sucesos, el almirante español dirigió una expedición de castigo a las Islas Kerkenas, frente al litoral tunecino, en una muestra de que el Imperio español quería tomar la iniciativa por primera vez en el territorio musulmán. Los buenos resultados de la operación, con poblaciones asoladas a lo largo de la costa africana, convencieron a los españoles de que la mejor defensa para las poblaciones italianas era lanzar al mar las galeras, en vez de encerrarlas con cautela en Mesina. Felipe II recompensó estos éxitos dándole en 1576 el cargo de capitán general de las galeras de España, y destinándole a Cartagena para que reorganizara y armara galeras a su conveniencia por todo el Mediterráneo. Y de alguna manera se le estaban quedando estrechas estas aguas. Tal vez era el momento de dar el salto al Atlántico, allí donde se inclinaban cada vez más los intereses económicos de la Monarquía Hispánica, en detrimento de un Mare Nostrum que ni siquiera interesaba ya a los turcos. Lepanto fue el último gran enfrentamiento entre los dos imperios de su tiempo.

CANCIÓN DE TIERRA Y AGUA EN PORTUGAL

La vieja guerra naval en el Mediterráneo y la que se alumbraba en el Atlántico tenían pocos puntos en común, más allá de que ambas se desarrollaban sobre el agua. Ni los barcos, ni las tácticas, ni siquiera el viento eran los mismos. Don Álvaro de Bazán tuvo que aprender sobre la marcha estas lecciones, porque del mejor almirante castellano, «el invicto», se esperaba que se adaptara a los tiempos (*The Times They Are a-Changin*, cantaría Bob Dylan) incluso cuando no había nada escrito. Antes de la batalla de las Terceiras no se habían producido grandes confrontaciones entre los colosos atlánticos. Los Bazán, padre e hijo, se habían movido con destreza en este periodo intermedio. Pero ya no bastaba, como venía haciéndose durante toda la Edad Media, con trasladar la guerra mediterránea y sus galeras al norte de Europa, con las numerosas limitaciones técnicas que esto suponía. Los resistentes buques

atlánticos, diseñados para cruzar el océano con la única ayuda del viento, permitían una nueva forma de hacer la guerra donde el abordaje entre embarcaciones solo era el último recurso. La incorporación al Imperio español de una de las flotas atlánticas más temidas, la portuguesa, dio el pistoletazo de salida para España a esta innovadora forma de guerrear.

En 1578 falleció sin dejar descendientes el rey de Portugal Sebastián I, en una demencial incursión en el Norte de África. El pueblo portugués tardaría décadas en creer que su bizarro monarca hubiera fallecido realmente en unas circunstancias tan bobas e incluso surgieron varios farsantes haciéndose pasar por el muerto. No así las grandes cortes, que tardaron mucho menos, un instante si acaso, en limpiarse las lágrimas. Mientras el anciano Enrique, tío de Sebastián, asumió de forma breve la corona, sin esperanza de tener descendientes a tiempo; Felipe II comenzó a blandir sus derechos al trono como hijo de una infanta portuguesa.

Para cuando Enrique I murió, el 31 de enero de 1580, Felipe II había convencido ya a la mayor parte de la nobleza lusa y a las grandes potencias europeas de que él sería el nuevo rey. El prior Antonio de Crato, nieto bastardo del rey Manuel I el Afortunado, no estuvo de acuerdo y levantó una rebelión en el país con el apoyo de Francia, Inglaterra y las clases más humildes, lo que forzó al Imperio español a invadir Portugal. El gran duque de Alba orquestó una invasión relámpago, mientras que don Álvaro de Bazán apoyaba a las fuerzas terrestres desde sus galeras. Ambos entendían la importancia de la rapidez en una operación así y golpearon como un martillo en la fragua.

El rey puso en manos de Bazán, un héroe nacional desde lo ocurrido en Lepanto, sesenta y cuatro galeras para que apoyara la invasión terrestre y embarcaran a los 4.700 hombres del tercio de Rodrigo de Zapata y Martín de Argote. El grueso de la infantería se desplazó siguiendo la línea Badajoz-Elvas-Estremoz-Setúbal, mientras que la flota española se dirigió en paralelo a Setúbal con víveres y equipos para los soldados de Alba. El avituallamiento de un

ejército elefantiásico de 28.000 hombres era el principal reto de la campaña, incluso por encima de las fuerzas enemigas. El veterano duque tuvo la ocurrencia de que las vituallas del día fueran por delante de la infantería, custodiadas por arcabuceros a caballo, para que el desplazamiento no fuera tan lento.

La infantería logró así establecer una marcha sin interrupciones, aunque no pudieron impedir que se les adelantara la flota del marqués de Santa Cruz, ante la que los puertos portugueses fueron entregándose a un ritmo de uno por día. En Setúbal, la ciudad se rindió sin mucho esfuerzo, pero en la fortaleza de Outâu resistieron cien partidarios del prior de Crato y sus cuarenta y siete cañones, situados en una zona de difícil acceso. Todo ello, mientras tres grandes galeones protegían desde el mar la posición como si de tres tiburones nadando en círculos se tratara.

Se emprendieron las labores de ingeniería habituales en estos casos y, una vez batida la zona, los españoles lanzaron un asalto sobre la fortaleza de Outâu a cargo de las tropas italianas de Próspero Colonna. El ataque fue bien hasta que el fuego de los poderosos galeones hizo retroceder a los soldados e ingenieros españoles. Solo la intervención de Bazán devolvió el desequilibrio total a la contienda. Las galeras abordaron como pirañas al galeón más activo en la lucha, el *San Antonio*, mientras los otros dos buques se retiraban al abrigo de la fortaleza. La posterior rendición de estos galeones y el acceso de Santa Cruz a sus ochenta piezas de artillería precipitaron la rendición de los setenta últimos supervivientes. Los defensores fueron puestos en libertad por su valor y resolución, aunque con ello se ponga en cuestión la imagen del «coco» Alba que ha querido proyectar la leyenda negra. Otra cosa muy distinta es la fama de su mal carácter, que tiene muy poco de leyenda. Ante un retraso de dos días en la travesía de la flota, el irascible general perdió por un momento los nervios:

> Por cierto que el Marqués pudiera muy bien excusarse el andarse a tomar bicocas y también fuera justo que excusara el enviar a su hermano antes de llegar a este puerto, sabiendo que consiste en la llegada de la Armada la salvación de este Ejército

> y el hacerse con ella los efectos que Vuestra Majestad sabe (…). Me duele por el Marqués, que es muy buen caballero y muy grande amigo, pero llegado a este punto, no tengo ni padre ni madre.

El día 22 de julio la Armada y el ejército se pudieron dar la mano e intercambiar vituallas. Como en otras ocasiones, el gran duque había hablado antes de tiempo y demasiado alto. Bazán, en la mar, era lo que Alba había sido en tierra en los últimos cincuenta años. Dos genios de la guerra trabajando juntos.

Felipe II había calculado con acierto que el prior de Crato planeaba montar su última defensa en torno a Lisboa y la desembocadura del Tajo, de tal manera que las fuerzas españolas debían desembocar en este punto. El primer obstáculo que debieron superar los españoles era cómo cruzar a la otra orilla del Tajo. Algo que a ojos de cualquier comandante corriente del siglo XVI hubiera requerido muchas semanas construyendo barcazas o un intento hercúleo de remontar el río hacia un paso más fácil... Pero es que las mentes de dos genios de la guerra como Bazán y Alba no eran corrientes. Como si se hubieran hinchado a ver cine bélico del siglo XX, los dos mandos españoles concibieron el audaz plan de que las galeras del marqués desembarcaran una fuerza de élite por sorpresa en la playa de Cascais, a las puertas de Lisboa, y aseguraran una cabeza de puente para el resto de las tropas de infantería. Los elegidos para el desembarco fugaz fueron los hombres de Rodrigo de Zapata y Martín de Argote, y la playa una de pequeño tamaño rodeada de rocas.

El plan era arriesgado, tanto como para que pillara desprevenidos a los portugueses, que habían descartado por temeraria esa opción. Un ejército de 3.000 hombres y 400 jinetes portugueses se dirigió a la pequeña playa cuando divisaron las galeras. La vanguardia del ejército portugués llegó antes de que comenzara el desembarco, lo que a su vez obligó a los mosqueteros veteranos de Rodrigo de Zapata a echarse al barro con la única protección del fuego de las galeras a sus espaldas. La calidad de

esta fuerza profesional, y las virtuosas maniobras de Bazán, lograron espantar a los portugueses, en su mayoría bisoños y milicianos. Con la posición ocupada, el grueso de las fuerzas españolas desembarcó con éxito en una operación que se prolongó unas horas y que hizo gala de la enorme visión táctica que habitaba en la cabeza del almirante español.

El ejército de Alba, apodado «el duque gravedad», siguió su inmisericorde avance hacia la capital y tomó los principales fuertes que se alternaban por el Tajo. La mera estampa de las galeras de don Álvaro de Bazán a la entrada del Tajo motivó la rendición del fuerte de Cabeza Seca sin que se gastara un miligramo de pólvora. Tomar la hoy turística Torre de Belem costó más esfuerzo, porque contaba con treinta cañones y el apoyo de los enormes galeones que dormitaban en el puerto lisboeta. No obstante, la resistencia duró justo el tiempo que los galeones se retiraban al interior del puerto.

El prior Antonio de Crato se preparó para arriesgar el todo por el todo en una única batalla, puesta la fe en que la falta de experiencia de sus tropas pudiera suplirse con su superior conocimiento del terreno. Confiaba además en que la flota atlántica —cuarenta y dos naos, carabelas, carracas y galeones y siete galeras— apoyara desde el Tajo el combate terrestre.

La batalla de Alcántara, librada el 25 de agosto de 1580, devino en una victoria plácida para las fuerzas de Alba; de hecho la lucha duró un suspiro y en todo momento parecía inevitable que se impusieran las mejor entrenadas tropas españolas. Fue en el agua donde la incertidumbre se alargó por más tiempo. Al igual que en Lepanto, las galeras españolas habían sido reforzadas con mil arcabuceros y tenían la orden de entablar combate cuanto antes con las naves portuguesas, que a larga distancia contaban con ventaja. Pero una cosa son las líneas trazadas sobre un mapa de batalla y otra el caprichoso viento.

El soplido contrario de Poseidón y la bajamar impidieron repetidas veces que Bazán pudiera remontar el río Tajo. Desgañitado de tanto gritar sus órdenes, Santa Cruz logró al final subir el río a

base de que muchos remeros reventaran de esfuerzo. Las sesenta y dos galeras arrojaron la noche sobre los buques portugueses, que, viendo el desastre terrestre, arriaron sus velas y se rindieron antes de que comenzara la fase de abordajes. Prácticamente toda la flota portuguesa fue capturada, incluso las galeras que trataron de escabullirse lamiendo la costa.

El que sí logró huir fue el escurridizo prior de Crato una vez terminaba la batalla, la última que disputaría aquel monumento a Ares llamado Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, que murió el 11 de diciembre de 1582 con el país ya pacificado. La ciudad fue tomada por los españoles y la guerra se alargó varios meses solo porque algunos focos rebeldes seguían activos. No en vano, para Santa Cruz empezaba una misión tan importante o más que la conquista en sí.

EL PADRE DE UNA FLOTA ATLÁNTICA

Cuando se tomó el puerto de Lisboa, el granadino y sus capitanes se encargaron de acondicionar las grandes carracas portuguesas para las necesidades del Imperio español. Dentro del sistema comercial portugués, estos enormes buques eran empleados para el transporte de mercancías exóticas desde las más remotas tierras africanas y asiáticas, si bien su uso era comercial y requerían más mordiente militar para servir a España. Nada menos que once galeones de altura, todos ellos de entre setecientos y mil toneladas, intactos y con un diseño moderno, estaban listos para incorporarse a la flota oceánica de España, que hasta entonces se había servido de barcos alquilados para mantener el comercio con América. Portugal se había conquistado solo con galeras mediterráneas, simple y llanamente porque España no contaba con una flota de altura como esa.

La prueba de fuego de esta nueva flota, a la que se sumaron varios galeones del gusto de Bazán, surgió muy pronto. Tras recabar apoyos entre los enemigos de España en Europa, el prior Antonio levantó contra el rey a la población de la Isla Terceira (en las Azores)

como forma de mantener abierta la cuestión sucesoria. Solo las islas de San Miguel y Santa María se mantuvieron firmes en su apoyo a Felipe II, lo cual era un grave imprevisto porque el archipiélago atlántico era el punto de recalada de la Flota de Indias española en su vuelta a la península cargada de oro y plata. La última parada antes de encarar la parte más infectada de corsarios de la ruta atlántica.

A sus cincuenta y seis años, don Álvaro de Bazán fue nombrado comandante de la flota que debía recuperar el control del archipiélago y de paso probar las nuevos juguetes del rey. El marinero granadino nombró al galeón *San Martín*, de mil toneladas y cuarenta piezas de artillería, como su capitana y se dirigió con veinticinco galeones a reconquistar la zona rebelde de las islas Azores, situadas en medio del Atlántico. Como no existían reglas sobre este nuevo tipo de batalla naval, habría que escribirlas sobre la marcha.

Frente a la flota hispanoportuguesa, acudieron sesenta y cuatro barcos, la mayoría de tonelaje medio, al mando de Felipe di Piero Strozzi, almirante florentino al servicio de Francia. Miembro lejano de la familia real Strozzi era un protegido de la reina madre, Catalina de Medici, quien le había situado en la punta de las operaciones militares contra el Imperio español, en las que, oficialmente, no podía aparecer la firma francesa en ninguna parte. Las fuerzas de la causa rebelde eran superiores a las del Imperio español, al menos en número de barcos y en efectivos, 7.000, y estaban bien adaptadas al Atlántico. En un tiempo récord, Francia había armado una sólida flota para ponerla al servicio del prior Antonio y la había atestado de hugonotes entusiasmados con la idea de combatir al Imperio católico. Francia creía tener poco que perder con su apoyo a don Antonio. A cambio de su flota, los galos recibirían Brasil cuando el rebelde portugués accediera al trono. Isabel de Inglaterra, por su parte, atendió a don Antonio con su mejor sonrisa mustia y le entregó dinero y medios para nutrir su flota, sin atreverse a ir más lejos.

El 26 de julio de 1582, las dos flotas se mantuvieron la mirada con intensidad. Bazán planeó la lucha adaptada a las peculiaridades del viento atlántico: dispuso una larga línea de barcos justo frente a los franceses y colocó a los mejores buques en el centro. Aconsejado por los corsarios hugonotes, que habían combatido durante décadas en el caribe, Strozzi contestó a la formación española alineando sus bajeles de costado, aunque prestó poca atención a que los buques no se quitaran el viento los unos a los otros. Tras una serie de maniobras, los españoles se prepararon para lanzar una ráfaga artillera. Bazán se llevó las manos a los pocos pelos que tenía en la cabeza cuando el viento y las mareas beneficiaron por sorpresa a los franceses, que además contaban con suelo amigo a sus espaldas. El granadino estaba acostumbrado a que sus hombres remaran en estos casos de viento hostil.

La situación todavía iba a complicarse más para los intereses hispanos. El galeón *San Mateo*, capitaneada por Alonso de Bazán, hermanísimo del almirante, se adelantó al resto y se dirigió en solitario al corazón enemigo. En este buque iban embarcados los mejores soldados de la flota, al mando del maestre de campo Lope de Figueroa, también presente en Lepanto. La incertidumbre se extendió por todo el campo de batalla: ¿quién había dado orden al *San Mateo* de adelantarse? La controversia sigue hoy por discernir si se trató de un plan concebido por Bazán y trasladado a su hermano o simplemente de un error de navegación. Al menos así lo interpretó Strozzi, que se lanzó al abordaje de la nave aislada, la segunda más importante de los españoles.

El *San Mateo* sufrió dos horas de abordaje francés y recibió más de quinientos proyectiles y una veintena de intentos de incendiarlo. Cuatro bajeles le atacaron a la vez, entre ellos la nave almiranta y la capitana francesa, mientras otros cuatro barcos se ocupaban, como si de perros guardianes se tratara, de cerrar el paso a un posible socorro. En un momento de impotencia los galos lanzaron una lluvia de piedras con un mortero de asedio sobre el buque. Parecía de acero. Los 250 soldados castellanos, arcabuceros y piqueros

aguantaron las acometidas y, en un momento dado, la principal preocupación del maestre Figueroa pasó a ser que sus hombres no abandonaran el galeón para lanzarse ellos al abordaje del enemigo. El barco español contestó con treinta cañones de bronce y su guarnición improvisó todo tipo de objetos explosivos contra los invitados que aporreaban su puerta.

Ni Strozzi ni nadie podía contar con aquella resistencia numantina del *San Mateo*. Las dos horas de lucha desigual permitieron al fin la llegada de los refuerzos dirigidos por el *San Martín*, de modo que la batalla se colocó en la posición que Strozzi había querido evitar: una docena de barcos en una lucha cuerpo a cuerpo al estilo de Lepanto. Ahora sí, la victoria española quedaba servida a través de una maniobra envolvente.

No hizo falta derramar mucha sangre para que la flota enemiga se dispersara. Con cubiertas más altas y con soldados veteranos de Lepanto, las fuerzas de Bazán suponían un rival inabordable una vez iniciada la fase de los abordajes. Para cuando los hombres del *San Martín* pisaron la cubierta de la almiranta enemiga hallaron cuatrocientos cadáveres y hombres agonizantes, entre ellos Strozzi, cuyos restos fueron lanzados por la borda. Sin la protección de la flota francesa, la isla de las Terceiras estaba lista para su conquista. Una tormenta otoñal, y la inoportuna llegada de la Flota de Indias, impidieron que se realizara el desembarco militar en ese mismo año.

Aquí de nuevo Bazán mostró su avanzada comprensión de las operaciones anfibias. Antes de partir desde Lisboa, el marqués de Santa Cruz había ordenado la fabricación de ochenta barcazas planas ideales para una operación de desembarco. Esta flotilla estaba lista cuando en el húmedo verano de 1583 el granadino puso en marcha la mayor operación anfibia conocida hasta entonces, cerca de 15.000 hombres participaron en un desembarco en la isla de Terceira, defendida no por los últimos de Filipinas, sino por los últimos partidarios de don Antonio. Bazán planeó hasta el último detalle para sortear los cuarenta y cuatro fuertes y puestos defensivos que los rebeldes levantaron en poco tiempo. El día de

Santa Ana, exactamente al año de la victoria naval, las tropas tomaron y saquearon Terceira y después hicieron lo propio con la isla de Faial. Se necesitaron once días para tomar todo el archipiélago. El portugués escapó otra vez, mas su reputación ya no iba a recuperarse jamás.

LA GUERRA MANCHA HASTA AL MÁS CALMADO

Al finalizar la batalla naval de Terceira el año anterior, el marqués demostró que, pese a su talante sosegado, no estaba exento de la crudeza militar exigida. Ordenó la ejecución de ochenta gentileshombres y 313 soldados y marineros apresados, en una decisión criticada por su dureza en las grandes cortes europeas, pero que obedecía a un intento de evitar nuevos levantamientos. Además, los consideraba rebeldes «piratas y perturbadores de la paz pública», puesto que Francia no estaba dispuesta a reconocer su participación directa en la contienda, y debían ser ejecutados según las leyes de la guerra. Con todo, fue una medida que incluso cuestionaron algunos de los oficiales de Bazán. Lope de Figueroa expresó que «los franceses pelearon como caballeros y murieron como cristianos, hame parecido crueldad». Europa se estremeció, porque una cosa era ejecutar turcos y, otra muy distinta, que los cristianos se masacraran entre sí. Sobre todo habiendo tantos nobles entre ellos.

La ejecución de tantos hombres enturbió la victoria más particular de Bazán. Como escribió el embajador francés en Madrid, algunos españoles alardeaban de que «ni siquiera Cristo estaba a salvo en el Paraíso, ya que el marqués podía traerle de vuelta y crucificarle de nuevo» si se lo proponía. Y sí. Después de esta batalla, el granadino, exultante de confianza, adquirió la impresión de que la Armada española podía con todo: «No es justo que, hallándose Vuestra Majestad en el mundo, viva y reine una mujer hereje que tanto mal ha causado en aquel reino [Inglaterra]», tentó el marino andaluz al rey en esas fechas.

Felipe II recompensó a Bazán nombrándole grande de España y dándole el rango inédito de capitán general de la Mar Océano. Las Cortes castellanas le recibieron con una ovación y se entonó un tedeum en su honor en El Escorial. Pronto, Bazán se elevó como el miembro del Consejo de Su Majestad más partidario de atacar a Inglaterra en su propio territorio. Entendía que la guerra de Flandes, que desangraba la Hacienda Real, solo se podía concluir cuando los ingleses dejaran de dar apoyo económico y militar a los rebeldes. Su plan, no obstante, pasaba por desembarcar primero en Irlanda y crear así una distracción, mientras otra flota española se dirigía al sur de Inglaterra y conquistaba algún puerto. Felipe II, al que la posibilidad de atacar Inglaterra hacía que le brillaran los ojos desde hacía un par de décadas, terminó contagiado del entusiasmo de Bazán como si se tratara de un hinchado predicador evangelista.

La guerra comenzó de forma oficial en octubre de 1585, cuando el pirata Francis Drake navegó por la costa oeste ibérica, saqueando Vigo y Santiago de Cabo Verde, además de intentar hacer lo mismo en La Palma. En el Caribe se cobró sus mayores éxitos, saqueó Santo Domingo, Cartagena de Indias y San Agustín (en La Florida). Como respuesta el soberano dio luz verde a la Empresa de Inglaterra, al sueño del marqués de Santa Cruz. El plan de Bazán sufrió, sin embargo, importantes modificaciones: nada de distracciones, se atacaría Inglaterra directamente cuando fueran trasladados desde Flandes el grueso de los ejércitos de Alejandro Farnesio. Una vez se hubiera tomado Londres y derrocada o encarcelada la reina Isabel, Felipe II entronaría a algún monarca católico favorable a sus intereses.

Los astilleros se pusieron a trabajar a destajo en Sevilla, Cádiz y Lisboa, donde comenzó la concentración de tropas, pólvora y suministros. Galeones, urcas, carracas, galeras, galeazas, naos, zabras, pinazas y pataches inundaron poco a poco el estuario del Tajo, en una estampa repleta de advocaciones religiosas, pues al fin y al cabo se trataba de una cruzada religiosa bendecida por Roma para erradicar la herejía de Inglaterra.

Sobre la flota reunida para la cruzada existe la tentación de vincular las pesadas carracas portuguesas, heredadas de la campaña lusa, al plan original de Bazán. Nada más lejos de la realidad; el experto marino sabía que el futuro de la Armada española pasaba por ágiles galeones de batalla, buques fuertes de formas afinadas y capaces de llevar una potencia artillera de al menos cuarenta cañones. Llevaba años impulsando su fabricación y algunas unidades participarían en la empresa. Sin embargo, la falta de fondos y la necesidad de usar lo que había a mano justificaron que el marino integrara en la empresa las lentas carracas portuguesas y las grandes urcas procedentes de Venecia y Ragusa, cuya vocación comercial obligaba a adaptarlos a la guerra de forma poco eficiente.

Al acumular barcos y suministros en Lisboa sin una fecha de partida, los gastos se dispararon. El bizcocho (el alimento típico para estas travesías marítimas) se echó a perder con el paso de los días y las epidemias diezmaron a los 20.000 soldados que ya se encontraban en el puerto portugués. Las tareas de gestión sepultaron a don Álvaro de Bazán, sin que vislumbrara un horizonte hacia el que partir. Conscientes de la delicada situación de los preparativos españoles, los ingleses enviaron al inicio de 1587 una flotilla a cargo de Francis Drake con la misión de «chamuscar las barcas al rey de España», atacar Cádiz y hacerse con la Flota del Tesoro de Indias. El conocido como «el ladrón del mundo desconocido» arrasó Cádiz, destruyó algunos barcos preparados para la empresa, entre ellos un hermoso galeón de mil toneladas que iba a hacer de nave capitana para Bazán, y bloqueó durante semanas las rutas que desde Nápoles, Sicilia y el Levante español se dirigían con suministros hacia Lisboa.

Drake se atrevió incluso a merodear Lisboa, a modo de reto para que Bazán saliera a mar abierto. En cuanto percibió que no iba a caer en su trampa, el pirata puso rumbo a las Azores, donde el espionaje inglés le había informado de que arribaría en pocos días una carraca portuguesa de 1.400 toneladas, el *San Felipe*, cargada de mercancías exóticas, desde canela a marfil y oro... El buque luso

se rindió sin apenas lucha y Drake regresó a casa con más de 114.000 libras, o lo que es lo mismo, el dinero necesario para sufragar la defensa de toda Inglaterra en la inminente campaña. Bazán salió con retraso en persecución de Drake, aunque en última instancia se contentó con escoltar la Flota de Indias, cargada con 16 millones de ducados, hasta llevarla a salvo a Sevilla. No era poca cosa para la delicada Hacienda Real.

Al final del verano de ese año, el caos cundía más que nunca en los astilleros españoles. Felipe II había calculado que antes de finalizar 1587 estaría todo listo y, ahora que los retrasos se acumulaban uno encima de otro, culpó a don Álvaro de Bazán del desastre en la intendencia. Primero con un tono persuasivo y, al final, de manera intimidatoria: «No hay que gastar tiempo en consultas y respuestas, sino apresurar la ejecución y avisarme si podrían ganarse algunos días». Las lluvias y el frío del invierno empantanaron la flota y arruinaron las cosechas, con un comienzo de año apocalíptico en toda Europa. Lo poco que se avanzaba lo deshacían el viento y la lluvia.

En la senda de su impaciencia, el rey envió al conde de Fuentes, sobrino del fallecido duque de Alba, a conocer el estado de la flota y a arrebatar el mando a Bazán si era necesario. A su llegada a Lisboa, se encontró una situación precaria y al marqués mentalmente afectado, sin capacidad de dirigir los preparativos desde su lecho. El granadino había demostrado a lo largo de su vida que era, sobre todo, un hombre de acción, que usaba una energía arrolladora y su experiencia para suplir sus carencias administrativas. Pero hasta aquí llegó la energía arrolladora del veterano, contagiado del tifus en esas fechas. La misma epidemia que provocó la muerte de casi la mitad de los marineros y, a su vez, que muy pocos de los barcos estuvieran listos para salir a la mar.

Con todo, el historiador Agustín R. Rodríguez González recuerda que los informes finales de Fuentes fueron favorables y que buena parte de los problemas en la gestión de suministros venían por la decisión de crear un segundo centro logístico situado en Cádiz. Ya

entonces se intuía que Felipe II quería involucrar más en la empresa al acaudalado Medina-Sidonia, gerifalte de esta región andaluza.

A principios de febrero de 1588, Bazán aprovechó una leve mejoría para enviar una carta al rey en la que proponía que su hermano, Alonso, se hiciera cargo de la operación si se agravaba su enfermedad:

> Pero si no fuera servido que mi enfermedad pasara adelante, suplico… que encargue la Armada a don Alonso, pues por su calidad y no haber ninguno de tanta práctica y experiencia, dará muy buena cuenta…

El 9 de febrero, en uno de los tan habituales días de lluvia en Lisboa, falleció don Álvaro de Bazán, cuando parecía que estaba mejorando de su enfermedad. Un destacado oficial de la Armada, Martín de Bertendona, tuvo ocasión de visitarlo en su lecho de muerte y lamentar juntos que en «esta jornada, donde es menester pelear con la mar, vientos, tierra y enemigos» faltara una dirección clara sobre muchos asuntos y los detalles quedaran a merced de la voluntad divina. Felipe II así lo deseaba, sin apreciar que en los detalles no está Dios, sino el diablo, como presume un refrán anglosajón. Aún moribundo el anterior comandante, el monarca escribió sin perder tiempo a un Alonso, sí, a Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, VII duque de Medina-Sidonia, para comunicarle que él se haría cargo de la Armada. No pasaba por su cabeza nombrar al hermano de Bazán, que cayó en desgracia varios años sin saber por qué.

Ni siquiera Medina-Sidonia se consideraba el hombre idóneo para conducir la escuadra a las Islas Británicas, porque sus conocimientos militares, sobre todo a nivel marítimo, se reducían a una escaramuza al sur de Portugal durante la conquista de este reino y a la defensa de Cádiz, además de reconocer que se mareaba en la mar a causa de sus «muchos reumas». Sin embargo, Felipe II se enrocó en su decisión y el duque no tuvo más remedio que desplazarse a Lisboa. Allí el trabajo organizativo del noble castellano —las tareas administrativas eran su mayor talento— dieron pronto

sus frutos y en cuestión de meses la flota empezó a tornar de otro color. De los 104 barcos y 10.000 efectivos disponibles en febrero, se pasó a 130 barcos y 19.000 soldados en mayo. El milagro administrativo, eso sí, fue posible con el dinero que el duque puso de su propio bolsillo. Santa Cruz ya no sabía de dónde más sacar. «Tengo enormes deudas. Mi familia debe 900.000 ducados, y yo no tengo ni un solo real para gastarlo en la expedición», acabaría escribiendo al rey un desesperado Medina-Sidonia.

El hombre elegido por Felipe II para sustituir a Bazán se mostró diligente solo hasta que se echaron a la mar. Al atardecer del 31 de mayo de 1588, el último de los barcos de la «Armada Felicísima» abandonó Lisboa en dirección a los Países Bajos, donde Medina-Sidonia debía «darse la mano» con los Tercios de Flandes y trasportar a los soldados a Inglaterra. Tras un duro viaje donde los barcos tuvieron que reagruparse varias veces, el 29 de julio la escuadra que dirigía Medina-Sidonia se internó en aguas inglesas. A esas alturas, tras dos años de preparativos, los planes de Felipe II se suponían conocidos por toda Europa. Era el secreto peor guardado del continente.

Como medidas defensivas, Isabel I había organizado un sistema de vigías para avistar la llegada de los barcos españoles al instante y había autorizado a su almirante Lord Howard y al corsario Francis Drake a aprovechar la confusión para contraatacar en las costas españolas. Querían repetir el éxito del ataque a Cádiz del año anterior y los ingleses contaban con una flota superior a la española en número, aunque no en experiencia. No fue posible, la meteorología también castigó a la flota inglesa y la obligó a retornar a Inglaterra poco después de su salida, en concreto al puerto de Plymouth, justo unos días antes de la llegada de Medina-Sidonia a ese mismo lugar.

La tradición inglesa asegura que Drake jugaba a los bolos relajado cuando llegaron los buques españoles y que, flemático, se limitó a comentar: «Tenemos tiempo de acabar la partida. Luego venceremos a los españoles». Una de las muchas mentiras

propagandísticas que rodean al relato de esta guerra anglo-española. El corsario y sus hombres reparaban y aprovisionaban sus barcos tras el malogrado intento por llegar a España, cuando el marino Thomas Fleming trajo la terrible noticia: la flota enemiga estaba a la salida del puerto y solo la indecisión española podía salvarles del desastre.

A primera hora del 29 julio, el duque convocó un consejo de guerra en el buque insignia de la Armada, el *San Martín*, donde algunos oficiales como Miguel de Oquendo, Pedro de Valdés y Juan Martínez de Recalde —la vieja guardia de don Álvaro de Bazán— propusieron atacar a Drake en el puerto, como había hecho el propio pirata en Cádiz un año antes. Esto posiblemente habría supuesto una victoria abultada para los españoles, puesto que el viento en contra impedía que escapara ningún buque. Sin embargo, Alonso Pérez de Guzmán el Bueno y Zúñiga decidió, bajo la influencia de su pésimo consejero Diego Flores de Valdés, ceñirse a los planes de Felipe II y dirigirse a Flandes sin mediar combate con los británicos.

De alguna manera Bazán murió por segunda vez en este llamado minuto eterno de Plymouth. Aquella oportunidad perdida de destruir la flota inglesa sentenció la suerte de la Felicísima, que recuperó el rol de pesado convoy de trasporte de tropas que Felipe II le había otorgado erróneamente. Una misión que ni las comunicaciones de la época, ni los ágiles barcos enemigos iban a permitir llevar a cabo. Los ingleses no pudieron hundir casi ninguno de los buques atlánticos, pero Medina-Sidonia no alcanzó de ninguna manera a «darse la mano», ni las yemas de los dedos, con los ejércitos hispánicos en los Países Bajos y se vio forzado a bordear las Islas Británicas. Su absoluta falta de conocimiento sobre la realidad de la guerra naval, algo difícil de imaginar de ser Bazán el comandante, y la incapacidad de comunicarse con tierra de una forma fluida mataron toda posibilidad de contactar con el ejército de Alejandro Farnesio.

Las pérdidas humanas del viaje de la Armada por Escocia e Irlanda envilecieron a las materiales. Entre 10.000 y 15.000 hombres

murieron en la empresa inglesa, entre ellos algunos de los miembros más destacados de la primera gran generación de marinos españoles que habían acompañado a don Álvaro de Bazán en los albores de la nueva guerra atlántica. El Imperio español terminaría ganando aquella guerra con Inglaterra, como demuestra el beneficioso Tratado de Londres de 1604, pero a costa de perder de un plumazo a estos ilustres mandos.

Don Álvaro de Bazán murió en los preparativos. Miguel de Oquendo capitaneó la escuadra de Guipúzcoa en la Empresa Inglesa. Antes había participado en la conquista de Orán, en la batalla de Terceiras y en otra decena de combates junto a Bazán. Su barco fue incendiado en el ataque a Inglaterra y, con la salud quebrada, apenas logró llegar al puerto de Pasajes (San Sebastián) entre otros supervivientes que habían perdido sus embarcaciones. Murió en su casa a los pocos días de su vuelta. El también vasco Juan Martínez de Recalde fue un destacado almirante y constructor de barcos al servicio de la Corona Española, cuya carrera también estuvo ligada a la de Bazán. Él comandó la escuadra de Vizcaya con el rango de almirante de la flota de invasión de Inglaterra, siendo la escuadra dirigida por el vasco la que tuvo ocasión de batirse más tiempo con los barcos británicos en retaguardia. A pesar de ser el segundo al mando, su voz apenas fue escuchada por Medina-Sidonia, obcecado en cumplir con las órdenes reales de forma estricta. De regreso a España recaló en Irlanda para hacerse con víveres y desde allí alcanzar La Coruña. Falleció en el puerto gallego poco después de llegar.

¿UN HOMBRE SIN DEFECTOS?

El principal obstáculo de Superman, el hijo de Krypton, es que este personaje de ficción americano resulta poco cercano. Es un compendio de superpoderes y virtudes que lo convierten casi en indestructible, salvo que alguien tenga a mano unas piedras de kriptonita (un mineral de su planeta que le debilita). Es tan difícil

empatizar con él como hacerlo con un superhombre al que se le titula como «el invicto» y al que, en efecto, no se le conoció ninguna derrota en su trayectoria. Una auténtica proeza de la que se conocen pocos casos parecidos, pues incluso los más grandes comandantes tuvieron tropiezos, sobre todo, en un tipo de combate donde ejercen tanta influencia las condiciones climatológicas. Bazán parecía inmune a las tempestades.

El apodo de «el invicto», no obstante, juega en su contra cuando se trata de ponerse en su piel. A poco que se conoce su biografía, sus carencias y sus errores, resultan todavía más contundentes sus virtudes. Ser justo con sus hombres y leal a la Armada ganó para Santa Cruz una reputación impoluta, si bien la matanza ejecutada tras la batalla de las islas Terceiras o sus operaciones de saqueo en la costa tunecina dan fe de lo curtida que tenía la piel después de tantos años en el Mediterráneo. Era humano, débil y fuerte como todos. Victorioso, y ¿también derrotado? ¿Fue el desastre de la llamada Armada Invencible una derrota póstuma del soldado invicto? Cabe aquí darle el margen de la duda, porque justo fue la falta de iniciativa de Medina-Sidonia lo que a él le sobraba. El plan originalmente propuesto por el marqués era partir desde España con una flota de transporte y las tropas ya embarcadas hasta las Islas Británicas, como había hecho en Malta y en las Terceiras. Incluso Medina-Sidonia fue capaz de desplazar la flota, de unas 60.000 toneladas de carga, de un extremo del Canal a otro, a pesar de los reiterados ataques ingleses. Aquello demostró que era factible la idea del marqués de una invasión a lo Guillermo el Conquistador, no así el contacto con el Ejército de Flandes que concibió el rey.

Un hombre de guerra, y también un amante de las artes. La familia del marqués y sus descendientes ejercieron un activo mecenazgo sobre las artes y las letras de su tiempo. Miguel de Cervantes, Luis de Góngora y otros tantos poetas contribuyeron con sus textos a glorificar su figura y a mitificar algunos pasajes de su vida. Sirvan de ejemplo los versos que Lope de Vega, que estuvo a

sus órdenes en las Terceiras, le dedicó para resumir su carrera militar:

El fiero turco en Lepanto,
en la Tercera el francés,
y en todo mar el inglés
tuvieron de verme espanto.
Rey servido y patria honrada
dirán mejor quién he sido
por la cruz de mi apellido
y con la cruz de mi espada.

6

JUAN DEL ÁGUILA, EL HOMBRE SIN MIEDO

Un capitán llegado de la guerra de Flandes fue presentado en la Corte de Felipe II como un hombre fuera de lo común: «Señor, conozca Vuestra Majestad, a un hombre que nació sin miedo». Nada más, nada menos. La carrera militar del abulense destacó en su afán por ir a combatir al enemigo a su propia tierra (Flandes, Francia, Inglaterra e Irlanda) y le ganó un mote que va contra la naturaleza humana. El miedo sirve para sobrevivir a las amenazas y ser consciente de los riesgos que nos rodean, lo contrario es temeridad o vocación suicida. Bran Stark, de la televisiva saga *Canción de hielo y fuego*, le preguntó en una ocasión a su padre, el honorable y decapitado Ned Stark, si un hombre puede ser valiente cuando tiene miedo. Su respuesta define a la perfección el mote de don Juan:

—Es el único momento en que puede ser valiente.

Don Juan del Águila no era un temerario y, sí, sentía miedo como cualquier mortal. Digamos ya que no era un superhéroe. La diferencia simplemente radicaba en que a él, como a tantos soldados de su generación, la opción de morir con honor le resultaba más asumible que vivir como un cobarde. En la batalla de Rávena, el marqués de Pescara había respondido a los que le pedían que no siguiera corriendo más peligro que «antes quiero yo que me lloren

mis amigos muerto con honra, que yo llorar afrentosamente con vida infame en mi casa tantas muertes de tan grandes capitanes».

Sin intención de mitificar algo tan abstracto hoy en día como es el honor, basta señalar para entender la mentalidad de Del Águila que en el siglo XVI una sociedad obsesionada con la hidalguía entendía que honor y honradez eran la misma cosa. Los soldados vivían y morían por la reputación y por asombrar a los cronistas, que anotaban el nombre incluso del soldado más humilde junto a su hazaña. Un ilustre miembro de los tercios como Pedro Calderón de la Barca diría, en boca de un personaje de *Para vencer amor, querer vencerle*, que «la milicia no es más que una religión de hombres honrados», a lo que achacaba que fama, honor y vida «son la cortesía, el buen trato, la verdad, la fineza, la lealtad, la bizarría, el crédito, la opinión, la constancia, la paciencia». Ser buena persona era incompatible con ser un cobarde. Y como si de samuráis habláramos, bastaba a veces para ser un cobarde no vencer o morir en un asalto, de ahí que sean conocidos numerosos casos de capitanes españoles procesados por mostrarse tímidos a la hora de encabezar un ataque o defender una posición.

ITALIA, MI VENTURA

A mediados del siglo XVI había dos principales razones para alistarse en los Tercios de Flandes: ganar dinero o ganar reputación. Don Juan del Águila lo hizo sin duda por el segundo motivo, dada su sangre tibia. Nacido en torno a 1545 en El Barraco, el abulense era el fruto ilegítimo de una relación entre un noble llamado don Miguel del Águila y una sirvienta probablemente apellidada Suárez, lo cual no interfirió en que fuera educado como un noble. Sus cartas de juventud revelan un alto nivel de redacción y una formación de aire humanista. No obstante, una cosa es que no faltara el dinero paterno y otra muy distinta que el afecto fuera el mismo que el que recibieron sus hermanos legítimos. La falta de cariño forjó aquel carácter desconfiado y bizarro que le haría tan apreciado como

oficial en su edad madura. El historiador John J. Silke lo definiría como «difícil, duro y triste como el paisaje de su provincia nativa». Su humor no daba para grandes chistes.

Don Miguel del Águila permitió, además, que su hijo bastardo usara el apellido abulense de la familia, su escudo de armas e incluso el tratamiento de don. Pero lo que no podía hacer por su hijo era que el mundo olvidara su origen ilegítimo. Eso solo lo podía lograr don Juan con méritos personales, ya fuera a través de una carrera como clérigo o alistándose en la milicia. Para el abulense no hubo dudas. En 1563, se enroló como «particular» (los caballeros que combatían como soldados rasos) en la compañía de infantería del capitán abulense Gonzalo Bracamonte. Un camino recurrente entre los hijos segundones de la nobleza castellana y los hidalgos, que encontraban en la república de las armas una asequible herramienta de ascenso social y una fuente económica a corto y medio plazo.

Como si se tratara de un plan de estudios, el joven bastardo cumplió con precisión aquella expresión casi fundacional de los Tercios de Flandes de «España mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura». Italia fue su primer destino militar y el lugar donde se adiestró en el uso de las armas. En la compañía de Gonzalo Bracamonte participó en varias operaciones contra los otomanos en el Mediterráneo, entre ellas la defensa de Orán, en 1563; la inverosímil conquista del Peñón de Vélez (un rocoso islote situado entre Ceuta y Alhucemas), en 1564; y la pacificación de Córcega, en rebelión abierta contra la República de Génova, aliada de España. Ya aquí pudo descubrir el bisoño abulense que para la maquinaria bélica del Imperio español, y más para la mente mesiánica de Felipe II, nunca había treguas. Encauzada la situación en Córcega, don Juan del Águila y 1.200 soldados de su tercio fueron embarcados a finales de mayo de 1565 para liberar Malta de los turcos.

Don García Álvarez de Toledo, virrey de Sicilia y experimentado almirante, ordenó que toda la infantería disponible se concentrara en los puertos italianos del Imperio español a la espera de romper el

bloqueo marítimo de los otomanos. El archipiélago de Malta se había convertido, desde que en 1530 lo había cedido Carlos V a estos cruzados, en la base de operaciones de la Orden de San Juan (llamada también caballeros hospitalarios) y en una espina clavada en el costado del Imperio otomano. No es de extrañar, por tanto, que Solimán «El Magnífico» destinara 131 galeras, medio centenar de barcos de menor calado y más de 25.000 hombres a borrar toda presencia cristiana del archipiélago, que en cifras militares ni siquiera alcanzaba los 5.000 defensores. Durante tres meses, el Imperio español y sus aliados italianos observaron impotentes cómo Malta resistía en solitario todas las acometidas turcas, sin que hubiera otro desenlace a la vista que la victoria musulmana aunque fuera por agotamiento. Para cuando el virrey de Sicilia reunió una fuerza de rescate reseñable, el nombre de Juan del Águila adquirió por primera vez cierta relevancia en la batalla contra los soldados musulmanes.

Tras romper el bloqueo marítimo, un ejército de 9.600 cristianos desembarcó el día 8 de septiembre en la bahía de San Pablo. Las fuerzas españolas formaron rápidamente los temidos cuadros de los tercios y emprendieron una marcha de tres días hacia la Ciudad Vieja de Malta a través de un camino escarpado y en pleno verano. Al divisar a los españoles, los turcos iniciaron la retirada, porque creían que eran la avanzadilla de un ejército mayor, si bien en el último momento un soldado morisco se pasó a los turcos y les informó de que seguían en superioridad numérica.

El comandante turco suspendió el embarco y se revolvió para el combate. Sin dejar tiempo para pensar al enemigo, Álvaro de Sande y una compañía de 300 arcabuceros cargaron sobre los turcos que iban a tomar posesión de un cerro próximo a la ciudad. Aquello fue más de lo que podían soportar los otomanos. Los musulmanes retrocedieron ante el rápido movimiento cristiano y, en medio del desorden, don Juan del Águila y 2.000 arcabuceros rompieron lo poco que quedaba de sus formaciones. Más de un millar de turcos murieron ese día a consecuencia del combate o reventados de

cansancio al intentar embarcar en la flota musulmana. El día 12, las últimas galeras turcas abandonaban Malta.

La experiencia mediterránea del hijo bastardo de don Miguel del Águila le puso en contacto con algunos de los capitanes más destacados de su generación, entre ellos Sancho Dávila y Sancho de Londoño, y le forjó reputación en el legendario Tercio de Cerdeña, cuya existencia iba a llegar a su fin con el cambio del teatro de operaciones. La guerra en Flandes entre los rebeldes flamencos y el ejército de Felipe II, que para muchas unidades fue su gloria militar, resultó una tumba para este histórico tercio.

En la llamada Ordenanza de Génova (1535), Carlos V reorganizó las tropas heredadas del Gran Capitán para crear los tercios viejos de Sicilia, Nápoles y Lombardía, así como el Tercio de Málaga (este no tuvo carácter permanente). A estos tres primeros tercios le siguió el de Cerdeña, con guarnición en Cagliari, Nuoro y Sassari. De ahí que al inicio de la rebelión en los Países Bajos, el gran duque de Alba contara con el grueso de estas unidades de largo calado para recorrer por primera vez el Camino Español hacia Bruselas. En la retaguardia, don Juan del Águila formó con diez compañías del Tercio de Cerdeña de Gonzalo de Bracamonte y, en Flandes, se acantonó en la provincia sureña de Enghien, a la espera de que el duque de Alba iniciara las operaciones contra los rebeldes. Así ocurrió en la primavera de 1568 cuando la invasión de Frisia por Luis de Nassau, hermano del infame príncipe de Orange, obligó al noble castellano a desplegar en la zona al conde de Aremberg, maestre de campo general de Flandes, junto a cinco banderas flamencas y el Tercio de Cerdeña.

Nassau consiguió atraer a una emboscada al ejército real cerca del monasterio de Heiligerlee e infligir el 23 de mayo de 1568, la que fue durante décadas la única derrota en campo abierto de las tropas españolas. El conde de Aremberg resultó herido mortalmente por un arcabuzazo junto a varios centenares de soldados del Tercio de Cerdeña, que, a pesar de perder a tres capitanes y siete alféreces, salvaron todas sus banderas en aquella jornada. La compañía en la

que estaba integrado el soldado abulense se mostró muy crítica con la timidez de Aremberg los días previos al combate y, tras acusarle de luterano y cobarde, prácticamente le forzaron a entablar aquel fatídico choque contra un enemigo bien emboscado y protegido por un terreno cenagoso. Por ello, bravuconería española mediante, el ataque fue un desastre, con las tropas reales reptando por el barro y el enemigo escupiendo fuego en sus flancos.

Los rebeldes aceptaron la rendición de los soldados alemanes, bajo promesa de no servir a Felipe II en los siguientes seis meses, y liberaron a los soldados valones e italianos para que huyeran de Heiligerlee. No sucedió así con don Juan del Águila y sus camaradas, que fueron perseguidos y asesinados sin descanso cuando trataban de refugiarse en las aldeas próximas a Groninghem. Una afrenta que los españoles no estaban dispuestos a olvidar. Meses después, tras la aplastante victoria en Jemmingen, varias compañías del Tercio de Cerdeña aprovecharon la ocasión para incendiar Heilingerlee y las villas que encontraron a su paso. El duque de Alba, enfurecido por una acción tan deleznable y por la indiferencia de los oficiales, ordenó al maestre de campo general Chapin Vitelli que disolviera el tercio encabezado por Bracamonte y repartiera a sus componentes entre otras unidades.

Los alféreces rasgaron las banderas, los capitanes quemaron sus bandas y los sargentos sus partesanas, mientras los soldados lloraban de vergüenza. El duque de Alba reconoció en una carta al rey que lo verdaderamente grave no era el pillaje, sino lo mucho que aún dolía la derrota de Heiligerlee: «Yo lo hice por no tener aquella estatua en pie que pudiesen decir que los españoles habían huido sin orden». Y es que la supuesta imbatibilidad española era algo que la Corona exhibía desde hacía demasiado tiempo como para que un tercio, por muy antiguo que fuera, la pusiera ahora en cuestión.

Si bien es poco probable que don Juan estuviera implicado en los abusos contra la población flamenca, el abulense sufrió la reforma como cualquier de sus camaradas. Le reubicaron en otra unidad y perdió todas sus ventajas, esto es, las bonificaciones

económicas que había acumulado por acciones militares. En cualquier caso, no supuso gran detrimento para su carrera militar, pues en 1569, tras un breve paso por Italia, cambió la humedad de Flandes por el calor achicharrador de Andalucía. Junto a trescientos soldados de la ciudad de Ávila participó en la guerra de Las Alpujarras contra la población morisca que se había rebelado también contra el rey de España. Una guerra pródiga en episodios de violencia religiosa y donde hasta la llegada de don Juan de Austria, el futuro héroe de la batalla de Lepanto, no fue posible encontrar un desenlace claro. Los moriscos habían incumplido reiteradas veces sus promesas de convertirse al cristianismo y, ante las amenazas de Felipe II, se habían dejado querer por los otomanos: a cambio de ayuda militar les ofrecieron un puente para acometer la invasión del sur de España. La incapacidad de vencer a los rebeldes con contingentes locales exigió la entrada de tropas veteranas, como las del abulense, que ahora sí despacharon el conflicto. La victoria cristiana vino acompañada, en 1571, de una deportación general de 80.000 moriscos granadinos hacia otros lugares de la Corona de Castilla. Por descontado, para el abulense la aventura andaluza supuso otro saco de experiencia, en este caso en la guerra de guerrillas, y le permitió regresar a Flandes convertido en un oficial de renombre.

FLANDES, MI SEPULTURA

En 1578, el nombramiento de Alejandro Farnesio como sustituto de don Juan de Austria en el gobierno de los Países Bajos abrió las puertas a que el capitán abulense se resarciera de los sinsabores que aquella tierra había deparado al extinto Tercio de Cerdeña. Don Juan del Águila acudió a Flandes al mando de una compañía, unos 250 hombres, y pronto se convirtió en un valioso capitán para Farnesio, empeñado en hacer posible lo imposible en cuanto a asedios se refería. Como era característico en el centro de Europa, la población se concentraba en grandes núcleos urbanos de cuidadas

defensas, dispuestas para resistir a base de trazada italiana la amenaza que suponía el tiempo de los cañones. Las repetidas derrotas en campo abierto forzaron a los holandeses a abrazar esta estrategia defensiva hasta el extremo.

Del Águila tuvo un papel destacado en los sitios de Maastricht (1579) y de Ninove (1582), en manos francesas; y en los asaltos a las villas de Dunquerque y Nieuwpoort (1583). Su valor a la hora de encabezar los asaltos disparó su fama, al igual que el rugido de un león difunde su eco por toda la sabana. El asalto de una posición fortificada era la última solución durante un asedio, dado el coste humano y las altas dosis de valor requeridos, pero ciertamente podía ahorrar meses de cerco. Farnesio tuvo que aprender, a la fuerza, la importancia de no precipitarse en la orden de asaltar las murallas, así como la necesidad de contar con una fuerza de asalto decidida, a poder ser española, puesto que las tropas locales sentían poca motivación en estas acciones. Primero la artillería concentraba el fuego en un sector de la muralla o de las trincheras, de modo que los soldados penetraran entre los escombros o subieran con escalas de madera por las zonas más castigadas. Finalmente, se esperaba que el capitán de la compañía encabezara el ataque e improvisara la táctica sobre la marcha.

En el importante puerto de Nieuwpoort, la compañía de arcabuceros de Del Águila se coordinó con el Tercio de Cristóbal de Mondragón para asaltar las trincheras flamencas y plantar seis piezas de artillería a la entrada de la boca del río, desde cuya posición habían estado recibiendo refuerzos los protestantes. Ante el miedo a que el ataque español fuera a más, los rebeldes perdieron la esperanza de cualquier auxilio y rindieron el puerto. Farnesio acuarteló en este punto estratégico a tres compañías del Tercio de Pedro de Paz y ordenó que el capitán más experimentado de esta unidad fuera gobernador de la villa: esto era, el abulense don Juan del Águila. Además, el sobrino del rey decidió que a partir de ese año aquel tercio fuera llamado «de las Victorias» por su racha de triunfos, lo que no evitó que sus propios hombres siguieran

apodándolo con recochineo de «los Almidonados», por el cuidado que daban a sus ropajes. Si bien lo más habitual era nombrar al tercio por su origen o su maestre de campo, también eran frecuentes los apodos derivados de chanzas o juegos de palabras castellanos. A un tercio bisoño que llegó con guitarras a Flandes se le llamó el de la «Zarabanda» y a otro formado por catalanes con fuerte acento el de los «Papagayos», mientras que a otros se les apodó por razones más o menos fáciles de advertir como «los Colmeneros», «los Sacristanes», «los Cañutos» o «los Asadores de Cocina de Su Alteza».

Don Juan del Águila y su tercio de las Victorias estuvieron presentes en el asedio de Amberes, probablemente el más importante del siglo XVI, arrastrándose por las líneas enemigas conformadas por diques, trincheras y contradiques. El 26 de mayo de 1585, los holandeses lanzaron toda su armada y lo mejor de su infantería contra los dispersos sitiadores en un esfuerzo agónico por romper el cerco. Los holandeses sorprendieron a los españoles y tomaron varias posiciones del dique de Kowestein en un combate que se alargó durante siete horas, mientras los capitanes españoles en esta zona preguntaban cómo proceder al experimentado Del Águila, a seis leguas del ataque. El abulense defendió en un principio que todos los capitanes permanecieran en su lugar, tal que cada uno sostuviera su vela, pero finalmente se convenció de que la única forma de contrarrestar el envite protestante era concentrar todas las fuerzas en un mismo punto.

La llegada de Del Águila y sus hombres al dique en disputa rompió el equilibrio entre católicos y protestantes. Alcanzada la fortaleza donde la artillería española trataba de mantener alejados a los rebeldes, los hispánicos decidieron que trescientos hombres, encabezados por el abulense, iniciaran una salida para desalojar al enemigo de este dique. Metro a metro, pica a pica… los españoles tomaron hasta nueve cortaduras enemigas en un terreno tan estrecho que no permitía más que diez soldados por hilera. Los holandeses terminaron la ofensiva con 4.000 muertos y cincuenta y

cinco embarcaciones perdidas, lo que condujo el asedio hacia su recta final. Cuando se rindió la ciudad a mediados de agosto, Alejandro Farnesio no se olvidó de aquel capitán que parecía no temer a nada y le nombró maestre de campo del Tercio de Pedro de Paz, legendario oficial de tiempos del Gran Capitán, distinguible por su aparatosa joroba y tan bajo que a caballo no se le veía más que la cabeza por encima de la silla. Por cierto que el gobernador de los Países Bajos también tuvo a bien pagar a la infantería las 37 soldadas acumuladas desde hacía tres años.

La guerra de Flandes, que fue para el Imperio español lo que Vietnam para Estados Unidos o Afganistán para la URSS, resultaba un pozo sin fin para las arcas españolas y para su infantería. Felipe II diría que «antes preferiría perder mis Estados y cien vidas que tuviese que reinar sobre herejes», lo que se traducía en un monarca dispuesto a verlo todo en llamas antes que reinar sobre herejes, frente a un país dispuesto a anegar sus tierras antes que compartir la religión del rey. En Maastricht, Nieuwpoort, Amberes y demás plazas rodeadas por canales de agua los rebeldes prefirieron inundarlo todo antes que facilitar el acceso a los ejércitos del rey. Una táctica suicida que condenó a siglos de infertilidad a muchos terrenos, pero que perjudicaba gravemente a los españoles, incómodos por la humedad y sin capacidad naval para defenderse. No así en diciembre de 1585, en el dique de Empel, donde los españoles creyeron ver un milagro y los historiadores protestantes se contentaron con ver «una desafortunada concurrencia de circunstancias insólitas». Don Juan del Águila fue testigo de excepción del Milagro de Empel.

El tercio del maestre de campo abulense estaba acampado en la isla de Bommel, en la desembocadura del río Escalda, protegiendo las poblaciones católicas del hostigamiento de los Mendigos del Mar, cuando una inundación provocada por los protestantes forzó a sus hombres a refugiarse en el dique de Empel. Allí permanecieron apiñados, hambrientos y helados de frío a la espera de que la escuadra holandesa les diera el golpe de gracia o que alguien sin

miedo los rescatara. Del Águila se encontraba construyendo una fortaleza en Harpen cuando fue avisado del desastre. Lo más pronto posible, el abulense y el conde de Mansfeld organizaron una flotilla para evacuar a los 4.000 hombres de la ratonera en la que se había convertido Empel. No obstante, en vísperas de que el maestre de campo iniciara el contraataque, fue descubierto el plan y todas las embarcaciones fueron quemadas por los rebeldes. Para desesperación de Del Águila, los infantes que permanecían en el islote de Empel, apenas un camino vecinal sobreelevado, estaban condenados a defenderse solos.

Por lo civil o por lo criminal, por lo profano o por lo sagrado... La solución llegó al fin en la vigilia de la Virgen de la Inmaculada. Al excavar en el dique para fortificarse, unos soldados encontraron una tabla de la Inmaculada en la noche del 7 de diciembre. Un hecho sorprendente que, sin embargo, no se convirtió en circunstancia insólita hasta que al día siguiente la flota holandesa apareció inmovilizada por una helada acontecida aquella misma noche, algo poco habitual en Flandes hasta mediados de enero. La infantería española asaltó a pie la flota enemiga que horas antes les habían estado friendo a cañonazos. Trescientos soldados y marineros fueron masacrados por el inesperado asalto a pie y por los disparos de la artillería que el conde de Mansfeld situó en una de las orillas del lago helado. A raíz de este hecho la infantería española adoptó a la Inmaculada Concepción como su patrona.

«CONSIDERA VUESTRA MAJESTAD QUE LA CABEZA ES INGLATERRA»

Junto al recurso de las inundaciones provocadas, los rebeldes contaban con otra arma para alargar de forma casi eterna el conflicto. Isabel I de Inglaterra apoyaba tanto con recursos como con soldados a los holandeses, aunque a decir verdad tener a la infantería británica de su parte era casi una desventaja. Hasta la rendición de Amberes, la reina inglesa había mantenido una posición ambigua respecto a su ayuda a los rebeldes, pero a partir de

entonces ofreció asistencia por primera vez de forma oficial y continuada. La ayuda consistió en el envío de 7.000 hombres, cuyos gastos se reintegrarían a la Corona inglesa más adelante, al mando del conde de Leicester, entusiasta amante de la reina incluso cuando ella había ejecutado a su hermano tiempo atrás. Leicester exhibió en cuestión de semanas toda la torpeza militar que hacía tan probable la conquista de Inglaterra si hubiera logrado Felipe II desembarcar su ejército en las Islas Británicas.

Farnesio buscó contrarrestar el impulso que los 7.000 ingleses dieron a la causa rebelde con el envío de Mansfeld y Del Águila a cercar Grave, una plaza situada sobre el Mosa. El 16 de abril se produjo un combate para arrebatar a los ingleses el dique de Batenburg —imprescindible para llevar a buen puerto el asedio— que mostró lo importante que era para los españoles ser los primeros en la brecha. Temiendo que una compañía del Tercio de Mondragón alcanzara antes el dique, los soldados de Del Águila cargaron sin orden ni concierto sobre las trincheras enemigas. No conformes con haber espantado a los ingleses, las tropas mantuvieron el asalto hasta dar de bruces con refuerzos enemigos. Del Águila se salvó de la aniquilación aquel día porque Mansfeld mandó infantería de apoyo al ver comprometida la posición, donde se acabó luchando de rodillas debido a lo resbaladizo de la superficie.

Las lluvias torrenciales y la rotura de un dique transformaron el asedio en un enorme barrizal donde retozaría en persona Leicester, que, animado por el tropiezo de Del Águila, regó los oídos de la reina con promesas petulantes de victoria. Alejandro Farnesio, recuperado de una enfermedad, también hizo acto de presencia. Su llegada sirvió de revulsivo para forzar la rendición de la plaza de Grave el 7 de junio de 1586, a pesar de que los defensores tenían víveres para aguantar más de un año. Al saberlo, Leicester cortó la cabeza al gobernador de la plaza y se ganó más odio, si cabe, entre las filas protestantes. A sus escasas cualidades como militar se

sumaban sus manos sueltas a la hora de manejar el dinero público y su falta de lealtad.

La infantería inglesa no era gran cosa, aunque contar con sus puertos para refugiarse de las ofensivas españolas convertía la ayuda de la reina a los rebeldes en una pócima mágica contra la Monarquía Hispánica. Don Juan del Águila tenía su propia opinión de lo que había que hacer para ganar la interminable guerra de Flandes. En una carta al rey fechada en noviembre de 1586, el hombre sin miedo usó un símil del cuerpo humano para aleccionar sobre geopolítica a Felipe II: «Considera Vuestra Majestad que lo que ha de conquistar es un cuerpo de un hombre, la cabeza es Inglaterra, la garganta son las islas Zelanda, y los brazos y los miembros principales son los puertos de Holanda y algunos de Flandes». Es decir, que bastaba con dominar Inglaterra, allende los mares, para controlar el resto del cuerpo. Una reflexión que el abulense acompañó de un recordatorio al monarca de todas los perjuicios que provocaba la guerra y de una solicitud de una pensión para vivir con más dignidad, porque «como están las cosas aquí de manera que no me basta el suelo de un mes para poder vivir diez días con toda la moderación posible».

La pérdida de La Esclusa, llamada así por ser la esclusa de los cinco puertos de su provincia, supuso el final de la aventura de Leicester, que en diciembre de 1587 fue llamado de vuelta a Inglaterra. Sin embargo, el asedio también conllevó muchos sacrificios para los españoles. Del Águila y sus hombres participaron en el sitio que más esfuerzo costó durante el gobierno de Farnesio en los Países Bajos. En inferioridad numérica, los españoles rindieron la ciudad en un tiempo récord y rechazaron los amagos de socorro que ingleses y holandeses enviaron desde Ostende, Flesinga, Inglaterra, Zelanda y Holanda. Pero el precio de su éxito fue cruel.

Los pantanos y las aguas que protegían de forma natural La Esclusa complicaron las operaciones. La lucha entre defensores y atacantes se extendió a través de una serie de trincheras, donde la lánguida fuerza naval española reunió una serie de embarcaciones

para apoyar el asedio. Los holandeses la aplastaran como un gigante apartando moscas: «El no inclinarse a la navegación como las demás [naciones] es causa de sus infelices sucesos», se lamentaron los españoles por lo infértil de su trabajo. Si bien, los tercios de Del Águila y Mondragón se cobraron la revancha días después, cuando tres naves holandesas encallaron y los españoles «con osada determinación se arrojaron al agua, y desguazando con inmenso trabajo por el mucho fango que había cerraron con los navíos rebeldes» trepando al abordaje de las embarcaciones.

El 25 de julio, Del Águila se encontraba en vanguardia de una de las trincheras de La Esclusa cuando una reducida compañía de particulares se adelantó para reconocer un torreón medio derruido. Consiguieron subir con escalas al torreón y parapetarse, aunque no lo suficiente como para soportar el inesperado ataque con piezas de artillería de los flamencos. Los soldados del torreón fueron acribillados y la vanguardia, entre ellos Juan «Sin Miedo», recibió una lluvia de disparos de arcabuces y mosquetes por tratar de socorrerlos. Al abulense un arcabuzazo le destrozó el tobillo derecho.

La grave herida en su pierna motivó que Del Águila no pudiera asistir a la rendición definitiva de la plaza el 5 de agosto, así como su viaje a España para reunirse con el rey. A sus cuarenta y dos años, don Juan del Águila llevaba toda su vida luchando lejos de España, había renunciado así a una vida civil por la milicia, y de pronto era, en términos militares, «no de servicio». Un inútil, según determinaba el veedor del tercio. El resto de su vida portaría una ostensible cojera pero, desde luego, aquel arcabuzazo no deslucía la leyenda del caballero que no se espantaba. No cabe duda de que a Felipe II, siempre atento a nuevas guerras y a hombres que quisieran combatir en ellas, le debieron hacer los ojos chiribitas cuando escuchó tal proeza: un hombre sin miedo. Un superhombre que arrojar a cualquiera de los teatros de operaciones que mantenía abiertos.

Felipe II no le consideraba un inútil y estaba decidido a sacar partido a su talento. En 1589 apareció de nuevo en combate

defendiendo las costas españolas del contraataque inglés que siguió al desastre de la Armada española acontecido un año antes. Isabel I de Inglaterra ordenó al pirata Francis Drake lanzar un ataque contra la supuestamente indefensa España, la conocida como «Contraarmada», que tuvo un destino tan trágico como el de su precursora española. A falta de la experiencia española para la organización de una operación de grandes dimensiones, que tampoco había servido de nada a estos, la aventura de la escuadra inglesa acabó en un irremediable desastre. El primer objetivo fue La Coruña, que albergaba a algunos barcos supervivientes de la Empresa Inglesa todavía en reparación. Los ingleses tomaron parte de la ciudad, pero la actuación heroica de las milicias, entre las que se contaba la popular María Pita, forzaron la huida de los extranjeros sin obtener botín.

El maestre de campo acudió en auxilio de La Coruña el 17 de mayo, contribuyendo a la fuga inglesa dos días después en dirección a Lisboa, donde pretendían levantar el reino luso contra Felipe valiéndose de los derechos dinásticos de don Antonio, prior de Crato. También en Portugal la expedición de Drake y compañía acabó en desorden. La flota formada por más de un centenar de barcos de distinto tamaño desembarcó cerca de 10.000 hombres para «liberar» Lisboa. Sin embargo, la durísima guerra de desgaste que padeció el ejército de Drake durante su marcha hacia las inmediaciones de la capital lusa y la brillante actuación de Alonso de Bazán —hermano del célebre marino— al frente de una escuadra de galeras hizo imposible que la capital portuguesa fuera rendida. Al contrario, el 16 de junio, siendo ya insostenible la situación, Drake ordenó la retirada, que fue seguida de una asfixiante persecución a cargo de las fuerzas hispano-lusas. Y también aquí don Juan fue uno de los oficiales destinados al frente de soldados supervivientes de la Armada Invencible para hostigar a los británicos.

El resto de la campaña, que trasladó la acción a las Islas Azores, tan solo sirvió para alargar la agonía de una expedición que, según el historiador británico M. S. Hume, costó la muerte o la deserción

del 75 por ciento de los más de 18.000 hombres que formaron originalmente la flota.

El ataque fracasado demostraba que aquella larga guerra entre España e Inglaterra tuvo altibajos para ambos bandos y que no pudo ser el amanecer de la hegemonía naval británica como la historiografía ha pretendido proclamar. Es más, el asunto inglés se desactivó en la siguiente década en beneficio del conflicto en Flandes y, sobre todo, de la guerra civil en Francia, en la que Felipe II insistió en implicarse. El monarca hispánico tomó partido por la Liga Católica, al principio solo con fondos, cuando la muerte de Enrique III abrió las puertas a que el calvinista Enrique de Borbón reinara en Francia. Para ello, Felipe II llegó a esgrimir que su hija Isabel Clara Eugenia, «la niña de sus ojos», tenía derechos sobre la Corona francesa como nieta de Enrique II, lo cual iba en contra de la Ley Sálica que impedía a las infantas francesas reinar si había varones en las líneas secundarias. El rey levantó una comisión de teólogos para sortear la Ley Sálica, algo muy del estilo de El Prudente, además de entrar en contacto con el gobernador de Bretaña para usar este territorio como base de operaciones contra los franceses protestantes. Bretaña era, de hecho, una suerte de infantado afín a la Casa Valois cuyas pretensiones encarnaba justamente la hija de Felipe II.

El gobernador de Bretaña quería emplear a los españoles para independizar este territorio del resto de Francia, aunque por el momento se contentaba en compartir objetivos con las tropas de Felipe II, que serían encabezadas por don Juan del Águila en aquel territorio frente a la costa inglesa. Era como poner un dulce al alcance de un niño: ¡una base naval para atacar a Inglaterra en su propio terreno! Tras una infinidad de retrasos y una durísima travesía, Del Águila logró desembarcar en Saint Nazaire a principios de octubre de 1590. Su situación era muy precaria, con 500 hombres enfermos de los 2.100 que habían partido de España, las deserciones disparadas con cada día que pasaba y un trato incómodo con el gobernador de Bretaña, que al no hallar un oficial

sumiso en Del Águila lo tachó de arrogante «de carácter difícil» y torpedeó su misión. La trabajosa conquista de la villa de Hennebont, en la que los soldados francesas apenas colaboraron, convenció al abulense de que lo único que se podía sacar de aquella expedición era, además de una pulmonía, una base para «meter el fuego en casa» del inglés. Los asuntos franceses resultaban demasiado laberínticos para un grupo de españoles harapientos sin buenas armas. Lo más sensato era pasar de puntillas para centrarse en la verdadera oportunidad.

Isabel de Inglaterra estaba implicada en la causa de Enrique de Navarra, a la postre Enrique IV, por lo que lanzar ataques españoles desde Francia se englobaba dentro del mismo conflicto. Mientras seguía combatiendo en el interior de Bretaña contra mercenarios alemanes e italianos al servicio Enrique de Navarra, Juan del Águila tuvo que hacer frente el 12 de mayo de 1591 a la amenaza de 2.500 ingleses desplegados en la costa, al mando de John Norris, el mismo general que había conducido a los británicos en La Coruña y en Lisboa. El maestre de campo concentró sus esfuerzos en crear un fuerte en Blavet, desde donde dominaba una de las entradas al Canal de la Mancha. Los españoles contribuyeron desde esta base a las conquistas católicas del castillo de Blain, el puerto de Brest, Morlaix y Saint Malo y se armaron hasta los dientes en torno al fuerte que recibiría el nombre de Castillo del Águila.

LA GESTA OLVIDADA DEL CASTILLO DEL LEÓN

En el siglo XVI el camino más corto para ofender a un francés era llamarle «mea-vino» (borracho), a un italiano bujarrón, a un suizo «cavamali» (ordeñavacas) y a un alemán puerco o bribón. Mientras que a los españoles los franceses los apodaban como «rateros» y «ladrones» porque sus soldados harapientos se dedicaban en ocasiones al pillaje para llevarse algo a la boca. El lastimoso estado en el que se encontraban los españoles que construyeron durante dos años el fuerte de Blavet, todavía hoy en pie gracias a las

sucesivas remodelaciones francesas, deja intuir las razones detrás del insulto. Hasta que Felipe II mandó refuerzos y fondos en la primavera de 1591; los soldados españoles tuvieron que sobrevivir a las epidemias, al hambre, al frío y a las deserciones con ropas harapientas y barcos mal adaptados a aquellas aguas hostiles. Para evitar que su unidad pereciera, el hombre sin miedo escribió «suplicando a Su Majestad que envíe aquí otra persona que sea más valiente que yo y a quien asista con más cuidado que a mí para que se encargue de esto y a mí me dé licencia para irme». Y es que el maestre de campo se sentía olvidado.

En mayo de 1592 el abulense y 2.500 católicos acudieron a levantar un asedio de las tropas de Enrique de Navarra sobre Craon, en la frontera de las provincias de Maine, Bretaña y de Anjou. Los ingleses nutrían cada vez en mayor número las tropas protestantes y Del Águila temía que la caída de Craon fuera el principio del fin de la presencia española en Bretaña. Así, haciendo gala de la visión táctica que le habían dado los años, el abulense logró en un rápido movimiento trasladar la impresión a los protestantes de que un enorme ejército de socorro se abalanzaba sobre sus líneas. Los 6.000 protestantes cambiaron de orilla en el río Oudon y se replegaron, a pesar de que eran más del doble que los católicos. Valiéndose de los mismos puentes construidos por los protestantes, Del Águila siguió al enemigo y fue ganándole terreno poco a poco a base de escaramuzadas y trincheras. Los hugonotes cedieron sin mucha resistencia, huyendo en una desbandada en la que alemanes, franceses e ingleses se pisotearon entre sí para escapar. La persecución duró hasta el final del día y fue pródiga en crueldad. Los españoles se ensañaron especialmente con los ingleses, a los que les recordaron a gritos, y a puñaladas, la falta de humanidad que ellos tuvieron con los náufragos de la Armada Invencible en Irlanda.

La victoria de los españoles en Craon, a la que siguieron nuevos éxitos en los meses posteriores, reforzó la posición de los españoles en Bretaña. Del Águila recibió las felicitaciones del rey, pero, en lo tocante a sus reiteradas peticiones para volver a casa, le fueron

denegadas de nuevo. Felipe II necesitaba al hombre sin miedo allí. El paso de los meses generó una profunda huella en el abulense, cansado, harto y hambriento, lo que le hizo asumir una estrategia más defensiva. Emulando el éxito del fuerte en Blavet ordenó construir otro en Roscanvel, el conocido como Castillo del León, sobre una roca acantilada de setenta metros de altura rodeada casi por completo por el agua y una posición inexpugnable. Aquí los aliados galos vieron demasiados peligros en aquella red de fuertes que estaban levantando los españoles en su propio territorio y, cuando un ejército de 6.000 protestantes se dirigió hacia allí, no movieron un dedo por salvar a los trescientos españoles-espartanos que protegían el Castillo del León.

Durante casi un mes de bombardeo por tierra y mar, los españoles resistieron amparados en que el único asalto posible era una estrecha explanada por la que se accedía a la península donde estaba el castillo español. No solo resistieron asalto tras asalto, incluso realizaron varias salidas nocturnas desde sus baluartes. No obstante, cuando la pólvora y el plomo empezaron a escasear los soldados franceses e ingleses impusieron su enorme superioridad numérica. El 16 de noviembre de 1594 (casi un mes después de iniciar el asedio), los protestantes mataron al bravo capitán de la guarnición en uno de los tres asaltos de ese día. La explosión de una mina dejó al día siguiente a los últimos españoles completamente expuestos y, después de dos horas más de agonizante defensa, masacrados. Del Águila y un ejército de rescate organizado a toda prisa tuvieron que dar la vuelta al conocer las malas noticias: solo habían sobrevivido quince hombres. En un gesto de cortesía, el comandante enemigo, el viejo mariscal D'Aumont, envió al territorio católico a los supervivientes de aquella matanza que afectó también a los niños y mujeres que acompañaban a los españoles en el fuerte. Según el relato novelado, Del Águila interrogó a estos soldados harapientos y demacrados:

—¿De dónde venís, miserables?

—De entre los muertos —contestó uno de ellos.

—Con ellos debisteis quedar —replicó—, que esa orden teníais.

Mientras las pretensiones de la hija de Felipe II sobre el trono se apagaban y los aliados franceses cada vez resultaban más hostiles, únicamente persistió ya la posibilidad de aprovechar la ocasión para trasladar la guerra a la costa inglesa. En 1595, tres compañías a cargo de Juan del Águila perpetraron un ataque relámpago en la zona de Cornualles. Tras saquear varios pueblos y desmantelar dos fuertes, el maestre de campo ordenó regresar a sus hombres. En este viaje de vuelta, dos barcos holandeses fueron hundidos. Don Juan había constatado que una pequeña fuerza española, si conseguía desembarcar, podía causar grandes desperfectos frente al obsoleto ejército inglés. Y el abulense estaba por la labor de demostrárselo al mundo, aunque dentro de poco fuera a quedarse sin su preciada base de operaciones en Bretaña.

Su mala relación con los nobles franceses y con los almirantes españoles en la zona, primero con Pedro de Zubiaur y luego con Diego Brochero, convirtieron a Del Águila en el objeto de varias conjuras contra su autoridad que, si no terminaron con él asesinado, fue por la lealtad de la mayoría de soldados a su cargo. El 4 de junio de 1597, un grupo de soldados amotinados encarceló al abulense en su propio castillo de Blavet.

Después de meses de cautiverio, el experimentado maestre de campo regresó a España para defenderse de las acusaciones de desobediencia al rey y corrupción lanzadas durante su misión en Bretaña. A tal extremo llegó la campaña de desprestigio que hubo incluso quien le bautizó entre los franceses como don Juan de la Gallina y propagó el bulo de que había sido tímido en los combates. Todo eso dio ya igual, porque a la salida de Del Águila le siguió la de todos los españoles de Francia. En 1593, Enrique IV, disfrazado de católico por las circustancias, ganó la disputa por el trono de modo que el Imperio español pasó de combatir en una guerra civil para hacerlo en una contra Francia. La presencia española en Bretaña ya no tenía el menor sentido.

LA TRAICIÓN AL HIJO PRÓDIGO

Nada más poner pie en España, Felipe II embarcó, como quien envuelve y envía a la carrera un paquete de regalo, a Del Águila de vuelta al norte. Al rey se le terminaba el tiempo para derrotar a su vieja cuñada, la reina de Inglaterra, y en el otoño de 1597 lanzó su enésimo intento de invadir las Islas Británicas. Don Juan del Águila fue puesto al frente de las tropas terrestres, unos 8.634 soldados, que debían ser trasladados por una nueva «Armada Invencible» compuesta por 136 navíos. Así las cosas, las perspectivas de buen tiempo duraron solo cuatro días y, como en 1588, la flota se vio pronto desmantelada por las tempestades. La Armada se refugió en puertos de Holanda, Normandía y Bretaña, cuando apenas había avistado la Pérfida Albión. Solo siete barcos alcanzaron las costas inglesas, de tal forma que sus cuatrocientos hombres se parapetaron en la costa varios días antes de percatarse de que estaban solos y abandonados. Sin que el desastre alcanzara las proporciones de 1588, lo cierto es que buena parte de los navíos no volvieron a casa o lo hicieron años después.

Don Juan regresó así otra vez derrotado. Su carrera hubiera seguido impertérrita, inmune a quienes le responsabilizaban de lo que estimaban un fracaso en Bretaña, si no fuera porque la muerte de Felipe II precipitó un ajuste de cuentas entre los funcionarios y el ejército a cargo del nuevo régimen. El duque de Lerma, valido todopoderoso de Felipe III, quiso demostrar que los problemas del Imperio español no eran sistémicos, como de hecho eran, sino de hombres incompetentes que se habían aprovechado de la bondad del anciano soberano.

La purga entre los secretarios, almirantes y capitanes del anterior reinado alcanzó también a don Juan del Águila, al cual se le recluyó en prisión el 27 de mayo de 1600, junto a su mujer y al pagador de las tropas en Bretaña, acusados de malversación de fondos y corrupción. Los tres permanecieron presos durante casi un año hasta que, sin que se hubieran demostrado los hechos

delictivos, fueron liberados para que don Juan liderara una expedición en apoyo de los rebeldes irlandeses. En aquella España la línea entre pudrirse en prisión y ejercer un alto cargo militar era afilada como la punta de una espada ropera.

La opción de abrir un frente en Irlanda había estado desde hacía tiempo encima del despacho real. Porque nada hay más efectivo como trasladar la guerra y el hedor de los muertos a las puertas de la casa de tu enemigo. Y porque nadie en el siglo XVI se sentía tan español en el orbe terrestre, a excepción de los propios españoles, como los irlandeses. Este empobrecido país de base agrícola estaba bajo control inglés y en proceso de colonización, a pesar de que su población de mayoría católica se negaba a aceptar las restricciones religiosas de los protestantes reyes de Inglaterra. De tal manera que la vía de escape que tuvieron miles de irlandeses fue la de emigrar a España y unirse a su ejército, que no dudó en abrirles las puertas porque «tienen por merced particular de mucho tiempo, que sus soldados son admitidos en las compañías de los españoles, y en los puestos y en las ocasiones se mezclan con ellos, como si todos fuesen una nación, y merécelo porque son muy gallardos soldados».

Se calcula que más de 200.000 irlandeses sirvieron en el ejército español entre el siglo XVI y principios del XVII. Todavía en la Guerra de Independencia contra los franceses seguía habiendo regimientos de origen irlandés, a modo de recordatorio de la importancia de estos católicos en el ejército hispánico.

Los irlandeses se consideraban primos hermanos de los gallegos y, desde un punto de vista mítico, creían que España tenía la misión histórica de incorporar Irlanda a la Monarquía Española y liberarles del yugo inglés. Con este propósito, los altos poderes eclesiásticos y la nobleza irlandesa mantuvieron una activa correspondencia con Carlos V y Felipe II durante todo el siglo XVI. El principal escollo para sus planes, no obstante, era que la nobleza estaba atomizada y no tenía acceso a fuerzas militares. Durante la conocida como rebelión de los clanes Fitzgerald de Desmond, en 1579, se había evidenciado

la incapacidad de la nobleza católica al enfrentarse en solitario y desunida a los ingleses. Apoyados por el Papa, los españoles enviaron cuatrocientos hombres en esas fechas y la rebelión se extendió por Youghal, Kinsale e incluso Dublín, que no cayó en manos católicas porque un espía dio la voz de alerta en el último momento. No obstante, el envío por parte de la reina de un virrey de hierro, Lord Grey de Wilton, junto a un importante ejército acorraló a los rebeldes en las zonas boscosas.

El 25 de agosto de 1580 los insurrectos emboscaron a Grey de Wilton en Glenmalure, causándole ochocientas bajas, si bien la falta de coordinación entre los nobles rebeldes impidió sacar ventaja de esta victoria. La estrategia de tierra quemada llevada a cabo por los ingleses dio sus frutos: uno a uno, los jefes de los clanes gaélicos se acogieron al perdón real y se sumaron a la caza de los rebeldes. Mientras Felipe II y el Papa preparaban más refuerzos, llegaron a Madrid noticias de que los principales líderes rebeldes estaban siendo cazados como gacelas rojas y que la fuerza pontificia había sido masacrada en la fortaleza de Smerwick. Lord Grey de Wilton consintió que fueran ejecutados a golpes de pica y alabarda medio millar de prisioneros españoles e italianos, en tanto diecisiete irlandeses e ingleses católicos fueron torturados de forma salvaje aquella jornada. Ya no había rebelión que regar.

Con la retorcida sombra de lo ocurrido en 1580, el Imperio español se preparó al comienzo del reinado de Felipe III para otro asalto a Irlanda. Una nueva generación de nobles rebeldes encabezada por las familias O'Neill y O'Donnell se levantó contra la agresiva política de colonización aplicada por los ingleses y cosechó una serie de victorias contra las desprevenidas fuerzas de la reina. En el verano de 1598, Hugh O'Neill, denominado por los nativos como el príncipe de Irlanda, destrozó a un ejército de 4.000 ingleses en la batalla de Yellow Ford y encendió el ánimo nacionalista como nunca hasta entonces. Fue entonces cuando Madrid empezó a enviar dinero, armas, pólvora e incluso a varios capitanes a modo de asesores. Mientras el Imperio español preparaba una nueva

expedición, los rebeldes irlandeses sufrieron las crueles tácticas del más experimentado general de la reina, Charles Blount, octavo lord Mountjoy. Desbordado, O'Neill prometió levantar a 10.000 infantes y 1.000 caballos si Felipe III desembarcaba en Irlanda a sus experimentadas tropas de élite. Era ahora o nunca.

El abulense asumió el mando terrestre de esta operación después de que el también maestre de campo Antonio de Zúñiga rehusara por considerarla imposible a menos que el ejército expedicionario fuera de 8.000 infantes. Por el contrario, don Juan de Águila no estaba en condiciones de exigir nada tras su estancia en prisión y accedió a conducir a solo 6.000 soldados (la cifra final fue incluso inferior, 4.432), sin caballería ni apenas suministros, en una de tantas ocasiones en que la Monarquía Católica dejó el éxito de la empresa en manos de la Providencia. Se esperaba que este castellano cojo de cincuenta y cinco años, después de un año en prisión, obrara alguna clase de milagro en el sur de Irlanda.

Paradójicamente, el propio Del Águila se había mostrado en el pasado contrario a enviar gente a Irlanda por no ser de «ningún provecho y que ha de ser menester más que sustentarla allí que en la propia Inglaterra». Era de los que pensaban que lo mejor sería atacar directamente el corazón británico, sin andarse con rodeos. Tampoco la calidad de las tropas, muchos soldados bisoños, era la adecuada para tan delicada misión: «Casi toda esta gente es nueva y de bien poco provecho, porque hay muy pocos que sepan tirar un arcabuz ni mosquete», se quejaría.

Embarcadas en treinta y tres navíos, las fuerzas españoles debieron hacer frente a los fuertes temporales que sufrieron todas las flotas que han tenido que remontar hacia el norte desde la península. Francis Drake y el resto de piratas ingleses lo supieron a golpe de derrotas: una cosa era bajar y otra subir. El objetivo de la flota era tomar el puerto de Cork, al sur de la isla, pero una fuerte galerna dispersó los barcos cuando apenas habían divisado la costa irlandesa. Como ocurriera con la Armada Invencible, el enorme tonelaje de los galeones empleados dificultó las maniobras de

desembarco. El almirante, Diego Brochero consiguió llegar hasta Kinsale el 1 de octubre de 1601 con la mayor parte de los buques. Cerca de 1.700 hombres, bajo la disciplina del abulense, desembarcaron a la carrera en este pequeño puerto con un castillejo antiguo y unas pequeñas casas alrededor.

LOS ÚLTIMOS DE IRLANDA

El maestre de campo se ajustó el sombrero antes de saltar del bote sobre el arisco paisaje irlandés, con un enorme acantilado musgoso ante su vista y unas pocas edificaciones protegidas por una muralla de pizarra. ¡Otra vez la maldita humedad del norte!, pensó mientras se llevaba la mano a su dolorida pierna. Don Juan dio las primeras órdenes a sus capitanes antes de buscar instintivamente un lugar donde atrincherarse en caso de un ataque inesperado.

Los españoles espantaron sin el menor problema a la guarnición inglesa de Kinsale y se refugiaron en dos fuertes cercanos, Castle Park y el Castillo de Rincorran. En los siguientes días, más soldados se unieron al disperso ejército de Del Águila, cuando la mar permitió nuevos desembarcos, pero muy pocos nobles rebeldes contestaron a las cartas con las que el maestre de campo anunció su llegada. 3.300 hombres «tan mal prácticos y desnudos es cosa de lástima», sin casi provisiones ni munición ni artillería, perdidos en un pequeño puerto del sur no era el enorme ejército que esperaban del todopoderoso Rey Cristiano. Al contrario, los que sí acudieron como moscas el 13 de octubre fueron los soldados ingleses del pegajoso Lord Mountjoy, en concreto 500 caballos y 6.000 soldados dispuestos a sacar a los católicos por donde habían venido.

Los ingleses contaban con un buen puñado de cañones e incluso con un buque artillado, que desde tierra y mar destrozaron la guarnición española en Rincorran. Después de cuatro días de batida de cañones, el sargento al cargo y cincuenta hombres huyeron de las ruinas humeantes. El día 11 de noviembre los últimos veinte defensores aceptaron la rendición al verse sin alimentos. El otro

fuerte, Castle Park, cayó aún más rápido, pues en cuatro jornadas de cañonazos buena parte de la estructura había cedido. Mientras Del Águila aumentaba las defensas en el corazón de Kinsale, Lord Mountjoy dirigió el bombardeo a la muralla de pizarra de esta villa y fue carcomiendo la localidad como si de marmotas con dientes de acero se tratara. Al abulense no le quedó más remedio que organizar una de esas salidas nocturnas que tantas veces había ejecutado en Flandes. Una carga encabezada por Juan del Águila provocó medio millar de bajas inglesas, aunque no logró romper el cerco formado por miles de enemigos. Sucesivas acometidas costaron la vida a tres capitanes españoles —siendo 250 los hombres que habían muerto desde el inicio del sitio— y no volvieron a sorprender igual a los ingleses.

Los intentos de socorro desde España se estrellaron una y otra vez contra las tormentas; al tiempo que los nobles irlandeses levantaron un ejército de 5.500 hombres para romper el cerco. Del Águila se comunicó al fin el 31 de diciembre con los condes O'Donnell y O'Neill, a los que reclamó que embistieran sobre las trincheras inglesas por fuera, de manera que el tercio de españoles pudiera realizar una nueva salida contra el cuartel de Mountjoy. Una distracción irlandesa para que el tercio cargara. Así las cosas, el cada vez más grande ejército real, unos 12.000 ingleses, se percató del plan de los católicos y, a la vista de las dudas de la indisciplinada infantería irlandesa, masacró a la fuerza de socorro cuando se situaba en el lugar acordado: 500 infantes y 300 caballos ingleses bastaron para disolver por completo la fuerza rebelde y provocar 800 bajas.

Desde los derrumbados muros de Kinsale, el maestre de campo de Ávila debió de tirarse de los pelos al observar cómo su última oportunidad de salvar la empresa se iba al garete por culpa de la levedad de las armas irlandesas. Todavía pudo el español llevar al éxito nuevas escaramuzas en los siguientes días, una de ellas para destruir cinco piezas de artillería, pero la falta de alimento y la llegada de más y más ingleses ahogaba el optimismo. Nueve días

después de la batalla de Kinsale, Juan del Águila y los supervivientes españoles decidieron aceptar las condiciones inglesas de capitulación. Visto lo ocurrido en 1580, con todas las fuerzas pontificias ejecutadas, no debió de ser fácil para los españoles creer en la palabra de los ingleses. Con todo, el virrey inglés estaba deseoso de que los católicos abandonaran el sur de Irlanda e incluso aceptó que Del Águila y sus hombres marcharan con los estandartes desplegados y sus armas al hombro. Mountjoy sería reprendido en Londres por tanta generosidad, a lo que se justificaría en que él tampoco estaba en condiciones de mantener el asedio por más semanas. Cabía el riesgo de que los vientos propicios permitieran la llegada de refuerzos españoles de una vez por todas.

Como parte del acuerdo el virrey se comprometió también a trasladar a España a los hombres de Del Águila. Exhausto y abatido por negársele la oportunidad de ir a Valladolid a defender su honor contra quienes le acusaban del fracaso de la empresa irlandesa, el maestre de campo se retiró a su tierra para aclarar por carta su papel en Kinsale. La mayor parte de las críticas versaban sobre la mala coordinación con los nobles irlandeses y la elección de Kinsale para establecer su cuartel. El 12 de julio de 1603, el Consejo de Guerra aún mantenía vivas las deliberaciones sobre la responsabilidad del abulense, si bien elogió al fin su labor y le eximió de toda culpa. Así de fulminante era el aparato imperial, tan lento y parsimonioso como luego sorpresivo. El maestre de campo don Juan del Águila falleció en su pueblo natal, El Barraco, el día 5 de mayo de 1605, sin ser recompensado por la misión que tanta salud le había exprimido.

Don Juan fue un hombre con una capacidad de resistencia fuera de lo común (no hay que olvidar que su salud era precaria desde que fue herido en una pierna) y un militar incansable, valga el lugar común en este caso para un soldado que dedicó prácticamente su vida a operaciones en el extranjero. A diferencia de otros capitanes de Flandes, el abulense apenas pasó tiempo en España y apenas hizo crecer aquí sus tierras y su influencia. Cuando parecía que podía

retirarse —a su vuelta de Bretaña—, los designios bélicos le arrojaron de nuevo sobre Irlanda y gastaron allí sus últimas fuerzas. Puede que el hombre sin miedo estuviera aterrorizado cuando se vio rodeado de miles de ingleses y hecho cautivo, pero desde luego no permitió que sus hombres lo notaran. Debajo de su antifaz de hombre triste y serio se encontraba un inseguro bastardo de El Barraco que había luchado contra turcos, holandeses, franceses, ingleses y cuantos enemigos se habían cruzado a su paso a lo largo de treinta y cinco años.

Quien no tiene miedo solo puede huir hacia adelante, lo cual es una ventaja militar, pero el camino más corto hacia la desgracia personal.

7

ALEJANDRO FARNESIO, EL RAYO DE LA GUERRA

El asedio de la ciudad rebelde de Oudenaarde, situada entre Gante y Tournay, deparó en 1582 un sinfín de quebraderos de cabeza para los españoles. Después de superar un motín de mercenarios alemanes, Alejandro Farnesio reanudó el bombardeo sobre la ciudad para dejar las murallas listas para el asalto. Su costumbre era la de supervisar las obras de asedio desde la primerísima línea de combate y colocar su tienda de mando en una posición próxima a las ciudades asediadas. Durante aquellas jornadas frente a Oudenaarde, el general celebraba una comida al aire libre cuando un cañonazo arrancó la cabeza a uno de los cuatro comensales; en tanto, un trozo del cráneo del fallecido hizo perder un ojo a otro y media cara a uno de los miembros de la guardia de Farnesio. Barro, muerte, pólvora y una comida roja… «Esparcida la sangre manchó con fealdad horrible los manjares» y salpicó de sesos a los comensales. Todos ellos se levantaron espantados por el horror, salvo el general, que no mudó el asiento ni el semblante. Al contrario, pidió retirar los cadáveres como el que retira los entrantes, y que se trajesen otros manteles y otros platos para seguir la comida en el mismo sitio, «a tiro de cañón mas no a tiro de temor».

No faltaron las críticas, entre ellas las de su tío Felipe II, hacia la actitud temeraria de Farnesio en Oudenaarde y en otras contiendas, que le haría portador de un apodo fulminante: *el Rayo de la Guerra*. La sobreexposición del comandante en combate suponía un riesgo demasiado alto en la Edad Moderna, donde las estructuras militares aún dependían de que se mantuviera en su sitio la cabeza del general. Ya en la época de los antiguos romanos se daba la contradicción de que todos los tratados militares desaconsejaban que los generales lucharan en la primera línea y, al mismo tiempo, la máxima condecoración que podía recibir un ciudadano, la *spolia optima*, se otorgaba a los generales romanos que hubieran matado a un caudillo enemigo con sus propias manos. El más valiente podía ser condecorado o tachado de estúpido. No había término medio. Del mismo modo, Farnesio encarnaba la contradicción de arriesgar su vida más de la cuenta y, a la vez, portar un carácter reflexivo y nada impulsivo. Un contemporáneo lo describiría «de un aspecto feroz y por otro camino amable y venerable».

SANGRE DEL PAPA Y DEL EMPERADOR

La mescolanza de caracteres era como la de su sangre. Los Farnesio eran una familia italiana emergente, vinculada al oficio de las armas en la época renacentista, hasta que dio su gran salto al poder a través de las intrigas vaticanas. Julia Farnesio, «Giulia la bella», enloqueció de amor al papa español Alejandro VI, que la tomó como su amante predilecta, y obtuvo para su hermano Alejandro Farnesio el cargo de cardenal, con el sobrenombre popular de «el Cardenal de las faldas». A la caída de los Borgia, Alejandro Farnesio estuvo en dos ocasiones cerca de hacerse con el sillón de San Pedro, lo que no ocurriría hasta el cónclave del 13 de octubre de 1534, cuando fue proclamado Papa con el nombre de Paulo III. Roma entera se congratuló de que un italiano volviera a ocupar la cabeza de la Iglesia casi cien años después del último nacido en Italia. No en vano, los escándalos no entienden de nacionalidad. Su condición

eclesiástica no le frenó a la hora de tener varios hijos con una noble romana, ni en su afán de enriquecer a los de su misma sangre, entre ellos su hijo Pedro Luis Farnesio, el primer duque de Parma, un hombre lujurioso y cruel que iba a enfrentar los intereses de los Farnesio con los de Carlos V.

Paulo III era un buen amigo de Carlos V, pero en la senda de su nepotismo chirriante desafió su autoridad al conceder territorios a Pedro Luis en torno al Ducado de Milán, que España había ganado recientemente a Francia. La respuesta española fue procurar que un grupo de sicarios apuñalara al duque y le colgara de una ventana de su palacio en Plasencia. Octavio, hijo y heredero de Pedro Luis, buscó en ese momento el apoyo de los franceses para vengarse y recuperar parte de sus territorios. Una escalada de tensión que desembocó en el sitio español de Parma. ¡Encontrándose asediados allí la hija y un nieto del emperador Carlos! El factor familiar alteró los planes imperiales y frenó la guerra antes de que fuera a más.

Antes de la intromisión de Paulo III en Milán, los Habsburgo y los Farnesio habían estrechado lazos a través del matrimonio de Octavio con Margarita de Austria, la hija ilegítima que Carlos V había tenido con una joven flamenca antes de casarse con la emperatriz Isabel. Tras celebrarse la boda en 1538, la joven se negó a vivir con Octavio, al que estimaba un niño afeminado y sin carácter. Para alimentar su virilidad, fue necesario que Carlos V se llevara a su yerno a la fracasada expedición de Argel y luego a las guerras alemanas. Cuando Octavio regresó a Roma años después, Margarita encontró a un joven bizarro con aire marcial al que, esta vez sí, se entregó sin oposición. En agosto de 1547, nacieron dos niños gemelos, Carlos y Alejandro, aunque solo el segundo salió adelante en una época con una mortalidad infantil despiadada.

La guerra entre Carlos y Octavio sorprendió a Alejandro en el fuego cruzado de sus dos familias, que solo terminó definitivamente con el cambio de reinado. Cuando, en 1555, Felipe II accedió al trono convenció a Octavio y a su hermanastra de que le concedieran en Italia su ayuda contra los franceses y el papa Paulo IV, un

furibundo antiespañol, a cambio de que los Farnesio recobraran el dominio completo del Ducado de Plasencia y que al pequeño Alejandro se le adjudicase la rica abadía de Monreale, en Sicilia. No obstante, Felipe II exigió que Alejandro, de diez años, fuera educado en España y formara parte de la pequeña corte que rodeaba al infante Carlos, en ese momento el único heredero del rey. La estancia española de Alejandro Farnesio no empezó como un viaje de estudios, sino como un secuestro entre algodones.

El adolescente viajó a Bruselas con su madre Margarita y entró en contacto con la nobleza flamenca, a la que combatiría y con la que pactaría años después. Allí conoció al fin a su tío Felipe, al que acompañó a Londres con motivo de una visita a la que era entonces su esposa, la reina de Inglaterra, María Tudor. Es decir, que antes de viajar a España, Farnesio conoció de cerca las tierras de sus futuros enemigos y recabó impresiones de la Europa de su tiempo. En 1559, Felipe II y su rehén, su sobrino, regresaron a España y se establecieron en Valladolid. Margarita de Austria, por su parte, se trasladó a los Países Bajos como gobernadora, cargo para el que era idónea por ser natural de allí, hablar francés y contar con habilidades diplomáticas. Lo de separarse de su marido tampoco resultó un obstáculo, porque de nuevo se había tornado un matrimonio gélido.

En Valladolid, Farnesio nunca llegó a congeniar con su primo el infante don Carlos —luego llamado «el príncipe maldito»—, del mismo modo que nadie lo logró nunca. Compartían casi la misma edad, pero al italiano y a la mayoría de cortesanos el príncipe les resultaba un personaje irritante. En cualquier caso, a la pandilla de jóvenes se sumó pronto don Juan de Austria, también adolescente, un hijo bastardo del emperador que Felipe II integró al entorno de su heredero, como queriendo que se le pegara algo de los otros. Los tres estudiaron juntos en Alcalá de Henares y recibieron instrucción militar. Con Carlos incapaz de seguir su ritmo en los estudios, don Juan y Alejandro se hicieron inseparables y combatían entre sí a modo de entrenamiento. Los cronistas destacan del hermanastro del rey su extraordinaria elegancia y agilidad de movimientos en el

combate; mientras que de Alejandro se dice que disfrutaba asombrando a los presentes luchando semidesnudo, sin ningún tipo de protección. Ya entonces se evidenció su gusto por la acción y por una exposición temeraria al combate físico.

La presencia de otra adolescente en la Corte, la nueva esposa del rey, Isabel de Valois, convirtió este periodo en el más juvenil y alegre del reinado de Felipe II. Con dieciséis años, Farnesio se alzó como un galán, presumido y de gusto por la ropa fina, una afición que le acompañaría el resto de su vida. ¡Sí! Ya entonces los italianos tenían fama de apreciar más que nadie los tejidos y los bordados. El joven era de mediana estatura, pelo más negro que castaño, nariz aguileña y templado de carnes, en suma: bien parecido. La petición de más dinero para cubrir estos gastos, así como las informaciones de que Alejandro frecuentaba a unas cuantas mujeres (y que ellas se dejaban frecuentar), empujó a sus padres a buscarle una esposa. Ellos pensaron en un enlace con una noble italiana con la que pudieran ampliar los límites de su ducado, pero el metomentodo Felipe II —siempre atento a mantener a los grandes italianos separados y enfrentados— dictó que se casara con María de Portugal, nieta de Manuel I. Un matrimonio de altura, por la sangre de ella, que respondía más bien a los intereses de los Habsburgo que a los de los Farnesio. A ellos Portugal ni les iba ni les venía.

Mientras don Juan de Austria ejercía sus primeras tareas militares en el Mediterráneo y en la guerra de las Alpujarras, Farnesio se casó en Bruselas con María y se mudó un tiempo al ducado de su padre. Allí conoció su tierra natal y ocupó el tiempo cazando y holgando. Ella no tardó en quedarse encinta. No obstante, el desdichado don Carlos tuvo peor fortuna que sus compañeros de estudios. Aún en Alcalá de Henares sufrió un grave golpe en la cabeza que casi le costó la vida, y a partir de entonces comenzó una espiral destructiva, hasta dar con sus huesos en el Alcázar de Madrid, en un régimen de reclusión acorde con su locura.

Las obligaciones de Farnesio con el ducado de su padre le alejaron de la esfera hispánica hasta 1571. Conociendo su carácter

inquieto y su fascinación por la guerra, lo más probable es que viviera impaciente aquellos años, a expensas de que Felipe II reclamara sus servicios, como una adolescente al lado del teléfono a la espera de que se digne a llamar su novio atontado. Sin embargo, el novio atontado no llamaba. Creyendo que Margarita de Austria se mostraba demasiado tibia ante la emergente rebelión de parte de la nobleza, Felipe II envió en 1567 a remplazarla al gran duque de Alba, que con una agresiva estrategia iba a barrer del mapa a los rebeldes, pero que a nivel político solo sirvió para propagar el incendio aún más.

Alejandro Farnesio sintió rabia en un principio al no ver su nombre incluido entre los oficiales que acompañaron al gran duque y a su ejército, que se transformó en hostilidad cuando vio que su madre era ninguneada por el castellano. Es por ello por lo que Felipe II mantuvo bajo cuarentena a su sobrino e incluso declinó su oferta de unirse con un grupo de caballeros italianos a la Santa Alianza formada por España, Venecia, el Papa y otras repúblicas italianas para combatir a los turcos en el Mediterráneo. Finalmente fue don Juan, nombrado comandante de esta Santa Liga, el que reclamó a Farnesio que se sumara a la campaña.

Alejandro Farnesio embarcó a doscientos caballeros de sus ducados italianos en tres naves genovesas. Además del mando sobre estas galeras, el hispano-italiano integró el selecto consejo de guerra de su tío. Cuando el 7 de octubre de 1571 se produjo la batalla de Lepanto, Farnesio iba embarcado en *La Capitana de Génova*, junto con Ettore Spínola, miembro de la prestigiosa familia de banqueros aliada con la Corona Española. Se conoce por encima la participación de Alejandro Farnesio en la batalla, pero consta que las tres embarcaciones formaron en el centro junto a la de Juan de Austria, la galera *La Real*. Según las crónicas, Farnesio saltó el primero sobre la galera musulmana que alcanzó su altura seguido del soldado español Alonso Dávalos. Juntos fueron ganando cada palmo del barco enemigo a costa de su integridad. Las características de este tipo de combate daban poco espacio a los cobardes o a los que no

querían resultar heridos. Don Juan de Austria estuvo cerca de ser apuñadado en su galera, y por pocos metros no cruzó acero con el comandante turco.

Farnesio siguió al lado de don Juan de Austria el tiempo que duró la Santa Alianza, donde la tensión entre los venecianos y el resto habían herido de muerte la coalición para 1573. Ambos se resignaron a ver cómo se marchitaba la escuadra, mientras que sus oficiales y soldados distraían en Italia su tiempo. Farnesio permaneció la mayor parte de este periodo de inactividad junto a don Juan, pues la relación con su mujer era distante, con su padre mantenía discrepancias sobre cómo había que administrar el ducado y a su madre, retirada a una zona montañosa desde que regresara de Bruselas, no la podía visitar tanto como hubiera pretendido. Sin embargo, para el hermanastro de Felipe II la inactividad terminó cuando la repentina muerte de Luis de Requesens, a su vez sustituto del gran duque de Alba en la gobernación de los Países Bajos, le catapultó hacia aquella guerra interminable.

UNA MISIÓN IMPOSIBLE PARA UN TEMERARIO

El fracaso político del gran duque de Alba, que hizo resurgir la rebelión en 1572, llevó a Felipe II a sustituirle como gobernador por su amigo de la infancia Luis de Requesens, del que esperaba una actitud más conciliadora. Sus avances militares y los frutos de su perdón general se fueron al garete con la repentina muerte del catalán y el motín de las tropas que le siguió en 1576. Felipe II eligió a don Juan de Austria para hacerse cargo urgentemente de la situación de anarquía en el gobierno, si bien el héroe de Lepanto se entretuvo todavía durante meses. Viajó a Madrid para asegurarse de que el rey ponía a su disposición los medios requeridos, con el objeto de no verse desamparado como Alba o Requesens. La tardanza, no obstante, provocó que a su llegada la posición española fuera crítica, casi irreversible. Un día después de que el hermanastro del rey pusiera pie en Luxemburgo, el saqueo de tropas españoles

sobre la ciudad de Amberes predispuso a todas las provincias en contra de «los extranjeros».

El saqueo de Amberes enturbió su entrada. Para recuperar la fidelidad de los nobles moderados, don Juan de Austria retiró a los tercios españoles del país en abril de 1577. Pagó los atrasos a los soldados con el dinero que el papa Gregorio XIII le había entregado tras la batalla de Lepanto y pidiendo varios préstamos personales. Además, firmó el Edicto Perpetuo, un documento que eliminaba la Inquisición y reconocía las libertades flamencas a cambio del reconocimiento de la soberanía de la Corona Española y la restauración de la fe católica en el país. Pero lejos de respetar lo firmado, el cabecilla rebelde, Guillermo de Orange, buscó la forma de eliminar de la ecuación a don Juan de Austria, cuya estrategia de pacificación amenazaba con echar al traste sus planes. Con solo una veintena de soldado a su cargo y reducido a ser un títere político, don Juan de Austria abandonó Bruselas de forma apresurada y se refugió por sorpresa, abusando de la invitación de su castellano, en la fortaleza de Namur (hoy en la región belga de Valonia), desde donde pidió sin éxito ayuda a Felipe II: «Los españoles están marchándose y se llevan mi alma consigo, pues preferiría estar encantado de que esto no suceda. Ellos (la nobleza local) me tienen y me consideran una persona colérica y yo los aborrezco y los tengo por bravísimos bribones», escribió don Juan de Austria a su amigo Rodrigo de Mendoza sobre la situación desesperada que estaba viviendo.

El rey autorizó el regreso de los tercios españoles a finales de 1577 y don Juan lo celebró con gruesas palabras:

> A los magníficos Señores, amados y amigos míos, los capitanes de la mi infantería que salió de los Estados de Flandes [...]. A todos ruego vengáis con la menor ropa y bagaje que pudiéredes, que llegados acá no os faltará de vuestros enemigos.

Alejandro Farnesio fue el receptor de las lamentaciones de don Juan y quien más trabajó para que la Monarquía Hispánica mandara tropas a Flandes, lo que supuso para él una vía de escape necesaria

tras la muerte en junio de ese año de su esposa. Con el cargo de asistente del gobernador, Farnesio salió de incógnito, disfrazado de palafrenero, y se puso al frente de un ejército de 6.000 soldados de élite en dirección a Flandes, a través del conocido Camino Español, un logro logístico que abría un corredor de Milán hasta Bruselas, en poco más de un mes. A principios de 1578, don Juan de Austria se trasladó también de incógnito de Namur a Luxemburgo, donde los tercios españoles se congregaban junto a tropas locales y mercenarios extranjeros. Tío y sobrino se dieron un intenso abrazo de agradecimiento al verse al fin. En total, las fuerzas hispánicas sumaban 17.000 hombres, lo cual inspiró pánico en los rebeldes, que comenzaron a pedir ayuda a Francia, Inglaterra, Alemania y a cualquier país que quisiera «quemar las barbas del rey español». La maquinaria de los tercios estaba en marcha.

Un ejército reclutado a toda prisa por los Estados Generales de los Países Bajos se amparó en su superioridad numérica, 25.000 hombres, para dirigirse a Namur, donde don Juan de Austria había regresado acompañado por los 17.000 soldados. Guillermo de Orange, que mantenía el control político de casi la totalidad de los Países Bajos —incluidas las provincias católicas—, consideraba que la mejor oportunidad para atacar a los españoles era después de una larga travesía. Los rebeldes presentaron combate en Gembloux, el 31 de enero de 1578, en un choque que comenzó con una escaramuza encabezada por Octavio Gonzaga, otro de los hombres de confianza de don Juan de Austria y Farnesio, a la cabeza de 2.000 soldados con el fin de entretener al grueso del ejército enemigo. Con tan mala suerte para los rebeldes que, yendo más lejos de sus instrucciones, las tropas de Gonzaga derrumbaron la línea enemiga.

El ejército rebelde no solo no contraatacó ante las acometidas españolas, sino que fue retrocediendo hasta quedar encajonado en lo bajo y angosto de un paso en pendiente. Temiendo que la caballería española quedara separada de la infantería, Alejandro Farnesio —al que don Juan de Austria había pedido que no se

alejara de su lado— le arrebató a su paje una lanza y montó en el primer caballo que halló libre para dirigir en persona una carga de caballería en apoyo de la vanguardia. «Id a Juan de Austria y decidle que Alejandro, acordándose del antiguo romano, se arroja en un hoyo para sacar de él, con el favor de Dios y con la fortuna de la Casa de Austria, una cierta y grande victoria hoy», afirmó Farnesio, según citan las adornadas crónicas de Faminiano Estrada.

El ataque del sobrino de Felipe II fue secundado por algunos de los más importantes hombres del ejército: Bernardino de Mendoza —que sería nombrado posteriormente embajador en Inglaterra—, Juan Bautista de Monte, Enrique Vienni, Hernando de Toledo —el hijo ilegitimo del gran duque de Alba—, Martinengo, y Cristóbal de Mondragón, entre otros. Las repetidas cargas seleccionadas con bisturí de cirujano por Farnesio pusieron en fuga a la caballería rebelde, superior en efectivos pero no en experiencia. Además, en su desordenada huida la caballería se estrelló con la infantería que permanecía encajonada a su espalda, de manera que «en parte la estropearon, y del todo la desampararon». Junto a la infantería española, la caballería arrebató al enemigo treinta y cuatro banderas, la artillería y todo el bagaje. En su desesperada fuga, unos en dirección a Bruselas y otros hacia la fortificación de Gembloux, se produjo la mayoría de las bajas enemigas: más de 10.000 entre muertos y capturados.

Como demostración de la enorme distancia que separaba a ambos ejércitos, la mejor infantería de su tiempo solo contó una veintena de bajas en aquella jornada. Lo que no evitó que al finalizar la batalla, don Juan de Austria reprochara a Farnesio que hubiera arriesgado su vida «como si fuera un soldado y no un general». Él replicó a su tío que «él había pensado que no podía llenar el cargo de capitán quien valerosamente no hubiera hecho primero el oficio de soldado». Un incidente que, sin embargo, no afectó a la amistad entre ambos familiares, quienes enviaron a Felipe II dos cartas por separado atribuyéndole enteramente la victoria el uno al otro.

La batalla de Gembloux sorprendió a Guillermo de Orange y al resto de cabecillas de la rebelión festejando en Bruselas que el poder del Imperio español había quedado reducido a controlar Luxemburgo y la ciudad de Namur. No imaginaban que su ejército pudiera mostrarse tan frágil frente a los españoles. Cuando llegaron los rumores de lo que había ocurrido, se refugiaron en Amberes sin siquiera esperar a los supervivientes. Las excelentes fortificaciones de las ciudades flamencas eran su mejor oportunidad de resistir el avance de los españoles, que en las batallas campales se habían revelado casi invencibles.

Don Juan de Austria continuó con la ofensiva hasta su extraña y fatídica muerte en octubre de ese mismo año, avanzando de victoria en victoria hasta que Felipe II secó el envío de fondos. Farnesio se encargó de rendir algunas de estas plazas, no sin escatimar violencia cuando fue necesario. Sichem fue saqueado a conciencia después de que los defensores se negaran a rendirse; el gobernador y sus capitanes fueron colgados de la torre del homenaje, y 160 sitiados fueron degollados y arrojados al río. El hispano-italiano sabía que el saqueo formaba parte de la guerra de asedios y cercos, aunque él estaba convencido de que aquella guerra solo se podría ganar si el uso de la fuerza iba acompañado de otras medidas.

La negligencia de unos cirujanos operando una hemorroide a don Juan, sumada a su mala salud reciente, desangró en cuestión de horas, el 1 de octubre de 1578, al héroe de Lepanto, que nombró sucesor a Farnesio y escribió a su hermano pidiéndole que respetara el nombramiento. Por cierto que el intrigante Guillermo de Orange difundió sin pruebas que el verdadero responsable de la muerte del gobernador era Farnesio, quien habría liquidado a su tío con veneno porque anhelaba su puesto. Con el talento militar del gran duque de Alba, el carisma de su amigo don Juan de Austria y la capacidad diplomática de Luis de Requesens, Alejandro Farnesio congregaba todos los ingredientes necesarios para alcanzar la victoria española en un escenario que estaba segando la vida y la carrera de la mejor generación de militares españoles de su historia.

A pesar de su anterior desconfianza, Felipe II confirmó a Farnesio como gobernador de estos territorios y permitió que el general de padres italianos pusiera en práctica su propio plan de guerra y diálogo. Las dificultades militares, en cualquier caso, seguían siendo acuciantes, antes de que pudiera sumergirse en la política local. Solo tres, y parte de una cuarta, de las diecisiete provincias habían vuelto a jurar lealtad a la Corona de España, sin olvidar que los rebeldes contaban con el apoyo de varias potencias extranjeras como Inglaterra y una parte de Francia, que veían en el conflicto una manera de debilitar al Imperio del sur. Pocos meses después de Gembloux entraron en escena un ejército inglés, desde el este, y uno francés, desde el sur. Para desplegar sus planes de pacificación, el general italiano primero desplegó una implacable campaña militar, porque, parafraseando a los clásicos: si quieres la paz prepárate para la guerra.

LA RECONQUISTA DE FLANDES

La campaña militar y diplomática de Farnesio se focalizó en un primer momento en las provincias católicas (Artois, Henao, Namur, Brabante, Lieja, Limburgo, Luxemburgo y la mitad de la provincia de Flandes), abiertamente descontentas con la política de Orange, y hartas de que los soldados calvinistas se burlaran de los valones católicos por portar rosarios (los llamaban «soldados del padrenuestro», a modo de chanza). La aristocracia católica no tardó en desenmascarar el doble juego de Guillermo de Orange, que exigía a los españoles que garantizaran la práctica del catolicismo en el norte, pero él no estaba por la labor de hacer lo mismo en el resto de provincias. El líder de la facción católica, el duque de Aerschot, maniobró en secreto para que el archiduque católico Matías de Habsburgo, sobrino de Felipe II, fuera el nuevo gobernador. Un movimiento que se valió de la inexperiencia de Matías y que, obviamente, no contaba con el visto bueno de la Corte madrileña. Hábil manipulador, Orange se hizo pronto con la voluntad de Matías

en Bruselas, cual titiritero, y persiguió al clero y a la nobleza católica que no le siguió el juego. Mientras tanto, varios grupos calvinistas instauraron dictaduras fanáticas en ciudades como Gante, donde el propio Aerschot fue encarcelado. Los conventos y las iglesias de estas plazas fueron saqueados, y los monjes y sacerdotes quemados en plazas públicas.

El nuevo gobernador recabó en pocos meses un buen puñado de aliados católicos, si bien tuvo que asumir una estrategia militar defensiva cuando Felipe II cerró por completo el grifo de los fondos. La muerte sin herederos de Sebastián I de Portugal, sobrino de Felipe II, en 1578, sumió al rey español en una operación militar de gran envergadura para hacerse con la Corona portuguesa. Lo cual supuso para Farnesio una quiebra de fondos, tropas y suministros en el peor momento: esto es, con dos ejércitos al servicio de Orange campando por los Países Bajos. Por cierto, que el monarca basaba sus aspiraciones sobre Portugal en que su madre había sido una infanta de ese reino (hija de Manuel I), lo cual hacía como poco igual de legítimas las pretensiones de los hijos que Farnesio tuvo con María de Portugal, nieta por vía paterna de Manuel I. Los derechos de Ranuccio Farnesio, el primogénito de los cuatro hijos del duque de Parma, fueron pisoteados para que Felipe pudiera reinar sobre el imperio ibérico.

Farnesio recuperó la iniciativa militar a principios de 1579. Se lanzó a por la ciudad fortificada de Maastricht, a las orillas del río Mosa, aprovechando que también en las filas enemigas sufrían estrecheces económicas. Al frente de 25.000 infantes y 4.000 jinetes, Farnesio amagó con marchar hacia Amberes, lo que obligó a Orange a recluirse con sus mejores tropas allí. Un movimiento de distracción que liberó a los españoles para iniciar las obras de asedio sobre la verdadera presa. Alejandro Farnesio había estudiado durante años la ciencia de los asedios y la revolución que las nuevas fortificaciones, surgidas en su tierra natal, el norte de Italia, había extendido, trazando una red de murallas y baluartes por Europa. En los Países Bajos quedaban muy pocas ciudades sin fortificar, frente a

lo cual los españoles solo podían armarse de paciencia y esperar que, a base de obras de asedio, cayeran como una manzana madura. Maastricht fue rodeada por trincheras, se cegaron los fosos y el ejército fue distribuido a ambas orillas del río. El propio general no dudó en incorporarse, pala en mano, a las obras.

La guarnición de la ciudad estaba formada por 1.200 soldados y 4.000 paisanos armados, una fuerza escasa y mal adiestrada que tenía puestas todas sus esperanzas en la traza italiana de las defensas y en la expectativa de que Guillermo de Orange pudiera ir en su rescate. El líder rebelde sabía de la rentabilidad política que el gobernador podía sacar de una victoria en Maastricht, por lo que destinó a la localidad a su principal lugarteniente militar, François de la Noue, apodado «Brazo de Hierro». Todo ello sin olvidar que Farnesio no había abordado jamás una operación de tal envergadura y aún no se le tenía por el maestro del asedio que llegaría a ser. Su decisión de lanzar a las tropas a un asalto demasiado pronto en la puerta de Tongres puso sobre la mesa su inexperiencia. Las fuerzas sitiadas rechazaron a los asaltantes con un alto coste en vidas, entre ellas el general de artillería Gilles de Beraymont, y un primo de Alejandro Farnesio, Fabio, lo cual provocó la ira del joven general: «Yo voy allá. Yo mudaré como general la fortuna del asalto, mudando el orden de asaltar; o como soldado más con mi sangre que con el mando».

Los oficiales del general le hicieron desistir de sus intenciones y el propio Felipe II le reprendería por su actuación colérica. Así y todo, el asedio continuaría adelante. Se destaca el dato de que durante el sitio los arcabuceros españoles acertaron unos dos mil tiros en la cabeza (cifra probablemente exagerada) para ilustrar la violencia que esos días se vivió dentro de los muros y, de paso, recordar que la «arcabucería española era la más diestra que jamás se vio». El arcabuz, un arma condenada como «diabólica invención» por el caballero Don Quijote, encajó como anillo al dedo para los hombres menudos, nervudos y ágiles que eran los españoles. Tras días de bombardeos y disparos casi ininterrumpidos, y después de

estallar varias minas bajo la muralla, los españoles intentaron nuevos asaltos, sin éxito, a principios de abril.

Los españoles mejoraron todavía más sus obras, e incluso levantaron una rampa de unos quince metros de ancho para ubicar las piezas de artillería. El 29 de junio, unos zapadores penetraron por la brecha de la muralla alertando de que esta zona estaba indefensa. Una vez sorteada la brecha con sigilo, los atacantes acometieron uno de esos espectáculos dantescos que tanta tinta daría a la leyenda negra contra todo lo español en la Europa protestante. Apenas quedaron unos centenares de defensores vivos de los 18.000 habitantes de Maastricht, tras meses de asedio y un saqueo que tiñó, literalmente, de rojo el río Mosa.

Farnesio hizo su entrada triunfal en la ciudad conquistada en una silla de manos, porque durante las obras contrajo lo que todos suponían la peste. Se recuperó a tiempo de observar en la lejanía cómo en Amberes muchos se amotinaban contra Guillermo de Orange, al que sus propios partidarios acusaban de no haber hecho lo suficiente para salvar la ciudad vecina. Asimismo, en esas mismas fechas las provincias católicas, vertebradas en la Liga de Arrás, aceptaron la soberanía de Felipe II con la primera condición de que las tropas extranjeras salieran del país en un plazo de seis semanas y de que el gobierno fuera a caer a manos de un príncipe de linaje real, lo cual descartaba a Farnesio por la tibieza de su sangre.

Guillermo de Orange, que había desechado al archiduque Matías y apostaba ahora por un hermano del rey de Francia como su nueva marioneta, contestó a la liga católica con la Unión de Utrecht, germen de las futuras Provincias Unidas. Estas provincias juraron defenderse de los españoles y garantizar la libertad de religión en todos los Países Bajos, salvo en Holanda y Zelanda, donde solo se aceptaba la protestante.

Alejandro Farnesio temió que los avances políticos fueran vistos por Felipe II como una renuncia. Le escribió rápido para explicar los motivos tras el acuerdo y para poner a su disposición el cargo de gobernador, que según las condiciones firmadas por el propio

Farnesio debía ser alguien de sangre real. Sin embargo, la rápida adhesión de Malinas, Villebrock, Valenciennes y Bois-le-Duc al tratado y el estallido de motines anticalvinistas por todo el país evidenciaron las ventajas del acuerdo. Aquel logro político ya era irreversible; el huraño tío de Madrid se limitó a dar su visto bueno y a preparar la salida del país de los españoles, los alemanes y los italianos, que, por otro lado, le venían perfectos para su campaña en Portugal.

En la sede del bando católico, Mons, el gobernador, supo ganarse en poco tiempo al clero y a la nobleza, cuyo dinero era fundamental si quería levantar un ejército nacional valón. Pero todos los esfuerzos en este sentido chocaron con la escasez de hombres disponibles y su falta de calidad. El resultado fue una fuerza inexperta de unos 6.000 hombres, tan exigua que los propios valones reclamaron completarla con mercenarios alemanes. La irrupción en la escena política del hermano del rey de Francia, Francisco de Valois, aupada por Orange, vino de la mano en el verano de 1581 de un ejército de 12.000 infantes y 4.000 jinetes. Los Estados Generales, bajo control protestante, eligieron nuevo soberano a Francisco y se propusieron sacar partido de la súbita pérdida de calidad militar del bando católico. Farnesio se tuvo que retirar ante la llegada de los galos de Cambray y de Cateau-Cambrésis.

Para añadir más dificultad a la acrobacia política, Felipe II negó a Farnesio el permiso para volver a Italia y ser sustituido por un gobernador de sangre regia. Al contrario, el rey dividió a mediados de 1580 el poder entre su madre, Margarita de Austria, que como hija del emperador cumplía lo exigido por los nobles, y el propio Farnesio. Una encargada del gobierno y otro de las tareas militares, lo que sentó las bases para un desagradable choque entre madre e hijo. Farnesio se sentía desacreditado, más cuando la nobleza se dividió en dos facciones. Margarita, por su parte, aborrecía el cargo y solo había aceptado meterse en un lío así por las presiones de su hermano. Durante una violenta escena en Namur, Alejandro llegó a

acusar a su madre de ambicionar el poder a su costa. Un año después del nombramiento de Margarita, el monarca aceptó al fin designar a su sobrino gobernador con plenos poderes. La agraviada madre se preparó para irse por segunda vez de aquella tierra desagradecida, que ahora le había enfrentado también con su propio hijo.

A pesar de la mala calidad de la infantería valona, el general atacó Tournay, porque lo consideraba un objetivo asequible incluso para sus tropas bisoñas. Los soldados valones se comportaron con disciplina durante las obras de asedio a partir de octubre de 1581, pero titubearon a la hora del asalto. Cuando una compañía valona de cincuenta efectivos alcanzó el primer baluarte defensivo, en vez de atrincherarse, los soldados se quedaron festejando la acción y fueron masacrados por los rebeldes. El propio Farnesio casi pereció durante esta acción. Mientras instaba a los artilleros a asistir a los asaltantes, una ráfaga enemiga bombardeó su posición. El «Rayo de la Guerra» apareció debajo de tres cadáveres, bañado en sangre, herido en la cabeza y el hombro. Salió vivo de milagro.

Guillermo de Orange diría que «Tournay no era comida para valones», en referencia al mal comportamiento de la infantería en la batalla. El siguiente asalto fracasado, el 19 de noviembre, naufragó por la amenaza de los valones de abandonar el asedio. Farnesio autorizó su marcha, pero advirtió que él se quedaría, prefiriendo morir que fracasar. Una bravata que hizo reconsiderar su decisión a los valones, «bonísimos para expugnaciones de tierra» pero indisciplinados en los asaltos. A final, los habitantes de la ciudad, en su mayoría católicos, aceptaron rendirse a cambio de una indemnización a principios de diciembre. Se rindieron más por aburrimiento que por auténtico miedo a los atacantes. Consciente de sus limitaciones, Farnesio asumió una estrategia defensiva, y se centró en construir una serie de fuertes sobre los ríos Mosa, Escalda y Rin.

En este punto de abatimiento, fueron los propios valones quienes reclamaron que los tercios españoles volvieran a los Países

Bajos. El clero, porque cualquier ayuda contra los fanáticos calvinistas era bienvenida; los nobles, porque querían ganar la guerra a toda costa, y los comerciantes porque creían que si Farnesio cercaba los puertos de Dunkerque, Ostende y Nieuport, como era su intención, echaría al traste los negocios de los rebeldes. El 8 de febrero de 1582, el gobernador escribió a Felipe II anunciándole, que las autoridades valonas se mostraban unánimemente a favor de la vuelta de la legendaria infantería. Su regresó puso a disposición de Farnesio una fuerza de 60.000 hombres, de los cuales los españoles suponían una minoría selecta. Su número, sin incluir a los italianos, nunca representó más del 15 por ciento de todo el ejército. Lo importante aquí era la calidad por encima del número; los españoles conformaban la élite dentro del ejército imperial, para ellos quedaban reservadas las posiciones más expuestas en batallas y asaltos, así como los cargos militares. «Es costumbre inmemorial de la guerra de Flandes, entre los capitanes de naciones gobernar siempre el capitán español, y entre los maestres de campo, no consentir ser gobernados sino de su nación», explica un cronista del periodo. De las 104 compañías valonas que sirvieron en los tercios durante la guerra de Flandes 38 de ellas estaban bajo el mando de oficiales españoles.

El monumental ejército de 60.000 demostró su potencial en Oudenaarde, a pesar de lo cual las pagas adeudadas a los mercenarios alemanes encendieron un motín en medio de las operaciones. Alejandro Farnesio saltó de su caballo y se encaró con los amotinados, incluso cuando estos portaban picas de forma nada amistosa. Los insultó con las palabras más malsonantes que conocía tras media vida en la milicia. A continuación, cogió a un cabecilla amotinado por el pescuezo y lo arrastró hasta las patas de su caballo para que este le pateara. La guardia llegó hasta Farnesio y prendió al resto de cabecillas, que fueron ahorcados de inmediato.

Farnesio eligió Amberes como el siguiente paso en su avance al norte. Una ciudad que a principios del XVI fue la principal urbe de Europa, pero a finales de siglo, tras ser asolada en el famoso saqueo de 1576, había quedado en un segundo plano a nivel económico. Su anterior esplendor quedaba patente en su sistema de fortificaciones, que no conocía parangón en todo el continente, y tenía por objeto proteger a una población de 100.000 personas. Por la parte en la que la ciudad daba a Flandes discurría el caudaloso río Escalda, sirviendo de protección y conexión fluvial con otras ciudades rebeldes; mientras que, por la parte enfrentada a Brabante, la ciudad se encontraba rodeada de unos anchos muros con diez poderosos baluartes y un amplio foso inundado. Una presa solo a la medida de un cazador temerario.

La otra razón por la que Farnesio escogió aquella plaza estratégica estuvo en los sucesos que protagonizaron por esas fechas las distintas facciones protestantes. Cansado de que su poder fuera solo nominal, Francisco de Anjou planeó emanciparse, a su manera, de la influencia del príncipe de Orange. A principios de 1583, una fuerza francesa de 12.000 hombres se dirigió desde el sur hasta Amberes y, después de matar a la guarnición, se extendieron acciones de saqueo por la ciudad en busca de los partidarios y bienes de Orange. Sin embargo, la belicosa respuesta de los habitantes de Amberes acorraló a los franceses. El gobernador español olió la sangre y ofreció al hermano del rey de Francia un salvoconducto para que él y sus tropas supervivientes abandonaran el país. Este rechazó la oferta porque Orange, temiéndose que sin las tropas francesas se perderían numerosas plazas, fingió que la traición nunca había tenido lugar. Al final, Anjou se retiró sano y salvo a Dunkerque con sus tropas, mientras que Orange renovó su compromiso con los hugonotes (calvinistas franceses) casándose con la hija de uno de los líderes de estos, lo que a su vez ejerció un peculiar efecto dominó, pues el matrimonio fue aborrecido en Amberes y el gran jefe rebelde fijó su residencia en Delf, en Zelanda, rodeado de sus más fieles.

En medio de las luchas intestinas de los rebeldes, el ejército hispánico barrió del país a las tropas inglesas y conquistó los puertos de Dunkerque, residencia de Anjou, y Nieuport. Con esto, Farnesio estableció puertos en el norte para abastecer a sus tropas y levantar una flota que hostigara a los enemigos. Acorralado, Francisco de Anjou se retiró por mar a Calais y las tropas galas se dispersaron por el territorio flamenco. A finales de 1583, la completa pacificación de Portugal posibilitó que Felipe II trasladara tropas al frente flamenco y garantizó un flujo de fondos fijos cada mes a partir de entonces. Farnesio desplegó un kilométrico cerco en torno a Amberes y puso a más de 10.000 hombres a trabajar en la caída de la impresionante urbe.

El plan de los ingenieros para tomar Amberes consistió en construir un canal de 22,5 kilómetros de longitud con el objetivo de drenar parte de las aguas que rodeaban la ciudad y levantar, a su vez, un puente compuesto de treinta y dos barcos unidos entre sí para poder asaltar la muralla principal. El gobernador de la ciudad, Phillipo de Marnix, se burló de aquellas grandilocuentes intenciones españolas nada más ver las obras: «Fiaba, decía, sobradamente de sí, embriagado del vino de su fortuna, Alejandro; pues pensaba que echándole un puente enfrenaría la libertad del Escalda». Con el fin de levantar el puente, los soldados fijaron en tiempo récord unas vigas traídas desde Terramunda y colocaron postes verticales hasta donde era posible por la profundidad del río. Luego, las unieron con vigas transversales para sujetar los tablones que sostenían el piso. A cada extremo de la estructura se construyeron dos pequeños fortines y se guarneció el puente con vallas de madera que sirvieron de parapeto frente a los disparos desde Amberes. El estratega hispano-italiano no quería dejar ningún detalle al azar. Incluso cuentan que Farnesio capturó a un espía enemigo pero, lejos de ocultarle la estampa de su obra, lo devolvió a la metrópoli con la frase «di lo que por tus ojos han visto a los que te mandaran».

En paralelo a las obras, la ciudad medieval de Gante, Brujas y otras localidades vecinas fueron tomadas para evitar que brindaran

apoyo fluvial a Amberes. Veintidós navíos tomados en Gante y otros que Farnesio trajo de Dunkerque sirvieron a los españoles para convertir el bloqueo de Amberes también en asedio naval, más cuando se rompieron varios diques para inundar la campiña próxima. Durante esta guerra de diques y contradiques, el propio Farnesio volvió a agarrar pala y azadón, dando ejemplo a sus hombres. Una vez el agua ocupó la mayor parte del paisaje de Amberes, los atacantes desplegaron treinta y dos barcos unidos entre sí para bloquear cualquier intento de atacar el puente. Por su parte, los defensores intentaron sin éxito varias salidas por tierra y, viendo la imposibilidad de romper el cerco, planearon tomar la ciudad vecina de Bois-le-Duc, de modo que pudieran enviar refuerzos desde allí. No lo consiguieron y, a principios de 1585, siete meses después de que se iniciaran las obras, cayó la capital de la provincia de Güeldres, Nimega. Las circunstancias adversas empujaron a los rebeldes a planes cada vez más arriesgados.

La entrada por sorpresa de una armada de socorro enviada desde Zelanda por Justino de Nassau, hijo bastardo de Guillermo de Orange, dio aire a los rebeldes. La flota rebelde accedió al canal, en el que estaba siendo construido el puente, y planeó, bajo la batuta del ingeniero Federico Giambelli (un italiano desairado por España en el pasado) la forma de hacer volar por los aires la obra de Farnesio. Los holandeses lanzaron tres barcos-mina el 4 de abril hacia el puente, cuando restaban pocas semanas para finalizarlo. Aunque solo uno alcanzó a encallarse contra la estructura, la explosión causó la muerte de ochocientos soldados católicos, lanzó pelotas de hierro a nueve mil pies de distancia y la onda expansiva empujó a Alejandro Farnesio varios metros.

Las heridas del comandante no revistieron gravedad y el ataque no tuvo consecuencias críticas para la estructura. Esa misma noche los españoles disimularon los daños para que la flota de Justino de Nassau desistiera de lanzar más ataques en este punto. Los holandeses cayeron en el engaño y prefirieron ensañarse con el dique que daba acceso a la campiña inundada, también protegido

por varios castillos. El coronel Mondragón rechazó en esta posición los ataques simultáneos de la flota de Amberes y la de Zelanda. Su heroica resistencia evitó que los barcos enemigos se hicieran con el control naval de la campiña.

El siguiente rasgo de ingenio de Giambelli fue el de añadir a los barcos-mina una especie de velas bajo el casco para poder dirigir con más precisión los ataques al puente. No obstante, Farnesio aprendió también la lección y en la siguiente intentona rebelde se valió de un sistema de enganches en las partes que conformaban el puente para que, una vez se acercaran los barcos minas, pudieran ser liberados algunos tramos y los barcos explosivos pasaran de largo con ellos. A este fracaso le siguió otro aún más excesivo por parte de los rebeldes: *El fin de la guerra*, una embarcación militar de tamaño desproporcionado que contaba con un castillo gigante de artillería en el centro y una guarnición de mil mosquetes. Tanta fe pusieron los defensores en aquel barco que lo bautizaron con un nombre que, creían, anticipaba el final del bloqueo. Sin embargo, la monstruosa fortaleza flotante encalló al poco tiempo de entrar en combate y los españoles le cambiaron el nombre con burlas y balazos. Ya solo podía ser el de *Los gastos perdidos* o *El Carantamaula*.

Nada comparado con el enésimo y último contraataque rebelde, que arrojó con furia sus mejores tropas y 160 barcos para socorrer la ciudad. El ataque estuvo cerca de alcanzar su objetivo: tomar el contradique que mantenía a raya a la flota de Zelanda, pero de nuevo la infantería castellana, secundada por la italiana, neutralizó la ofensiva cuando en Amberes se festeja la victoria. El propio Alejandro Farnesio, con espada y broquel, se unió a la primera línea de combate proclamando: «No cuida de su honor ni estima la causa del rey el que no me sigue». Miles de hombres terminaron luchando en una estrecha lengua de tierra. La jornada finalizó con los holandeses huyendo como gallinas sin cabeza y muchos barcos encallados a causa de la marea baja, lo que a su vez permitió la captura de veintiocho navíos enemigos.

En agosto de 1585 las tropas españolas entraron en Amberes. Los gobernadores aceptaron las generosas condiciones que el general Farnesio planteó para evitar un nuevo saqueo de la ciudad. La victoria fue celebrada por los soldados con un gigantesco banquete sobre el puente del Escalda, con mesas que se extendían de orilla a orilla del río. La noticia corrió pronto por Europa y llegó a España a través de la avanzada red de inteligencia del rey. «Nuestra es Amberes», anunció un emocionado Felipe II a su hija favorita, Isabel Clara Eugenia, a altas horas de la noche. Jamás se vio tan exultante al monarca, ni en San Quintín, ni en Lepanto, ni en la conquista de Portugal… incluso cuando había cuestionado repetidas veces aquel plan inverosímil por su enorme coste. *El Rayo de la Guerra* fue premiado con el Toisón de Oro y su prestigio creció en toda Europa. Al fin y al cabo había hecho posible lo imposible.

El panorama político en los Países Bajos nunca estuvo tan despejado para los españoles. En vísperas del largo asedio de Amberes, Francisco de Anjou murió a causa de una enfermedad, sin que faltaran los que sospecharon que la mano intrigante de Farnesio estaba detrás. Precisamente, un joven borgoñón llamado Baltasar Gerard se presentó días después ante Guillermo de Orange como el emisario enviado desde Francia para dar la noticia de la muerte de Anjou, aunque en secreto planeaba matar al príncipe cuando se le pusiera a tiro. Los calvinista más radicales estaban hartos de las actuaciones militares de Orange y su figura estaba desacreditada, al menos hasta que la orden de «acabar con esa plaga», dictada por Felipe II, le transformó para siempre en un mártir. Con unas pistolas suministradas por Farnesio, Baltasar Gerard se escondió detrás de una escalera del palacio de Orange y abrió fuego contra el líder rebelde por la espalda, matándole casi al instante, a los cincuenta y dos años. El magnicida fue capturado y sometido a un brutal tormento antes de ejecutarlo. Su familia recibió como recompensa una importante fortuna por orden del rey de España.

A los pocos días, Mauricio, segundo hijo del difunto, se hizo cargo de la guerra de su padre.

En los siguientes años, España cosechó tantas conquistas como para imaginar que la guerra se podía ganar, a pesar de que Mauricio de Nassau se reveló como un excepcional comandante, en contraste con la torpeza militar de su padre. A partir de la década de 1590, Mauricio comenzó a instruir a sus tropas en la realización de maniobras y en la rotación de las filas de mosqueteros para realizar varias descargas de fuego, inspirado en autores romanos. Una transformación a largo plazo del inútil ejército holandés en una fuerza temida —más tarde imitada en la Europa protestante— que a corto plazo se topó con el escollo del talento de Alejandro Farnesio. De los diecisiete estados o provincias que formaban los Países Bajos, solo Holanda y Zelanda quedaban en manos rebeldes para cuando el rey de España comenzó a desviar fondos y tropas en su proyecto más ambicioso.

Durante años, tío y sobrino se cartearon sobre las posibilidades de devolver los golpes a Inglaterra. Y es que después de la rendición de Amberes, Isabel de Inglaterra abandonó los disimulos y ofreció asistencia por primera vez de forma oficial y continuada a los rebeldes de Flandes. Farnesio no tuvo problemas en derrotar a los 7.000 ingleses enviados, al mando del conde de Leicester, amante de la reina; pero comprendía que había que arrancar el problema de raíz. Cuando el rey, su tío, le reclamó un plan para atacar las islas el ya duque de Parma (Octavio Farnesio falleció en 1586) presentó una estrategia alternativa a la de Álvaro de Bazán, defensor de un desembarco en Irlanda combinado con un ataque a la propia Inglaterra. Así, Farnesio planteó mediante una carta de veintiocho páginas fechada el 20 de abril de 1586 una operación relámpago por la que 30.000 hombres, el núcleo de las tropas de Flandes, se dirigirían desde un puerto flamenco a Inglaterra en una flotilla construida al efecto. Estimando que en unas diez horas la flotilla llegaría a tierras británicas, el general ponía énfasis en alcanzar la

boca del río Támesis y en coger Londres «desapercibida». Los británicos eran soldados valientes y duros —en su experiencia—, pero en combate abierto no podían sostener el duelo a los experimentados tercios.

Al leer el detallado plan, Felipe II anotó de su puño y letra en el margen del texto «difícilmente posible». Lo descartó sin más, porque el riesgo de que barcos ingleses u holandeses descubrieran esta flotilla, sobre todo barcazas, era demasiado alto. Así las cosas, combinó varios planes en uno en el que la mayor parte de los detalles quedaban en manos de la Providencia. Una gigantesca flota de transporte saldría de España y se dirigiría a algún puerto de Flandes a recoger al grueso de las tropas de Farnesio; una vez embarcadas, el ejército hispánico se trasladaría a Inglaterra a derrocar a la Reina Virgen. El papel del duque de Parma consistiría en tomar un puerto flamenco con capacidad para que la flota pudiera embarcar tropas y en tener centenares de barcazas listas, y semiocultas, para «darse la mano» con el transporte procedente de España.

A Farnesio le chirriaba que en media Europa se debatiera la operación, como si se hubiera convertido en la conversación predilecta de las tabernas y de los cuñados en la cena de Nochevieja; pero aun así no consta que escatimara esfuerzos para que se llevara a efecto el plan de Felipe II. Obviamente, lo que más le preocupaba era que el traslado de tropas desde los Países Bajos a otro escenario coincidiera con un contraataque rebelde.

En Yprés, Nieuport y Dunkerque se congregaron a tiempo la mayor parte de los tercios previstos y se sabe que para la fecha señalada había construidas al menos trescientas barcazas y 30.000 veteranos estaban listos. Sin embargo, los sucesivos cambios de planes encolerizaron a Farnesio, autor de las cartas más críticas e irrespetuosas escritas por uno de los subordinados del monarca, así como la ausencia de detalles en muchos puntos. ¿El ejército debía embarcar directamente a través de las barcazas o esperar a que la flota llegara a un puerto seguro? Las instrucciones del Rey Prudente

eran ambiguas y desesperantes para alguien tan minucioso como el duque de Parma.

Las órdenes finales apuntaron a que el lugar de reunión entre Farnesio y el comandante de la Gran Armada, el duque de Medina-Sidonia, sería el fondeadero de Las Dunas, cerca de Dover, pero ya con la campaña en curso fue imposible coordinar la fuerza terrestre con la naval. La flota de Medina-Sidonia llegó casi intacta el 6 de agosto de 1588 cerca de Calais, a solo cuarenta kilómetros de Dunkerque, donde esperaba el gobernador de los Países Bajos con sus tropas listas para marchar al fondeadero acordado. Durante treinta y seis horas permaneció en esta zona la Gran Armada, un tiempo insuficiente para que las comunicaciones de la época avisaran a las fuerzas terrestres.

Alertadas desde hacía días de la proximidad de la flota, las tropas de Farnesio —que había establecido un meticuloso itinerario de embarque e incluso había realizado varios ensayos— avanzaron hacia los puertos acordados sin esperar nuevas noticias de Medina-Sidonia. Tal vez con un día o dos más de margen hubiera bastado para llevar a buen puerto el embarque de tropas, lo que resultó imposible porque el día 7 de agosto los ingleses lanzaron ocho brulotes contra la armada en Calais y se esfumó esta posibilidad para siempre. Obligada por el acoso inglés, la que sería bautizada con intenciones maliciosas como «Armada Invencible» partió sin esperar la respuesta de Farnesio, para rodear de forma calamitosa las Islas Británicas, ya sin más objetivo que el de sobrevivir a aquella desafortunada aventura.

Los planes de Felipe II para Inglaterra apenas afectaron a la guerra en los Países Bajos. Entre otras cosas porque al final no se requirió sacar tropas del país. No así en el nuevo frente que el monarca se empeñó en abrir en Francia, para apoyar económica y militarmente a la Liga Católica, encabezada por el duque de Guisa. A la muerte del católico Enrique III de Francia, en 1589, Felipe II se entrometió en los asuntos del país vecino para evitar que el

protestante Enrique de Navarra, el futuro Enrique IV, se hiciera con la corona.

En verdad la presencia de un protestante en el trono de Francia podía suponer un problema añadido en el conflicto de los Países Bajos. El Imperio español hacía bien tomando partido de la Liga Católica; la cuestión estuvo en que Felipe II —obcecado con la posibilidad de que su hija Isabel Clara Eugenia reinara en Francia, por ser nieta de un rey galo— arrojó demasiados recursos y tropas en una causa donde no tenía tanto que ganar. Lo que más le interesaba a la política imperial era justo que el país vecino y rival siguiera muchos años ingrávido en política exterior, ensimismado en sus asuntos internos.

En paralelo a la operación de distracción iniciada por Juan del Águila en la zona católica de Bretaña, el rey español ordenó la entrada del Ejército de Flandes en el corazón de Francia a primeros de agosto de 1590. Alejandro Farnesio mostró su descontento por tener que interrumpir otra vez su campaña militar en los Países Bajos cuando estaba tan cerca de ganar la guerra; pero aun así accedió a mandar dos tercios de infantería en ayuda de Enrique de Lorena, duque de Mayenne, que en ese momento encabezaba la lucha contra el bando hugonote. Los intereses del bando católico siguieron empeorando.

Con París sitiada por Enrique de Borbón, Farnesio aceptó finalmente dirigir en persona un ejército de 14.000 mil infantes, más 3.000 jinetes, en una carrera contrarreloj para salvar la capital que sufría un desabastecimiento extremo. Se citan casos de antropofagia y de harina hecha con esqueletos humanos a consecuencia del hambre extrema dentro de sus muros. Para colmo de males, el duque de Parma no se fiaba de sus aliados católicos porque «solo por necesidad de intereses habían invocado las fuerzas» y avanzó con cautela hasta unir las huestes con las de Enrique de Lorena. Enrique de Borbón levantó el cerco aconsejado por sus generales y marchó contra el ejército combinado de los católicos en una amplia llanura cerca de Celes. El Borbón era un estratega muy competente,

aunque tan fanfarrón como para enviarle un mensaje a Farnesio invitándole a la batalla. El sobrino del rey, con más experiencia que el Borbón, respondió que tenía por costumbre dar las batallas cuando lo decidía él y no el enemigo. Farnesio maniobró en un ataque felino para tomar la ciudad de Lagny, cruzando un río con un puente improvisado de barcazas, y desde allí los tercios españoles avanzaron hacia París.

LA TRAICIÓN

Los españoles entraron en París y reforzaron sus defensas y su guarnición. El Borbón trató de asaltar la ciudad con escalas durante la noche, sin que los españoles lo permitieran. Al saber que Enrique se disponía a disolver la mayor parte de su ejército, Farnesio regresó por donde había venido, esto es, el camino a Flandes. No sin antes asegurar los fuertes y tierras cercanos a la capital, entre ellos Corbeil, a orillas del Sena. Cuenta Julio Albi en su mítico monográfico de los tercios, que durante el reconocimiento previo al asedio de esta plaza se destinó a un sargento y a un soldado a medir la anchura del río. Del agua volvió solo el segundo tras recibir dos disparos, mientras que el sargento fue capturado por el enemigo. Esa noche se envió a otros dos españoles y dos italianos a comprobar la profundidad. Dos murieron a tiros, otro fue capturado y el último vivió lo justo para informar a los oficiales de Farnesio. No conforme con ello, seis alféreces, de los que tres murieron y el resto quedaron heridos, realizaron el reconocimiento final. Farnesio había aprendido con los años a no arriesgarse sin información previa sobre los alrededores de una plaza. Unos muertos ahora podían salvar a cientos más adelante.

Por supuesto, a Felipe II y a sus aliados franceses no les agradó el repliegue del gobernador, incluso cuando quedaron 5.000 soldados de los tercios en tierras galas. El genio hispano-italiano tenía razones de peso para querer regresar a su gobierno cuanto antes. En su ausencia, Mauricio de Nassau sacó partido de la masiva

salida de tropas y conquistó ciudades flamencas que habían sido ganadas con mucho esfuerzo, entre ellas, Deventer, Delsziel, Hulst, Nimega y Zutphen. Por cierto, que para abrir las puertas de esta última plaza se valieron de doce soldados «mancebos imberbes» disfrazados de mujeres. En la guerra y en el amor todos los ardiles son bienvenidos. Tras aquellas victorias el hijo de Guillermo de Orange fue recibido en La Haya como si de un gran conquistador de la Antigüedad se tratara.

Apenas tuvo tiempo el gobernador de poner las cosas en orden en los Países Bajos. A principios de enero de 1592, de nuevo los intereses católicos estaban amenazados y el general cruzó Normandía para socorrer la ciudad de Rouen, cercada por Enrique de Borbón y por un ejército inglés recién llegado. Esta vez sí se produjo el choque entre ambos ejércitos. Las rápidas maniobras de la caballería de Farnesio, mandada por el albanés Jorge Basta, provocaron el desorden en las filas protestantes, hiriendo al propio Enrique con un disparo a la altura de los riñones. Muchos nobles hugonotes murieron ese día protegiendo a su líder.

Las victorias en Francia servían de poco al gobernador de los Países Bajos. La visión mesiánica que tenía Felipe II de sí mismo había implicado al Imperio español en múltiples frentes a la vez a lo largo de su reinado. En los cuarenta y dos años que reinó apenas se mantuvo seis meses, entre enero y septiembre de 1577, sin estar involucrado en algún conflicto armado. Ahora, el atrapado en las guerras de su tío era Farnesio. En este estado de desesperanza recibió un arcabuzazo en el antebrazo cuando llevaba a cabo el reconocimiento de las murallas de Caudebech, una ciudad situada cerca de Rouen. Siguió con su tarea como si tal cosa, hasta que sus oficiales, alarmados por la sangre que caía por su mano, le forzaron a retirarse. Su costumbre de exponerse a la primera línea de combate le iba a costar al fin la salud.

Herido y con cada vez peores noticias procedentes de Flandes, el gobernador se replegó de nuevo, delegando la defensa de Rouen en sus aliados franceses. Felipe II le reprochó de nuevo con

ofuscación su retirada y le volvió a exigir una tercera vez que acudiera a Francia, a pesar de estar en tan mal estado «que se caía continuamente del caballo». No hubo tiempo de más viajes, ni para que se consumara la traición del rey a su sobrino, planeada desde finales de 1591. El monarca nombró en esas fechas un sucesor, el marqués de Cerralbo, que debía viajar en secreto a Bruselas a remplazar y prender, si fuera necesario, a Farnesio por desfalco. Todo ello porque había descubierto que Parma se había gastado cinco millones de ducados enviados para la campaña francesa, para liberar las ciudades sitiadas por los rebeldes en los Países Bajos y en pagar los atrasos a sus tropas amotinadas. Su actuación durante la Empresa Inglesa también seguía bajo sospecha. Tales desconfianzas hacia su sobrino eran inesperadas, porque solo cinco años antes de ordenar su destitución Felipe le había escrito para transmitirle que, ante la muerte de sus padres en 1586, «aquí os quedo yo en su lugar».

El sucesor murió de camino, por lo que Felipe II nombró para esta tarea entonces al conde de Fuentes, sobrino del gran duque de Alba. Además, el soberano redujo de forma drástica la partida destinada a Flandes ese año. El conde de Fuentes ya estaba esperándole en Bruselas para ejecutar la humillación cuando, el 3 de diciembre de 1592, Alejandro Farnesio falleció, con solo cuarenta y siete años, a causa de una hidropesía derivada de sus heridas de guerra en Arras. Su cadáver, amortajado con el hábito de capuchino, fue embalsamado y conducido a Parma, la tierra de su familia que, a diferencia de su padre y de sus antepasados, apenas había enriquecido o ampliado. La lealtad hacia la Monarquía Hispánica absorbió todos sus esfuerzos vitales y dejó a su casa más pobre que antes de convertirse en el titular de la familia.

Farnesio fue un superdotado en todo lo relacionado con la guerra y un dominador de la escena política. No resulta exagerado estimarlo como uno de los mejores comandantes militares del siglo XVI, tanto a nivel táctico como en la estrategia. La guerra de Flandes nunca estuvo tan cerca de un desenlace favorable a los intereses

hispanos como bajo su gobierno. Tras su etapa le seguiría una gran ofensiva de Mauricio, apoyado por el ya proclamado Enrique IV de Francia, que en poco tiempo recuperó el terreno ganado por los españoles.

De trato cortés y perfeccionista en cada detalle, el único punto flaco de su liderazgo estuvo en su incapacidad de delegar las tareas y en permitir que sus subordinados tomaran la iniciativa, lo que dio lugar a una sobreexposición en el combate que casi le cuesta la vida en varias ocasiones, y que, a la postre le garantizó una salud quebradiza. El haber salido aun así por su propio pie de situaciones extremas, entre nubes de pólvora y montones de cadáveres, le sitúan en el plano de los superhombres.

8

FRANCISCO DE CUÉLLAR, EL NÁUFRAGO INVENCIBLE

Unas húmedas matas sirvieron de acomodo a un soldado agotado, hundido y herido. Francisco Cuéllar se echó a dormir a pocos metros de una playa irlandesa tras el peor día de su vida. El 25 de septiembre de 1588. El día en el que los elementos se cobraron tres naufragios simultáneos de la flota de Felipe II. El galeón *La Lavia*, en el que iba embarcado Cuéllar, había terminado de desangrarse a la altura de Irlanda, como un oso moribundo que busca una cueva donde desaparecer. El recibimiento de Hibernia resultó tan poco amigable como apreciaron muchísimos siglos antes los romanos, que desecharon colonizarla por su terrible clima y su primitiva población.

Otro joven español —desnudo, pálido y silencioso— se tumbó al lado de Cuéllar, tan débil que no fue capaz de articular palabra. El capitán castellano nunca sabría su nombre, porque horas después murió en esas mismas matas. Cuando el viento y la mar parecían haber dado una tregua a las huestes del rey, dos irlandeses descubrieron a los españoles somnolientos entre los juncos. Aunque uno de ellos estaba armado con una enorme hacha de hierro, los lugareños se limitaron, sin mediar palabra, a cortar heno para abrigarlos del frío antes de alejarse del lugar. El silencio de todos ellos transmitía una sensación inquietante de irrealidad.

El ruido de los cascos de doscientos jinetes despertó al castellano de madrugada. Al abrir los ojos, Cuéllar constató que el dinosaurio todavía estaba allí. La costa estaba infectada de milicianos a la caza de los náufragos de la Felicísima Armada, cuyo desenlace había devenido en tristísimo. Sin tiempo de enterrar a su camarada anónimo, se movió a escondidas, esquivando a las patrullas de soldados ingleses y a los aldeanos locales, hasta dar con una abadía cercana que se asomaba a una playa. En el templo católico tampoco dio con palabras amables, ni siquiera las de los frailes, únicamente atisbó los rostros en muecas retorcidas de doce españoles ahorcados por los lugareños.

Mientras se alejaba de la abadía, Francisco Cuéllar rememoró los acontecimientos que le habían llevado hasta aquella pesadilla. Ni siquiera hoy se sabe el lugar ni la fecha de nacimiento de este soldado, tal vez Segovia, Valladolid o León. La única certeza es que sirvió desde que tuvo edad para ello en las filas de los ejércitos hispánicos. Participó, como buena parte de la generación embarcada en la Empresa Inglesa, en la invasión de Portugal, en 1581, y en otras operaciones atlánticas. Acompañó al marino Diego Flores Valdés durante su fatigosa expedición al Estrecho de Magallanes como capitán de infantería española en la fragata *Santa Catalina*, una misión que pospuso su entrada en el Ejército de Flandes.

En 1584, sus tropas desalojaron del fuerte de Paraíba, en Brasil, a un grupo de colonos franceses que se habían apoderado de la región aprovechando la anarquía auspiciada por la rebelión del prior Antonio en Portugal. Tras regresar de las Indias, Cuéllar participó en la expedición a las Azores. Tan peculiar currículum militar le condujo irremediablemente a unirse a la flota con la que Felipe II pretendía trasladar a los tercios hasta territorio inglés desde algún puerto flamenco.

La última nave de la Felicísima, formada por unos 130 barcos, partió de Lisboa al atardecer del 31 de mayo de 1588, en dirección a los Países Bajos, donde Medina-Sidonia debía «darse la mano» con los tercios de Farnesio. Francisco de Cuéllar embarcó en la ciudad

portuguesa a bordo del *San Pedro*, del Escuadrón de Castilla, un galeón de 530 toneladas y veinticuatro cañones que estaba bajo el mando general de Diego Flores de Valdés. El carácter de este viejo conocido de Cuéllar, vengativo y de mentalidad defensiva, devino en uno de los motivos del caos. Sus conservadores consejos al ya de por sí acobardado Medina-Sidonia redujeron al mínimo las opciones de éxito de la empresa. Sin ir más lejos, en el puerto de Plymouth ambos desecharon atacar a la flota inglesa al inicio de la campaña allí anclada, por ser una maniobra contraria a las órdenes del Rey Prudente, y siguieron de largo al encuentro de Alejandro Farnesio. Algo que nunca ocurriría.

Mientras se arrastraba por la costa de Irlanda, el recuerdo de Lisboa sonaba a la vida de otra persona en la cabeza de Cuéllar. A cada paso que daba se topaba con más muertos y con cuervos y lobos que se comían sus flacos cuerpos, «sin que viniese quien diera sepultura a ninguno». Tras la desoladora imagen de los ahorcados, el capitán se adentró en un bosque, en cuyo sendero halló a una anciana, «bruta salvaje», de más de ochenta años. ¿Amiga o enemiga? Pronto comprendió que ella también estaba huyendo de los ingleses. Se había adentrado junto a seis vacas en el bosque para que los soldados de la reina no las tomaran prestadas. Entre señas, la mujer le advirtió de que aquel camino estaba plagado de enemigos. «Tú, España», acertó a decir con los ojos llorosos.

Las primeras palabras en castellano desde que había pisado Irlanda recobraron algo su ánimo. De vuelta a la zona de los naufragios, la búsqueda de otros supervivientes dio frutos. Dos soldados españoles desnudos, uno con la cabeza herida, relataron a Cuéllar los tormentos que habían provocado los ingleses a cien españoles presos, antes de darles muerte. Cuatrocientos cadáveres desperdigados por la playa probaban su crueldad. Los tres españoles se detuvieron para enterrar a un par de ellos en una fosa común, a lo que los saqueadores irlandeses concedieron una tregua, ya fuese por pena o porque no había más botín que rascar.

Solo la ensangrentada ropa de Francisco de Cuéllar pareció interesarles. La intervención de uno de los jefes de los saqueadores frenó a varios que querían arrancarle el jubón a Cuéllar. Espantados los salvajes, el caudillo local guio durante un trecho a los tres españoles y les emplazó por señas a que se reunieran con él en una aldea no muy lejos de allí. Sin embargo, Cuéllar, malherido en una pierna y descalzo, no pudo seguir el ritmo a los otros. Se vio solo de pronto en un bosque frente a una banda de facinerosos. Le atracaron, no tanto por ser español como porque el latrocinio parecía ser su costumbre. Un irlandés de más de setenta años, dos jóvenes armados, uno inglés y otro francés, y una joven «hermosísima por todo extremo». La desigual lucha entre el capitán y uno de ellos, el inglés, se saldó con una cuchillada en la pierna de Cuéllar, que desvió otras tantas con un palo de madera. El castellano pertenecía al ejército más afilado de Europa, pero sin armas tenía poco que hacer. Por intercesión de la joven, la banda solo le despojó de su camisa y de una cadena de oro. La hermosa moza, además, reclamó para ella unas reliquias que se puso en el cuello «diciéndome que era cristiana, y éralo como Mahoma...».

En aquella tierra de católicos fingidos, pelirrojos, saqueadores, traidores y perros de la reina, Cuéllar se desangraba por varias partes, abandonado por todos en aquel bosque. Sin amigos y sin la clemencia de un Dios que llevaba varias semanas mirando hacia otro lado. Para una nación contagiada por los cantos mesiánicos de su monarca, verse rodeados de tantas adversidades era una prueba de que Dios les estaba castigando por sus pecados. Habían caído, en el mejor de los casos, en el Purgatorio.

EL PURGATORIO EMPIEZA EN GRAVELINAS

Aunque los ingleses llamaran a lo ocurrido en el verano de 1588 una victoria provocada por la agilidad de sus barcos y su mejor artillería, lo cierto es que no hubo apenas choques entre ambas flotas. Lo más parecido a una batalla naval se produjo frente a Gravelinas, cerca de

Calais. Hasta entonces, los españoles habían logrado conservar una formación cerrada durante los escasos duelos entre la Armada de Medina-Sidonia y la inglesa dirigida por lord Howard. La poderosa imagen del bosque de mástiles, velas y estandartes que ocupaban varias millas heló a los británicos, que habían reunido una flota numerosa, de gran tonelaje, pero poco homogénea. Lejos del mito de los pesados galeones hispánicos, los buques de guerra ingleses en 1588 eran de tonelaje parecido, a excepción de los barcos de origen portugués de la Armada.

Frente a aquel muro compacto de madera y cañones, los ingleses se preguntaron cómo podían hincarle el diente sin partirse las muelas. Las acometidas de lord Howard se mostraron insuficientes en lo que llamaron la batalla de Plymouth (más bien una escaramuza) y el combate de la Isla de Wight. Los españoles perdieron en esas refriegas dos importantes buques, pero en ambos casos fue por daños posteriores. El 31 de julio, una descomunal nube de humo en el centro de la formación española alertó de que el *San Salvador* —buque insignia de la flota de Guipúzcoa— se iba directo, con sus 900 toneladas, hacia las profundidades. La pólvora de la bodega de popa explotó matando a doscientos hombres sin que se conociera nunca la causa. Los españoles únicamente pudieron embarcar a algunos supervivientes y trasladar el tesoro que transportaba.

Cuando aún no se habían repuesto de este susto, un ligero viento racheado del oeste derribó el palo mayor de la nave capitana de la flota de Andalucía, *Nuestra Señora del Rosario*, dañada ese día al chocar de forma accidental con otro barco. Al anochecer, su capitán, Pedro de Valdés, lanzó una petición de auxilio desde su carraca de 1.100 toneladas. Su primo, Diego Flores de Valdés, aconsejó a Medina-Sidonia que dejara atrás al *Nuestra Señora del Rosario* con una pequeña escolta, a falta de tiempo que perder, aunque no faltaron quienes sospecharon que el jefe mayor de la flota planteó esta solución a modo de venganza hacia Pedro de

Valdés, al que le vinculaba la sangre y también una enconada enemistad.

La respuesta del otro Valdés fue igual de egoísta. Si alguien esperaba que resistiera el asedio inglés de forma heroica para dar tiempo a que se alejara la Armada, se iba a llevar una amarga decepción. Al amanecer, los ingleses se frotaron los ojos al ver una presa tan sencilla al alcance de su mano, aunque su asombro fue mayor cuando Valdés rindió el *Nuestra Señora del Rosario* a Francis Drake, el más avispado carroñero de su majestad, sin disparar un solo cañonazo. Drake desmontó el buque español, cañones incluidos, en busca de cualquier objeto valioso. No obstante, la furtiva maniobra del *Revenge*, mandado por Drake, provocó que varios bajeles a su vanguardia se incrustaran en la media luna española. Una vez más, solo la tímida reacción de Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, duque de Medina-Sidonia, propició que la flota enemiga saliera sin daños.

Los principales mandos enemigos estaban especializados en el saqueo. John y Thomas Hawkins, tan piratas como Drake, se encargaron, por su parte, de destripar el *San Salvador*, en cuyo interior se desperdigaban los restos de los cadáveres carbonizados en la explosión, así como medio centenar de heridos agonizantes. Con las prisas, Medina-Sidonia había abandonado a los heridos, 132 barriles de pólvora y 2.246 balas de cañón. Hombres sanos, pólvora y munición era lo que más iba a echar de menos en los siguientes días.

Dos contratiempos que no impidieron que las verdaderas preocupaciones de Medina-Sidonia se inclinaran más hacia su incapacidad para contactar con el ejército terrestre de Farnesio, desplegado en la costa flamenca, que a los leves aguijonazos ingleses. Frente a Gravelinas, sin embargo, la flota combinada de británicos y holandeses abrió al fin una brecha en la cerrada escuadra hispánica. El 6 de agosto, la escuadra recalaba en las proximidades de Calais con la intención de permanecer allí fondeada mientras su comandante escribía a Farnesio. La falta de pólvora y

munición forzó a los españoles a desembarcar con botes para comprar suministros en la plaza francesa. Lograron comprar comida y agua a precios disparatados, pero les fue negada la munición alegando que la necesitaban ellos para defenderse de tantos enemigos que había a su alrededor. España había conseguido que Francia permaneciera neutral, lo que se traducía en que no les pondrían la zancadilla pero tampoco les prestarían sus puertos. Durante la pausa, la escuadra de lord Howard aumentó sus efectivos con la llegada de la flotilla de Seymour, que en coordinación con los holandeses se había dedicado a patrullar la costa flamenca.

Los «luteranos» (forma empleada por la soldadesca para referirse a todos los enemigos protestantes) también necesitaban más pólvora para atacar. Con esto, holandeses e ingleses vieron en el uso de brulotes, esto es, barcos incendiarios, su mejor arma contra la flota católica fondeada, sometida a fuertes corrientes. El mismo ingeniero italiano que había discurrido toda clase de maldades en el asedio de Amberes, Giambelli, servía ahora a las órdenes de Isabel I y organizó la estampida de fuego. Los «mecheros del infierno» se prepararon a costa de ocho buques británicos cuyo peso oscilaba entre las 90 y las 200 toneladas. Se trasladó la tripulación a otras embarcaciones, se cebaron sus bodegas de productos explosivos y en la madrugada del día 8 fueron remolcados hacia la flota española. El viento se alió con los británicos.

Advertidos los planes enemigos, el duque de Medina-Sidonia colocó en primera línea una serie de pequeñas embarcaciones, equipadas con arpones, para gobernar los brulotes. Una fuerza insuficiente ante una estampida de fuego y metralla, de tal manera que solo se pudieron frenar dos naves. Muchos capitanes entraron en pánico y cortaron las amarras. La fuga hizo que chocaran algunas naves, varó otras y, lo que fue más preocupante, rompió por primera vez la formación hispánica.

En medio de la confusión reinante, el *San Martín* de Medina-Sidonia, un rocoso buque de 1.000 toneladas, se giró por primera

vez hacia la flota inglesa. A él se unieron el *San Juan*, el *San Marcos* y el *San Mateo*, el mismo *San Mateo* que había sostenido años antes un épico combate en la batalla de las Terceiras. Pretendían así ganar tiempo para que el resto de la flota se reordenara, pero su ofensiva les hizo receptores de una tempestad de disparos. Aquí se produjo lo más parecido a una batalla naval. Los barcos «luteranos» concentraron sus disparos sobre los cinco pesados buques españoles. El *San Martín* recibió doscientos impactos, algunos de los cuales perforaron el casco y destrozaron los aparejos, aunque la peor parte se la llevaron el *San Felipe* y el *San Mateo*. Un soldado inglés llegó a saltar en la cubierta de esta carraca, tras lo cual fue borrado de la faz de la tierra. El abordaje era la peor de las elecciones contra los españoles.

Los perros de Isabel I, también escasos de munición, cayeron sobre los enemigos más débiles, entre ellos la capitana de las galeazas, la *San Lorenzo*, o el navío vizcaíno *María Juan*. No en vano, la mayor parte de la flota salió bastante entera del desorden de Gravelinas. Lo malo era que las averías podían agravarse con el transcurso de las jornadas.

Esa misma noche, el *San Mateo* y el *San Felipe*, que había estado rodeado por diecisiete barcos ingleses a la vez, se echaron a la costa, en busca de salvación, como ballenas agonizantes en la playa. De hecho, los chorros de sangre que caían a través de las portañolas del *San Felipe* asemejaban la nave a una criatura marina herida. Encallaron entre Ostende y Nieuwpoort, donde fueron capturados por las naves holandesas. Los dos buques fueron los trofeos más ilustres de los que los británicos pueden alardear en esa campaña.

El resto de la flota se alejó, arrastrada por vientos contrarios, incapaz de lanzar sus anclas, que se habían extraviado en Gravelinas. El *San Pedro*, de Cuéllar, acostumbrado a defender la Flota de Indias de los corsarios, fue uno de los que siguió su rumbo hacia el Mar del Norte gracias al sacrificio de los «santos» portugueses. El súbito cambio en la dirección del viento salvó a la

Armada de recibir más daños, pero a la vez la condenó a ir al peor de los escenarios. Naufragar en Irlanda casi era peor que hundirse en Calais.

HUIDA HACIA EL DESASTRE

Dios no se había olvidado de Cuéllar. Antes de que se desangrara del todo, un muchacho se internó en el bosque y le puso un emplasto de parte del facineroso francés que horas antes le había asaltado. En su decisión pesó su pasado como soldado, también combatiente en las Terceiras, de manera que quiso auxiliar a un compañero de armas, aunque fuera del bando contrario. El muchacho, además, le recomendó que marchase hacia las montañas, «detrás de las cuales había buenas tierras, que eran de un gran señor salvaje muy grande amigo del Rey de España… y que había en su villaje más de ochenta de los de las naos, que llegaron allí en cueros». Se refería a las tierras de Brian O'Rourke de Leitrim, señor de Bréifne Occidental.

A lo largo de este viaje hacia los dominios del «muy grande amigo» de España, Francisco de Cuéllar comprobó la generosidad enterrada de los irlandeses. Una familia cargada aún con los despojos de los marinos españoles curó sus heridas y le dio un techo donde dormir. Para una población tan atrasada como la irlandesa, la llegada de aquellos sureños había sido, en primer lugar, una tentación irresistible. Los primeros lugareños con los que toparon los españoles se habían mostraron recelosos e incluso agresivos, a consecuencia de una mezcla de codicia y de miedo a los enviados ingleses. Sin embargo, muchos irlandeses dieron cobijo a los náufragos en cuanto se alejaron las partidas inglesas, si no por convicciones políticas, por clemencia hacia aquellos barbudos en cueros que se morían de frío y hambre. Ayudarles costó la vida a muchos lugareños. Cuéllar señala en su carta al menos cuatro «señores salvajes» que fueron prendidos por los ingleses porque escondieron a españoles en sus castillos. Así fue el caso de O'Rourke, protector de las letras y amigo de los españoles, que por

esa y otras faltas contra los ingleses fue ahorcado y descuartizado el 3 de noviembre de 1591, en Tyburn, Inglaterra.

Claro está, que los irlandeses protestantes, también numerosos, no necesitaron alicientes para perseguir a los castellanos. Cerca de las tierras de Bréifne Occidental, Cuéllar y un muchacho irlandés que hacía las veces de guía se toparon con cuarenta irlandeses protestantes. El muchacho intentó en vano hacer pasar a Cuéllar por un prisionero de su señor. El ardid no bastó. Varios de ellos golpearán y dejarán al castellano en cueros. El muchacho, entre lágrimas, vistió con pajas, helechos y un pedazo de estera vieja al superviviente de la Felicísima. Un paño lleno de piojos fue lo único que vistió en las siguientes jornadas. En ese estado encontraron en una aldea abandonada a tres españoles igual de desabrigados, uno de ellos alférez y los otros dos soldados. Una cifra de españoles que se elevó hasta los setenta al dar con la villa de O'Rourke, que, para nuevas penalidades, estaba en ese momento ausente de su tierra.

Entre toses, respiraciones entrecortadas y un olor perpetuo a humedad, Francisco de Cuéllar se hizo un ovillo junto a la veintena de camaradas que ocupaban una de las chozas del señor irlandés. En aquellos momentos de calma entre la tempestad, el castellano no paraba de preguntarse si lo suyo era buen o mal fario. Y es que Cuéllar ni siquiera había dado con sus huesos en aquel purgatorio subido al barco del que era capitán. Es más, el castellano estaba más muerto que vivo cuando se fue contra las olas. Una pena de muerte pesaba contra él.

Tras ordenar Medina-Sidonia la retirada de Calais, se dispuso que los barcos mantuvieran la formación en la travesía a través del Mar del Norte, una instrucción que fue difícil de sostener en medio del caos. El *San Pedro*, de Cuéllar, dañado de gravedad en combate, fue uno de los barcos que hicieron oídos sordos cuando el comandante ordenó responder al hostigamiento inglés. El capitán castellano alegó que estaba durmiendo tras diez días sin pegar ojo, cuando su «mal» piloto se adelantó a la formación española para

realizar algunas reparaciones. Aquella cabezada casi le cuesta la vida.

Una veintena de capitanes fue acusada de desobediencia. Junto a don Cristóbal de Ávila, capitán del *Santa Bárbara*, que fue ejecutado por este mismo motivo, Cuéllar fue condenado a morir en la horca por eludir las órdenes. El castellano exigió con «brío y cólera», al estilo bravucón de los españoles, que se realizara una investigación a fondo y se le permitiera hablar con Medina-Sidonia, lo cual iba a resultar imposible por mucho que elevara la voz. Mientras el valiente capitán trataba de salvar su vida, el duque estaba recluido en su camarote después de que le informaran del devenir del *San Felipe* y el *San Mateo*. Debió conformarse con que, al menos, su pena fuera paralizada. Se encontraba así en el barco *La Lavia*, agradeciendo al auditor general Martín de Aranda que hubiera anulado su pena, cuando la madera crujió bajo todos ellos.

El paso por el norte condenó a la Armada al «sálvese quien pueda». La cacareada unidad de pronto no importaba. Al cabo de una semana de vientos hostiles, lluvia, niebla y tormentas escocesas, la orgullosa flota de Felipe II se había transformado en una masa de barcos errabundos y aislados entre sí. Las medidas más desesperadas se tomaron aquí. Los marineros arrojaron por la borda mulos y caballos para ahorrar agua, se redujeron a la mitad las raciones; mientras que los buzos, equipados con estopa y parches de plomo, trabajaban día y noche en taponar las fugas. Todo ello permitió que Escocia pudiera ser bordeada sin que se contara ningún barco hundido, a excepción de la urca de apoyo *Gran Grifón*, que se estrelló en una cueva de Fair Isle cuando una tormenta la devolvió al norte. No ocurrió igual en Irlanda, en cuyas afiladas costas la *Trinidad Valancera* inauguró el 16 de septiembre el mes más fatídico de la Armada española. Alrededor de veinticinco barcos españoles —la mayoría de tipo mediterráneo— se fueron a pique con 10.000 hombres a bordo en un tramo de unos 300 kilómetros, que van desde Bloody Foreland, en Donegal, hasta Kerry.

Las condiciones climáticas castigaron con dureza a la flota, pero no fueron las causas principales de los naufragios, sino la deficiente cartografía portada por los españoles. El duque de Medina-Sidonia contaba con excelentes mapas de la costa de Bretaña, Normandía, Picardía y Flandes, así como de buena parte de las Islas Británicas. Sin embargo, apunta el historiador Enrique García Hernán, que en el caso irlandés solo estaba contemplada la navegación de Finisterre a Clare, con una información elemental y limitada. A pesar de que algunos contaban con pilotos irlandeses, los barcos encallaron o chocaron contra los arrecifes debido a que la tripulación estaba demasiado enferma para gobernar los buques. El galeón en el que estaba embarcado Cuéllar navegó casi a ciegas esquivando los peligros de la costa, hasta que, no pudiendo el barco montar el cabo de Clara, tuvo que fondear a media legua de tierra. Sin anclas, *La Lavia* se fue sobre las peñas junto a otros dos barcos españoles al primer traqueteo de Neptuno. Capitanes, caballeros, mayorazgos y marineros se vieron de repente atrapados en un infierno sin llamas calientes. Solo olas, frías.

EL FANTASMA DE ALONSO MARTÍNEZ DE LEYVA

Desde el alto de la popa de *La Lavia*, Cuéllar observó impotente cómo un millar de españoles se ahogaban dentro de las naos o atrapados por las corrientes. Además de *La Lavia*, también naufragaron en espacio de una hora la *Santa María del Visón* y *La Juliana*, en la playa de Streedagh Strand. Sobre balsas, barriles y maderos, sus tripulaciones trataban de agarrarse a los barcos que seguían estables o a los acantilados. Una barca con setenta hombres, gobernada por el maestre de campo Diego Enríquez, sufrió el impacto de una enorme ola al alejarse de una de las naos dañadas. Los cadáveres de Enríquez y de otros hombres fueron descubiertos bajo la cubiertilla por los saqueadores lugareños, que rompieron la madera y desnudaron a los muertos.

El castellano, que no sabía nadar, improvisó una balsa con un escotillón del barco y trató de alcanzar la playa junto al auditor general. El oleaje volteó la tabla varias veces, durante una de las cuales el auditor se ahogó voceando ayuda a Dios. No así Cuéllar, que lo logró a costa de quedar con las piernas destrozadas por el choque con las piedras costeras. Allí observó horrorizado cómo unos doscientos irlandeses, que se suponían amigos por su común fe católica, robaban todas sus posesiones y maltrataban a los españoles. A él no le molestaron al observar sus piernas y manos heridas, tal vez creyendo que sería más fácil quitarle el resto de sus posesiones una vez hubiera exhalado el último aliento.

Las nutridas patrullas de ingleses y los mercenarios irlandeses y escoceses aleccionaron a la población nativa sobre el riesgo de auxiliar a los españoles. Entre las razones de Felipe II para derrocar a Isabel I estaba la de liberar a los irlandeses católicos del yugo inglés, de tal modo que el plan propuesto en origen por Bazán consistía en desembarcar en Irlanda, con tropas llevadas desde España, y comenzar aquí un nuevo levantamiento católico. La hostilidad con la que fueron recibidos los náufragos y la fuerte presencia militar inglesa en la isla evidenciaron que la reina había previsto las malas intenciones de su viejo cuñado.

«Aprehender y ejecutar a todos los españoles que pudieran ser hallados, de cualquier estado que fuera. Puede emplearse la tortura en el seguimiento de esta causa», reclamó desde Londres la reina Isabel Tudor, tal que imitando a la Reina de Corazones de *Alicia en el país de las maravillas* gritando que les «¡corten la cabeza a todos!».

Robert Bingham, gobernador de Connacht, resultó uno de los más obedientes perros de la reina. Persiguió sin descanso a los españoles y supervisó que los supervivientes fueran congregados y ejecutados en Galway. Se estima que más de mil fueron asesinados bajo su autoridad y la de su hermano George, sheriff del condado de Sligo. Lo que no deja de ser paradigmático porque Bingham fue uno de los pocos ingleses que combatió junto a los cristianos en la batalla de Lepanto, aunque también lo hizo más tarde contra los

españoles en la rebelión de Flandes. Sabía por experiencia de lo que eran capaces un puñado de españoles, incluso sin armas y apenas vestidos, si se les daba tiempo para agruparse. Al saber que Alonso Martínez de Leyva había agrupado a más de un millar de supervivientes se dirigió en persona a capturarle.

Cuéllar y medio centenar de españoles también fueron al encuentro de Martínez de Leyva. El periplo de este noble no le iba a la zaga. El buque de Alonso Martínez de Leyva, capitán del *Santa María Encoronada,* en la vanguardia, se había arrojado contra los arrecifes a la altura de Fahy, en Blacksod Bay, un paraje desolador. Así las cosas, sus tripulantes lograron ponerse a salvo y atrincherarse en Doona Castle. Allí tuvieron noticia de que la urca *Duquesa Santa Ana* se hallaba a pocos kilómetros y estaba todavía en buen estado.

Embarcados en la urca, el caballero pelirrojo Martínez de Leyva y sus hombres naufragaron dos días después. Un segundo golpe que hundió la moral de los soldados españoles y del nutrido grupo de nobles que les acompañaban. Por su prestigio anterior a la empresa inglesa, Alonso Martínez de Leyva era uno de los comandantes más apreciados y carismáticos de la Felicísima. A pesar de que estaba embarcado en una urca de apoyo, hasta su barco habían acudido toda clase de nobles españoles e irlandeses a la llamada de los tambores de la cruzada. Felipe II había dispuesto que en caso de morir Medina-Sidonia fuera él quien, por su origen noble, asumiera el segundo mando de la flota.

El que fuera capitán general de la caballería en el Milanesado dirigió la construcción de un nuevo campamento, a pesar de tener una pierna rota. El grupo recuperó las esperanzas al oír el rumor de que otra embarcación española estaba a treinta kilómetros al sur de su posición. En fin, que su última bala estaba en la galeaza *Gerona*, un bajel perteneciente a la escuadra mediterránea, la peor parada en la travesía al no estar habilitada para navegar en el Atlántico. Bingham, valiente matando náufragos indefensos, contempló en silencio las idas y venidas de los españoles, pero por el momento

consideró insuficientes sus efectivos como para atacar. La galeaza fue reparada al fin entre tantas manos y la ayuda de un clan irlandés.

Cerca de 1.300 personas, supervivientes de los tres barcos naufragados, subieron a bordo para descubrir que eran una multitud flaca y hambrienta. No había espacio ni fuerzas para llevar a tantos a España. Martínez de Leyva consideró imposible enfrentarse en esas condiciones al mar abierto, por lo que se decidió a navegar hacia Escocia, cuya relativa independencia les garantizaba un terreno neutral. Sin embargo, la rotura del timón condujo al barco directo contra el litoral irlandés, en Lacada Point, muriendo Leyva y casi todos los hombres. Era el 28 de octubre de 1588, el último en el que se registraron naufragios en Irlanda. Los rumores sobre la presencia del caballero Leyva, después de en varios rincones de la isla terminaron por convertirle en una suerte de Cid Campeador pelirrojo.

Cuéllar, una vez más, se salvó de la muerte de milagro. Desde el territorio de O'Rourke, partió junto a unos setenta hombres para subir a bordo de la galeaza. Sus heridas no se habían terminado de cerrar y, de nuevo, sus camaradas le dejaron atrás. Ellos sí estaban en el *Gerona* cuando se fue contra las piedras. El capitán, vestido con un paño lleno de piojos, agradeció a Dios que le hubiera impedido llegar a puerto, aunque lo cierto es que no estaba para grandes salmos tras quedarse otra vez solo.

EL DISCRETO ENCANTO DE LOS SALVAJES

Parte de la nobleza irlandesa asistió a los supervivientes de la Armada española, así como el sector eclesiástico, cuya persecución a manos de los ingleses no les resultaba ajena. En su periplo en solitario, Francisco de Cuéllar se encontró con un clérigo irlandés, vestido de seglar para ocultarse, que le indicó en latín el camino hacia las tierras de otro noble enemigo de los ingleses. Con esto, un herrero salvaje le secuestró de camino allí y lo llevó a su fragua, en

un valle desierto, con el fin de que trabajara para él de por vida. Ocho días de penalidades pasó en la fragua, hasta que enterado el bondadoso clérigo, avisó al noble, Manglana MacClancy, un hombre fuerte en su castillo y en sus montañas, tanto como para no obedecer nunca ninguna orden de la Reina Virgen. Al día siguiente, el señor salvaje envió a cuatro sirvientes y a un soldado español para liberar a Cuéllar del rufián de la fragua.

Durante tres meses, Cuéllar vivió en el castillo de Rosclogher, del clan MacClancy, junto a otros nueve españoles supervivientes. Por primera vez en la tragedia, el capitán castellano gozó de algunas comodidades y se permitió incluso el galanteo con las muchachas de la fortaleza: «Yo, dando gracias a Dios, pues ya no me faltaba más que ser gitano entre los salvajes, comencé a mirar la mano de cada una y a decirles mil disparates, con lo cual tomaban tan grande placer». El reiterado uso del término salvajes para referirse a los irlandeses sintetiza lo subdesarrollada que estaba la región a ojos de los españoles, acostumbrados al vigor de grandes metrópolis ibéricas como Lisboa y Sevilla, así como a señorear por las ciudades de Flandes e Italia como Pedro por su casa.

De ahí que el testimonio de Cuéllar y otros náufragos constituya un importante documento histórico sobre la Irlanda profunda, que salvo Dublín, ocupaba la totalidad de la isla. Los irlandeses salvajes de estas zonas empantanadas vivían en chozas hechas de pajas —a decir del improvisado cronista— donde comían una sola vez al día sobre todo manteca con pan de avena y bebían leche aceda por no tener otra bebida. Cuéllar sabía ya que eran amigos de España, a pesar de su mal recibimiento:

> A nosotros nos querían bien estos salvajes, porque supieron que veníamos contra los herejes y que éramos tan grandes enemigos suyos, y si no fuera por ellos, que nos guardaban como sus mismas personas, ninguno quedara de nosotros vivo; tengámoslos buena voluntad por esto.

Cada periodo de tranquilidad en Irlanda era la antesala a algo más doloroso. El gobernador inglés de Dublín, FitzWilliam, acudió al

frente de 1.800 hombres a asediar el castillo en el que estaban resguardados los españoles. El Lord teniente de Irlanda había regresado ese mismo año a este territorio, que había gobernado con crueldad durante años, justamente para sofocar los levantamientos que acompañaron el rumor de la Armada española. Aunque viejo y enfermo, FitzWilliam desplegó una gran actividad militar en el país, hostigando a los rebeldes, castigando a los que abrigaban a los españoles e incluso criticando a Richard Bingham por su actitud tibia. Su talante sanguinario se evidenció cuando inició el sitio al castillo de MacClancy ahorcando a dos españoles.

El capitán castellano y los nueve soldados decidieron defender hasta la muerte el castillo, hartos de huir por montañas y bosques. Así lo determinaron, a pesar de que Manglana MacClancy se ofreció a esconderlos con su familia en las montañas. Si el irlandés había sobrevivido durante tanto tiempo a los mordiscos de Inglaterra era, al fin y al cabo, porque los rehuía. El noble salvaje agradeció a Cuéllar su gesto, pero no por ello permaneció en el castillo cuando aparecieron los 1.800 atacantes del lord teniente. El veterano capitán comprendía que diez españoles, armados con seis arcabuces y seis mosquetes, necesitaban casi un milagro para vencer a un número tan elevado. Así y todo, lo suyo no era un plan suicida. Su instinto militar había analizado las posibilidades de salir victoriosos del asedio. El castillo se suponía primitivo y de estilo medieval, lejos de las enrevesadas fortificaciones de traza italiana que poblaban el continente, aun así un bloque de piedra resultaba inexpugnable si no era con un buen tren de artillería. La mal equipada infantería inglesa no portaba cañones, de hecho la Corona apenas contaba con piezas de artillería en la isla.

Cuéllar demostró durante el asedio que había aprendido unos cuantos trucos tras toda su vida luchando en distintos rincones del Imperio español. El tiempo de descanso en aquel castillo, que ahora defendía como si fuera un paraje astur de Don Pelayo, restableció algunas de sus heridas. Al fin con acero en las manos, luchó en cada metro todo lo que no había podido hacerlo en las playas y en los

caminos cuando iba en cueros. Desesperado por lo mucho que se estaba alargando un asedio que imaginaba pan comido, FitzWilliam prometió a los diez españoles facilitarles el regreso a España si se rendían. Una oferta que los españoles no pudieron calcular más mentirosa ni aunque FitzWilliam tuviera cuernos y rabo. Las atrocidades cometidas por el inglés se conocían de una punta a otra de Irlanda.

La palabra inglesa no valía un penique. Bien se lo habría jurado el maestre del Tercio de Nápoles, Alonso de Luzón, de seguir con vida. A bordo de la *Trinidad Valencera* —encallada en un arrecife del condado de Donegal—, Luzón dirigió sus tropas, medio millar de efectivos, hacia el castillo del obispo católico del condado, pero pronto le salió al paso la caballería inglesa, con la que los españoles cruzaron espadas. En nombre del lord teniente, las tropas de Isabel prometieron que respetarían la vida de los soldados a cambio de que se entregara Luzón. El maestre de campo accedió únicamente para descubrir lo que valía una promesa británica. Una vez depuestas las armas, los ingleses desnudaron a los españoles y, separados de los oficiales, los soldados fueron masacrados a arcabuzazos o lanceados por la caballería en campo abierto. Hubo otras historias similares de capitanes que habían caído en el error de confiar en la palabra de la Perfila Albión, como la de los supervivientes del *Nuestra Señora del Socorro*, que se rindieron en la bahía de Tralee, tras lo cual fueron ahorcados.

Cuéllar y los ocho resistieron más de dos semanas los ataques. Al cabo de diecisiete días, la meteorología vino a favorecer por una vez a los supervivientes de la Empresa Inglesa. La nieve obligó a los ingleses a abandonar el sitio tras probar mil estrategias. FitzWilliam no mencionó en sus informes remitidos a Londres el cerco de este castillo, porque probablemente le resultaba muy embarazoso admitir que su tropa de varios cientos de hombres bien armados había sido mantenida a raya por diez fugitivos. De forma que se limitó a informar, en tono lacónico, de que los clanes rebeldes irlandeses habían huido con su gente. El señor del castillo, al conocer que los

hombres del gobernador se habían ido, volvió con su familia para colmar a los diez soldados de regalos. A Cuéllar, asimismo, le ofreció por esposa a una de sus hermanas, en señal de que le quería dentro de la familia. Todo ello porque MacClancy planeaba, a la vista de la ferocidad de aquellos «boinas verdes», que lucharan en futuras batallas a su lado. Cuando Cuéllar rechazó el ofrecimiento porque quería volver a casa, el irlandés se negó a dejarlos partir. Cuéllar y cuatro de los españoles escaparon en secreto diez días después de Navidad del año 1588.

En su ruta supieron por boca de los lugareños irlandeses que otro príncipe salvaje llamado Ocan O'Cahan estaba organizando un viaje con charrúas para ir a Escocia. Con la herida en la pierna de Cuéllar de nuevo abierta, el dolor retrasó al grupo y obstaculizó que embarcara a tiempo. Francisco de Cuéllar todavía debió malvivir en Irlanda un tiempo más, hasta que, curado de su herida en la residencia de un obispo de la zona, pudo salir de Hibernia. El obispo de Termi despachó hacia Escocia al capitán junto a dieciocho españoles más.

Escocia había sido más benigna con la Armada, pero también guardaba grandes peligros. Durante la retirada de la Felicísima, la única nave española que se había estampado en la costa escocesa fue la urca *Gran Grifón*. Los habitantes de la isla de Fair donde fueron a parar sus tripulantes informaron a los oficiales de la Corona de Escocia, que revueltos contra la autoritaria y mezquina Isabel, ayudaron a los españoles a llegar a Edimburgo en buen estado. Un año después lograron ser repatriados a Flandes. No en vano, en las mismas fechas que el *Gran Grifón* chocaba, otra monstruosa urca española, la *San Juan de Sicilia*, pudo alcanzar Tobermory, en Argyll, Escocia. El barco estaba en condiciones de seguir la travesía, pero los marineros necesitaban agua y comida.

Entre el mito y la realidad, se cuenta que el capitán del barco, Diego Téllez Enríquez, compró suministros al clan MacLean al precio de que cien soldados españoles atacaran a otros clanes rivales. Los españoles habrían cumplido con su parte, según esta leyenda, pero

no así los escoceses. Mientras escoceses y españoles discutían con vehemencia el incumplimiento del trato, un agente inglés llamado lord Walsingham, que había sido informado en Londres del paradero del barco, resolvió con fuego la disputa. Los agentes ingleses exploraron la santabárbara, matando a la mayor parte de los 340 marineros y soldado allí a bordo.

La cara y la cruz de Escocia. Para su fortuna, a Cuéllar le tocó la cara gracias a la interferencia de los nobles católicos y a que el barco en el que iba embarcado salvó un temporal. Según escribe Cuéllar, Jacobo VI de Escocia «no es nada ni tiene autoridad ni talle de Rey y no se mueve un paso ni come un bocado que no sea por orden de la Reina, y así hay grandes disensiones entre los señores y no le tienen buena voluntad y desean verle acabado…». Ayudar a los españoles fue una forma de los nobles católicos de fastidiar al mismo tiempo a Isabel y a Jacobo.

EL REGRESO DE UNO DE LOS DESDICHADOS DEL REY

Seis meses estuvo protegido por los nobles. Un mercader escocés se ofreció para llevar a Flandes a un grupo de supervivientes en cuatro bajeles, a razón de cinco ducados por cada español. ¿De dónde sacarían el dinero? Farnesio desde Bruselas trabajó de forma incansable para lograr a golpe de ducados la expatriación de muchos de los soldados perdidos en Irlanda y Escocia. Sus agentes cerraron el trato. No obstante, el mercader los traicionó a la entrada de Dunquerque, donde aguardaba una flotilla de mendigos del mar. Del asalto escaparon solo dos barcos, entre ellos el navío de Cuéllar, que naufragó y se llevó al fondo marino a unos cuantos hombres y al traicionero capitán escocés. Igual que los ingleses, los holandeses persiguieron con saña a los españoles en cuanto se echaron al agua. Francisco de Cuéllar pudo alcanzar tierra católica. Su aventura escribió así las últimas líneas.

En cuanto se hizo con papel y pluma, el capitán castellano escribió una carta en Amberes con fecha del 4 de octubre de 1589,

dirigida al rey, en la que describía los pormenores del desastre y la desdicha que habían sufrido él y sus compañeros. Esta «Carta de uno que fue en la Armada de Inglaterra y cuenta la jornada» permaneció trescientos años guardando polvo en el archivo de la Real Academia de la Historia, y su redescubrimiento sirve uno de los retratos más crudos de lo ocurrido en 1588. A la vez que ilustra, como si se tratara de una guía de viajes del terror, la Irlanda de finales del siglo XVI y las costumbres de la isla.

Claro está que a esas alturas Felipe II conocía bien lo que habían hecho los elementos con su flota. La noticia del desastre de la Gran Armada resultó un fuerte golpe para Felipe II, que incluso aseguró que prefería morir que «ver tanta desdicha». La señal más temprana de que las cosas iban mal llegó con una carta de Alejandro Farnesio, el 31 de agosto de 1588, donde reconocía que le había resultado imposible contactar con la Armada y por ello sus hombres se habían quedado en tierra. Cuando las malas noticias se amontonaron en su escritorio, el monarca se agarró a un milagro: «Yo espero en Dios que no habrá permitido tanto mal como algunos deben temer (...), pues todo se ha hecho por su servicio».

Dos meses después de la partida de la Armada, llegaron los primeros galeones maltrechos a La Coruña. «Toda la gente de mi servicio ha muerto, que eran como sesenta, de manera que con solo dos me he hallado. Sea nuestro Señor Bendito por todo lo que ha ordenado», escribió Medina-Sidonia, enfermo y agotado, nada más poner pie en España. Solo el tiempo demostraría que la flota a nivel material había salido bastante indemne: al menos 87 barcos lograron llegar a distintos puertos de la Monarquía Hispánica. Entre otros, el *San Pedro*, del que era capitán Cuéllar, que sobrevivió a las tempestades irlandesas como en general todos los galeones de tonelaje medio.

El rey sufría indisposiciones intestinas frente a este tipo de adversidades. Y este caso no fue una excepción, si bien supo reponerse para ordenar que los hombres heridos recibieran el mejor de los tratos posibles. Solo la mitad de los hombres que habían

zarpado regresó con vida, la mayoría de estos heridos y a cuentagotas, como el propio Cuéllar. Los espías del rey y de Farnesio trabajaron para dar con los puntos exactos en los que se habían producido los hundimientos y, con la información en la mano, organizaron varias misiones de socorro. El marino Pedro de Zubiaur planteó al monarca una intrépida operación de rescate para destinar desde Flandes a medio centenar de pinazas a las costas de Cork, en el sur de Irlanda, cuya orografía conocían los pescadores vascos mejor que la palma de su mano. Y si bien el rescate vasco nunca se produjo, las continuas noticias de supervivientes unidos a clanes rebeldes mantuvieron activos a los agentes del rey en la misión de sacar de allí a los soldados caídos.

Además, la Corona estableció una serie de hospitales en la costa cántabra destinados a la marinería superviviente, que siguió llegando durante meses, mientras que las familias de los desaparecidos peregrinaban de puerto en puerto en busca de información sobre el paradero de los suyos. Inhumano y frío para otros asuntos, Felipe II demostró en esta ocasión que él no abandonaba a los suyos sin más. Cuando descubrió que eran licenciados algunos veteranos sin sus salarios, el monarca ordenó que fueran bien pagados y «gratificados en lo que hubiera lugar». Por cierto que el único mando castigado fue Diego Flores de Valdés, señalado por todos los supervivientes como culpable del desastre, quien permaneció tres años en prisión.

La respuesta humanitaria del español frente a la tragedia contrasta con la mezquindad de Isabel I. La defensa de las islas estiró las fuerzas inglesas al límite: 9.000 marineros fueron víctimas de sendas epidemias de tifus y disentería, que estallaron a bordo de los barcos ingleses después del enfrentamiento con la Armada española. Murieron por millares, en un total abandono, sin cobrar sus sueldos durante meses debido a que la guerra condujo al borde de la bancarrota tanto a la Corona Española como a la inglesa.

EL SUPERVIVIENTE INVENCIBLE

Como bien es sabido, los españoles bautizaron a su flota como Grande y Felicísima Armada, no como Armada Invencible, un añadido posterior e irónico que se atribuye a lord Howard de Effingham, un almirante inglés que combatió a los españoles frente a las costas francesas. Un chiste que los ingleses hubiera encontrado bastante deslucido de conocer la historia de supervivencia extrema de Cuéllar. Durante siete meses, desventurado, desnudo y descalzo, atravesó las frías montañas y bosques irlandeses entre salvajes que, a decir de Cuéllar, son todos los de aquellas partes. Este náufrago invencible lo soportó todo con la resignación propia de los Argonautas de Jasón o de los héroes mitológicos que son vapuleados por fuerzas superiores a ellos. El frío, las heridas, una población capaz de matar por un paño de tela, los milicianos ingleses… Las estadísticas prueban que Cuéllar fue, literalmente, uno entre un millar. De los 1.200 hombres que se estrellaron en la playa de Streedagh Strand, se salvaron trescientos, de los cuales solo un puñado sobrevivió al invierno. Salvarse de otro posterior naufragio, este en Dunquerque, le situó, de ser ciertos los datos de su relato, en la esfera de los sobrehumanos. Cuando ¡ni siquiera sabía nadar!

Como de la vida anterior al desastre, lo que se conoce de la vida posterior del capitán Cuéllar se mueve en arenas movedizas. De los pocos datos constatables uno es que sirvió una década en el ejército de Alejandro Farnesio y en los gobiernos de Flandes que siguieron a su muerte. Entre 1589 y 1598 participó en el socorro de París dentro de la guerra contra los franceses protestantes. De Flandes viajó a Italia, Piamonte y Nápoles, hasta que al fin se enfrentó otra vez al traicionero océano Atlántico. En 1601 fue nombrado capitán de infantería en uno de los galeones con destino a las islas de Barlovento (Antillas). Nada se sabe del lugar de fallecimiento del capitán Cuéllar o de si tuvo descendencia.

Su único legado confirmado está hoy en Escocia e Irlanda. Ambos países conservan recuerdos del drama vivido por los náufragos españoles a través de tumbas anónimas y con el nombre

de varios accidentes geográficos. Cerca de los acantilados de Moher, en la costa occidental de Irlanda, se halla una playa llamada Spanish Point, porque allí naufragó uno de los galeones de Felipe II. La historia de los supervivientes dio lugar a maravillosas leyendas incorporadas al folclore local. Muchos de estos españoles se mezclaron, de hecho, con la población local y comenzaron una nueva vida lejos de la península. De forma disparatada se achaca su arraigo a que en algunas zonas haya más individuos de pelo y tez oscuros de lo habitual. Los conocidos como *black irish*. Una tarea fuera del alcance del escaso centenar de españoles que pudieron sobrevivir a la cadena de naufragios, a las matanzas, al hambre y a las enfermedades.

9

JUAN PABLO DE CARRIÓN, EL SAMURÁI

A Juan Pablo de Carrión la victoria que le haría eterno le llegó en el invierno de su vida, cuando había fracasado en grandes empresas. A los sesenta y nueve años de edad, que en la época eran una proeza, protagonizó una defensa numantina de uno de los territorios más lejanos del Imperio español. Si en la monarquía de Felipe II nunca se ponía el sol era, entre otras cosas, porque Filipinas estaba en la otra punta del planeta.

De ahí que su gesta esté impregnada de ese tono amargo de los olvidados, los asfixiados por la humedad de tierras demasiado remotas, y por el recuerdo de las batallas perdidas; de los que aguardan toda la vida una oportunidad de pasar a la historia y, cuando al fin se pone delante, ya no tienen las fuerzas ni la vitalidad de antaño. O al menos eso se suponía de Carrión, en una época en la que alguien de más de setenta años vivía de prestado. Su fuerza inagotable a pesar de la edad emplaza su gesta en la escala de lo extraordinario, en la genética de hierro de otros héroes que triunfaron cuando debían estar ya pensando en su retiro, como Francisco Pizarro, conquistador del Perú con más de cincuenta años de edad, o Jean Parisot de la Valette, de setenta y un años cuando defendió Malta de los turcos hasta la extenuación. Porque algunos

hombres nunca se retiran del todo. Los héroes mueren con la capa puesta, al estilo de Lobezno en *Logan*, del Batman arrugado en *The Dark Knight Returns* o del cínico Comediante en *Watchmen*, que no hallaron la ocasión de jubilarse.

Hasta que, en 1582, el viejo Carrión tuviera que defender el río Cagayán, en las Islas Filipinas, de un grupo de piratas japoneses que le superaba diez a uno, las oportunidades de éxito le habían sido esquivas. Nacido en 1513, este castellano (no está claro si de Valladolid o de Carrión de los Condes, Palencia) se embarcó muy joven hacia México y, desde allí, a las llamadas Islas del Poniente, nombre con el que Fernando de Magallanes bautizó a las Filipinas en su viaje alrededor del mundo. Es estas islas murió el navegante portugués de Carlos V a manos de una tribu hostil, lo que a su vez obligó a Juan Sebastián Elcano a completar él la primera circunvalación al mundo. El descubrimiento de este archipiélago en medio del océano Pacífico desafió todo lo que los exploradores españoles y portugueses creían saber sobre el planeta, creando un nuevo punto de fricción entre los dos imperios ibéricos.

En el Tratado de Tordesillas (1494) ambos países se habían repartido el mundo como dos niños que intercambian cromos en el recreo, de modo que los portugueses salvaguardaron el monopolio del comercio de especias (clavo, pimienta, canela y nuez moscada) con Asia. Sin embargo, la aparición de las Islas del Poniente en la ecuación alteró el equilibrio y condujo a la firma de un nuevo acuerdo, el Tratado de Zaragoza (1529). Mientras Francisco I, rey de Francia, se lamía las heridas de su estancia como prisionero en Madrid; el impulsivo Enrique VIII, rey de Inglaterra, iniciaba su pulso contra la Iglesia de Roma; y Solimán el Magnífico, dueño del Imperio otomano, asediaba Viena; el rey de Portugal y el de España completaron el reparto del mundo. En el Tratado de Zaragoza, Carlos V reconoció los derechos portugueses sobre las Islas Molucas, en el archipiélago de Indonesia, una gran colina de especias; pero se reservó una carta de la que pretendía sacar pronto rédito. Las Islas del Poniente estaban en el límite de lo pactado con Portugal: el

primero que lograra colonizar este territorio salvaje se haría con un puesto privilegiado para el comercio con China y Japón.

LOS PRIMEROS DE FILIPINAS

Mientras desde España se botaban nuevas flotas al Pacífico, entre ellas la de fray García Jofre de Loaisa en la que murió Juan Sebastián Elcano; Hernán Cortés inició su propio proyecto de adentrarse en este océano. Con la mira puesta en las Islas del Poniente, desde Nueva España (México) se envió hacia aquel territorio al malagueño Ruy López de Villalobos para que estableciera un «tornaviaje», es decir, una ruta de ida y vuelta entre México y Filipinas. El joven Carrión estuvo presente como timonel en esta empresa, que partió del puerto mexicano de Barra de Navidad el 1 de noviembre de 1542 con una flotilla de cuatro navíos mayores, un bergantín y una goleta. Llegaron a la actual isla de Mindanao el 2 de febrero de 1543, tras una fatigosa travesía. López de Villalobos puso al archipiélago el nombre de Islas Filipinas en honor del todavía príncipe Felipe, y desde una isla pequeña, la de Sarangani, envió la nao *San Juan de Letrán* hacia México queriendo completar su misión. Pero el destino no le tenía reservada aquel éxito.

La flota de Villalobos no pudo avanzar más debido a los vientos hostiles. Refugiado en el interior de las Islas Filipinas, el acoso de los nativos hostiles y el hambre obligaron al malagueño a abandonar el asentamiento y buscar refugio en las Molucas. Tras un acuerdo con las autoridades portuguesas, algunos se embarcaron en naves lusas para volver a España por la vía de la India. Los restos de la expedición arribaron a la península a partir de 1548 bordeando África. La experiencia de Carrión en Filipinas fue espantosa, tal como para no haber vuelto nunca, pero el castellano tuvo al menos la suerte de integrar las filas del centenar de supervivientes. No las de los muertos como López Villalobos, que falleció el 4 de abril de 1544 de una enfermedad cuyos síntomas eran que las manos y los pies se tullían por completo, además de una sensación de ahogo,

posiblemente fiebres palúdicas. O, como definieron los portugueses, «de un corazón roto».

De aquel mal trago, Carrión regresó a España para servir de tesorero del arzobispo de Toledo, Juan Martínez Guijarro, un eclesiástico con inclinación por las matemáticas. La vida tranquila en Toledo permitió al buscavidas castellano casarse, en 1559, con María de Salcedo y Sotomayor. Así las cosas, a la muerte del arzobispo volvió a las andadas en Nueva España, donde seguían organizándose nuevas expediciones que arrojar sobre Filipinas. Abandonó a su familia y sus comodidades por un destino incierto. ¿Se le había secado acaso la mollera? Resulta difícil reconstruir la vida y lo que pasaba por la cabeza de Carrión, en tanto hasta entonces había sido un don nadie.

En tierras mexicanas el virrey Luis de Velasco le dio licencia para trabajar en el puerto de Navidad, un lugar escogido para armar los barcos que viajaban al Pacífico. Juan Pablo Carrión aportó su experiencia para fabricar los bajeles y permaneció allí durante un lustro. Mientras su mujer vivía en Sevilla, los cronistas coinciden en que el timonel castellano hizo vida marital con una tal Leonor, vecina de Zapotlán, estando en el mencionado puerto. El coleccionismo de matrimonios era una afición que a Carrión le iba a salir muy cara.

Carrión participó en los preparativos de una nueva expedición a Filipinas. El timonel presionó para poder unirse en la tripulación de Miguel López de Legazpi y Andrés de Urdaneta, pero su mala relación con el segundo dejó fuera a Carrión de la que era, en principio, una operación de recogida de otros supervivientes de la expedición de Villalobos. Lo contrario hubiera resultado un desafío a Portugal, con el que se vivían buenas relaciones diplomáticas. Con cinco naves y unos 350 hombres, el intrépido Legazpi atravesó el Pacífico en noventa y tres días y pasó de largo por el archipiélago de las Marianas. El 22 de enero desembarcaron en la isla de Guam, conocida como la Isla de los Ladrones, y desde allí saltaron a la conquista de Filipinas. En nombre de la Corona Española, el navegante vasco tomó posesión de varias de las islas y fundó las

ciudades de Cebú (1565) y Manila (1571), las primeras piedras para la colonización de las Filipinas. Como Cortés en México o Pizarro en Perú, Legazpi se valió de la enemistad entre tribus para medrar en el terreno.

Carrión no solo se perdió esta feliz aventura, que logró establecer el anhelado «tornaviaje» a través de la corriente de Kuro-Shiwo; sino que vivió mientras tanto una auténtica pesadilla familiar. En 1566, la Inquisición le abrió un procedimiento por casarse ese año con Leonor Suárez de Figueroa. La bigamia indicaba —bajo la interpretación de la Iglesia— creencias erróneas acerca del sacramento del matrimonio, por lo que la Inquisición asumió en Castilla la competencia exclusiva para juzgar a las personas que se casaran varias veces. El Derecho castellano estipulaba como castigo a este delito la pena de la marca para los varones (grabar con un hierro al rojo, sobre la frente del reo convicto, una señal en forma de letra «q»), el embargo de sus bienes y un periodo de destierro, que en tiempos de Carlos V se sustituyó por trabajos forzados como remeros de galeras. Para fortuna de Carrión, Felipe II suprimió la pena de la marca, aunque dobló los años de remo y añadió sanciones de «vergüenza pública».

Por lo pronto, el turbio asunto le costó al castellano el embargo de sus bienes, además de la obligación de viajar a Sevilla a vivir una temporada con su primera esposa. Se salvó de los remos y la humillación pública, pero aquí no terminó su pena. Preso de nuevo en 1574, decidió a su salida, tal vez previniendo más idas y venidas, poner otro océano más entre la Inquisición y él. El navegante partió rumbo a Filipinas al mando de una expedición para apuntalar la conquista de Legazpi. Tras años de luchas entre españoles y portugueses, las Islas Filipinas, un punto de encuentro entre distintos mundos, se enfrentaba al mayor reto desde la llegada de los europeos.

Los ataques de piratas chinos y japoneses amenazaban con echar al traste la presencia española en Filipinas. El más fiero de todos ellos, el chino Li Ma-hong, se detuvo varios días en la

provincia de Ilocos, al noroeste de la isla Luzón, la más importante y extensa de Filipinas. Allí se atrevió a titularse rey en clara burla a las autoridades españolas, «haciendo este corsario cruel muchas crueldades y ceremonias de ser adorado». Sin freno, a finales de noviembre de 1574 desembarcó en las playas de la bahía de Manila con un ejército heterogéneo, cebado de guerreros japoneses. La isla estaba defendida por una exigua fuerza de quinientos españoles repartidos por todo el archipiélago, y solo ciento cincuenta de ellos se encontraban en Manila, donde acababa de construirse un fuerte provisional hecho de madera.

La tropa de este asentamiento estaba al mando del vasco Martín de Goyti, en calidad de maestre de campo. Cuando los piratas asaltaron Manila en una formación cerrada, los españoles presentaron una defensa calle a calle, aunque el enorme número de ladrones les obligó a retroceder. Lucía del Corral, esposa de Goyti, increpó a los piratas desde el balcón de su casa. Como una manada de hienas, entraron en la casa a dar muerte a las mujeres, entre ellas a Lucía, que fue degollada por negarse a entregar un collar. Martín de Goyti murió lanceado mientras saltaba por la ventana de su casa. Los supervivientes se atrincheraron en el fuerte de madera que coronaba la ciudad. Al grito de auxilio del gobernador Guido de Lavezaris, otros capitanes dispersos por las islas acudieron a defender el fuerte de Manila. Entre ellos, el joven y valiente Juan de Salcedo, que atravesó media isla con un refuerzo de cincuenta españoles y de aliados tagalos. Nombrado por aclamación nuevo maestre de campo, Alonso Velázquez encabezó la resistencia frente a los piratas que, por tierra y por mar, asaltaron una segunda vez la ciudad.

Los piratas no pudieron morder el fuerte en los primeros ataques, cayendo presas de la arcabucería. Sin embargo, lo endeble de la fortaleza trasladó el combate al terreno del cuerpo a cuerpo. En esta fase de arma blanca se destacó el alférez Sancho Ortiz, que «jugando su alabarda» aniquiló a muchos de estos piratas antes de caer muerto por un disparo de arcabuz. El goteo de muertos alarmó

a Salcedo, que ordenó a sus soldados formar «en cuadro», como hacían los tercios en Europa, y justo cuando las defensas estaban a punto de caer, salió del fuerte dando una carga inesperada sobre el enemigo. Tras un violento asalto que no esperaban por parte de una tropa agotada, los piratas cedieron y finalmente huyeron sin orden hacia la seguridad de las embarcaciones, agolpándose en las barcas y lanchones para tratar de ganar sus naves.

Los europeos habían salvado Manila de su completa destrucción, superando con un centenar de hombres a los 3.000 de Li Ma-hong. Salcedo persiguió a los ladrones en su agónica fuga. Tras sus ataques fallidos, el capitán pirata evitó por muy poco ser capturado huyendo lo más lejos posible de Filipinas. La pared más oriental del Imperio español había resultado un muro de piedra.

LA PIRATERÍA A LA SOMBRA DEL GALEÓN DE MANILA

La rapiña pirata no terminó ahí. Desde el descubrimiento del «tornaviaje», se estableció el conocido como trayecto del Galeón de Manila. Una travesía que cada año salía desde Acapulco hasta tierras filipinas y, según los viejos lobos de mar era «la más larga y terrible de las que se hacen en el mundo». En los 230 años de trayectoria, se perdieron treinta galeones, miles de vidas y riquezas millonarias, dándose el caso de un galeón que apareció a la deriva con toda su tripulación muerta. En el más plácido viaje de ida trasladaba plata para pagar a los funcionarios de la Corona en Filipinas; a la turbulenta vuelta, seda y porcelana de China, marfil de Camboya, algodón de la India, piedras preciosas de Birmania y especias como canela, pimienta y clavo. Manila se transformó así en una población urbana, ideada como una base para expandir el comercio por el resto de la zona. La cantidad de mercancías que se acumulaban en torno a Manila sirvieron de atracción para los comerciantes chinos, los *sangleys*, y para los piratas, como la luz y el sonido repetitivo de las tragaperras a los jugadores.

Hacia la década de los ochenta, los aguijonazos de los piratas japoneses se empezaron a sentir en el emporio comercial español. Los llamados *wokou*, «bandidos enanos», vivieron en esos años un resurgimiento, si es que alguna vez habían perdido fuelle, frente a los que ellos apodaban los *nambanjin*, «bárbaros del sur». Las sucesivas guerras civiles en Japón empujaron a las facciones vencidas a buscar fortuna en el mar, mientras el exceso de samuráis sin señor, los *ronin* (llamados «hombres ola» por su carácter errante), y los soldados sin ejército, los *ashigaru*, permitieron a los *wokou* alimentar sus flotillas piratas con tropas selectas. El 16 de junio de 1582, Felipe II recibió del gobernador general de Filipinas Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, una carta advirtiendo del peligro de estos combatientes:

> Los japoneses son la gente más belicosa que hay por aquí. Traen artillería y mucha arcabucería y piquería. Usan armas defensivas de hierro para el cuerpo. Todo lo cual lo tienen por industria de portugueses, que se lo han mostrado para daño de sus ánimas.

A sus habituales catanas y armaduras de bella factura, los piratas japoneses sumaron artillería de procedencia europea. Al igual que en América, los españoles tenían restringido el comercio de armas de pólvora y de hierro con las poblaciones locales del Pacífico, no así los portugueses. Los arcabuces europeos y las pequeñas piezas de artillería hicieron las delicias de los señores de la guerra nipones. De hecho, favorecieron la escalada de poder del gran señor feudal Oda Nobunaga, que con la ayuda de las nuevas armas traídas por los europeos procuró unificar el país tras un periodo de guerra civil entre las distintas facciones. Su victoria en Nagashino (1575) está considerada tradicionalmente como la primera batalla que se decidió por el empleo de las armas de fuego en Japón.

Los piratas aprovecharon estas armas de la misma forma en el Pacífico. Un capitán pirata llamado Tay-Fusa se reveló como el más audaz y temerario de esta hornada de ladrones del mar artillados. La carta de Ronquillo al rey obedeció a un furtivo golpe del japonés que situó al borde del desastre el control de Filipinas. Atacó en 1582 por

sorpresa la isla de Luzón y estableció una base en la provincia de Cagayán, en la punta más al norte de Filipinas. Su ejército de más de mil hombres, samuráis sin señor incluidos, exigió un insolente rescate al gobernador español a cambio de las vidas de los habitantes de la provincia capturados en el ataque. Lo que Tay-Fusa no fue capaz de calcular era que el Imperio español no negociaba con piratas.

El general de la Armada Juan Pablo Carrión fue lanzado a la zona para desalojar a los ladrones con una fuerza raquítica de cuarenta soldados. Casi la mitad de estos eran indígenas mexicanos de Tlaxcala y, a decir verdad, Carrión no era un soldado profesional ni alguien con mucha experiencia en combate. Había serias dudas de que aquel hombre entrado en años, coleccionista de mujeres y de fracasos, tuviera el talento de vencer a una fuerza tan numerosa. La flota de Tay-Fusa superaba a toda la Armada española en Asia, aunque solo fuera de forma cuantitativa. Frente a la inmensidad verde de la costa de Luzón, tal vez Carrión también dudaba de sus opciones de éxitos mientras rastreaba las huellas enemigas desde el castillo de popa de su galera, la capitana de una flotilla de siete naves de escaso tamaño y mal artilladas.

Cuando al fin divisó a una de las embarcaciones enemigas, no dudó en abordar su cubierta ocupada por una multitud de piratas. Sus cuarenta soldados eran pocos frente a tantos enemigos, por lo que confiaba en que el acero toledano y las tácticas europeas compensasen la desventaja. Los guerreros europeos portaban sobre sus hombros siglos y siglos de guerra en Occidente, una combinación de técnica, disciplina, tradición militar, agresividad y la extraordinaria capacidad de adaptarse con rapidez a cada nuevo reto. Además, el viejo confiaba en que durante la fase de abordaje la marinería se sumaría también a la lucha cuerpo a cuerpo. Tras ablandar la cubierta con sus cañones, la galera de Carrión aprovechó el desconcierto para iniciar un abordaje, tímidamente respondido por los arcabuceros japoneses. El contraataque pirata no se hizo esperar, amparado en que eran más. En el castillo de proa, los españoles

formaron el clásico esquema defensivo del Mediterráneo, con una línea combinada de picas y arcabuces, para minar con lentitud a las indisciplinadas huestes que habían invadido su barco. El propio Carrión cortó de un sablazo la driza del palo mayor para aumentar la cobertura de los españoles.

Con el intercambio de balas, los piratas registraron muchas bajas. Retrocedieron hacia su barco, sin percatarse de que aún no había acabado la jornada. El otro barco grande de los españoles, el navío *San Yusepe*, embistió la posición enemiga para barrer su cubierta. Desaparecido el perro guardián que vigilaba el río Grande de Cagayán (llamado Tajo), la flotilla de Carrión remontó sus aguas abriéndose camino entre dieciocho champanes, unos barcos ligeros escurridizos y más rocosos de lo que parecían a simple vista. Cientos de piratas cayeron en esta entrada triunfal de los españoles a la boca del río, barriendo cubiertas al son de la pólvora.

Revestido casi por completo de hierro, Carrión eligió un recodo del río para desembarcar sus tropas. Allí ordenó cavar trincheras y situar la artillería a pocos metros de los cocodrilos y otras bestias, de modo que los españoles estaban ya fortificados cuando Tay-Fusa intentó en tierra lo que no había logrado vía marítima: aniquilar al grupo salvaje de aquel viejo. Lo procuró después de que el capitán castellano se negara a pagarle oro a cambio de que los piratas se marchasen de Cagayán. Durante tres asaltos, los cuarenta soldados le aclararon al nipón que, si acaso, eran ellos los que iban a terminar pidiendo pagar, con tal de salir con vida. Al primer ataque buscaron arrebatar las picas europeas agarrando sus afiladas puntas, pero Carrión, perro viejo, había ordenado que las untaran con sebo para hacerlas resbaladizas.

A sus sesenta y nueve años, el castellano se mantuvo en primera fila de combate hasta el final. La tercera oleada arrinconó a los españoles, sin apenas pólvora y con al menos una decena de bajas. No obstante, su disciplina les permitió resistir con paciencia en la trinchera, hasta que el rumor de derrumbe entre las tropas piratas se transformó en un estruendo. Entre la batalla y la

persecución que ejecutaron sin piedad los españoles por la orilla, Tay-Fusa perdió a ochocientos tripulantes. Ni siquiera sus samuráis sirvieron de gran cosa a pesar de su imponente estampa, con aquellas máscaras grotescas y sus armaduras pintorescas. Lo espectacular del equipo ocultaba que la carencia de hierro de buena calidad y las peculiares condiciones de las guerras japonesas convertían sus armas y su material en algo endeble frente al acero europeo.

Antes de que Carrión se enfrentara a los *ronin*, los soldados portugueses habían comprobado que la imbatibilidad de los samuráis era cosa de Asia. El portugués Joao Pereira llegó en 1565 a las inmediaciones de Nagasaki al mando de una carraca y un pequeño galeón, que además de las habituales mercancías transportaba a numerosos mercaderes chinos. Unos pocos cientos de samuráis emboscaron a los portugueses cuando estaban desembarcando material a tierra. Los japoneses abordaron al rayar el alba la popa e incluso pudieron llevarse el escritorio del capitán y otras riquezas de su camarote. El contraataque portugués expulsó sin más a los samuráis de su barco. Luego ambos navíos hicieron fuego cruzado sobre las embarcaciones japonesas, desencadenando una gran carnicería sobre la cubierta atestada de guerreros. Los japoneses tuvieron setenta muertos y más de doscientos heridos.

La llamativa estética de los samuráis, de hecho, les hacía un objetivo tentador para los arcabuces y mosquetes. Los japoneses pagaron auténticas fortunas para tener una buena armadura milanesa o toledana, sobre todo a raíz de que el uso del arcabuz se generalizase entre las huestes japonesas. Las corazas (al estilo europeo) eran mucho más efectivas contra los disparos y dieron lugar a las clásicas corazas tubulares denominadas *okegawa-dô*, con forma de concha y con sólidos remaches en lugar de entrelazados.

La historia de Juan Pablo de Carrión se desvanece tras los combates de Cagayán, que bastaron para alejar la creciente presencia japonesa de los alrededores de Filipinas. El castellano fundó en esta tierra Nueva Segovia, como puesto defensivo contra sucesivas incursiones piratas. Impresionados por la actuación de los europeos, los pueblos indígenas de Cagayán se dividieron entre los que se querían aliar con los españoles y, al otro lado, los que continuaron años combatiéndolos en el montañoso interior de Luzón.

Tras prender la llama de este primer mestizaje, el viejo simplemente desapareció, como si hubiera sido un espíritu imaginado por los españoles y los nativos. Se desconocen las circunstancias de su muerte o si acometió nuevas empresas. Lo misterioso de buena parte de su biografía le coloca en el campo perfecto para moldear el mito a conveniencia. La tendencia a la exageración de los sucesivos gobernadores de Filipinas, ávidos de atraer la atención de la Corona, complica la tarea de separar los hechos de los adornos en la vida de Carrión.

En su ausencia, el Pacífico se mantuvo en ebullición. Al problema de la piratería autóctona del Pacífico se añadió una especie invasiva a finales del siglo XVI. Tras varias intentonas de asentarse en el Pacífico, las Provincias Unidas planearon en 1599 una expedición que, más allá de fijar nuevas rutas, perseguía como principal fin saquear y destruir los puestos ibéricos. Una escuadra de cuatro buques al mando de Oliver Van Noort partió a finales de verano a un viaje infernal. Este pirata de crueles métodos tenía experiencia en la lucha contra los españoles en Europa. Como ocurriera cincuenta años antes con las incursiones de piratas ingleses en el Caribe, los holandeses vieron en las indefensas posesiones ibéricas en el Pacífico la mejor manera de herir al gigante contra el que las Provincias Unidas llevaban décadas combatiendo en la otra punta del mundo. Sin embargo, nada había preparado al holandés para la dura travesía a través del Pacífico. En los catorce meses que tardó en cruzar al Estrecho de Magallanes y dirigirse al Mar del Sur, la

escuadra perdió dos barcos, sufrió enfermedades, desencuentros y ataques enemigos.

Al fin entró contra todo pronóstico en las aguas dominadas por los dos imperios ibéricos. Van Noort obtuvo provisiones de los propios españoles y permiso para acercarse a Manila, haciéndose pasar por un marino francés con autorización de la Corona. Aquello resultó un alivio, porque la larga travesía por el océano Pacífico había dejado a los holandeses sin capacidad operativa. Frente a Manila se sintió incapaz de acometer un ataque directo, pero Van Noort se conformó, al menos, con bloquear el puerto desde la entrada de la bahía. Sus presas fueron barcos mercantes, chinos en su mayoría, desprevenidos, que acudían a Manila a vender productos, pero también atacó algún galeón español. Con esto, el bloqueo marítimo causó el pánico en la ciudad defendida de forma pobre, que ni siquiera contaba con barcos de combate en el puerto, salvo un mercante en reparación y una pequeña fragata.

La mayoría de los soldados y barcos de la Corona habían salido fuera de Manila a una expedición de castigo a Mindanao, base de los piratas esclavistas llamados «moros» (musulmanes del Pacífico). Entre ellos tropas samuráis al servicio de España, si bien es más preciso hablar únicamente de soldados japoneses, sin especificar su categoría social. La mayor parte de las veces se encuadraban como mercenarios al mando de oficiales españoles, aunque también hubo casos de oficiales indígenas. En esta condición participaron en varias misiones de castigo contra los piratas de la zona, entre ellas, una contra lo que hoy es Taiwán.

Cuando Van Noort bloqueó el principal puerto de Filipinas, solo un puñado de samuráis mercenarios estaba a mano. Claro que, en general, el gobernador Francisco Tello de Guzmán tenía poco de todo a su alcance. Los dos únicos barcos que dormitaban en el puerto, el mercante *San Diego* y la pequeña fragata *San Bartolomé*, fueron armados a toda prisa con catorce y diez cañones de tierra, respectivamente. Un apaño que emocionaría al televisivo Equipo A, dado a crear vehículos letales de entre la chatarra; pero que en un

combate naval iba a servir de poco. Y más difícil aún que dar con cañones fue encontrar soldados de calidad para engrosar las tripulaciones. El oidor Antonio de Morga se hizo cargo de una tropa de unos centenares de hombres, la mitad españoles, muchos filipinos, negros y, por supuesto, mercenarios japoneses.

El *Mauritius*, el barco principal de los holandeses, contaba con más cañones que los dos barcos españoles juntos. Razón de más para que Antonio de Morga enviara a sus dos barcos contra él en cuanto el viento y las mareas favorecieron a los defensores. El *San Diego* y el *San Bartolomé* partieron al alba del 14 de diciembre de 1600 hacia la yugular del barco holandés. Al estilo más fiel de los piratas, Van Noort ordenó levar anclas y alejarse, mientras que el otro barco holandés, el débil *Eeridracht*, se limitó a apartarse del área de acción. El rápido movimiento protagonizado por el *San Diego*, sin embargo, malogró la maniobra evasiva del *Mauritius*. Después de que los arcabuces y mosquetes españoles barrieran la cubierta, treinta hombres al mando de un alférez se hicieron con el castillo y con los estandartes enemigos, lo que tradicionalmente significaba que el barco había sido sometido. Las catanas asiáticas se fusionaron por largos instantes con el acero toledano.

Con la cubierta desierta, el comando de abordaje español tuvo que vociferar «España, España; victoria, se han rendido» para impedir que el más rezagado *San Bartolomé* descargara su fuego contra el barco holandés. Los holandeses supervivientes se encerraron bajo cubierta y solicitaron rendirse. El sevillano Antonio de Morga era historiador, abogado, funcionario y, solo empujado por las circunstancias, un hombre de acción. Su victoria hubiera sido plena de haber hundido el barco enemigo o asaltado la bodega; sin embargo, cometió el error de dejar pensar a Van Noort. Piratas, herejes y rebeldes. Van Noort sabía que no habría juicio si entregaban las armas; ordenó resistir a sus hombres (veintiséis de ellos heridos) e incluso amenazó a los que querían rendirse con hacer volar la santabárbara si se movían un centímetro. Una amenaza en consonancia con la forma de proceder kamikaze típica

de los mendigos del mar, que preferían quemar o hacer explotar sus barcos antes que rendirlos al Imperio español.

Mientras el tiempo se pausaba en el *Mauritius*, la fragata *San Bartolomé*, que había estado a punto de pulverizar a sus compatriotas, siguió de largo en busca de un enemigo en el que descargar la pólvora cebada de tu artillería. El *Eeridracht* sufrió toda su ira. El comandante de la fragata, Juan de Alcega, abordó el barco e hizo prisionero al capitán Víesmann y otros veinticinco supervivientes. En su abordaje no dio pie a conjuras de bodegas, en contraste con las dubitaciones de Antonio de Morga con el *Mauritius*. Cuando ya se cumplían seis horas desde el inicio del combate, los españoles detectaron varías vías de agua en el *San Diego*, mientras que un incendio se declaraba en la bodega del barco de Van Noort.

¿Qué desencadenó este fuego? Pudo ser accidental o tal vez prendido por el comandante holandés. Pero bastó ver una columna de humo saliendo del barco para que los españoles abandonaran en desorden la cubierta enemiga, temiéndose que se tratara de otra de esas estrategias suicidas de los holandeses. Saltar del *Mauritius* al *San Diego* fue como salir de Málaga para meterse en Malagón. Las fugas en el casco del *San Diego* eran ya agujeros del tamaño de barriles de vino. Camino de la isla Fortuna, el barco español se hundió cuando se había alejado cien metros del *Mauritius*, de nuevo bajo gobierno holandés. Los desesperados náufragos españoles fueron exterminados por los hombres de Van Noort, con un balance de doscientos cincuenta hombres asesinados a disparos y a golpes. Salieron con vida un centenar de españoles, sujetos a cualquier resto que flotara o nadando. El picapleitos Antonio de Morga se salvó nadando durante cuatro horas, portando con heroísmo el estandarte holandés, hasta que consiguió alcanzar una pequeña isla abandonada. O al menos eso hay que creer de unos hechos que en parte narró el propio Morga.

Los españoles rompieron el bloqueo holandés, pero a costa de graves pérdidas humanas. Van Noort puso rumbo a Holanda con su dotación agotada, su buque carbonizado por el incendio y con dos

de los palos inútiles. En estas circunstancias el regreso a Ámsterdam fue tan doloroso como el viaje de ida, fondeando allí tras tres años, el 26 de agosto de 1601, cuando solo quedaban vivos ocho tripulantes. Con todo, los supervivientes se convirtieron en los primeros holandeses en completar la vuelta al mundo. Veinte años después de que lo lograra el infame Francis Drake, sesenta y cuatro después de que los últimos supervivientes de la expedición de García Jofre de Loaísa llegaran a las costas ibéricas. ¡Y ochenta años después del periplo de Juan Sebastián Elcano! Claro está que holandeses e ingleses siguen celebrando sus tardías circunvalaciones casi como si fueran las primeras.

El *San Bartolomé* no pudo o quiso perseguirlo. Se limitó a trasladar a Manila a los prisioneros del *Eendracht*, cuya tripulación fue ejecutada al completo una vez en tierra. Una advertencia para futuros piratas que tuvo escaso impacto, a la vista de la oleada holandesa que estaba por venir. A la travesía de Van Noort le sucedió un auténtico desembarco holandés en Japón y otros territorios del Pacífico. Serían los holandeses los que envenenaran las buenas relaciones entre los japoneses y los católicos, lo que desembocaría en la persecución de miles de cristianos en Japón. En este sentido, también los holandeses echaron mano de los mercenarios samuráis de este país, que la literatura y el cine han convertido en soldados sobrenaturales.

Un viejo perdedor llamado Juan Pablo Carrión calibró el auténtico nivel de estos guerreros y desveló quién era, en verdad, la criatura más asombrosa.

LOS LOCOS PLANES ESPAÑOLES PARA INVADIR CHINA

Juan Bautista Román, embajador de las Islas Filipinas en Macao, se encargó de narrar la gesta de Carrión y así evitar que se perdiera en el abismo de los tiempos. En su correspondencia con el virrey de Nueva España, Bautista Román insistió en la necesidad de enviar más refuerzos a las Filipinas y a la conquista de las islas Molucas.

Desde allí planeaba que el Imperio español saltara a China, que, según los jesuitas que habían pisado sus tierras, era un reino bello y enormemente rico. El propio Carrión había escrito en 1573 una petición a Felipe II para que le nombrara «Almirante del Mar del Sur y de la China», de modo que pudiera dar con un paso entre las costas de China y Nueva España. Una fantasía que cayó en saco roto.

El problema común de la piratería abrió las primeras relaciones diplomáticas entre ambos países. Tras la derrota del pirata Li Ma-hong en Manila (1574), una delegación china acudió a negociar la entrega de su travieso compatriota creyendo que había sido capturado por los castellanos. Una excelente excusa para el envío a China de la primera embajada española, encabezada por el misionero Martín de Rada, cuyo grandilocuente recibimiento duró hasta que las autoridades imperiales descubrieron que Li Ma-hong se había escabullido en el último momento del marcaje hispánico. La delegación regresó a Manila con información avanzada de lo que era el Imperio celeste, una enormidad más unificada de lo que habían concebido los españoles.

Sin tiempo de conocer los datos de la delegación, el gobernador de Filipinas, Francisco de Sande, propuso la vía armada para extender el cristianismo por el país a través de un plan de invasión directa. En una carta dirigida al Consejo de Indias en 1576, sugería que un contingente de unos 6.000 hombres, reclutados entre los miles de aventureros que deambulaban por Perú y Nueva España, podría someter a la población china, porque «es cosa llana y será de poca costa». Sande estimaba que la gente china, «la mejor del mundo para tributarios», sería incapaz de organizar una defensa firme para proteger las amplias reservas de metales que supuestamente guardaba el interior del país. Los informes del gobernador demuestran, en general, su escaso conocimiento sobre lo que era China, su nivel de desarrollo, su forma de combatir e incluso su auténtica extensión. La presencia de musulmanes en Malasia y en otros reinos que rodeaban a Filipinas era, en su

opinión, otra razón de peso para que el rey conquistara China y se elevara como la potencia hegemónica del Pacífico.

En favor del realismo, el rey pospuso este proyecto a la espera de recabar mayor información de China, para lo cual recomendaba, por el momento, el estrechamiento de lazos comerciales:

> En cuanto a conquistar China, que os parece se debía hacer luego, acá ha aparecido que por ahora no conviene se trate de ello, sino que se procure con los chinos buena amistad.

China no volvió al escritorio de Felipe II hasta la anexión, en 1580, del Imperio portugués, que mantenía abiertos puertos comerciales desde principios de siglo XVI en puntos lejanos como Goa, Malaca, las islas Molucas, Macao y Nagasaki. El papa Gregorio XIII había aclarado por la bula *Icius fulciti praesidio* (13 de febrero de 1578) que China y otras áreas de Oriente caían dentro de la demarcación de Portugal. Solo su coronación como Felipe I de Portugal legitimó al monarca para plantearse invadir este territorio.

Gonzalo Ronquillo, sucesor de Sande, presentó un plan más realista para acometer la conquista valiéndose de la base portuguesa de Macao, a solo tres días de navegación de Manila. Según lo que había podido saber por el jesuita Alonso Sánchez, Ronquillo recomendó aumentar el número de soldados necesarios hasta los 15.000, que en un ataque combinado desde distintos puntos colapsarían el Imperio celeste. Mientras los castellanos corneaban China a través de Fujian, una fuerza portuguesa lo haría por la provincia de Guangdong. Además, se pensaba completar la fuerza invasora con 6.000 nativos filipinos y el reclutamiento de 6.000 japoneses, un país enemistado con China. Un esfuerzo económico fuera del alcance en ese momento de la Corona Española, acostumbrada a que las grandes conquistas las iniciaran aventureros soñadores por cuenta de su vida y de su patrimonio.

El plan para invadir China nunca abandonó el plano teórico, porque al final el respeto a los intereses portugueses se impuso a las campañas inciertas. El desastre de la llamada Armada Invencible

acabó definitivamente con el proyecto, salvo por alguna vaga propuesta en tiempos de Felipe III. El Imperio español se conformó con mantener relaciones comerciales con el gigante asiático. Lo cual no era poco. El comercio entre Macao y Manila se intensificó a finales del siglo XVI, de modo que productos como seda, tejidos, ámbar, alfombras, etc. comenzaron a llegar al Parián de Manila. Con esto, la influencia china en la sociedad de Manila creció y sus puertos se llenaron de habitantes procedentes de este país. Los ojos españoles se fijaron en otros países del sureste de Asia, como Camboya o Siam, para que los gobernadores más enérgicos tuvieran donde distraerse.

10

CATALINA DE ERAUSO, LA MONJA ALFÉREZ

Cualquier viajero extranjero que hubiera visitado España a mediados del siglo XIX se habría sentido decepcionado de no hallar a los hombres vestidos de goyescos y a las mujeres fumando mientras afilan sus puñales. Los soldados franceses habían sufrido la cólera de las féminas españolas durante su estancia en el país y habían aprendido a no darles la espalda. La española cuando besa es que besa de verdad. Y la española cuando mata es que mata de verdad.

«A mí me han preguntado los extranjeros si en España se cazan leones; a mí me han explicado lo que es el té, suponiendo que no lo había tomado ni visto nunca (...). Difícil es disuadir a la mitad de los habitantes de Europa [de la idea] de que casi todas nuestras mujeres fuman y de que muchas llevan un puñal en la liga», escribía Juan Valera, novelista y diplomático, en 1868, sobre los tópicos derivados de la leyenda negra contra lo español y por varios siglos de aislamiento respecto a Europa. Pero también suponía la existencia de mujeres reales, que se destacaron como milicianas durante la Guerra de Independencia. Una tradición de mujeres de puñal escondido en la liga que representa mejor que nadie Agustina de Aragón o, siglos antes, la gallega María Pita. La lista de mujeres ibéricas que han destacado en la carrera militar es larga, contándose

entre ellas precursoras tales como Inés de Suárez, destacada en la exploración de Chile; María de Estrada, que luchó junto a Hernán Cortés; o Ana María de Soto, la primera mujer en el mundo que sirvió en la infantería de marina.

Todas ellas doblemente asombrosas, porque no solo sobresalieron en la peligrosa milicia, sino que tuvieron que superar primero las barreras sociales que padecía su género. Pero ninguna biografía iguala entre ellas a la de la portentosa Monja Alférez, nacida como Catalina de Erauso, vencedora y verdugo de al menos una decena de personas. Tan impresionante que la principal fuente de sus hazañas, un texto supuestamente escrito de su puño y letra, es más un objeto de estudio literario que un documento histórico. En el texto afirma poseer una fuerza casi sobrehumana, ganar en un sinfín de combates singulares y tener una resistencia a los obstáculos más empinados en la tradición de las relaciones engalanadas de capitanes del siglo XVII al estilo del duque de Estrada o de Alonso de Contreras. Lo que, en el peor de los casos, convertiría *Historia de la Monja Alférez* en una de las primeras novelas de América. La tendencia al «realismo mágico» de la tradición americana está ya presente en esta épica de un héroe sin hogar, un vagabundo itinerante enmarcado en el género de la picaresca. El documento cuenta, en cualquier caso, con suficientes datos históricos y tal verosimilitud como para ponerle, al menos, la cinematográfica etiqueta de «basado en hechos reales».

UNA FUGA QUE DURÓ TODA LA VIDA

Catalina de Erauso nació en San Sebastián el 10 de febrero de 1592. Una tierra muy apegada a Castilla, que en cuestión de un siglo había evolucionado de emporio comercial a fortaleza militar. La parpadeante enemistad con Francia endureció a la fuerza a los habitantes de San Sebastián. El capitán Miguel de Erauso, padre de Catalina, era uno de estos y un hombre de apellido ennoblecido. A los cuatro años, Catalina ingresó en un convento de la villa en el que

ejercía de priora una prima hermana de su madre. Se podría pensar que ya desde niña la búsqueda de su identidad sexual hizo de Catalina un elemento incómodo para su familia, salvo porque esto sería aventurar demasiado. La razón más probable es que dentro de una familia de varios hermanos la entrada de alguna de las niñas en un convento suponía un buen escape económico. Casar a todas las hijas con hijos de algo podía causar la ruina hasta de la casa mejor pintada.

Que era un alma libre se confirmó en la adolescencia. Catalina relata que una monja viuda y robusta le tomó como objetivo de sus maltratos y vejaciones, a lo que ella decidió fugarse del convento. Tras robarle un juego de llaves, unas cuantas monedas y unas tijeras a su tía, la joven abrió puerta tras puerta hasta salir a la calle. Corrió al lugar más escondido que halló y se valió de las tijeras para apañarse un vestido que camuflara su procedencia. Además se cortó el pelo, antes de partir a Vitoria.

El relato es a veces confuso y las paradas de su viaje no parecen seguir un objetivo claro. De Vitoria viajó a Valladolid, por un breve periodo de tiempo Corte del Imperio español, donde Catalina entró como paje al servicio de Juan de Idiáquez. Este, el poderoso secretario del Rey Prudente, estaba en pleno declive con el cambio de reinado, porque el duque de Lerma quería apartar de Felipe III a todos los guardianes impuestos por su padre. Y ya aquí Catalina se anunció con uno de los nombres de varón que le acompañaría el resto de su vida, Francisco Loyola. Una noche el padre de la Monja Alférez visitó a Idiáquez y se topó frente a su hija. Como dos pistoleros de un *spaghetti western*, el rudo capitán tuvo tiempo de mirar a los ojos a ese paje de pelo corto y gesto torcido mientras le preguntaba si Idiáquez estaba en casa. Fue incapaz de reconocer a su propia hija, a la que echaba en falta desde que había desaparecido del convento.

El estéril encuentro con su padre puso la guinda a la estancia de Francisco Loyola en Valladolid, ciudad a la que quedaban tres telediarios antes de perder la consideración de Corte. En su nueva

huida dio con sus huesos en la cárcel, cuando unos niños a la altura de Bilbao le acosaron. Ella respondió hiriendo gravemente a uno con una piedra. Piojos, chinches y pulgas fueron sus compañeros en aquella breve experiencia carcelera que, a cualquier espíritu común, le habría persuadido de no meterse en más riñas. La primera estancia de Erauso entre barrotes duró el tiempo que se recuperaba el joven apedreado. El paje siguió al servicio de varios hombres prominentes en los siguientes años. Un día se decidió a regresar al convento de San Sebastián para oír misa y, de paso, confirmar su metamorfosis. Vestida de forma galante como mozo, no fueron capaces de distinguirla ni las monjas ni su madre, que se la quedó mirando como queriendo comprender quién era aquel muchacho que le resultaba tan familiar.

Al igual que con su padre, aquella reunión familiar parece que le indujo a alejarse aún más de su hogar. En 1603 embarcó en Sanlúcar en un galeón del capitán Estevan Eguiño (otro primo hermano de su madre, que tenía más familiares que estrellas el cielo) con dirección al Nuevo Mundo. Sin saber que era su tío, el capitán vasco trató con gran cariño a aquel grumete y le enseñó el oficio desde cero. Resulta complicado comprender cómo pudo esconder su auténtico sexo en un espacio tan estrecho como un barco, donde se comía, defecaba y se lavaban todos sin ningún tipo de intimidad. En la ciudad mexicana de Ciudad de Dios atracó el galeón para recoger la plata de unas minas próximas. El grumete Francisco Loyola agarró quinientos pesos y saltó a tierra con la excusa de que el capitán le mandaba realizar unas tareas en vísperas de que la flota partiera a España.

Señaló el conquistador Francisco Pizarro que volvieran los que quisieran a Panamá a ser pobres. Francisco Loyola se lo tomó al pie de la letra medio siglo después: tres meses bastaron para que se gastara la plata en el país caribeño. Sirviendo a un comerciante en Perú, sobrevivió a un naufragio —lo que ocurría tan a menudo que ya era como un sello para demostrar que habías cruzado el Atlántico — y se puso después al frente de un puesto comercial en Saña, en

un territorio fértil del Perú. Francisco Loyola se había propuesto vivir deprisa y no estar mucho tiempo en un mismo lugar, a pesar de lo cual los problemas le acompañaban allí donde fuera.

Porque puede que fuera una mentirosa, una ladrona; pero también una mujer de palabra, sin miedo, que no se arrugaba si tenía que defender su honor. Cierto día mientras asistía a una comedia de teatro, un fulano llamado Reyes le tapó la vista, y ella se lo recriminó primero de buenas maneras, según refiere, y luego de muy malas. Tal que Reyes le amenazó con cortarle la cara con una daga allí mismo si no se marchaba, lo cual hizo Loyola por recomendación de sus amigos. El incidente hubiera quedado en un riña, olvidada y sin importancia, si el tal Reyes no se hubiera mostrado cerca de la tienda unos días después. El vasco, o más bien la vasca, cerró la tienda, afiló sus armas y se lanzó al asalto de Reyes, que estaba acompañado de otro hombre:

—¡Ah, señor Reyes! —gritó, a lo que se volvió él extrañado.

—¿Qué quiere?

—Esta es la cara que se corta —afirmó la vasca antes de lanzar una cuchillada en el rostro de Reyes.

Francisco Loyola se las vio también con un acompañante de Reyes armado con una espada. Le hirió, tras lo cual se refugió en la iglesia del lugar pidiendo asilo sagrado. Las iglesias se utilizaban como refugios sagrados, frente a los cuales la justicia ordinaria no alcanzaba a entrar. La parte donde acudían los criminales era el patio o claustro contiguo, que a menudo se convertía en un punto de fechorías que habrían sonrojado incluso a los mercaderes del Templo de Herodes. Al corregidor local, sin embargo, no le frenó en esta ocasión que estuviera en sagrado y le sacó a rastras hasta la cárcel. Le puso grilletes y cepo, en previsión de que iba a estar un largo tiempo en prisión. El comerciante al que servía, Juan de Urquiza, intercedió para que no fuera así. En una situación típica de las novelas picarescas, Urquiza ofreció a Loyola que se casara con una dama de su servicio, emparentada con la esposa de Reyes, para poner fin al pleito surgido en el teatro. De ahí que a la salida de

prisión la citada dama se excediera en caricias con el mozo vasco e insistiera, «a pesar del diablo», en que durmiera aquella noche en su cama. Es decir, una propuesta deshonrosa frente a la que el héroe picaresco habría de contestar no, porque era mejor ser pobre que renunciar al honor. En el caso de una mujer que se hacía pasar por un hombre, resultaba además, la única opción para mantener oculto su secreto.

Acorralado una vez más, el vagabundo vasco rehusó la oferta de matrimonio y se trasladó a otra ciudad. Ancha es Castilla, pero más lo eran sus posesiones en América. Se estableció en Trujillo en otro puesto comercial del mismo hombre, hasta que un fantasma de su pasado reapareció. Si Erauso no iba a Reyes, Reyes iría a Erauso. Dos meses después se presentó ante su nueva tienda el villano, que a la cuchillada sumaba la ofensa a la familia de su esposa, acompañado de dos compinches, uno de ellos el herido en el anterior choque.

Cuenta la Monja Alférez que el choque de ella y un negro a su servicio, frente a los tres forasteros, se saldó con la muerte del amigo de Reyes. La lucha se prolongó, con heridas en los dos bandos, hasta que irrumpió el corregidor. Quiso la suerte que este fuera vizcaíno y que escuchara a Erauso hablar de aquella tierra común cuando la trasladaba a la cárcel. Ya en ese tiempo había pugnas y banderas en América entre vascongados, que acostumbraban a alinearse con los portugueses y otros europeos, y en el otro bando, andaluces, castellanos, extremeños, criollos y mestizos. El corregidor insinuó en euskera a Francisco Loyola que, a la altura de la iglesia mayor, miraría hacia otro lado si decidía zafarse.

Acogerse a sagrado permitió a la vasca ganar algo de tiempo. El homicidio podía costarle un largo periodo en la sombra, por lo que se escapó a Lima, la Ciudad de los Reyes fundada por Pizarro, para entonces convertida en una metrópolis de dignidad regia. Allí sentó plaza de soldado en la compañía del capitán Gonzalo Rodríguez, que formaba parte de los 1.600 hombres levantados para conquistar el

último reducto opuesto al poder español en Sudamérica, la última frontera con lo salvaje: Chile.

CHILE, LA FLOR DE MIS GUZMANES

En una ocasión, el emperador Carlos V resumió con tono satírico la última asignatura pendiente de España en Sudamérica: «Chile le cuesta al Imperio la flor de mis guzmanes». Esto es, «la conquista de Chile se ha llevado mis mejores soldados». A la desastrosa expedición de Almagro le tomó el relevo Pedro de Valdivia, en 1546, que pobló grandes extensiones hasta el Estrecho de Magallanes y, en última instancia, combatió a los temidos indios mapuches. Este pueblo autóctono del sur del continente mostró una belicosidad inédita y una gran capacidad para adaptarse al combate con europeos, una suerte de guerra de Flandes en América. Las sucesivas luchas entre los conquistadores españoles del Perú retrasaron aún más la respuesta contra este dispuesto enemigo. No obstante, a finales del siglo XVI el empuje de miles de hombres había hecho que una red de poblaciones y fuertes españoles saltearan Chile, si bien persistía la guerra de guerrillas con los mapuches. La colonización parecía avanzar por buen camino, hasta que ocurrió el desastre de Curalaba.

El 23 de diciembre de 1598, el gobernador Martín Óñez de Loyola, ciento cincuenta españoles y trescientos indios aliados fueron masacrados cuando acudían a auxiliar a varios fuertes en la zona más austral de Chile. La silenciosa emboscada tendida al alba sorprendió por completo a los europeos, que en algunos casos acabaron despeñados por un barranco en la huida, y al gobernador, que ni siquiera tuvo tiempo de ponerse su armadura antes de que lo cazaran. El caudillo enemigo, Pelantaro, sumó el cráneo de Óñez de Loyola a los trofeos macabros de su pueblo, que ya guardaban la cabeza de Pedro de Valdivia como un tesoro. Después de varias décadas de lucha contra los españoles, los mapuches eran diestros en el manejo de la caballería y las armas de fuego y maestros de la

emboscada. Además, su obstinación parecía ilimitada. Lo encarna mejor que nadie el ejemplo del guerrero Galvarino, al que los españoles le cortaron las manos para evitar que combatiera más y apareció en las siguientes batallas con cuchillas atadas a los muñones.

El derrumbe español desencadenó el abandono masivo de varias ciudades y fuertes por todo el territorio sureño, así como una rebelión generalizada que planteó si al Imperio español le merecía la pena tantos quebrantos por un territorio considerado inhóspito. Al borde de la desaparición de la colonia, en el verano de 1600 desembarcó en Valparaíso Alonso García de Ramón, nuevo gobernador de Chile, dotado de un carácter enérgico. Se esperaba de él que recuperara algunas de las ciudades arrasadas por los indios y, de paso, algo del prestigio perdido. La operación tuvo éxito e incluso se pudo rescatar a unas cuantas mujeres españolas secuestradas; sin embargo, el cambio de reinado en España amenazó sus avances. El nuevo rey, Felipe III, ordenó el relevo del gobernador de forma abrupta para sustituirlo por Alonso de Ribera, otro soldado valiente, aguerrido y curtido en las guerras de Flandes e Italia. A pesar de las intrigas madrileñas, el cambio no afectó a la campaña punitiva contra los mapuches.

El verdadero obstáculo era la falta de una fuerza profesional. A la vista del mal estado de la infantería, Ribera propuso al rey la creación de un ejército permanente para Chile que se valiera de las tácticas que habían hecho de España una potencia militar en Europa. Los Tercios de Arauco, formados por cerca de 3.000 soldados, fueron el primer ejército permanente en América y el responsable de que la guerra con los mapuches entrara en una fase de combates fronterizos. Creó talleres para abastecerse de material militar y estableció una serie de fortificaciones para repartir a estos soldados. Con todo, la obra de Ribera se vio interrumpida por nuevas interferencia desde Madrid. Casado sin licencia real con una tal señora Aguilera, Ribera fue destituido del cargo y destinado a gobernar la provincia de Tucumán (en Argentina, hoy), un cargo

menor que ejerció de forma tan excepcional que, en 1612, recuperó el gobierno de Chile. Lo más curioso del caso es que su antecesor, Alonso García de Ramón, fue también quien le sucedería luego, en 1605, y al que remplazaría de nuevo años después. Un auténtico galimatías cortesía de Madrid.

La Monja Alférez entró en las filas de este proyecto de ejército permanente durante la primera gobernación de Ribera. En la ciudad de Concepción, el soldado vasco supo que uno de sus hermanos, Miguel de Erauso, que había cruzado el océano cuando ella tenía dos años, era secretario del gobernador. Frente a la mujer disfrazada, el hermano pródigo no supo distinguir quién estaba debajo del disfraz de varón, pero se alegró de dar con un compatriota y rememorar los paisajes de su infancia. La otrora monjita trabó amistad con su hermano y, de tanto roce, acabó enfrentado a él por un asunto de faldas.

Catalina de Erauso era soldado en todo, también en sus romances. En Saña había esquivado casarse e intimar con una mujer porque, se suponía, podía echar al traste su falsa identidad. Sin embargo, poco después relata que un comerciante en Lima le pidió que se marchase de su casa porque se había pasado en el juego con dos doncellas hermanas. Especialmente con una había retozado y jugueteado entre sus piernas. Porque o bien Erauso se sentía atraído de forma sincera por las mujeres y le costaba refrenarse; o bien creía que cortejando a bellas damas sostendría mejor su falsa identidad. Sea como fuere, la riña con su hermano por frecuentar a la misma dama se resolvió con su traslado a Paicabí, un puesto en pleno contacto con los temidos mapuches.

No habría espacio aquí para riñas y líos de faldas. Tras una breve pausa en el conflicto, Pelantaro inició una nueva rebelión en 1608, que tuvo como objetivo predilecto la Valdivia, un territorio instalado más allá del río Biobío, última frontera del Imperio en el que nunca se ponía el sol. Catalina de Erauso narra cómo fueron cercados 5.000 españoles en los llanos de Valdivia. En uno de los ataques mapuches quedó muerto el alférez de su compañía y los

indios se llevaron la bandera. La vasca y dos soldados a caballo fueron en persecución de los asaltantes y avanzaron entre una multitud de guerreros arrollándolos con los animales. Uno de los españoles fue lanceado, lo que no asustó a la brava Erauso.

A pesar de recibir un fuerte golpe en una pierna, la guerrera española mató al cacique enemigo que portaba la bandera y regresó sobre sus pasos, terreno que para entonces era una marea de mapuches cerrada tras de sí. Volver a las líneas amigas le costó sufrir tres flechazos y que una lanza le destrozara un hombro. Cayó del caballo a la altura de los suyos, entre los que estaba el rostro amable de su hermano, aunque este siguiera sin saber quién era en verdad aquel vasco pendenciero.

Tras batirse contra aquel jefe, Catalina de Erauso fue ascendida a alférez, el que mandaba la compañía en ausencia del capitán y se encargaba de defender con su vida la bandera, un blanco predilecto de los enemigos. Un puesto muy adecuado para alguien que había mostrado tan poco apego a su vida al defender la bandera entre flechazos. Lo que llevado al extremo empujó a algunos alféreces en Europa a sostener con los dientes la bandera tras perder ambos brazos, a pesar de que solo el asta pesaba cerca de cinco kilos. Opuesto fue el caso de uno que en un asalto a Corbeil, en el norte de Francia, desobedeció las órdenes de quedarse en retaguardia cuidando la enseña y se la entregó a un compañero para lanzarse a la brecha. Cuando el capitán le recriminó haber abandonado la bandera, el alférez se justificó diciendo que la había cedido a una persona de su confianza y le recomendó que, si no le gustaba su decisión, «proveyese la bandera en otro que tuviera más paciencia o que hiciese lo que quisiese, que él no podía dejar de pelear». Poco después perdió un ojo peleando.

Catalina necesitó nueve meses para reestablecerse de sus heridas. Ya recuperada, participó como alférez en la batalla de Purén (1609), un combate campal contra los mapuches que estuvo cerca de devenir en derrumbe del frente español. La disciplina de las tropas europeas frenó a los mapuches con un alto costo de soldados

heridos. El alférez fue aquí alcanzado varias veces por las flechas indias. Catalina justifica que no le dieran la capitanía de la compañía, a pesar de su arrojo y cicatrices, a que durante un enfrentamiento con un caudillo indio cristianizado, de nombre Francisco Quispiguancha, lo derribó del caballo y ordenó que le colgaran de un árbol sin hablarlo antes con el gobernador. Los mandos querían vivo a aquel raro espécimen entre el cristianismo y el mundo salvaje. Por aquella ejecución, la vasca fue destinada una temporada a la fortaleza de Nacimiento, «bueno solo en el nombre, y en lo demás una muerte, con las armas a toda hora en la mano». Un pueblo situado más allá del río Biobío que, tras la rebelión de 1601, había quedado reducido a unas barracas defendidas por un foso rodeado de estacas.

De aquel agujero fue sacada por el legendario maestre de campo Álvaro Núñez de Pineda, que participó en más de cuarenta campañas en Chile y causaba pavor a los indios. El maestre de campo lanzó una ofensiva en el valle de Purén para combatir a las guerrillas, en la que intervino la Monja Alférez. Aun cuando su supuesta biografía pueda sonar fabulosa, e incluso inconsistente en algunos puntos, por los informes de la campaña de Chile se sabe que Catalina de Erauso estuvo en las citadas batallas y que recibió un gran número de heridas. Las cicatrices que poblaban su cuerpo y el testimonio de sus jefes confirman que se colocó en ellas en la primera línea y actuó siempre de forma intrépida. Sería un error que las exageraciones impidan ver el bosque.

Los pobres resultados de la ofensiva militar condujeron a España a asumir una estrategia defensiva. El esfuerzo evangelizador pretendió alcanzar las zonas donde las armas europeas se habían revelado inútiles. El nuevo tiempo dejó fuera de lugar a la clase de homicidas profesionales como el alférez Francisco, muy apreciados durante la guerra, no así cuando paraban de tronar los disparos. Su carácter pendenciero y su afición a las cartas, algo habitual entre los soldados españoles de la época, malogró su carrera en el ejército y, finalmente, arrojó a la justicia sobre ella. El relato de un incidente en

una casa de juego de Concepción, origen de una nueva y gran huida, roza por momentos lo fabuloso. Un infeliz le acusó de mentir como un cornudo en las cartas, a lo que la joven no dudó en sacar la espada en defensa de su honor. Al sonido que hace un acero atravesando el pecho de un facineroso, acudieron el auditor general y un puñado de soldados, que entre todos lograron reducir a la mala bestia vasca. Pero aquella victoria duró un soplido:

> El auditor me cogió por el cuello de la ropilla [vestidura sobre el jubón], yo con la daga en la mano le dije que me soltarse; zamarreóme; tiréle un golpe, y atraveséle los carrillos; teníame aún: tiréle otro, y soltóme; saqué la espada, cargaron muchos sobre mí, retiréme hacia la puerta, había algún embarazo, allanélo y salí…

Entre «tireles» y «soltomes» perdieron la vida durante la riña el auditor y un alférez, además del desdichado que se había atrevido a insultar a Catalina. La Monja Alférez se refugió en el convento de San Francisco, que fue cercado por tropas del gobernador de Chile, a la vista de la gravedad de los hechos. Cuando pasados unos meses se empezaba a aflojar la vigilancia, la vasca cuenta que se involucró en un duelo por parejas en las calles sin iluminar de Concepción. Al final de la lucha, solo se batían ya ella y otro bellaco, cuyo rostro no se distinguía en la oscuridad. «¡Ah, traidor, que me has muerto!», gritó el rival de la Monja Alférez con una voz demasiado familiar… En un desenlace novelesco, Catalina de Erauso mató a su hermano Miguel sin saberlo. Mató a la única persona en su andadura en América hacia la que pareció sentir alguna clase de apego.

EL CAMINO A TRAVÉS DEL DESIERTO DE UNA CABALLERA ANDANTE

El nuevo crimen de la monja agotó la paciencia del gobernador, que irrumpió dentro del convento con su guardia arrollando hasta a los monjes. Catalina de Erauso partió hacia Valdivia, en la creencia de que cuanto más se internara hacia el sur del río Biobío menos poder tendría la justicia. Junto a otros fugitivos caminó a través de la costa sobreviviendo a la falta de comida, agua y, cerca del sur, al frío

extremo. A través del desierto, Catalina perdió al cabo de unos días a sus acompañantes, acabó descalza y harapienta, y solo dio con hombres congelados de «bocas abiertas como riendo». A duras penas llegó con un aliento de vida a Tucumán, tras superar las amenazantes cordilleras de los Andes que separan hoy Argentina de Chile.

Una terrateniente mestiza le ofreció comida y ropa para que se curara de sus heridas. La Monja Alférez aceptó la oferta y se dejó agasajar, pero pronto añadiría esta mestiza a la larga lista de personas afrentadas a su espalda. La India, como así la cita, le propuso que se casara con su hija, «muy negra y fea como un diablo, muy contrario a mi gusto, que fue siempre de buenas caras». Tras dos meses dilatando la fecha de la boda, un día, sin más, robó una mula y se perdió en el horizonte.

A Catalina le gustaban las mujeres de buenas caras, del mismo modo que a las mujeres parecían gustarles la suya. De pelo negro corto, pero con melena, y de físico abultado; la transformación de la vasca en un hombre iba más allá de un simple disfraz. Según le confesó a Pedro de la Valle, no tenía pechos prominentes gracias a que siendo adolescente logró «secarlos» con un método que le dio un italiano. Aquello le causó gran dolor al aplicarlo, siendo de total efectividad como confirmarían todos los que la conocieron. Lo agitado de su vida y su espada en la cintura explican en lo demás su éxito con las féminas. En el siglo XVII la pose galante y la fama en el combate parece que garantizaban la atención de las doncellas. O casi siempre. Cuentan que un soldado de la época, al estilo del ciego del *Lazarillo de Tormes*, iba golpeando y reprendiendo a su paje: «¿Di, bellaco, cuántas veces te he mandado que no andes a cada paso publicando mi valor; porque, oyéndolo las mujeres no se pierden por mí, de suerte que más me cuesta mostrarlas la magnificencia de mi ánimo, que no en tomar ciudades y matar enemigos?».

A la búsqueda de su particular mito de El Dorado, la Monja Alférez se unió a una expedición auspiciada por el gobernador de

Potosí para dar con los Chuncos, una población frecuentada por una tribu hostil. Los aventureros sin hogar al que volver y de vidas amargas eran carne de cañón para este tipo de fábulas doradas. Sin embargo, aquella zona peruana no era ningún mito, sino uno de los rincones donde se ha hallado más oro a lo largo de la historia y, en concreto, la mayor pepita producida por la naturaleza, «cuatro arrobas y libras» de peso que acabaron en manos del emperador Carlos.

En el umbral del viejo mundo que representaban los conquistadores y exploradores en Perú, la Monja Alférez y un puñado de hombres se internaron en la selva y vivieron las desgracias que reserva la inmensidad verde. Al inicio del viaje, cincuenta mulas con municiones y suministros se despeñaron junto a doce hombres. Sin comida la marcha se torció aún más cuando se sumaron a la ecuación los indios hostiles. El maestre de campo al frente de la expedición, Bartolomé de Alba, se retiró la celada para secarse el sudor que caía a borbotones por sus sienes tras una marcha sin descanso. Un error que pagó caro, cuando de un árbol salió un niño de doce años y le disparó una flecha a un ojo. Alba falleció a los tres días, dejando huérfano de mando al grupo. Al muchacho le hicieron «diez mil añicos».

Los españoles lograron rechazar las hordas de indios que vinieron a continuación, como si se hubieran sentado en la misma entrada de un hormiguero. La sangre de los indios muertos creó un arroyo de color rojo. Con todo, el desenlace de aquella aventura por el Perú fue lucrativo para el alférez Francisco. Antes de que el gobernador les pidiera regresar sobre sus pasos, los españoles hallaron gran cantidad de oro y pudieron «llenar sus sombreros» con este metal. Tras ello hizo lo que mejor sabía hacer: Catalina desapareció y se pulió el oro en toda suerte de correrías.

Las malas compañías, los tugurios de juego y el carácter de Catalina le garantizaron riñas y una celda fría en cada ciudad que visitó a lo largo de los años. Bastaba una mala palabra o un golpe con el sombrero para que la bien armada monja sacara su espada o

su vizcaína y apuñalara al fanfarrón de turno. El reguero de muertos en duelos fue el gran legado de una mujer que murió virgen, no cultivó tierras ni se construyó casa alguna. Algunas fechorías fueron causadas por el espíritu caballeresco de esta mujer disfrazada de hombre. En cierta ocasión —relata Catalina— se topó en las calles de Cochabamba con una damisela en una torre resguardada por un dragón, María Dávalos, a la que su esposo, Pedro de Chavarría, había sorprendido con un amante. El hombre mató al mancebo y encerró a María en su casa mientras decidía si la estrangulaba él mismo.

Al ver al alférez vasco, la mujer encerrada le rogó que la ayudara a huir, y Catalina, impulsiva para lo bueno y para lo malo, la subió en su montura y cabalgó hasta el anochecer lejos de Cochabamba. Con toda probabilidad salvó su vida. La legislación era muy laxa con la reacción a las infidelidades en tiempos del Siglo de Oro español. La ley facultaba al marido ultrajado para matar a la mujer adúltera y a su amante si los sorprendía en el acto. Si era la justicia la que descubría el adulterio, entregaba a los dos culpables al marido para que los matara, los hiciera esclavos o incluso los liberara. Hasta el punto de que la literatura del periodo está repleta de casos en los que el marido cornudo lleva a su mujer a confesar o elige una festividad religiosa antes de asesinarla en su casa con el beneplácito de la justicia.

Para suerte de María Dávalos, a la Monja Alférez lo que pensara la justicia le importaba un bledo, de la misma manera que le daba igual cometer un nuevo homicidio si el marido no estaba conforme con la fuga. Y la verdad es que no lo estaba. A pesar de cabalgar hasta quedarse sin luz del sol y de atravesar el Río de la Plata, el alférez se asombró al ver aparecer a Pedro de Chavarría con un arcabuz en las manos. Nunca hay que subestimar la fuerza de un cornudo, como nos enseñan Calderón de la Barca en *A secreto agravio, secreta venganza*, Lope de Vega en *El castigo sin venganza* o Quentin Tarantino al inicio de *Kill Bill*. La vasca y su damisela escaparon entre los silbidos de las balas del cornudo Chavarría.

Lograron llegar al convento de San Agustín, en la ciudad de La Plata, donde era monja la madre de María Dávalos. Allí estaban resguardados cuando se personó Chavarría, con la espada en la mano y el arcabuz echando todavía humo, cual Rambo cornudo. La lucha de Catalina y Chavarría se trasladó incluso al altar de la iglesia, con ambos heridos de gravedad.

Mientras se curaba de sus heridas, Chavarría insistió desde su cama en que se le entregara a su mujer para que él hiciera justicia. A tal punto llegaron sus reclamos que el arzobispo y otros notables de la ciudad tomaron partido, de modo que a imitación del rey Salomón, ordenaron que esposa y marido entraran en dos conventos para apagar el incendio. Así lo hicieron. La Monja Alférez, por su parte, se libró de cualquier querella al actuar en buen socorro. O al menos eso dictaron los aprendices de Salomón.

Otra vez la Monja Alférez había caído de pie. Siempre encontraba la forma de librarse en el último momento de una pena larga de cárcel o de la muerte, a tal punto que en una ocasión tuvo la cabeza metida en la horca y no fue ejecutada porque se retiraron los cargos contra ella. Un recurso típico de la novela picaresca que no desluce la certeza de que la vasca acumuló una hoja de delitos negra como el azabache y larga como un día sin pan. La suerte no le podía así durar eternamente.

LA OTRA MUERTE DEL CID: «PERRO, ¿TODAVÍA VIVES?»

La tregua de los doce años entre el Imperio español y las Provincias Unidas fue beneficiosa desde el punto de vista económico para ambos países en territorio europeo, porque ambos contendientes pudieron tomar aire tras varias décadas de lucha interrumpida.

Sin embargo, no se puede decir lo mismo en el resto de escenarios, especialmente en el Pacífico, de cuyo comercio se enriquecía el Virreinato del Perú a través de El Callao. Ni de los intereses portugueses en estas mismas aguas. Amparados en que se trataba de piratas aislados, los holandeses no reconocían treguas

más allá de Europa y aprovecharon el respiro para remover tierras y aguas que hasta entonces parece que hubieran caído en propiedad de españoles y portugueses por el testamento de Adán y Eva. Durante los años de tregua, los barcos holandeses comerciaron el doble de pimienta asiática que los portugueses y extendieron sus tentáculos por el Pacífico, hasta entonces llamado «el lago español».

En otra muestra de la polivalencia de la Monja Alférez, tan pronto un soldado, un fugitivo, un comerciante como un cazarrecompensas o un ganadero, se embarcó en el puerto de El Callao en uno de los cinco bajeles que, en 1615, defendieron las costas del Perú de un ataque holandés. Ocho barcos de guerra, al mando de Jorge Spilberg, asaltaron el Mar del Sur y, desde el Estrecho de Magallanes, sembraron el terror en la costa pacífica de Sudamérica como un siglo antes habían hecho los ingleses en la costa atlántica. La falta de recursos del Imperio español para defender un territorio tan vasto era la mejor baza para esta suerte de corsarios. Spilberg (a solo una vocal del director de cine) echó a pique la flota real, hundiendo al menos tres navíos y con ellos a la mitad de los 4.000 soldados embarcados. Según el testimonio de la Monja Alférez, subida en la almirante, de su tripulación sobrevivieron tres personas, que se salvaron al nadar hacia un navío enemigo. Durante veintiséis días, el alférez fue el objeto de burlas y desprecios de los piratas, pero al final los tres prisioneros fueron abandonados en la costa, no lejos de El Callao.

Tal vez la derrota contra los holandeses fue una señal de que su fortuna estaba cambiando. En Cuzco, ciudad que rivalizaba en poder con Lima, se enemistó en una casa de juego con un rufián llamado *el nuevo Cid*, moreno, velloso y de gran envergadura. Nada nuevo en su vida: un mal perdedor que termina por ofender a Catalina y ella saca su acero a pasear. El insulto fue respondido, esta vez, con una daga clavada sobre la mano del Cid contra la mesa. Se la sacó entre borbotones de sangre y llamó a cuatro amigos. Tirándole una estocada al pecho descubrió que, para mayor dificultad, el bellaco Cid estaba armado bajo la ropa. Solo cuando dos vizcaínos se

sumaron al combate, la Monja Alférez pudo recuperar terreno. Con esto, Catalina de Erauso bajó la guardia y aquel Cid de pelo en el pecho le atravesó con una daga la espalda de lado a lado y, en una segunda puñalada, le penetró un palmo. Cayó a tierra, que era en ese momento un charco de su propia sangre.

El Cid y sus esbirros dieron por muerta a la vizcaína. Claro está, que no conocían la naturaleza vengativa de Erauso ni su fuerza vital. El Cid debió de quedarse pálido al ver levantarse moribundo al alférez de rostro dulce pero mirada terrible. Apenas acertó a preguntarle:

—Perro, ¿todavía vives?

Al reanudarse el combate la mujer disfrazada de hombre le tiró una estocada letal al Cid, que le entró en la boca del estómago y no le dejó más oportunidades que pedir un confesor. El Cid de Cuzco murió poco después. Herida de gravedad, la Monja Alférez reveló, por primera vez en su vida, su gran secreto a un sacerdote ante la negativa del cirujano a curarla si no confesaba primero sus pecados. El confesor absolvió a la Monja Alférez y se asombró con su engaño. La vida secreta del alférez tenía ya fecha de caducidad.

Recuperada milagrosamente de sus heridas, la persecución de Erauso se olvidó de treguas en los siguientes meses. Allí donde iba se encontraba con algún alguacil con orden de arrestarla o a las autoridades prevenidas para tenderle una trampa. En una casa de juego de Guamanga escapó de milagro de unos alguaciles, que parece que sabían de antemano lo que buscaban. Estaba claro que aquellos lugares eran su perdición y la de miles de españoles. Por todo el Imperio español se extendían estos locales de juego, llamados casas de conversación, donde vividores, parásitos, aventureros, ociosos y en gran número soldados, se gastaban los ahorros. Estas casas contaban con la autorización real y su seguridad quedaba a cargo de soldados lisiados en las guerras del rey. No obstante, Erauso también era asidua de los garitos clandestinos, que estaban infectados de tramposos y fulleros, destrísimos en la tarea de «dar muerte a las bolsas». Las fullerías y

los robos daban pie a toda clase de pendencias, sobre todo cuando se descubría infraganti una trampa (a lo que se llamaba «descornar la flor»).

Tras la emboscada en la casa de juego lo suyo hubiera sido marcharse ese mismo día del lugar. No lo decidió así y una noche dio de bruces con dos alguaciles. Cuando le preguntaron por su nombre en medio de la oscuridad, su respuesta fue seguida del sonido de los aceros desenvainando:

—El diablo.

El incidente despertó a las autoridades, que acudieron, con el obispo y su secretario al frente, a dar caza al diablo. Le redujeron y desarmaron más por número que por habilidad, según relata Erauso. Solo cuando temió ser ejecutada por sus delitos acumulados, Catalina reveló su auténtica identidad y su condición de virgen al obispo de Guamanga, que le pareció un hombre piadoso. Frente a sus ojos magnánimos, no fue capaz de sostener la mentira ni un segundo más:

—Señor, todo esto que he referido a Vuestra Señoría ilustrísima no es así: la verdad es esta: que soy mujer…

Tras escuchar en silencio y sin pestañear la larga confesión de Catalina, el obispo rompió en lágrima viva y tardó aún en creer que fuera cierto. Dos matronas inspeccionaran en privado a la Monja Alférez, incluida su virginidad, para que el obispo dejara de frotarse los ojos. La noticia corrió como la pólvora por la población de Guamanga. Cuando el obispo pidió que ingresara en un convento local en calidad de monja, la gente se arremolinó en la entrada para ver a aquel guerrero feroz vestido con el hábito.

A partir de entonces se convirtió en un personaje *mediático*, recibida por las autoridades eclesiásticas allí por donde iba. Y, a finales de 1624, donde decidió ir es a España, tras pasar varios años en distintos conventos. Vestida otra vez de hombre, Catalina de Erauso trató de pasar inadvertida en la Península, lo cual no evitó que fuera prendida en Madrid durante unos días por no se sabe qué

causa. Intercedió el Conde-Duque de Olivares para que siguiera su viaje.

Se movió por Francia, Nápoles, Saboya, Roma y Génova con esa forma tan particular de atraer los problemas. Rara vez explica el objeto de su andadura, aunque a estas alturas de su aventura estaba claro que no necesitaba excusas para viajar ni podía llamar a ningún sitio hogar. Su caso era del interés de reyes y plebeyos. Durante una audiencia con Felipe IV, le presentó un memorial de sus servicios a la Corona y estiró la mano para que le premiara, omitiendo, obviamente, el servicio que había dado también a tantos alguaciles y corregidores.

De gesto pétreo, el monarca no pareció asombrarse ante aquel caballero llamado Catalina, aunque él rara vez exteriorizaba sus sentimientos. Se limitó a trasladar el asunto al Consejo de Indias, que resolvió darle una renta de ochocientos escudos de por vida, «poco menos de lo que yo pedí». En Barcelona se reunió una segunda vez con el rey, que demostró que esta vez detrás de la máscara facial había al menos admiración. La renta subió con esta segunda audiencia. Pero aún mejor fue el privilegio del papa Urbano VIII, quien concedió permiso a la Monja Alférez para seguir con su vida como hombre. Con este permiso se atrevió a responder poco después una grave grosería a dos muchachas que le preguntaron con burla hacia dónde se dirigía usando el nombre de Señora Catalina. El hombre bendecido por el Papa contestó:

—Señoras putas a darles a ustedes cien pescozones, y cien cuchilladas a quien las quiera defender.

Cansada de su popularidad, que en realidad era una suerte de asombro por lo que se consideraba en la época un *freak* de circo, Catalina de Erauso lanzó en 1630 su última bomba de humo. Vivió como un discreto arriero en México hasta sus últimos días. La tradición local asegura que murió transportando una carga en un bote.

11

EL DUQUE DE OSUNA, EL TEMERARIO

En los muros de su celda, el duque de Osuna daba vueltas a los errores y aciertos de su vida, como quien remueve en círculos una sopa demasiado caliente. Se acordó de su loca aventura en Flandes, de la carga de caballería contra enjambres de enemigos. De la piel suave de las mujeres que amó. Se vio también en el bullicioso puerto de Palermo, un hormiguero furioso de personas, haciendo el silencio a su paso entre soldados lisiados, mujeres lisonjeras, mercaderes bulliciosos, pescadores graves… en las calles sucias de Madrid que olían a vino y orina. Olores nauseabundos a humanidad castiza, pero mejor que el de aquellos días. Todo era mejor que mirar u oler alrededor. Algún desdichado había rasgado la fría pared de piedra hasta dejarse las uñas. La humedad era igual de asfixiante que dentro de una galera, pero sin la opción de tomar una bocanada de aire mediterráneo. Y también el espacio era igual de estrecho, incluso para alguien de su tamaño. Sí, atrapado al fin por sus enemigos en la prisión, el pequeño Gran Pedro solo podía pensar que cualquier pasado fue mejor.

Nacido en Osuna (Sevilla) el 18 de enero de 1575, Pedro Téllez-Girón y Velasco sería descrito por Miguel de Cervantes como un «señor muy pequeño que era muy grande», a causa de su baja

medida. Los españoles tenían fama de morenos, barbudos y pequeños, en un tiempo en el que la mala alimentación mantenía estancada la estatura media de los europeos. Pedro estaba incluso por debajo de la media española, que ya era corta, pero muy por encima en otras facetas. Empezando por su instinto político, sus habilidades militares, cierto talento para dar plantón a sus enemigos y por un sentido muy pragmático de la administración. Su vida y hechos no tardaron en convertirse en leyenda, entre otras cosas porque tenía buenos amigos literatos, véase el caso de Francisco de Quevedo, que le presenta como el ejemplo del perfecto servidor, honrado y valiente, de la Monarquía Hispánica cuando los corruptos y los conspiradores estaban desplazando a los héroes militares de la Corte madrileña. Por esta razón las biografías más tempranas de Pedro Téllez-Girón y Velasco están repletas de licencias literarias. Con o sin ellos, estaríamos hablando de un hombre inusual, de una energía fuera de lo común.

UN GRANDE DE ESPAÑA PERDIDO EN LAS TABERNAS

La infancia del sevillano se vio marcada por la figura de su abuelo, el primer duque de Osuna, hombre fuerte del reinado de Felipe II y virrey de Nápoles por esas fechas. Su padre, Juan Téllez-Girón, sirvió también a la Corona y fue uno de los supervivientes de la Gran Armada contra Inglaterra. Un hombre que, según se percibía, no aguantaba en cuanto arrojo la comparación con su esposa, Ana María de Velasco, hija del condestable de Castilla. «Si Doña Ana se troncara en Don Juan y Don Juan en Doña Ana, se vería en la casa de Girón un caballero de gran valor y una dama de mucha piedad», murmuraban en la Corte.

El fruto de aquel caballero y aquella dama estudió retórica, filosofía y leyes en la Universidad de Salamanca. Se le achaca ya en su infancia un espíritu burlón y de chiste fácil. Por expreso deseo de su abuelo, que quería un nieto de «capa y espada», tampoco descuidó la faceta militar en su formación. Mientras se movía por la

escena diplomática, Pedro Téllez-Girón y Velasco anunció de forma clara que sus intereses estaban en las empresas militares al tomar partido, a los catorce años, en la guerra contra los rebeldes aragoneses de 1590.

En abril de ese año, el antiguo secretario del rey Antonio Pérez escapó de su prisión en Madrid y huyó a Zaragoza, donde se agarró a la protección de los fueros por ser «natural de Aragón». Felipe II, desesperado por la lentitud de la justicia aragonesa y porque no creía probable que le entregaran a Pérez, usó un tribunal al que los fueros aragoneses y la justicia aragonesa no podían oponerse: la Inquisición. En mayo de 1591, Antonio Pérez fue trasladado de la prisión de la justicia a la de la Inquisición. La decisión provocó una revuelta en Zaragoza, conocida como «Revuelta de Antonio Pérez» o «Turbaciones de Aragón», que derivó en una grave crisis en este reino por la defensa de los fueros mientras Pérez aprovechaba la confusión para huir de la Península Ibérica. La revuelta en Aragón, que no contó con el apoyo de los catalanes ni los valencianos, obligó a Felipe II a movilizar a un ejército de 12.000 hombres y a restaurar el orden en Zaragoza.

El desaguisado fue rápidamente solucionado y el joven tuvo un fugaz bautizo de armas de la mano de don Íñigo de Mendoza, al que asistió en el avance triunfal del ejército real. Así y todo, la mayoría de historiadores cuestionan este episodio en la biografía de Osuna, al carecer de más testimonios que el de Gregorio Leti, historiador italiano de conocida pasión por lo maravilloso y la exageración. Sus textos sobre Osuna trufan de fantasía lo que fue una biografía fascinante, sin necesidad de sus invenciones, complicando la labor de los historiadores.

Téllez-Girón se comportó como un calavera en su juventud. Vino, vio y vivió. Se convirtió en un pícaro, un mujeriego y, aseguraban sus enemigos, un libertino. Al más puro estilo de los ambientes subterráneos de Alatriste, el joven se mostraba valiente, en ocasiones temerario, y muy amigo de bromas y tabernas. La proyección exacta del caballero de espada ropera y sombrero de la

época, que fue recogida después de su muerte por Cristóbal de Monroy y Silva en la comedia que tituló *Las mocedades del duque de Osuna*. Con dieciocho años se vio involucrado en el homicidio del hermano de un mercader flamenco, si bien logró librarse de litigios indemnizando a la familia del muerto. Todo ello mientras alternaba romances con algunas de las actrices más conocidas del momento y duelos de madrugada para defender su honor.

Se le supone buen duelista a Osuna: a pesar de sus muchos lances, alcanzó la vejez con todas las extremidades. Y desde luego, era un duelista castellano. El torso de frente, las piernas separadas, y la mano que no empuñara espada mejor que usara daga, capa, rodela o incluso sombrero, con tal de no tenerla desocupada. En la escuela de esgrima española era preferible quedarse manco de la izquierda que dejar un cadáver con manos de pianista, frente a la escuela francesa que empleaba la zurda para equilibrar el cuerpo.

La sucesión de escándalos del pequeño Pedro no le hubiera importado a nadie, salvo a los cornudos y a los villanos que mancilló con sus espadas, si no fuera porque él pertenecía a una de las casas más poderosas de Castilla, la segunda más acaudalada. Casi coincidió el ascenso de Felipe III al trono con la muerte del padre de Pedro Téllez-Girón, cediendo el testigo a la nueva generación de nobles llamados a dirigir el Imperio español. De casta le viene al galgo. El padre fue hallado muerto en Madrid, a finales de 1594, al parecer en casa de una prostituta en la calle de los Infantes, «estando allí para holgarse». En el caso opuesto del heredero onanista de la familia Leguineche, en *La escopeta nacional*; el Ducado de Osuna cayó muy joven en Pedro.

Un grande de España entretenido en tabernas, en aventuras galantes y en duelos, que, de tanto proponérselo, acabó desterrado, entre otros delitos, «por hacer correr toros por las calles y atarlos a las puertas de las casas, inquietando la ciudad, y por difamar algunas mujeres sobre las que había puesto los ojos»; y finalmente en la prisión de Cuéllar (Segovia). Temiendo que se le agotaran las cartas del Monopoly, de esas para «quedar libre de la cárcel», huyó

donde los ansiosos de acero acudían en su época. Se alistó en los Tercios de Flandes para estupor de sus contemporáneos.

«PARECIENDO MILAGRO QUE SALIERA ILESO ENTRE LAS BALAS»

La infanta Isabel Clara Eugenia y el archiduque Alberto, soberanos de los Países Bajos españoles, le recibieron con gratitud en su Corte de Bruselas, desde donde trataban de conservar el estado de paz en estos territorios. Eso al principio, luego no dejaron de preguntarse qué podían hacer con un grande de España que pedía alistarse en los tercios como soldado raso. Era habitual que los hidalgos integrasen la infantería o que algún noble medio pasara una breve temporada en sus filas, recibiendo una remuneración especial de 6.000 ducados al año, no así que uno de los nobles más poderosos del país quisiera comer gachas rodeado de piojos y sin un trozo de tierra seca a kilómetros a la redonda. El duque de Osuna sentó plaza a finales de 1602, con cuatro escudos de paga al mes, en la compañía del capitán Diego Rodríguez, del tercio del maestre de campo Simón Antúnez. En ese tiempo sirvió sin diferencia de los demás soldados; gastó mucho dinero de su hacienda y fue tenido por «padre, amparo y ejemplo de soldados y excelente capitán».

Claro está, que los soldados eran un bien preciado en los Países Bajos, indiferentemente de cuál fuera su condición social. Los archiduques habían traído estabilidad a la parte católica de Flandes, sin que eso implicara que los holandeses, cada vez más poderosos, cesaran en su particular guerra al Imperio español. El holandés Mauricio de Nassau, de gran talento militar, obtuvo avances en cada uno de sus choques con los ejércitos de Flandes. En 1601, los holandeses capturaron Rheinberg; en 1602 Grave y en 1604 Sluis. Instigado por los propios nobles católicos, el archiduque se propuso recuperar la ciudad católica de Ostende, «una espina en el león belga», para retomar la iniciativa. Un asedio que iba a alargarse durante tres años y costar decenas de miles de bajas a los

españoles, ante la dificultad de impedir la llegada de refuerzos a la plaza rodeada de mar y de un río por la mayor parte de su territorio.

Cuando puso pie en Flandes Osuna, la gran novedad en el teatro de operaciones estaba en la irrupción de dos hermanos genoveses, Federico y Ambrosio, procedentes de la prestigiosa familia de banqueros de los Spínola. Dos aventureros que entendían la guerra como una actividad lucrativa, una inversión que a largo plazo debía dar beneficios. La proliferación de empresarios militares durante la Guerra de los Treinta Años demostraría que estaban en lo cierto. Lo primero que probaron, sin embargo, fue el sabor a sangre que emanaba desde hacía décadas de aquella tierra húmeda. Federico empezó a suministrar por contrato hombres y barcos a las fuerzas españolas. Ambicionando un contrato mayor, convenció a su hermano Ambrosio para que le ayudara a reclutar un ejército de 4.000 hombres y conducirlo hasta Flandes. Ocho galeras y tres buques cargados de armas pusieron rumbo al asedio de Ostende, donde les aguardaba una emboscada holandesa. Una bala de cañón acabó con la aventura de Federico.

El duque de Osuna iba embarcado en esta misma flota y actuó con tan gran arrojo, según los testigos, que se granjeó el agradecimiento del otro Spínola superviviente. Al fallecer su hermano, Ambrosio elevó el negocio familiar a otro escalón. Su golpe de efecto en los asuntos bélicos vino con la conquista del puerto de Ostende. Sin experiencia militar alguna, Spínola obtuvo la rendición de la ciudad con maestría y aplicando sus conocimientos de matemáticas, fortificaciones e historia durante el asedio.

En poco tiempo, Osuna se ganó el respeto de los soldados, como en otro tiempo hicieran Julián Romero y otras paternidades del ejército. Entre 1603 y 1604, tomó parte en las negociaciones para terminar con los motines entre las tropas católicas. Negoció con los amotinados e incluso accedió a estar más de un año como rehén suyo para que se desbloqueara la situación. De hecho, parte del arreglo pactado con los amotinados corrió, en al menos 30.000

ducados, de su propio bolsillo. Lo que resultó decisivo para que Spínola completara la conquista de Ostente.

El duque de Osuna participó de forma entusiasta en la fase final del cerco a cargo de dos compañías de caballería, donde mostró de nuevo que le gustaba más esquivar balas que abrigarse de ellas. La caballería seguía sin ser el punto fuerte de los ejércitos hispánicos; y ya se había evaporado el efecto novedad de sus jinetes ligeros de los tiempos del Gran Capitán. Cada vez quedaba menos espacio para que se desarrollase la larga tradición ecuestre española. La prestigiosa infantería desdeñaba a los caballeros montados, lo que no deja de ser paradójico, porque sería esta la que precipitaría su ocaso. en Rocroi Así las cosas, se seguían conservando algunas unidades montadas, como las Lanzas de Ordenanza o las Bandas de Flandes, en cierta manera más una reminiscencia aristocrática que una caballería efectiva. «Se mantienen sobre todo para conservar las antiguas costumbres, por miedo de que si se rompen, muchos de los grandes hombres protestarán, porque la mayor parte de las compañías les pertenecen». En las campañas donde era imprescindible la caballería se completaba con fuerzas mercenarias o se levantaban compañías *in situ*, como fue en el caso de Ostende.

El ascenso de Spínola a la jefatura militar permitió que después de tres años, el 20 de septiembre de 1604, se completara la conquista de Ostende, cuyo alto coste en vidas, cerca de 50.000 hombres, hizo plantearse si había merecido la pena. Puede que al león belga le hubieran retirado una espina, pero al hispánico se le habían caído varios colmillos por el camino. La razón de ser del asedio fue terminar con aquella base marítima rebelde en el corazón belga y ganar prestigio, pero resulta que al mes de su caída se perdió La Esclusa, una plaza de características similares que había conquistado Farnesio en 1587. Tanta sangre en vano… Ambrosio Spínola buscó resarcirse en las siguientes campañas, con la caballería en vanguardia.

En octubre de 1605, a las órdenes de Luis de Velasco, capitán general de la caballería de Flandes, Osuna defendió de los rebeldes

Mulheim y el castillo de Broeck, al otro lado del río Ruhr. Cuando el archiduque Alberto revisó en su memoria de campaña los éxitos de ese año habló del comportamiento heroico del grande de España: «Excedía ordinariamente los límites de la prudencia y más que nunca lo hizo en la batalla de Broeck, entrando tan al centro del ejército enemigo, que estuvo un momento prisionero, habiéndole sujetado las riendas del caballo, y con todo se libró, pareciendo milagro que saliera ileso entre la lluvia de balas que le dispararon».

Durante una de estas temerarias cargas, en la plaza de Grool, en 1606, una bala le hirió en el dedo pulgar de la mano con la que empuñaba la espada. Una herida que no revistió gravedad, pero que se sumaba a otra debajo de un ojo y otra en una pierna, que le harían sufrir toda la vida de dolores crónicos. Sobre el coraje del duque se cuenta que un soldado español quedó rezagado en Grool, a la huida de los holandeses, y nadie lo vio salvo el duque, que prometió: «Señor soldado, yo libraré a Vuesa merced o moriremos juntos». Poco después de la conquista española de Grool, Mauricio de Nassau trató de recuperar esta misma plaza cuando se retiraban las tropas de Spínola, pero le sorprendió de noche el de Osuna introduciendo un refuerzo de ochocientos hombres.

Viajero y gran lector, el duque de Osuna aprovechaba cada oportunidad diplomática para visitar países extranjeros. Durante una pausa en el frente, se reunió en Francia con su tío el condestable de Castilla, enviado de Felipe III para cerrar un acuerdo de paz (beneficioso para España) con Inglaterra. Con su tío entró en contacto con otros ilustres nobles castellanos e internacionales, aunque no es probable que cruzara el Canal de la Mancha como algún autor ha sostenido. A decir verdad, el tío de Osuna fue en muchas cuestiones su mejor valedor en la Corte, el que maquilló sus desmadres y pactó con él que se marchara a Flandes.

Los pobres avances en la guerra forzaron al Imperio español a firmar una serie de treguas con las provincias rebeldes a partir de la primavera de 1606. Pronto, el condestable y su sobrino se convirtieron en los principales detractores de que dejaran de tronar

los cañones en Flandes. La infanta escribió una carta al duque de Lerma después de esta primera tregua advirtiéndole de que «quien más la abomina es el condestable, y no me espanta, porque está informado por parientes y amigos, que todos son interesados en la guerra, porque viven de ella y así están peor que con el demonio con todos cuantos tratan de paz». A la vista de ello, el astuto duque de Lerma procuró quitar de en medio a los opositores, y en 1608 Osuna estaba de vuelta en Madrid. Flandes no era ya país para soldados.

RESPONDER CON FUEGO AL FUEGO

No es que Lerma planeara liquidar a un grande de España; al contrario, le ofreció otra forma de vida. En Madrid, el duque recibió uno de los únicos diez collares de la Orden del Toisón de Oro que Felipe III entregó a nobles españoles durante su reinado y se convirtió, a pesar de su tibio pasado, en una figura fulgurante del ambiente palaciego. Durante su estancia en España asistió a fiestas, a solemnes misas e incluso rejoneó un toro en la Plaza Mayor de Madrid. Tras meses aquí, Lerma desveló al fin la contrapartida de sus prebendas poniendo sobre la mesa el matrimonio de una nieta suya con el hijo de Osuna, su heredero. Y es que los numerosos devaneos del noble habían corrido en paralelo a la triste historia de su esposa, Catalina Enríquez de Ribera, hija de una de las familias más ricas de Andalucía y nieta del conquistador Hernán Cortés. A ella le tocó aguantar las golferías de su marido como a quien se le enquista un pelo.

Aburrido de su paso por la Corte, Osuna extendió la mano, junto a otros pedigüeños de traje y sombrero con plumas, para lograr un buen cargo en el extranjero. En su carta a los Reyes Magos, esto es en el argot de la época, al «todocorrupto» duque de Lerma, ambicionaba ser nombrado gobernador de Milán. No siendo así, Pedro *el Grande* se contentó con recibir el virreinato de Sicilia en enero de 1610. Un reino en la máxima miseria y acosado por los

ataques corsarios. No era aquella la pieza más apetitosa de las que controlaba el Imperio español en Italia, pero Osuna suponía una incógnita como gobernante y carecía de experiencia como administrador. Se conocían su arrojo y sus cualidades militares, como también se sabía de su gusto por las mujeres y los escándalos. Por esas fechas, un emisario del duque de Parma en Madrid anotó que descartaba Milán para Osuna debido a su «humor extravagante» y «estar dedicado a las putas», a lo que veía más probable Sicilia por haber sido soldado en Flandes y estar este territorio repleto de sus veteranos. Sicilia era una bonita prueba para conocer si el noble era algo más que un soldado.

A diferencia de los tumultuosos Países Bajos, en los virreinatos de Nápoles, Sicilia, Milán (en este caso gobernación) y Cerdeña, territorios hispánicos en Italia se vivieron años de calma y apenas se registraron revueltas durante el reinado de Felipe II, incluso cuando Francia y Venecia aprovechaban la mínima ocasión para meter cizaña. Se puede achacar esta tranquilidad en la Italia hispánica a las similitudes culturales entre ambos países, a la permisibilidad de la dinastía de los Austrias con sus reinos periféricos o, sobre todo, y aquí entra el loco de Pedro, a la buena gestión de los sucesivos virreyes en estos territorios. Los virreyes, *alter ego* de los monarcas, constituyeron la columna vertebral del sistema español, y permitieron hacer copartícipe a la nobleza española de la empresa «imperial» y evitar que se arruinara por completo a consecuencia de la inflación que se vivía en España. Mecenas, militares, gobernantes y pequeños monarcas embadurnados de opulencia italiana. Juan Fernández de Velasco, en Milán; García de Toledo, en Sicilia; Pedro *el Grande,* en Nápoles. La historia de éxito del gobierno español en Italia es un asunto más de nombres propios que de una colectividad. Aun cuando no faltaron también los dirigentes excesivos, cretinos y corruptos.

Excesivo, por descontado. Corrupto, no es probable. Cretino, depende de a quién le preguntaran. El gran duque de Osuna halló a su entrada a Sicilia un reto a la medida de sus cualidades. La isla era

un lugar clave por ser uno de los grandes exportadores mediterráneos de grano y seda. Si bien se encontraba atrasada y destrozada por su posición como gran avanzada del Imperio español en la lucha contra piratas turcos y berberiscos. Además, la proximidad de la isla de Malta, la base de la Orden de San Juan, hacía a Sicilia responsable del abastecimiento y refuerzo de la última gran orden de cruzados europeos. De ahí que las dos prioridades de Pedro *el Grande* cuando puso pie allí fueran mejorar las defensas de Sicilia y terminar con el problema endémico del bandidaje, en algunos aspectos, un remoto germen de los grupos mafiosos que prosperarían siglos después.

Los grandes terratenientes tenían ya entonces cuadrillas a sueldo, que alistaban de entre los «guapos» espadachines que acudían a Sicilia procedentes de toda Italia. La estrategia para atajar la inseguridad consistió en reformar el derecho de asilo en lugares sagrados, que se había desvirtuado completamente, aumentar las penas y restringir las armas que se podían portar en público. Como anuncio de sus intenciones ejecutó a dos nobles, degollados en la plaza por haber ocultado a unos homicidas; pasó por la horca a siete asesinos, ladrones o incendiarios, y otros tantos fueron condenados a galeras. Su siguiente movimiento fue precisamente alimentar una flotilla de galeras para realizar el corso desde Sicilia.

Pedro *el Grande* aprovisionó y reforzó los fuertes costeros como primera medida contra los corsarios. Pero haciendo suyo el dicho, hoy deportivo, de que no hay mejor defensa que un buen ataque, entendió que solo atacando los nidos piratas podría mantener Sicilia segura. En su primer año creyó poder hacerlo con las nueve galeras de la flota del Reino de Sicilia, a cargo del incansable Octavio de Aragón. Su lamentable estado, sin pertrechos, ni víveres, ni gente, desengañó al duque: «Más parece que vienen de tierra enemiga que de España». Reunida la flota con la de Nápoles, Génova y Malta, la escuadra combinada no logró presa alguna ese verano. Don Pedro se convenció entonces de que aquellas grandes operaciones, lastradas por la burocracia y lo descompensados que iban algunos

bajeles, servían de poco frente al disperso enjambre corsario. Si quería llevar a cabo su plan de ataque debía ser con los recursos de su hacienda y de nuevos ingresos en el Reino de Sicilia.

Durante el invierno de 1611 levantó desde cero una flota de seis galeras, a las que armó hasta los dientes, y embarcó a los mejores oficiales disponibles. Todo ello sin tocar un solo ducado de la Corona, de modo que podía escoger sus objetivos y seleccionar la mejor tripulación sin prestar atención a patanes enchufados ni a consejeros melindrosos. Con el tiempo aumentaría los calibres de la artillería embarcada hasta las cincuenta libras de peso cada bala y también, a nivel tecnológico, introdujo por primera vez los anteojos de larga distancia que inventó Galileo. Primaba en su flota la calidad sobre la cantidad.

En la primera incursión «corsaria» de esta flotilla, el duque de Osuna malogró el que podría haber sido el primer ataque berberisco en las costas de América. A principios de 1612, las seis galeras se colocaron de noche, y de puntillas, en la boca del puerto de Túnez para estropear una expedición guiada por un renegado inglés. En medio de la oscuridad, entraron en el puerto las chalupas con cien mosqueteros embarcados, de modo que incendiaron siete naos y apresaron un navío de mil toneladas y otros menores. También de noche visitaron el puerto de La Goleta, cerca de Túnez, que saquearon y quemaron. La oscuridad de nuevo estaba del lado de los españoles, como lo está del hombre murciélago de Gotham.

En cuestión de meses las galeras de Osuna se multiplicaron, al igual que la envergadura de los objetivos. Octavio de Aragón salió a la caza de una flota de doce galeras turcas a finales de aquel primer verano en el que los españoles vivieron peligrosamente como corsarios. En el Cabo de Corbo dieron con la flota turca, que se encontraba en Grecia cobrando tributo a la población, y la desarbolaron gracias a su mayor fuego de artillería y a la puntería de los mosqueteros, considerados la élite dentro de la élite de los tiradores españoles. De ellos se decía en Flandes que entraban en acción a la orden de «salgan, salgan los mosqueteros; afuera,

afuera, adelante los mosqueteros», a lo que todos los hombres, oficiales incluidos, se apartaban en señal de respeto.

Octavio rindió la capitana enemiga y combatió a seis galeras que fueron en su ayuda en cuestión de una hora. Mil doscientos cristianos fueron liberados aquel día y se tomaron prisioneros seiscientos turcos, entre ellos Mahamet, bey de Alejandría, hijo de Alí Pashá, el almirante que lideró a los otomanos en Lepanto. Un rayo de éxito, incluso cuando tres galeras pudieron escapar.

En todas estas jornadas Osuna puso énfasis en la calidad y buen estado de salud de la infantería embarcada (por ejemplo que no faltaran los buenos tiradores), así como en que el mando de la infantería y la marinería estuvieran bajo el mismo capitán. En este sentido, el papel de los virreyes italianos era fundamental para mantener a punto la fábrica de soldados veteranos que cada temporada aterrizaban en Flandes. Las tropas bisoñas se fogueaban en los conflictos de baja intensidad que se generaban de forma periódica en los muchos principados de Italia. Cuando reinaba la paz en la península, las posibilidades de aprender el oficio pasaban por adiestrarse en las galeras, jugando al gato y al ratón con los piratas. Nada mejor para endurecerse que un desembarco en alguna playa de Berbería o aplacando a una galera turca, repleta de alfanjes y ya por entonces arcabuceros (las lecciones de Lepanto se dejaban sentir). Para cuando llegaban al corazón de Europa la impresión de sus enemigos era que los españoles nacían con un arcabuz bajo el brazo y un morrión en la cabeza. El truco de magia del conejo saliendo de la chistera, pero con los veteranos brotando de Italia.

El problema de depender de una infantería que terminaba en Flandes era que cuando se requería allí dejaba desguarnecidas a las galeras mediterráneas. A falta de tripulación fija, y dado lo particular de sus operaciones, el duque español tiró de ingenio para llenar sus galeras. En una ocasión convocó un concurso de saltos de altura, con premio de un doblón para los que superasen un listón y un escudo de oro para los que salvaran otro más alto. Un éxito de asistencia, ¡un milagro! Cojos, ciegos, mancos, tullidos de toda

especie se curaron al instante para aspirar al premio. Quienes lograron saltar con más ímpetu obtuvieron su doblón o su escudo... además de diez años de condena a galeras por tramposos.

La forma de ser y el aspecto del duque eran más los de un jinete guerrero que los de un virrey, con las piernas arqueadas, la piel morena y el rostro repleto de arrugas por el efecto del sol. De voz quebrada, podía pasar en cuestión de segundos de la dulzura más melancólica a la cólera más leonina. Incansable y marcial, Osuna supervisaba cada detalle de las operaciones (le aseguraron a Felipe III que se ocupaba hasta de «las manillas que se hacen para los esclavos») y mostraba la misma audacia que con los granujas para enfrentarse a los Consejos de Italia y de Estado.

Durante años sorteó las normas que prohibían expresamente la creación de una flota paralela y desvió partidas de dinero destinadas a otras empresas. Al final de su primer virreinato, la lista de normas infringidas fue casi tan larga como la de galeras musulmanas apresadas, más de una treintena, y la de los miles de esclavos cristianos liberados. Desde Madrid veían en las salidas de Osuna una peligrosa maniobra de espaldas a la Corona, de manera que le prohibieron que armara más navíos propios y que ocupara a la infantería española en actividades de corso. Al contrario que otras naciones anglosajonas, España veía impropio de cristianos hacer las veces de pirata, pues «se toman niños y mujeres y pocos o ningunos esclavos propios para el remo». La doble moral española era desesperante, puesto que los corsarios de Osuna solo tenían de corsarios el nombre y la bandera, actuando por lo demás con la misma disciplina y buen oficio que cualquier otra infantería castellana.

De un virrey exigían solo que se limitara a recaudar impuestos y a esquivar conflictos con la nobleza local. Crear una flota partiendo de cero, sin coste adicional, y mantener a los corsarios enemigos achantados no entraba en sus competencias deseables. La falta de miras de Madrid amenazaba con echar al traste todo el trabajo de Osuna. No obstante, el duque también tenía partidarios en la Corte,

que resolvieron premiarlo y, a la vez, alejarle de Sicilia. El 26 de diciembre de 1615 fue promovido a virrey de Nápoles como recompensa por su trabajo y gracias a su buena mano en Madrid.

El poeta Francisco de Quevedo era uno de esos partidarios de Osuna en la capital. Ambos habían coincido en los ambientes de la Corte, probablemente también en tabernas y callejuelas, y habían iniciado una estrecha amistad con el amor por la literatura como telón de fondo. El poeta ejerció de secretario del duque en Sicilia y, a partir de 1613, desempeñó tareas diplomáticas en su nombre. De vuelta a Madrid, trabajó en el entorno del duque de Lerma con el propósito de conseguir el nombramiento de virrey de Nápoles para su amigo. Sin recato ninguno, Quevedo manejó una cifra de 30.000 ducados para comprar voluntades y, finalmente, el cargo de virrey. El poeta tiró de sátira para relatar cada avance en sus sobornos: «Señor, según veo, adelante ha de haber tiempo de untar estos carros para que no rechinen, porque por ahora están más untados que unas brujas».

Una vez logró el cargo para su amigo se reunió con él en Nápoles y se hizo cargo de la dirección de la Hacienda del Virreinato. Allí fue bien recibido por la Academia de los Ociosos, fundada cuatro años antes por el antecesor de Osuna, el conde de Lemos, que daba cobijo a una numerosa cohorte de aristócratas y literatos.

LA CRUZADA DE DELI PACHÁ

El gran duque trasladó a Nápoles (con 270.000 habitantes, la ciudad más poblada de Europa después de París) sus bártulos y también sus barcos, entre ellos varios galeones que había sumado, con toda su mordiente artillera, a la lucha contra el turco. El pueblo siciliano despidió agradecido a través de su Parlamento, con toda suerte de homenajes, al hombre que los turcos ya conocían como Deli Pachá, «el virrey temerario», por sus métodos alternativos. El reto político de la punta de la bota italiana era mucho más delicado que el de Sicilia, porque el reino se encontraba sumido en una honda crisis

monetaria, aunque gracias a la labor del anterior virrey la hacienda estaba saneada.

Frente a la inseguridad, repitió los métodos usados contra los facinerosos en su anterior virreinato, a lo que tuvo que poner especial empeño en el territorio de Calabria, siglos después origen de la más puntera mafia de nuestros días, la 'Ndrangheta. Osuna fortaleció el ejército y la marina, construyendo galeones y galeras y reclutando dotaciones con la misma fórmula que usó en Sicilia. «El virrey temerario» sacó ventaja de los aproximadamente 18.000 soldados, por lo general violentos y mal pagados, que poblaban las calles napolitanas a la espera de viajar a Flandes. La mejor infantería para su nueva aventura corsaria. Se justificó a la hora de continuar con el corso en que, a falta de medios de la Corona, ponía él los suyos, y en que no había peligro de atacar a mercaderes porque «en la Costa de Berbería no hay de esos», solo piratas.

Esta nueva flota estaba formada por las habituales galeras, típicas del Mediterráneo, y por galeones, que empleó con audacia pese a ser más adecuados para el Atlántico. En total, veintidós galeras y veinte galeones. La combinación de ambos tipos de nave permitió el control del Adriático y trasladó el hostigamiento hasta los dominios del Imperio turco, en ese momento volcado en sus campañas contra el Imperio safávida (Irán).

Francisco de Ribera, capitán de galeones, se convirtió en leyenda en esos días por mostrar la superioridad de los barcos atlánticos y protagonizar en el cabo Celidonia una victoria que resulta casi inverosímil. La escuadra de Ribera, cinco galeones y un patache, se encontraba en julio de 1616 realizando actividades corsarias en torno a Chipre cuando fue sorprendida por el grueso de la armada turca. Patrullaba la zona ante la posibilidad de un ataque contra Calabria o Sicilia, y de repente se vio acorralado por el enemigo.

El 14 de julio aparecieron ante el cabo cincuenta y cinco galeras con cerca de 275 cañones (la mayoría situados en la proa) y 12.000 efectivos a bordo. Sin perder la calma, el marino toledano se preparó

para recibir al enemigo con disparos a distancia y para sacar ventaja de la mayor altura de los barcos atlánticos, lo cual dificultaba los abordajes desde galeras. Unió los seis barcos mediante cadenas para evitar que el viento aislara a alguno, mientras situaba en vanguardia a su buque insignia, el *Concepción*, con cincuenta y dos cañones. La lucha comenzó a las nueve de la mañana y se alargó hasta el ocaso. La artillería de los galeones dejó a ocho galeras a punto de hundirse y otras muchas dañadas al final del primer día. El ataque se reanudó a la mañana siguiente, cuando, después de un consejo de guerra nocturno, los otomanos se lanzaron a la ofensiva con la obsesión de apresar la *Concepción* y la *Almiranta*, que eran con diferencia las que más daño les estaban causando. Otras diez galeras quedaron escoradas durante esta acometida.

Así las cosas, la superioridad numérica de los turcos, que iban con sus mejores tropas de jenízaros embarcadas, renovó los ánimos. Después de una arenga a sus tripulaciones, los otomanos realizaron el asalto más crítico el día 16. La nave capitana de Ribera escupió fuego de mosquetes y cañones, como si fuera una fábrica de fuegos artificiales en llamas, para repeler el ataque turco. La intervención del galeón *Santiago*, defendiendo el flanco del buque insignia, infligió daños severos y dio la puntilla a los musulmanes. A las tres de la tarde, la armada otomana arrojó la toalla con 1.200 jenízaros y 2.000 marineros y remeros muertos y diez galeras hundidas y otras veintitrés inutilizadas. Por su parte, los españoles contaron solo treinta y cuatro muertos y regresaron con todos los barcos a puerto, aunque dos de ellos con importantes daños. A raíz de su triunfo, Osuna recibió a Ribera como a un general romano acampado en el Campo de Marte. El toledano fue promovido a almirante por el rey, que también lo recompensó concediéndole el hábito de la Orden de Santiago.

Los galeones del virrey dieron muestra de la superioridad tecnológica europea, del mismo modo que la escuadra de galeras de Octavio de Aragón evidenció, una vez más, que el fuego solo se combate con más fuego. Prevenido por sus espías, Osuna ordenó

que dos galeras, al mando del capitán Diego Vivero, aguardaran la llegada del bajá de Chipre para apresarlo con todas las riquezas acumuladas durante su gobierno. En un dos contra dos, vencieron los bajeles españoles por contar con la ventaja de la sorpresa y por su mejor armamento. Al millonario botín en metálico de esta operación corsaria, debió sumarse el rescate que pagó el bajá por su libertad y la de su mujer e hijos.

No se descuidó la lucha del turco en su nuevo cargo, pero sobre todo su objetivo fueron los venecianos. A nivel político, Osuna estaba alineado con la facción más belicosa de la Corte. La que había conocido los años de gloria de Felipe II y sabía del daño que la Pax Hispánica estaba haciendo a la reputación del Imperio español. De ahí su actitud hostil desde el principio hacia Saboya, antigua aliada de España, y Venecia, antigua y constante enemiga. Para contrarrestar el apoyo veneciano a los enemigos de España en la zona, Osuna mantuvo con Venecia una guerra fría en el Adriático. Casi al principio de su nuevo virreinato, Pedro *El Grande* confiscó una nave mercante veneciana para compensar agravios anteriores, de manera que anunció su intención de atacar a la Serenísima obstruyendo su comercio. Incluso firmada la devolución de varios barcos con este país, el virrey se excusó para no hacerla efectiva. Según una anécdota novelada de Leti, Osuna accedió, si acaso, a devolver los barcos vacíos porque las mercancías ya se habían vendido:

—De madera tiene bosques enteros la Señoría —afirmó con tono altivo el comisionado de Venecia.

—En ese caso —contestó el virrey— si los bajeles no le sirven, me quedaré con ellos.

Los galeones de Ribera y las galeras de Octavio espantaron a la cada vez más desfasada flota de la Serenísima. La bandera negra, característica de los barcos particulares del duque, ondeaba impunemente en el Adriático, desde hacía siglos un mar propiedad de Venecia. Frente a esta agresiva actitud hacia Venecia y Saboya, Lerma pidió de forma insistente moderación al duque. Desde Madrid

se sucedieron las peticiones para que frenara una guerra no autorizada contra Venecia, que estaba ganando España con gran perjuicio del comercio veneciano y a escaso coste. Así se produjo la anomalía de que las armadas de ambos países siguieran en guerra, mientras los diplomáticos no dejaban de prometerse paz y buenas intenciones. Las dobleces de la geopolítica… En Madrid también había partidarios de continuar con las hostilidades y dar manga ancha a Osuna, que prometía cortar los tentáculos de Venecia y Turquía en el Adriático. El gran duque se defendió con el mejor de los argumentos a las críticas venecianas: «Cuanto más se quejen de vuestros ministros los enemigos del Imperio, es cuando está Vuestra Majestad mejor servido».

Venecia alimentó las aspiraciones de Saboya contra el todopoderoso Ducado de Milán y los movimientos antiespañoles en Nápoles; al tiempo que Osuna ofreció su apoyo a la República de Ragusa, en la costa de la Dalmacia, dentro de su lucha contra los venecianos en el Adriático. Una guerra fría entre potencias mediterráneas que por momentos se hizo caliente. El 21 de noviembre de 1617, cuando Ribera quiso atracar con quince bajeles en el puerto de Ragusa, la actual Dubrovnik (Croacia), fue emboscado por una flota superior de setenta y cuatro venecianos (dieciocho galeones, seis galeazas, treinta y cuatro galeras y dieciséis barcones albaneses). El enfrentamiento se alargó durante seis horas con más insultos que disparos, «pues los soldados habrían de imaginar que cargaban con pólvora sola», pese a lo cual seis barcos venecianos naufragaron por el mal tiempo. En la siguiente jornada, los venecianos persiguieron a Ribera por la costa hasta que dieron con él, como si se tratara de un foco vigilando los muros de una prisión en busca de un preso fugado con traje de rayas blancas y negras.

Los barcos de enseña negra de Osuna asumieron una actitud ofensiva frente al bosque enemigo lanzando al galeón insignia al corazón veneciano, con el propósito de sacar provecho de su indecisión. De hecho, los italianos creyeron que aquel barco en

vanguardia era una suerte de brulote incendiario y rompieron con desorden su formación. Los galeones y galeras se entremezclaron en su huida, incluida la cadena que unía a la escuadra. El desorden era total cuando el galeón de Ribera al fin escupió fuego en treinta y cuatro direcciones, las mismas que cañones portaba en cada borda. El resto de galeones sumó pronto su artillería en apoyo de Ribera, que llegó a luchar contra siete enemigos a la vez. La noche puso tregua al combate y permitió a los venecianos contar los muertos, más de 4.000. Una derrota que aceleró las prisas de los italianos para alcanzar una paz definitiva. O, al menos, una que no fuera tan dolorosa.

Mientras prometía la paz a España, Venecia pactó con holandeses, ingleses y franceses la compra de barcos atlánticos para compensar la superioridad española en este campo. Venecia, como los países citados, aprovechaba las treguas cedidas por Lerma para poder cobrar ventaja en futuros, e inevitables, choques contra el Imperio español. Y es que nadie dijo que ser la potencia hegemónica fuera fácil. Solo la estrategia belicosa de aquel virrey temerario estaba malogrando los planes venecianos, que además estaba acumulando una cantidad insostenible de mercenarios en la ciudad de los canales. La flota particular de Osuna hizo que aquella falsa paz les saliera demasiado cara, porque, de hecho, se conocen pocos países que hayan perdido tantos envites durante una tregua.

LA CONJURA CONTRA EL SEÑOR DE LA GUERRA

Desquiciada por la agresividad del duque, Venecia buscó desprestigiarle por otras vías que no fueran militares y sacar de la ecuación a la facción más belicosa de España, aquella que pudiera comprometer la Paz de Pavía, firmada en 1617. Se le atribuyó a Osuna ser el organizador sobre el terreno de la Conjuración de Venecia (1618), uno de los episodios más oscuros del siglo XVII. Junto al gobernador de Milán y al embajador de España en Venecia, Osuna habría pagado a un grupo de mercenarios franceses

asentados en la ciudad de los canales para provocar una sublevación. Según las versiones venecianas, celosos de las glorias de la República, los tres planearon un golpe de mano en el que un grupo de soldados franceses debían incendiar el arsenal, estallar varios puentes y facilitar el desembarco de la infantería española en la ciudad. Veinte galeras españolas quedarían encargadas de iniciar el desembarco, una vez tomado el puerto.

La conjura fracasó porque supuestamente fue descubierta en sus preparativos y los mercenarios franceses acabaron linchados por la muchedumbre, mientras Francisco de Quevedo, agente sobre el terreno, se veía obligado a disfrazarse de mendigo para escapar de la ciudad. O al menos esa es la versión italiana de la historia, difícil de creer y sin pruebas. Las autoridades venecianas arrestaron a cientos de soldados, que habían entrado en la ciudad de los canales disfrazados de labriegos, y registraron las embajadas de Francia y España, encontrando en esta segunda armas y munición para levantar un pequeño ejército. A consecuencia de ello, el embajador español tuvo que huir en un bergantín para salvar la vida frente a la turba, en tanto un muñeco con su cara y otro con la de Osuna fueron apaleados en las calles.

Sin embargo, varios detalles delatan que la operación fue una purga encubierta de corsarios y mercenarios extranjeros, que llevaban un tiempo causando problemas en Venecia. Los mismos facinerosos y soldados protestantes que habían convocado para luchar contra la flota de Osuna. La Serenísima habría aprovechado la limpia para endosarle el muerto al virrey de Nápoles, como se puede apreciar en el hecho de que el Senado de Venecia publicara al momento un bando prohibiendo que se osara hablar o escribir que España había estado involucrada. Una cosa era dejar que se extendieran las murmuraciones y otra, muy distinta, acusar de una falsedad así a la Corte madrileña tras haber firmado hace nada un acuerdo de paz con España. A ello se suma que ninguna de las supuestas cabezas del plan fue reprendida por su fracaso y que no haya constancia de movilización de tropas en esas fechas. Así las

cosas, el plan era burdo y carecía de sentido en un momento en el que Osuna mantenía asfixiado el comercio veneciano. No se distingue su firma por ninguna parte.

La aristocracia napolitana estuvo desde el principio en contra de la designación del duque. Aporreó la puerta de Madrid con quejas la plana mayor de la nobleza antes de que el nuevo virrey hubiera incluso puesto un pie en su nuevo destino, porque el recuerdo de su abuelo estaba demasiado fresco. El primer duque de Osuna había tenido que hacer frente, también como virrey, a una revuelta en Nápoles de tintes antiespañoles (con toda probabilidad instigada por Saboya y Venecia) que se apagó con una dura represión, incluidas treinta y una sentencias de muerte. La particular forma de gestionar el reino de su nieto armó de más razones a la nobleza. Se quejaban de su desviado y arbitrario proceder en asuntos políticos, religiosos y, por supuesto, morales. Los napolitanos acusaron a Osuna, además, de pretender independizarse de España y enviaron al futuro San Lorenzo de Brindisi para que elevara el caso hasta Felipe III. El viejo fraile, que murió poco después de entregar sus informes, convenció al monarca de que Pedro *el Grande* le debía al menos unas cuantas explicaciones.

En 1619 se ordenó a Osuna regresar a Madrid a dar cuenta de sus desmanes. Tras demorar su salida todo lo posible, y algo más, pues incluso se negó a reconocer la autoridad de un virrey interino; Osuna arribó en España un año después. En contra de lo que esperaban sus enemigos, la caída en desgracia de su protector, el duque de Lerma, no afectó en un principio a Osuna, porque fue el propio Uceda (ten hijos y te sacarán los ojos) el que la orquestó y quien se hizo cargo de una Corte en ebullición. El embajador de Venecia se sorprendió de que «el duque, que salió de Nápoles como hombre al que todos creían perdido, parece haber hechizado a Madrid, en donde es ahora más grande que nunca». A base de «hechizos» parecía que Osuna daría esquinazo una vez más a sus enemigos, cual superhéroe enmascarado regresando a su guarida cada madrugada.

Mientras zanjaba el asunto en la Corte, la súbita muerte de Felipe III perturbó todos los planes de Deli Pachá. Los representantes del nuevo rey pretendieron una limpia entre los elementos más insolentes del anterior reinado como escarmiento hacia los más notorios. Una política de pulcritud que iba a quedarse en amago, pero que colocó al duque en el punto cero de la explosión. Solo un mes después de la muerte del rey fue encarcelado y acusado de corrupción, parcialidad en la justicia, venalidad, aceptación de sobornos y otros tantos delitos. Preso un miércoles santo, fue conducido a la Alameda, una prisión cerca de Madrid.

Sus últimos años de vida fueron una lastimosa peregrinación por distintas prisiones españolas en las que mostraba cada día mayores quebrantos físicos. Gotoso, enfermo de cuerpo y mente (sus olvidos hacen intuir alguna enfermedad degenerativa), Osuna se acogió a la oración como si fuera el Don Juan hecho carne y hueso o, tal vez, una versión grotesca del mito. Lejos quedaba el noble calavera de su juventud, que tantas humillaciones y privaciones habían causado a la nieta del conquistador de México. En una triste misiva al joven Felipe IV, doña Catalina suplicó que se compadeciera de su casa y se acordara de los aventajados servicios de su marido, porque, además, «sus enemigos son los de su corona». Todas las súplicas cayeron en saco roto. Con el juicio todavía pendiente de sentencia, Pedro Téllez-Girón y Velasco falleció en septiembre de 1624.

Al final de su vida Osuna conservaba pocos amigos de verdad. La firmeza de su amistad con Quevedo, también caído momentáneamente en desgracia, se denota en una de las estrofas que le dedicó a su muerte:

> *Faltar pudo su patria al grande Osuna,*
> *pero no a su defensa sus hazañas;*
> *diéronle muerte y cárcel las Españas,*
> *de quien él hizo esclava la Fortuna.*

La escuadra de Osuna languideció con el tiempo. La falta de remplazo y buenos mandos decayeron su actividad. Ejemplo de esta decadencia fue que, en 1624, los galeones de Francisco de Ribera se incorporaron a la operación llevada a cabo por García de Toledo para recuperar Río de Janeiro. Su papel fue destacado en el Atlántico, cuyas condiciones hacían perfecto el ejercicio de este tipo de barcos. Tras desviar los buques a otros menesteres, la lenta muerte de los capitanes que crecieron bajo el paraguas de Osuna supuso el segundo final de aquel corso español de guante blanco y gran eficacia en el Mediterráneo.

12

BLAS DE LEZO,
EL MEDIOHOMBRE

Durante uno de los bombardeos británicos a Bocachica, en Cartagena de Indias, una bala de cañón impactó en la mesa donde estaba reunido el consejo de guerra. Varias astillas se clavaron en el marino al mando de la defensa de la bahía, Blas de Lezo, de modo que le dañó un muslo y una mano. La única que conservaba completamente sana tras medio siglo combatiendo en la Armada española. Aunque las heridas no parecían graves, la salud del marino vasco empeoró con el paso de los días y, cuando los ingleses se replegaron, se derrumbó entera. A finales de mayo de 1741, Lezo era ya un moribundo, que destinaba sus últimas energías a defenderse de las críticas de Sebastián de Eslava, virrey de Nueva Granada. Eslava le acusó ante el rey Felipe V de haber actuado de forma imprudente en la guerra con los ingleses, sin apreciar el hecho de que el almirante cojo, tuerto y manco había sido el principal artífice de la derrota con seis buques y 2.100 hombres de una fuerza invasora de más de 150 barcos ingleses y 20.000 efectivos. Así las cosas, la influencia del virrey se impuso y el monarca firmó la destitución del vasco el 21 de octubre de ese año. Le ordenó regresar cuanto antes a España para que le pudiera reprender en persona.

Aquella fue la primera orden que Blas de Lezo no cumplió del rey. Llevaba para entonces muerto un mes. Falleció en Cartagena de Indias de «unas calenturas, que en breves días se le declaró tabardillo» a las ocho de la mañana del 7 de septiembre. El lugar de su enterramiento, como su memoria, ha permanecido olvidado durante tres siglos. Porque el país y sus reyes siempre han tenido la memoria muy floja. Blas de Lezo solo fue el último de una larga tradición de traicionados que encabeza el Cid Campeador y cuyas filas engrosaron Pizarro, Farnesio, Bazán, Spínola, Osuna o Barceló. Con la salvedad de que al vasco le cayó toda la ingratitud de la nación española justo después de imponerse en una de las luchas más desproporcionadas de toda la historia.

El marino vasco nació el 3 de febrero de 1689 en Pasajes de San Pedro, localidad pegada a su puerto como Góngora a su nariz. La localidad servía de sede a la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, una sociedad mercantil con la mira puesta en Venezuela y en combatir el contrabando ilegal de los holandeses al otro lado del charco. Cuarto de diez hermanos, Lezo se mantuvo fiel a la tradición de su familia guipuzcoana y encaminó pronto su formación a la vocación marinera. Cuando era solo un infante, fue enviado a estudiar a L'École Royal, en Francia, para que aprendiera las nociones básicas sobre marinería. Su formación habría de discurrir en la marina francesa porque el estado calamitoso de la Armada española había forzado a Felipe V a unirla a la de su abuelo al comienzo de la Guerra de Sucesión.

A los quince años, Lezo ingresó como *garde de la marine* (guardiamarina) en esta Armada franco-española y demostró un coraje innato en la batalla de Vélez-Málaga, el mayor combate naval del conflicto entre los partidarios del archiduque Carlos de Austria y los de Felipe V de Borbón. El 24 de agosto de 1704, una escuadra francoespañola de cincuenta y un navíos, seis fragatas, doce galeras y otros diecinueve buques de guerra se encontró de frente con una fuerza anglo-holandesa de sesenta y ocho navíos de línea al mando del almirante George Rooke, cuando este venía de conquistar

Gibraltar. Las bajas en ambos bandos fueron altas, pero en verdad ninguno consiguió hundir ni rendir barcos rivales, a excepción de alguna galera rezagada. Cuando cesó el retumbar de sables y cañones, cada uno de los contendientes se marchó de las aguas de Málaga proclamándose ganador de la batalla. Ambas flotas decidieron volver a puerto con lo que les quedaba, a falta de munición y de hombres para gobernar los buques. Pero cantaran lo que cantaran los españoles, el hecho es que Gibraltar seguiría en manos británicas durante siglos y que la escuadra francoespañola era incapaz de remediarlo.

EL RENACIMIENTO DE LA ARMADA ESPAÑOLA

El joven Lezo estuvo embarcado en el navío de 104 cañones *Foudroyant*, nave capitana de la escuadra francesa, al mando del hijo de Luis XIV, Luis Alejandro de Borbón. Mientras el joven supervisaba los disparos de artillería en este barco, una bala de cañón enemiga se tragó su pierna. La misma sangre fría que le colocó en una posición tan expuesta, con cañonazos similares peinándole el flequillo, sirvió a Blas de Lezo para que el dolor no le dominara. Siguió en su puesto hasta que terminó el combate. La pierna estaba tan destrozada para entonces que fue necesario amputarla, lo que por costumbre se hacía sin anestesia y en el propio barco.

Cualquier mortal pasaría los años siguientes adaptándose a su nueva prótesis o, como poco, recuperándose del susto. Claro está que los mortales del siglo XVIII eran bastante más duros que los actuales. Un año después de sufrir la grave herida, Lezo se reintegró a la marina y ensayó con su pata de palo andando sobre la inestable cubierta de un navío. Incluso desechó durante su reposo una oferta palaciega. El mismo cañonazo que destrozó al vasco hizo saltar dos pedazos de madera, uno de los cuales le cortó la corbata a Luis Alejandro de Borbón. El conde de Toulouse, testigo de los hechos, se asombró tanto de la entereza sobrehumana de aquel niño sin origen

nobiliario reseñable que le propuso que entrara en la Corte de Felipe V. Pero aquella vida como asistente de cámara no era para Lezo.

La Guerra de Sucesión derivó en un gran conflicto a nivel europeo, donde franceses y españoles combatieron mano a mano contra holandeses, ingleses y austriacos en escenarios diversos. Ascendido a teniente de navío, el cojo de Pasajes fue destinado a Tolón, puerto del sur de Francia, y allí defendió la plaza del ataque de Saboya, en 1707. El duque de Saboya se mostró partidario del pretendiente austriaco a la Corona Española, siendo Lezo enviado a aquellas aguas en 1706 para hostigar el comercio de Génova. Se batió con su ya acostumbrado denuedo en la defensa del castillo de Santa Catalina, perdiendo en esta ocasión la visión del ojo izquierdo. En cada batalla se dejaba un poco de sí mismo, aunque en su caso no tuviera sentido metafórico.

Del Mediterráneo saltó al Atlántico, sin mudanza ni aliño, como se esperaba de un versátil marino del siglo XIX. Desde el puerto de Rochefort, realizó numerosas capturas a las escuadras inglesas y holandesas. Su presa más ilustre fue el navío *Stanhope*, que asaltó al abordaje desde un buque de menor tamaño. Maniobró su fragata cruzando disparos con el navío hasta que se acercó lo suficiente para ordenar un asalto con garfios. Los ingleses entraron en pánico. Tras un feroz combate el enemigo se rindió, siendo el *Stanhope* remolcado a puerto por la fragata. De nuevo Lezo resultó herido en combate, aunque por una vez no perdió ninguna extremidad.

En 1714, separadas nuevamente las armadas francesa y española, ya como capitán de navío participó en la fase final del asedio de Barcelona al mando del *Campanella*, un buque de setenta cañones de origen genovés destinado a estorbar el abastecimiento de la ciudad. La plaza española partidaria del archiduque Carlos resistió de forma suicida con la esperanza de que la flota británica llegaría a tiempo de romper el bloqueo que Felipe V mantenía por tierra y mar. Durante los bombardeos sobre la ciudad condal, el vasco recibió un balazo en el antebrazo derecho, que se lo dejó inmovilizado a excepción de la mano. Con veinticinco años, al de

Pasajes le faltaba ya una pierna, no veía por un ojo y tenía comprometida la movilidad del brazo derecho, a pesar de lo cual pocos días después volvió a estar en servicio.

La fortaleza psicológica de Lezo le ayudó a sobreponerse a todas sus heridas. Las fatigas y el dolor parecían resultarle más tolerables que al resto de sus camaradas. Durante más de doce años, el audaz marinero persiguió a los contrabandistas en el Pacífico y trató de reorganizar la Armada del Mar del Sur, cuya misión principal era escoltar barcos repletos de plata desde El Callao a Panamá. En esos años tuvo que lidiar con los abusos del virrey del Perú, el marqués de Castelfuerte. El guipuzcoano nunca fue muy diestro en el arte de mirar hacia otra parte.

Los virreyes de América estaban acostumbrados a escoger a dedo a los mandos de la Armada que operaban en su área de influencia. Lezo, que no era del agrado de Castelfuerte, denunció algunas de sus elecciones, como la de un sobrino del virrey que ejercía el cargo de maestre de plata (tesorero mayor que controlaba los ingresos por el comercio marítimo) y estaba untado hasta las cejas. El virrey contestó al desafío desmantelando parte de la escuadra a cargo del vasco y auspiciando un juicio público para desprestigiarlo. Finalmente, «las irregularidades, agravios y ultrajes» orquestados por la «extremada destemplanza y encono del señor virrey» condujeron a Lezo a solicitar el relevo de su puesto.

El clima insano, la falta de agua potable y los malos suministros minaron a muchas de sus tripulaciones en el Pacífico, si bien él sobrevivió durante esos años sin un mal catarro. Lo mismo que cuando años después orquestaba la Escuadra del Mediterráneo y una epidemia de tifus exantemático arrastró al infierno a quinientos de sus hombres, mientras que él, con menos extremidades que ninguno, superó la grave enfermedad. Justamente en ese cargo, como jefe en el Mediterráneo, fue destinado en 1730 a Génova, hogar de prestamistas, para reclamar dos millones de pesos que la Real Hacienda tenía depositados en los bancos de la ciudad. Lezo colocó un reloj de arena en la mesa y dándole la vuelta prometió a

los representantes del Senado genovés que si caído el último grano no habían pagado la deuda bombardearía la ciudad. Y es que la sutileza no era lo suyo, pero ¡vaya si pagaron los genoveses a tiempo!

El vasco cayó una y otra vez de pie, entre otras razones, porque contaba con la simpatía de José Patiño, un antiguo novicio de los jesuitas sobre cuya espalda arrojó Felipe V la tarea de reconstruir el poder naval de España. Antes de la Guerra de Sucesión, la situación que la nueva dinastía se había encontrado en los arsenales y astilleros españoles era calamitosa. Se había olvidado el arte de construir naves. Únicamente un puñado de galeones y unas pocas galeras consumidas por el tiempo y el ocio se ancoraban en Cartagena. El conflicto se solventó vía marítima más mal que bien uniendo la flota española con la francesa, lo que solo podía ser un parche. Con el cardenal Alberoni como valido, Patiño se valió de las escuadras levantadas en la guerra para reunir en una sola todas las armadas que España tenía desperdigadas por el globo. Además, fundó nuevos astilleros, como Cádiz o Ferrol, para hacer de la Real Armada Española un enemigo temido y una cuna de grandes oficiales ilustrados.

Llamado *anka motz* («pata corta» o «pata mocha», en euskera) por la marinería, Blas de Lezo participó como segundo al mando en la expedición española asignada para recuperar Orán en junio de 1732. Esta plaza del Norte de África, hoy en Argelia, había estado en manos españolas desde 1509 hasta 1709, cuando el bey Hassan la conquistó aprovechando que la Guerra de Sucesión mantenía ocupado a Felipe V. Su recuperación se diseñó como una demostración del renovado poderío militar y naval español. A bordo del navío *Santiago*, Lezo ayudó a Francisco Cornejo, comandante de la flota, a realizar una operación relámpago de desembarco que implicó a casi 30.000 soldados. El guion se cumplió sin apenas sobresaltos, la ciudad fue recuperada y en cuestión de dos meses Lezo estaba ya de vuelta en Cádiz.

Justo a su regreso, el bey Hassan y sus aliados argelinos contraatacaron en Orán. Lezo partió con dos navíos de línea y unos cuantos barcos de transporte, levantó el bloqueo, reforzó la plaza y salió a la caza de la nave capitana del enemigo, a la que halló en la ensenada de Mostagán, en las costas de Argelia. Veni, vidi, vici… El vasco entró en la bahía sin prestar cuidado a la lluvia de proyectiles que desde dos castillos disparaba una multitud de locales. A pesar de sus sesenta cañones, logró destruir la nave argelina a base de lanchas armadas que la incendiaron por distintos puntos. Luego, con la misma determinación, cruzó desde Túnez a La Galita para disuadir al Imperio otomano de que apoyara nuevos intentos de hostigamiento a Orán.

El rey recompensó la intachable hoja de servicios de Lezo con un ascenso a teniente general, en 1734, cuando solo contaba cuarenta y siete años. En Madrid todos querían conocer a tal portento de la naturaleza y escuchar su relato, pero ni era él un suave fabulista de sus hazañas ni, como él lo expresaría, «tan maltrecho cuerpo era buena figura para tanto lujo». La breve estancia en la Corte finalizó con el mando, en 1737, de una flota para Tierra Firme y el cargo de comandante general del importante apostadero que vigilaba el Caribe español desde la entrada al Golfo de Darién. Cartagena de Indias, lugar de encuentro de las flotas españolas de toda Sudamérica, estaba en la floreciente parte terminal del río Magdalena, rodeada de lagos y lagunas que la conferían una densa vegetación. Un paisaje casi bucólico, cuya defensa fue asignada a uno de los hombres más pétreos de la Armada española cuando resonaron tambores de guerra.

Mientras el Imperio español renacía de sus cenizas, Inglaterra ya buscaba excusas para rebajar su agresividad. En 1732, el barco inglés *Rebeca*, perteneciente a un contrabandista de dudosa reputación, valga la redundancia, fue confiscado en aguas caribeñas por el guardacostas español *La Isabela*. Según la versión del contrabandista de nombre Robert Jenkins, el capitán del barco español, Julio León Fandiño, de ánimo bravo, le cortó una oreja

como represalia al tiempo que afirmó: «Ve y dile a tu rey que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve». Nunca quedó claro si Jenkins perdió su oreja de ese modo o en una de las muchas reyertas que se producían en las tabernas de Jamaica o si incluso conservaba a su muerte ambas en su sitio, como comentó el primer ministro Robert Walpole al examinar su cadáver. A decir verdad, la oreja era lo de menos. El desorejado conservó en un frasco su supuesta oreja más de siete años hasta que pudo exhibirla ante el Parlamento británico como prueba de la naturaleza cruel de los españoles. Pidió venganza y el gobierno de Robert Walpole le complació con una guerra contra España.

Anécdotas noveladas aparte, a los ingleses les sobraban ya las ganas de iniciar otro conflicto con el Imperio español. Por el Tratado de Utrecht, de 1713, que puso fin a la Guerra de Sucesión, Gran Bretaña se había asegurado la posesión del Peñón de Gibraltar y Menorca, así como los llamados «asiento de negros» y «navío de permiso». Durante un plazo de treinta años, la empresa South Sea Company estuvo autorizada a llevar 4.800 esclavos anuales a Río de la Plata a cambio de ceder a la Corona Española un 25 por ciento de las ganancias. Un negocio millonario del que se privó a las empresas francesas, también dedicadas al tráfico de esclavos. Los ingleses podían enviar, además, una vez al año a la América española un buque de 500 toneladas llamado «navío de permiso», para comercial libremente allí.

La marina española se reservó el derecho a inspeccionar los barcos británicos que se acercaban a las costas americanas, lo que según ellos dio pie a abusos como el de la oreja cortada a Jenkins. A punto de expirar los acuerdos comerciales, el gobierno británico fue presionado para que declarara la guerra por la opinión pública (conmovida por la agresión al contrabandista), la oposición tory y, sobre todo, por la South Sea Company. Para cuando Felipe V suprimió el «derecho de asiento» y el «navío de permiso», los planes de guerra británicos estaban en avanzado estado de composición. Por un lado, una escuadra al mando del almirante

George Anson estrangularía el tráfico comercial en el océano Pacífico, mientras una expedición combinada de la Royal Navy y el ejército atacarían las posesiones españolas en el Caribe. El objetivo era convencer de una santa vez al Imperio español de que debía compartir América con el resto de países.

En una hábil maniobra política, Walpole, que en ningún momento había querido la guerra, se contentó con encomendar a uno de sus adversarios políticos, el belicoso Edward Vernon, muy popular en el Parlamento, la operación más arriesgada. El vicealmirante Vernon se puso así al frente de la flota más grande que había cruzado nunca el Atlántico.

EL VILLANO EMPERIFOLLADO DE LA HISTORIA

Todos los superhéroes necesitan su némesis. El Joker para Batman, Lex Luthor para Superman, Messi para Cristiano… y Edward Vernon para Blas de Lezo. El inglés estuvo presente el día que Lezo perdió su pierna, en el navío insignia de Rooke, durante el combate naval de Vélez-Málaga. El británico participó en esta primera batalla de Lezo e iba a estar también en la última: Cartagena de Indias. La rivalidad del vasco con este rutilante, fanfarrón y ostentoso oficial británico se inició a raíz de un intercambio de correspondencia tras el bombardeo inglés de Portobelo, en noviembre de 1739. Tras un intento fallido de tomar el fuerte de la Guaira, el británico conquistó con solo seis barcos Portobelo como había prometido ante la Cámara de los Comunes. En Londres la victoria fue celebrada con grandilocuencia. Se acuñaron medallas, se le dio el nombre de Portobelo a una calle y, en una cena celebrada por Jorge II en honor al vicealmirante, se tocó por primera vez el actual himno británico.

Encendido por su victoria, Vernon envió una carta al comandante de Cartagena de Indias donde ya está presente la arrogancia que tan cara le costaría:

> Espero que de la manera que he tratado a todos, Vuestra Excelencia quedará convencido de que la generosidad a los enemigos es una virtud nativa de un inglés, la cual parece más evidente en esta ocasión…

La respuesta del vasco fue igual de brava:

> Puedo asegurar a Vuestra Excelencia me hubiera hallado en Portobelo para impedírselo, y si las cosas hubieran ido a mi satisfacción, aún para buscarle en otra cualquiera parte, persuadiéndome que el ánimo que le faltó a los de Portobelo, me hubiera sobrado para contener su cobardía.

Así las cosas, Blas de Lezo tenía mejores cosas que hacer que cartearse con el enemigo. Cuando el marino arribó en Cartagena de Indias se encontró con que la conocida como «llave de las Indias» contaba con unas defensas que no estaban a la altura: apenas seis navíos, menos de 3.000 hombres armados, la moral por los suelos y unos fuertes y murallas que parecían más bien unas ruinas grecorromanas. Con este panorama, el principal aliado de los españoles era la propia geografía del lugar. La única entrada navegable a la bahía interior, Bocachica, era tan estrecha que obligaba a los barcos a cruzarla en fila india. El plan defensivo del vasco por si aparecía el enemigo puso énfasis en que aquel cruce fuera poco más que el paso de las Termópilas. Dispuso a modo de bienvenida una cadena de dos cables de anclas entre los fuertes de San Luis y San José, las fortificaciones que custodiaban la entrada de Bocachica; reforzó la artillería de estos castillos e instaló dos baterías de cañones en la isla de Tierra de Bomba.

Las obras requirieron jornadas maratonianas y tropas dispuestas a hacer de «mulas de Mario». Entre las cualidades del marino estaba la de hacer partícipe al resto de sus ideas y proyectos, de modo que sabía encomendar las tareas a las personas adecuadas. El propio teniente general se remangó el traje de oficial para las obras de reconstrucción de las defensas, «no como corresponde a general, sino como el último grumete de mis navíos». Cuando Vernon midió el pulso de Lezo, a principios de 1740, primero con un bombardeo

para provocar al vasco, se topó con que los muros estaban floreciendo con esmerado riego. Aquello no se parecía nada a Portobelo, que se había rendido sin luchar porque carecían de guarnición y tenían desmontados los cañones.

En esas fechas Lezo debió vérselas, además de con el lenguaraz Vernon, con el nuevo virrey de la Nueva Granada, Sebastián de Eslava, un veterano navarro que también había estado presente en la reconquista de Orán pero como oficial del ejército. En Madrid se sabía de los problemas de gobernar los vastos territorios del norte de Sudamérica desde Lima, por lo que en 1740 se restableció como virreinato Nueva Granada (Venezuela, Colombia, Panamá y Ecuador), después de que años antes hubiera sido suspendido debido a las estrecheces económicas.

Sebastián de Eslava honró las viejas riñas entre la Armada y el Ejército español al chocar de bruces con *Mediohombre*. Eslava y Lezo tenían ambos el grado de teniente general, siendo el segundo de mayor antigüedad y el comandante directo de los buques de la Armada, lo que no quitaba que el virrey fuera la máxima autoridad en la plaza. Sin gobernador militar en la ciudad, Eslava decidió, y eso le honra, tomar en persona el mando de la defensa al saber que los británicos se dirigían al puerto caribeño, por lo que Blas de Lezo quedó como su subordinado. La mala relación entre ambos privó al Imperio español de una asociación que, bien calibrada, hubiera sido todavía más desastrosa para los intereses británicos.

Al contrario, Eslava escogió el camino de cuestionar cada decisión del representante de la Armada. El navarro consideraba que las prevenciones que Lezo estaba tomando eran exageradas, ya que los ingleses, en caso de atacar, elegirían antes de Cartagena de Indias La Habana u otras plazas caribeñas. Esta primera disputa entre Eslava y Lezo se zanjó el 15 de marzo de 1741, cuando se divisó frente a las murallas de Cartagena de Indias la flota de Vernon: ocho navíos de tres puentes, veintiocho navíos de línea, doce fragatas, 130 naves de transporte y dos bombardas, gobernados por una tripulación de unos 15.000 hombres. Una fuerza

naval capaz de desplegar a 9.000 soldados regulares, 4.000 milicianos del contingente norteamericano y 2.000 negros macheteros, aparte de un numeroso tren de artillería. Contra esta «maravillosa selva flotante de buques, árboles, entenas y jarcias», Lezo pudo recurrir únicamente a seis navíos y a una fuerza terrestre de la que solo un millar de hombres eran soldados profesionales.

La flota inglesa era aproximadamente quince veces mayor que la española, mientras que el contingente humano inglés era diez veces mayor, lo que convirtió esta batalla en una de las luchas más desproporcionadas de la historia. En la legendaria batalla de las Termópilas (480 a. C.), los espartanos contuvieron durante tres días a un ejército de 80.000 persas, según estimaciones modernas. Sin contar a los esclavos ilotas que acompañaban a los espartanos a donde fueran, Leónidas y sus 300 hombres sumaban a sus filas 2.120 arcadios, 400 corintios, 200 de Fliunte, 80 de Micenas, 700 tespios, 400 tebanos, 1.000 focenses y 1.000 locrios opuntios. En total, 6.200 soldados, casi trece veces menos hombres que las huestes de Jerjes. Por su parte, en la batalla de Otumba (1520), de hacer caso a los cronistas castellanos, se impusieron 400 españoles a las órdenes de Hernán Cortés y sus 800 aliados tlaxcaltecas a una fuerza azteca de más de 100.000 guerreros, a todas luces una cifra inverosímil pero indicadora de la gran asimetría.

La victoria en Portobelo motivó a Vernon a atacar otra vez Cartagena de Indias confiado en que España no podría mandar socorro. No se equivocaba. El almirante Rodrigo de Torres, que había sido destinado a defender el Caribe por la Corona, se encontraba para entonces en Cádiz a la espera de un ataque que ya nadie esperaba salvo Lezo. El marino vasco demostró a Eslava y a Torres que el inminente golpe que había pronosticado no eran cantos de sirena, pero no por ello convenció al virrey de que a partir de entonces escuchara sus consejos. El navarro creía que los ingleses lanzarían su ataque principal por La Boquilla, en la parte más oriental de la costa de Cartagena, mientras Lezo insistía en que sería

en Bocachica, donde había reforzado a conciencia los fuertes y los muros.

Tras amagar con atacar La Boquilla, Vernon dio la razón a Lezo por segunda vez, cuando se dirigió con toda su escuadra contra Bocachica el 20 de marzo. La agresiva defensa ideada por *Mediohombre* y el virrey planteaba tres líneas que debían superar los británicos si querían conquistar Cartagena de Indias. La primera se situaba en Bocachica, con los dos fuertes, el de San José y San Luis, que cerraban la boca de la bahía con cañones y una enorme cadena. El segundo reto para Vernon estaba dentro de la bahía, donde otros dos fuertes, el Castillo Grande y el de Manzanillo, debían arrojar a los británicos fuego cruzado para que no se acercaran al puerto. En caso de que el enemigo traspasara las dos líneas anteriores, Lezo había dispuesto una tercera barrera desde las murallas que protegían la ciudad, con el castillo de San Felipe de Barajas escupiendo lava desde una colina elevada.

En la vanguardia de la primera de estas líneas se colocó el propio Lezo, embarcado en el *Galicia*, de setenta cañones. La escasa flota española castigó a los ingleses desde la puerta de Bocachica, apoyando la lluvia artillera de los fuertes de San José y San Luis. Los barcos *Galicia*, *San Felipe*, *África* y *San Carlos* aprovecharon el efecto embudo de la boca de la bahía para causar una escabechina en las embarcaciones enemigas más intrépidas. Con esto, la embarcación de Lezo salió fuera de la bahía en una ocasión para proteger los fuertes. El primero de los bombardeos ingleses en Bocachica se saldó así con graves daños para cinco buques de Vernon.

La incontestable concentración de barcos enemigos en la boca del puerto sobrepasó lentamente a los navíos españoles. Con cada vez menos fortalezas en la costa, el fuego se centró en los barcos, que fueron perdiendo trozos enteros como si los desmembraran vivos. El día 4 de abril fue cuando el *Galicia* recibió un cañonazo mientras Eslava, Lezo y el resto de mandos se encontraban reunidos en su alcázar, con heridas por esquirlas de madera en el maltrecho cuerpo del cojo, manco y tuerto vasco. Al día siguiente, cuatro de los

navíos ingleses apuntaron sus 280 cañones contra los cuatro barcos defensores. El *Galicia* se incendió dos veces, pero corrió mejor suerte que el *San Carlos*, el *África* y el *San Felipe*, los primeros en irse a la compañía de Neptuno cuando cubrían la evacuación de los últimos defensores de Bocachica.

Inmóvil, sin timón, el *Galicia* fue abandonado esa misma noche por el vasco cuando los ingleses ya lo abordaban por proa. Blas de Lezo se retiró hacia el puerto a lamerse las heridas, mientras veía a su espalda cómo los ingleses hacían prisionera a parte de su tripulación. Su primera línea defensiva había caído.

En paralelo al combate con la Armada, los ingleses habían desembarcado tropas en las playas de Tierra de Bomba, donde construyeron una gran batería y se prepararon para asaltar el molesto castillo de San Luis, de planta cuadrada, cuatro bastiones y foso. Incluso resguardadas en la vegetación, a las tropas británicas les costó dios y ayuda tomar el castillo. Un error en la ubicación de la batería de cañones, demasiado expuesta, obligó a los ingenieros británicos a cambiarla de lugar con el consiguiente sobreesfuerzo. Aprovechando la indecisión inglesa, las baterías de cañones situadas por *Mediohombre* en la isla de Tierra de Bomba causaron una auténtica matanza en la fuerza invasora, cuyo comandante, Thomas Wentworth, proclamó sus desavenencias sobre la manera en la que Vernon estaba gestionando el asedio.

Tras diecinueve días de bombardeos, los británicos lograron abrir al fin un agujero en el castillo de San Luis por el que cabía un hombre de pie. En el combate cuerpo a cuerpo, 2.000 ingleses cargaron el 5 de abril contra los trescientos defensores al mando del coronel de ingenieros Carlos Desnaux, quien había recibido la orden de resistir hasta el límite. Creyéndose aislado, el coronel quiso capitular pero sus emisarios fueron recibidos con disparos. Pudieron ser evacuados de noche en chalupas y canoas reunidas a la carrera. Los supervivientes del San Luis, el San José y de las tripulaciones de los barcos abordados se replegaron exhaustos y desmoralizados hacia el puerto. Eran únicamente unos doscientos hombres, menos

de la mitad que hacía dos semanas; si bien, los ingleses habían tenido 4.000 bajas entre muertos y heridos en estos combates.

«EL MAYOR ENEMIGO DE LA MARINA ESPAÑOLA»

Las enormes bajas no preocuparon al entusiasta Vernon. Con la conquista del castillo de San Luis, el vicealmirante Vernon despachó a Inglaterra la fragata *Spence* con la feliz noticia de la inminente caída de la plaza. Londres no dudó de las informaciones de Vernon, por lo que se preparó para celebrar la victoria con distintos actos e incluso medallas conmemorativas. De ellas se popularizó una con la figura del vicealmirante inglés recibiendo la espada de manos de un Blas de Lezo arrodillado y con la inscripción «el orgullo español humillado por el almirante Vernon». Tal pose del marino iba a ser imposible porque los británicos estaban lejos de conquistar aún la plaza y, sobre todo, porque, aunque se lo hubiera permitido su voluminoso orgullo, la pata de palo de Lezo le imposibilitaba arrodillarse así.

El virrey Eslava perdió la templanza con la caída de Bocachica. Tras recibir la furia artillera de siete navíos durante dos días, el navarro retiró la guarnición e inutilizó los cañones del Castillo Grande, una fortaleza de gran tamaño orientada a la entrada cegada de Bocagrande, por falta de efectivos. Asimismo, el 10 de abril ordenó echar a pique los navíos *Dragón* y *El Conquistador* con el objeto de que sus mástiles bloquearan la entrada entre Castillo Grande y Manzanillo, que precedía al puerto amurallado de Cartagena de Indias. En este punto se da una de las muchas discrepancias entre la versión oficial dictada por Eslava y el diario de Lezo. Según el texto oficial, ambos tenientes generales acordaron que lo mejor era hundir los últimos navíos de la flota española, sin embargo, Lezo criticó con dureza esta decisión en su diario y afirmó que con ello el virrey se declaró «como el mayor enemigo de la marina española».

Resultó un sacrificio en vano. Un día después los barcos ingleses pasaron sin más por encima de los navíos hundidos y se hicieron los dueños y señores de las aguas de Cartagena de Indias. Hundidos estos últimos barcos, Eslava repartió las dotaciones de la marina en piquetes para acudir a los lugares donde fuera preciso, aunque obvió darles más instrucciones. Su verdadera intención era alejarlas de la influencia del vasco.

Sin más oposición, Vernon entró triunfante en la bahía y barrió los restos de la segunda línea de defensa —la que flanqueaba el puerto— con insospechable facilidad. Las fortalezas portuarias mostraron escasa resistencia, a excepción de Manzanillo, que aguantó por el empeño de su capitán. Blas de Lezo lo justificó en su diario en que Eslava no había preparado de forma adecuada la defensa dentro de la ciudad, tal vez porque pensaba que los ingleses no llegarían tan lejos. Cuando el 13 de abril comenzó el bombardeo sobre la ciudad amurallada, Lezo, Eslava y el resto de tropas no tuvieron más remedio que apostar todas las fuerzas en la fortaleza de San Felipe de Barajas, apenas un pequeño fuerte triangular de piedra edificado en lo alto de la colina de San Lázaro, a cuarenta metros de altura sobre el nivel del mar.

Mediohombre, desde la batería de la Media Luna, desoyó las peticiones del virrey de retirarse al interior de la ciudad y no frenó su actividad. Instruyó a los oficiales, revisó la posición de cada cañón y se encargó de mantener los ánimos elevados cuando 3.000 británicos desembarcaron en el continente y se dirigieron en tres columnas hacia el fuerte San Felipe, de modo que los 10.000 habitantes de Cartagena de Indias ya podían sentir el aliento inglés a ron y té sobre sus nucas. En su avance al fuerte a través de la tupida vegetación, los Casacas Rojas fueron hostigados por los piquetes españoles y los arqueros indígenas. Los rigores del clima tomaron el relevo allí donde los defensores locales no podían llegar. Cuando el 17 de abril cayó el Cerro de la Popa, a manos de las tropas norteamericanas de Vernon, en torno a cuyo convento se había instalado una plataforma artillera, se antojaba que solo un

imposible podría salvar el vecino fuerte de San Felipe, la última protección de la ciudad.

A las 3.45 del jueves 20 de abril, se abrió la caja de los truenos contra el fuerte. Oleada tras oleada, los ingleses salvaron la ladera para romper contra los muros españoles, defendidos en trincheras y baluartes por los regimientos Aragón y España. Siete horas después de que comenzara el asalto, los ingleses ya atacaban San Felipe de Barajas desde el sur, el oeste y el norte. *Mediohombre* había preparado un foso hondo alrededor del cerro de San Lázaro, de manera que las escaleras, las pértigas y todos los ingenios de asedio se revelaron insuficientes. La única tregua se produjo al mediodía, cuando los españoles hicieron toque de oración y se paró el fuego en la ladera. Tras el silencio de la oración, el vasco ordenó reanudar la partida: 3.000 asaltantes ingleses intentaron desalojar sin éxito a los 850 defensores, que al calor de la tarde tropical quebraron el ímpetu enemigo. La línea inglesa retrocedió sin más con el transcurso de las horas, como un interruptor que se apaga. Del ánimo exaltado, a la huida.

Cuando los ataques británicos perdieron intensidad, la salida desde el castillo de doscientos infantes de marina, con bayoneta calada, sumió a las tropas enemigas en el mayor de los desconciertos. Tanto como a Desnaux, el hombre al mando de San Felipe de Barajas, que se negó en un primer momento a abrir las puertas para esta arriesgada carga cuando lo ordenó Lezo. El propio Eslava había rechazado otras propuestas similares del vasco de pasar al ataque, amparado en el mayor conocimiento del terreno de los españoles; sin embargo, el frágil derrumbe de las huestes británicas evidenció que el marino sabía qué botón estaba tocando. Por primera vez en varios meses, los españoles vieron por detrás y no por delante los sombreros de escarapela negra, característicos de las tropas de la dinastía Hannover.

Blas de Lezo se mantuvo durante todo el sitio tan impasible como un viejecita haciendo ganchillo, consciente de que con cada día que pasaba el clima insalubre y la desesperanza diezmarían las

fuerzas de Vernon. Confiaba en que las lluvias tropicales de finales de abril dictaran sentencia en caso de empate. El desgaste era la pieza clave de su estrategia, frente a un enemigo con miles de bocas que alimentar y sus bases demasiado alejadas. No es casualidad que el vasco abasteciera antes de la lucha los fuertes y las guarniciones con armamentos y víveres suficientes para resistir incluso varios meses.

Y sí. El tiempo corrió a favor de los españoles. Entre las filas inglesas camparon a sus anchas el escorbuto, la fiebre amarilla, la peste y el vómito negro, al tiempo que la falta de agua y alimento multiplicó cada día las bajas. El pánico al contagio llevó, como anota un testigo inglés, a que «en algunos buques los comandantes ordenaban arrojar los cuerpos por la borda… hasta que fueron devorados por los tiburones». Los muertos ya pesaban demasiado entre las tropas de Vernon cuando se inició el asalto sobre el San Felipe. Allí la red logística falló y los soldados fueron privados de alimentos frescos. No fallaba Blas de Lezo al sugerir salir en busca del enemigo, puesto que, simplemente, los ingleses estaban demasiado ocupados contando los muertos como para lanzar un nuevo ataque a San Felipe de Barajas.

Cuando Vernon exigió más asaltos a Wentworth, la respuesta fue, entre atónito y enfurecido, que resultaba una orden imposible de cumplir sin apoyo naval a las fuerzas terrestres. El vicealmirante se justificó en que muchos de sus barcos estaban averiados y no se podían acercar más a las costas, porque las marismas y las baterías de tierra no lo permitían. Los bombardeos se limitaban a disparos remotos que caían en las viviendas y edificios de Cartagena de Indias. El 27 de abril, en uno de esos chistes puros de la ironía británica, Vernon resucitó el navío capturado a Blas de Lezo, el *Galicia*, y lo internó en la bahía externa para mostrar a Wentworth lo peligroso de que sus barcos se colocaran frente a Cartagena de Indias. Las baterías de tierra coordinadas por Lezo cañonearon al que fuera su buque insignia, que antes de ser abandonado por los ingleses fotografió la incompetencia de Vernon. El gran daño

causado en las defensas por aquel navío desguazado demostró que si el vicealmirante hubiera introducido más barcos dentro de la bahía los fuertes hispánicos habrían caído por saturación.

Aquella vacua maniobra fue la última acometida inglesa antes de ordenar embarcar a los soldados. El día 28 de abril los bombardeos sobre la ciudad cesaron por completo. Un marinero vizcaíno que permanecía prisionero logró alcanzar las líneas españolas e informar al virrey de que las fueras invasoras estaban regresando a sus barcos, transformados en improvisados hospitales. La retirada ordenada evolucionó en desbandada. Palas, picos, fusiles, sables y pertrechos quedaron tirados en el suelo. Algunos de los que se entretuvieron dinamitando los restos de las fortalezas españolas cayeron prisioneros. Mientras se escabullía con oprobio, la arrogancia de Vernon todavía tuvo tiempo de lanzar un último farol. Aseguró en una carta enviada a las autoridades españolas ese día: «Hemos decidido retirarnos para volver pronto a esta plaza después de reforzarnos en Jamaica».

A lo que el vasco le contestó con sencillez, elegancia y, al mismo tiempo, contundencia: «Para venir a Cartagena es necesario que el Rey de Inglaterra construya otra escuadra, porque esta solo ha quedado para conducir carbón de Irlanda a Londres, lo cual les hubiera sido mejor que emprender una conquista que no pueden conseguir».

Cartagena de Indias fue la acción más importante de la Guerra del Asiento. Una cura de humildad en la que murieron 6.000 ingleses y 7.500 quedaron heridos, además de perderse cincuenta barcos, innumerables morteros, tiendas y materiales de todo tipo. Entre los supervivientes del combate estuvo Lawrence Washington, medio hermano de George Washington, que siguió fiel a Vernon a pesar del desastre. Cuando regresó a su casa de Virginia la llamó Mount Vernon en su honor, una residencia que con el tiempo devino en la casa del héroe de la independencia de las Trece Colonias. España, en tanto, extravió 800 soldados, seis barcos de guerra y registró 1.200 heridos, entre ellos el propio Lezo. Buena parte de la plaza

quedó reducida a ruinas por los aproximadamente 28.000 cañonazos y 8.000 bombas que arreciaron sobre Cartagena de Indias durante dos meses.

Vernon no regresó a Inglaterra hasta finales de 1742, no sin antes intentar desembarcar en la bahía de Guantánamo (Cuba), en un vano esfuerzo por maquillar la campaña. Tras una fúnebre travesía hasta las Islas Británicas, Vernon descargó ante Londres toda la culpa de la derrota en el general Thomas Wentworth. La Royal Navy había hecho su parte —aseguraba con su habitual pompa—, y si Cartagena de Indias no había caído era por culpa de las fuerzas terrestres. Una excusa pueril que salvaguardó su carrera, de modo que en 1745 fue ascendido a almirante de la Flota del Mar del Norte. Hasta un posterior rifirrafe con el Almirantazgo su prestigio no empezó a decaer. Después de su muerte, acaecida en 1757, fue enterrado en la Abadía de Westminster y sus deudores continuaron defendiendo que la culpa era de las fuerzas terrestres. Su sobrino instaló un monumento en su tumba con un epitafio que decía « (…) y en Cartagena conquistó hasta donde la fuerza naval pudo llevar la victoria», reflejo de sus desavenencias con Wentworth. Erre que erre.

A la derrota en Cartagena de Indias le siguieron operaciones de menor calado en el Caribe. Caso aparte fue el del Pacífico, donde una escuadra británica al mando de George Anson campó a sus anchas por el otrora lago español. Todas las plazas y arsenales se hallaban indefensos, desabastecidos y desorganizados, con una preocupante cantidad de corruptos al mando de tropas desidiosas. Con más propaganda que gloria, Anson capturó el fuerte de Paita, tomó el galeón de Manila y, en 1744, regresó a Londres cruzando el Cabo de Buena Esperanza. Los trovadores británicos se encargaron de maquillar su pobre botín.

La paz para una guerra tan costosa para ambos bandos se firmó mediante el Tratado de Aquisgrán en 1748. El Imperio español salió como el vencedor, si se tiene en cuenta que casi todas las tierras conquistadas retornaron a quienes las gobernaban antes de la

guerra. La Armada española había demostrado a Inglaterra que incluso en inferioridad numérica podía defender su enorme territorio americano y morder a la pujante marina británica. La de Cartagena de Indias sigue siendo una de las mayores derrotas, si no la más grande, en la historia de la Royal Navy.

¿CAÍN ERA NAVARRO O VASCO?

Los ingleses escondieron debajo de la alfombra el desastre, mientras los españoles deslucían la victoria. En cuanto se marchó el último barco de la bahía, Sebastián de Eslava requirió a Carlos Desnaux, defensor del San Luis, un informe en el que culpara a Blas de Lezo de la pérdida de esta fortaleza. En un segundo informe se silenció su actuación en la defensa de San Felipe y se infló el papel del virrey en estas acciones. Al rey Felipe V, por entonces sumido en la fase más cruel de un trastorno bipolar, le escribió además varias cartas privadas en las que tachaba de cobarde y de imprudente al representante de la Armada.

Harto de la actitud del virrey, *Mediohombre* trató de tomar la delantera. Lezo pidió que un oficial de marina de su confianza custodiara hasta España el diario que había escrito durante todo el asedio, pero el virrey impidió la salida del mensajero con el envío de veinticinco granaderos. No obstante, al final el teniente general logró que el diario viajara en el mismo barco en el que lo hacían los informes de Eslava, que le presentaban a él como único artífice de la victoria sobre los ingleses. Porque aunque se dice que las victorias tienen muchos padres, la mayoría son más bien padrastros o padres adoptivos.

En Madrid se dio por buena la versión de los hechos de Eslava, incluso con las cartas de ambos sobre la mesa. Contribuyó a ello, aparte de las conexiones del virrey, que este amenazó con retirarse a España si a Lezo no se le apartaba de sus cargos. La venganza contra *Mediohombre* por tantas molestias se materializó a través de una Real Orden del 21 de octubre que suspendía a Blas de Lezo de

todo mando y le instaba a volver a España «para dar razón de su conducta», que no era otra sino contribuir decisivamente a humillar a la mayor flota que había cruzado el Atlántico.

Blas de Lezo y Olavarrieta se dio el gusto de no escuchar tal insulto. A las ocho horas del 7 de septiembre, murió, con cincuenta y dos años, a consecuencia de las heridas infectadas en la batalla o, probablemente, contagiado de las fiebres amarillas que habían asolado a las tropas de Vernon. La fuerza de Lezo para salvar la llave de América y garantizar así la hegemonía del Imperio español en este continente varias décadas más brotó tanto del corazón como del cerebro. *Mediohombre* era un oficial apreciado por las tropas y un líder al que seguir cuando todo amagaba con derrumbarse. Su valor y serenidad mantuvieron la fe en los peores instantes. No obstante, fue su inteligencia lo que salvó Cartagena de Indias, porque desde el principio acertó en el lugar donde atacarían los británicos y se adelantó varias veces a sus movimientos. Durante el combate, el gran estratega se adaptó una y otra vez a las circunstancias.

A excepción de Lezo, la mayoría de los protagonistas de la defensa de Cartagena de Indias fueron felizmente premiados. A Sebastián de Eslava se le ascendió a capitán general de los Reales Ejércitos y se le nombró a título póstumo marqués de la Real Defensa, al coronel de ingenieros Carlos Desnaux se le ascendió a brigadier y a los regimientos de Aragón y España se les felicitó por su comportamiento.

Solo el tiempo colocó a todos en su sitio. Veinte años después, los descendientes de Blas de Lezo pudieron restaurar su memoria y a su hijo le fue concedido el título de marqués de Ovieco y vizconde de Cañal como pago a su papel en Cartagena de Indias. A Eslava, por su parte, le acabó castigando su carácter bronco. Durante sus diez años de gobierno en Nueva Granada, mantuvo fuertes discusiones con funcionarios de la Corona e incluso destituyó a otro de los artífices de la victoria sobre los ingleses, Melchor de Navarrete. Y, aunque nunca llegó a perder del todo el favor del rey,

su comportamiento despótico y la sublevación de la guarnición de Cartagena en 1745 postergaron *sine die* su nombramiento como virrey del Perú.

La mala relación con Lezo no debe, en cualquier caso, empañar los aciertos de Eslava, convertido en el villano del relato por quienes prefieren los hechos simples y masticados. Hipnotizada por el atractivo de un vasco cojo, manco y tuerto, la corriente que ha rescatado del olvido a Lezo en los últimos años —logrando que una estatua suya presida una de las zonas de la Plaza de Colón, en Madrid— ha atribuido a *Mediohombre* todo el mérito de una victoria que fue colectiva. Eslava hizo cálculos erróneos y su forma de ser no le permitió escuchar con claridad los consejos de sus subordinados; pero él era el responsable último de la defensa de la plaza. La cabeza encargada de poner equilibrio entre criterios opuestos y el hombre que se expuso igual que Lezo a los cañonazos enemigos. El día que el consejo de guerra fue bombardeado en el navío *Galicia* él también resultó herido. Ambos hicieron frente común en los momentos más comprometidos para Cartagena de Indias.

La versión de la batalla redactada por el virrey fue elevada a la categoría de parte oficial, hasta que salió a flote el diario del vasco con datos que desenmascaran a Eslava. El error sería hoy dejarse encandilar solo por la fuerza de la leyenda de *Mediohombre* y de su diario, escrito de su puño y letra, para reducir todo a una historia de villanos y héroes. No hay que olvidar que Lezo fue un gran narrador de sí mismo. Con inquina y envidia, Eslava acusó en una de sus cartas al marino de ser un farsante que tiene «achaques de escritor tan lleno de apariencias como solícito de coloridos para ostentar servicios». Una acusación cruel contra alguien que en el servicio al Imperio español se había dejado, literalmente, medio cuerpo. Pero también planea la sospecha aquí de que, sobre el papel, su forma franca de contar los hechos iba a solapar a largo plazo cualquier carta que Eslava enviara a la Corte. Al celoso virrey le preocupaba, en definitiva, que el mito de Lezo borrara de un plumazo al resto de actores protagonistas del guion. Y en eso no iba desencaminado.

Porque lo ya dicho: todos los superhéroes son grandes escritores o, como poco, resultan una atracción irresistible para los juntaletras.

13

ANTONIO BARCELÓ, EL CORSARIO

Si el Rey de España tuviera
cuatro como Barceló,
Gibraltar fuera de España
que de los ingleses, no.

Así decía una copla que corría por las calles de España sobre la importancia de poner un Antonio Barceló, al menos uno, en tu flota. ¿Tan importante puede ser el ejercicio de un solo hombre en todo un ejército? La leyenda de este mallorquín de orígenes humildes resultó tan alargada como para pensar que sí, que su carrera militar cambió por sí sola la posición de España en el Mediterráneo en el siglo XVIII y erradicó un problema que castigaba el país desde la Edad Media. La piratería berberisca, que había tomado el relevo a los grandes señores turcos del mar, hubiera seguido activa al menos unas cuantas décadas más de no haber existido el «Capitá».

Durante siglos el Levante español permaneció en un constante estado de alerta. Una amplia franja del litoral, conocida como La Marina, permanecía desierta y sin desarrollar ante el temor a que desembarcaran corsarios musulmanes. Los de origen turco tenían fama de guerreros temidos en abordajes y desembarcos, mientras los berberiscos eran famosos por sus habilidades marineras. Cuando

la batalla de Lepanto (1571) y las sucesivas treguas entre España y el Imperio otomano alejaron la amenaza de una invasión, aún quedó a su espalda, como la espuma al bajar la marea, el peligro de los corsarios berberiscos. Trípoli, Túnez y Argel seguían siendo vasallos del sultán de Estambul, pero con tanta autonomía como para que las treguas entre España y Turquía no afectaran a la actividad corsaria que auspiciaban y protegían. La diplomacia española se conformaba con que al menos los otomanos no enviaran tropas propias a estas empresas.

Las Islas Baleares, donde surgió Barceló, eran otro de los objetivos predilectos de los ataques piratas. En septiembre de 1533 el célebre Jaredín Barbarroja entró mediante engaños en el puerto de Mahón (Menorca) y dio rienda suelta a un horrible saqueo que borró a la población del mapa. Veintitrés años después el turno fue para Ciudadela, entonces capital de Menorca, que fue asolada de forma meticulosa por Pialí Pachá. Como gran parte de los isleños, la abadesa del convento de Santa Clara fue vejada, arcabuceada y colgada de un árbol en un saqueo que duró tres días. La destrucción fue tal que cuando llegó el gobernador interino tuvo que dormir en una cueva, porque no quedaba ninguna casa habitable. La caída de influencia del Imperio otomano no corrigió el problema. En pleno siglo XVIII seguía siendo habitual que cientos de cautivos cristianos fueran recluidos por corsarios en Argelia y vendidos a precios millonarios, así como que los puertos baleares fueran objeto de toda clase de ataques.

Sin embargo, la gran amenaza aquí a partir de la Guerra de Sucesión, que trajo a los Borbones al trono hispánico, estuvo en otro de los aspectos más crueles del Tratado de Utrecht: la concesión de la isla de Menorca a los británicos. Los ingleses nunca fueron buenos vecinos, eran como la última persona a la que acudir si te dejas las llaves por dentro de tu casa. Mahón se convirtió en la base principal de la Royal Navy en el Mediterráneo y un lugar de trasiego para los corsarios. El atraso tecnológico de las embarcaciones norteafricanas fue compensado en aquellos años con la descarada venta de

materiales y armas de los británicos a los berberiscos, a fin de seguir debilitando al Imperio español. Asimismo, los corsarios franceses, ingleses y holandeses eran invitados habituales en el nido de serpientes en el que se había convertido el viejo Mare Nostrum.

A partir del siglo XVIII, la actividad berberisca fue combatida por España con las mismas armas. Los corsarios españoles existían desde la Edad Media y algunos de ellos, como Pedro Navarro, habían cobrado gran fama con sus acciones; si bien, desde el reinado de los Reyes Católicos se había frenado su expansión en el Mediterráneo como signo de modernidad, no así en el Atlántico y contra las Provincias Unidas. Lo desesperado de la situación en el Levante forzó a las autoridades españolas a extender también en el Mediterráneo patentes de corso (la licencia real que reglaba los objetivos y requisitos de esta actividad pirata). Según las estrictas normas de la Corona, la tripulación de estos barcos debía estar formada al menos en una cuarta parte por personas que hubieran servido en la Armada Real. Esta parte de la tripulación recibía el nombre de «matriculados» y su servicio corsario contaba como si fueran años en la Armada. Además, los tres quintos del valor de las capturas se reservaban para la tripulación y el resto para la oficialidad; lo cual no era suficiente estímulo para atraer a grandes figuras a un trabajo al borde de la ilegalidad. Una anomalía dentro de la Armada se alzó como el mayor especialista en este tipo de lucha.

Érase un tipo duro que no dudó en echarse al barro.

EL HÉROE INESPERADO

Antonio Barceló y Pont de la Terra nació en Palma de Mallorca la última noche del año 1716, el mismo en el que José Patiño, ministro de Felipe V, inició una serie de reformas de la marina española que dio lugar a los grandes almirantes ilustrados que de Jorge Juan y Alejandro Malaspina a Dionisio Alcalá Galiano elevarían este brazo de las Fuerzas Armadas a una condición elitista de científicos e

ingenieros civiles. Por fecha de nacimiento, a Barceló le correspondía por derecho propio pertenecer a esa generación ilustrada de marinos, pero él incumplía todo lo que se esperaba de los ilustres reformadores. En un tiempo en el que se exigía la hidalguía para ser oficial de la Armada, el mallorquín ascendió por méritos propios, con escasa formación académica y pocos intereses intelectuales, hasta lo más alto de este cuerpo.

El padre de Barceló pertenecía a la clase media de la isla y desde finales de la Guerra de Sucesión ejercía como corsario en una galeota, que más tarde sustituyó por un jabeque nombrado *Santo Cristo de Santa Margarita*. En 1720 obtuvo el contrato para el servicio de correo entre Palma y Barcelona, como recompensa por sus servicios. El hijo siguió su estela como grumete en este barco, y a los dieciocho años ya contaba con el título de piloto de los mares de Europa. Dada la avanzada edad de su padre, pronto el joven Barceló comenzó a suplirle en sus tareas como capitán cada vez con más frecuencia. El tipo de embarcación que capitaneaba en esos años, tanto galeotas como jabeques, era una evolución de las tradicionales galeras del Mediterráneo —en declive desde Lepanto— a las que se les añadió más velamen y mejor artillería, entre tres y cinco cañones en proa. Los grandes navíos que dominaban el Atlántico seguían siendo inadecuados para la caza de corsarios, porque era como si alguien pretendiera cazar moscas a cañonazos.

Con veintiún años, el joven Barceló, oficial «graduado» (sin sueldo ni uniforme), obtuvo ya como patrón del jabeque una recompensa honorífica por un combate con dos galeotas argelinas. Venció a estas embarcaciones y las puso en fuga. Posiblemente lo había hecho innumerables veces en el pasado, pero nunca había logrado que alguien bien situado propusiera una recompensa. El Mediterráneo era sordo para muchas cosas, sobre todo en un tiempo en el que el comercio atlántico concentraba la mayoría de las atenciones. No obstante, su auténtica presentación en sociedad llegó con una misión de carácter civil, cuando ante un periodo de hambruna salvaje en las Islas Baleares partió cargado de comida

desde Barcelona. «No hay una gota de agua en el buque, así que a ver si llegamos pronto a Ciudat», anunció con su franqueza habitual. La ausencia de agua, probablemente para hacer hueco a más alimentos, motivó a la tripulación de su jabeque para viajar en un tiempo récord hasta Palma de Mallorca.

La hazaña despertó toda clase de elogios en la isla hacia el «Capitá en Toni». El rey firmó por aclamación popular su ascenso a teniente de fragata, de nuevo en condición honorífica y sin sueldo. La fama entre sus vecinos la ganó con la decidida actuación en aquella crisis de subsistencia, pero iba a ser la lucha contra los piratas lo que le consagraría como un hombre fuera de lo común. En calidad de teniente de fragata, Barceló recibió el mando de una pequeña escuadra de corsarios españoles, que en coordinación con dos grandes navíos de altura, debía cazar a los piratas que revoloteaban en torno a las Islas Baleares. La ocasión la pintan calva. Desde Madrid se tenía una visión deformada del problema y de las necesidades sobre el terreno. Usar navíos de línea no era el mejor remedio frente a los escurridizos bajeles musulmanes. Una planificación deficiente, una burocracia agotadora y la mala elección de los navíos redujeron hasta el mínimo las posibilidades de éxito de la operación.

Y es en el mínimo donde se mueven mejor los hombres extraordinarios. En la mañana del 15 de julio de 1753, un bote de remos llegó a Palma con los supervivientes de un barco mercante atacado por dos bajeles corsarios. Uno de estos barcos, una galeota, armaba cuatro cañones y sesenta y dos tripulantes, ocho de ellos turcos, lo que le convertía en un hueso duro de roer. El jabeque de Barceló y otro al mando del patrón Benito Capó salieron para atrapar a los depredadores con escasos víveres, porque creían que bastarían unos días para dar con ellos. Los corsarios españoles cayeron rápido sobre la galeota y el barco mercante capturado a la altura de Dragonera. Capó se encargó de la galeota en una lucha que terminó con un breve abordaje, mientras que Barceló atacó el barco

apresado haciéndole fuego con sus cañones y el lanzamiento de frascos de fuego.

Las recompensas obtenidas, entre ellas el cargo honorífico de teniente de navío (su carrera honorífica en la Armada amenazaba ya con arruinarle), permitieron a Barceló comprar otro jabeque más grande, con capacidad para una dotación de sesenta marineros y dieciocho granaderos. El 13 de junio de 1756 dos galeotas argelinas cometieron el error de atacar al reforzado jabeque correo de Barceló a la salida de Barcelona. Error, porque el teniente de navío repelió a una embarcación como quien bosteza, y abordó a otra con un balance de cincuenta y siete enemigos barridos de la cubierta. La captura de este barco propiedad del mismísimo dey de Argel catapultó a Antonio Barceló, de treinta y nueve años, al seno de la Armada española, a pesar de sus orígenes humildes y su falta de formación. Por Real Decreto fue ascendido a teniente de navío en propiedad, con sueldo y uso de uniforme. La desconfianza por haber ascendido por méritos alimentaría un coro de envidias en el seno de la Armada durante toda su carrera.

Ni siquiera fue impedimento para su ascenso la aparatosa sordera que ya era patente en aquel tiempo. En su reciente acercamiento a este personaje, Agustín R. Rodríguez González ve poco probable que esta discapacidad fuera producto de los estampidos de los cañones, que no eran todavía de gran calibre. Alguna enfermedad infecciosa o congénita resulta más plausible, bajo su criterio, a la vista de que con los años la sordera fue a peor.

A partir de su entrada en la Armada, Antonio Barceló inició una impresionante racha de victorias al frente del jabeque llamado *El Atrevido*, con el que entabló doce combates, todos victoriosos, hundió o apresó a catorce buques enemigos y les hizo 1.171 bajas, hasta 1769, según los datos recabados por Agustín R. Rodríguez González. Unas cifras que le hicieron cada vez más popular y dispararon su prestigio en la Corte. En una audiencia con Carlos III por aquellas fechas se produjo un peculiar diálogo entre el rey ilustrado por antonomasia y el oficial más grueso de la Armada:

—¿Qué hacen los moros, Barceló?

Hubo un silencio.

—¿Qué hacen los moros, Barceló? —repitió el monarca en un tono más alto cuando le recordaron la sordera del «Capitá».

—Señor —respondió— temer el nombre de Su Majestad.

—No, es el tuyo el que temen y el que basta para hacerlos huir.

UN CENTINELA SORDO PARA EL ESTRECHO

El rey lo elevó a capitán de navío y le colmó de recompensas a raíz de uno de sus apresamientos más arriesgados. Informado de que cuatro jabeques de la Regencia de Argel y tres corsarios particulares se dirigían al Estrecho, Barceló partió con una escuadra de siete barcos a bloquear el paso. El 11 de octubre de 1769 la manada de barcos españoles acorraló a dos corsarios. Uno se rindió sin oposición, encontrándose en su interior una carga robada y una tripulación apresada de daneses; mientras que el otro comenzó un intercambio de cañoneo hasta que embarrancó cerca de Gibraltar. Un balazo atravesó una mejilla y un hombro a Antonio Barceló, que sufrió terribles dolores por la herida.

El disparo le destrozó varios dientes y le obligó a delegar el mando, si bien insistió en aguantar en el puente de mando. Lo peor vino cuando se reanudó la persecución, sin tiempo de curarse y a riesgo de coger una infección. Durante varias semanas, apenas capaz de sostenerse en pie, dirigió a la flota española en presencia de los otros corsarios. Frente a Algeciras, un confuso combate concluyó con el otro jabeque, el más grande de los corsarios, desarbolado y capturado. Solo después de este choque accedió a desembarcar para curarse las heridas, especialmente la de la boca, que había empeorada otra vez.

Más valía que se recuperara cuando antes, aun cuando las cicatrices y la boca torcida le recordaran siempre aquel combate. Un solo hombre marcaba la diferencia en la España bañada por el Mediterráneo, porque la vigilancia de las costas de Barceló en el

Estrecho se basaba en una red de información propia que se extendía por toda clase de puertos y rincones. Puede que Barceló estuviera sordo en las distancias cortas, pero no había un oído más preciso en todo el Mediterráneo. Frente a los piratas que lo esquivaban a toda costa, el mallorquín sabía pillarlos por sorpresa como ellos mismos hacían con pescadores y transportes indefensos. Una vez en el choque, los corsarios no eran rivales para los imponentes jabeques de la Armada, con veinte o treinta cañones, además de una dotación de doscientos hombres bien entrenados. El «Capitá» se cuidaba de que su flota estuviera calibrada al milímetro.

El propio Barceló, sin formación, diseñó algunos de estos jabeques, un tipo de embarcación de inspiración antigua que había sobrevivido al paso de los siglos. La inesperada faceta como constructor naval de Barceló se basaba en la experiencia más que en los conocimientos técnicos. El limitado calado de los jabeques les daba ventaja en cuanto a maniobrabilidad frente a los pesados buques modernos, que sin remos estaban vendidos en las aguas mediterráneas. En este sentido, los jabeques estaban mejor armados y eran menos frágiles que las galeras. El éxito de los corsarios españoles en la reciente Guerra del Asiento (o de «la Oreja de Jenkins») disparó el valor de estos barcos y comenzó a desplazar a las galeras en otras armadas europeas con presencia en el Mediterráneo.

El principal defecto de este bajel radicaba en que su ligera estructura dificultaba embarcar piezas de gran calibre, lo que, por otra parte, suponían la principal ventaja de los europeos sobre los corsarios. Los berberiscos ponían todas sus esperanzas en la fase de abordaje. No en vano, Barceló y los suyos ponían énfasis en el combate a media distancia, de tal manera que se extendió el uso de frascos de fuego (un recipiente de vidrio relleno de pólvora), granadas de mano y lonas alquitranadas. Con la cubierta enemiga en llamas, el mallorquín se lanzaba al asalto con hachas, chuzos y sables. Terminó por ser famosa su frase antes del abordaje:

«Tenemos que ahorrar pólvora del rey», en referencia a la escasez artillera de este tipo de embarcaciones.

La actividad de guardacostas de Barceló cambió el color del Mediterráneo. España se planteó así arrancar las raíces de la piratería. En 1766, Marruecos y España firmaron una paz que retiró del corso a no menos de veinte embarcaciones medianas y treinta más pequeñas. Se trataba de un reconocimiento formal del sultán Mohamed ben Abdalá, independiente del Imperio otomano, de su inferioridad naval respecto a España, aunque ello no conllevaba la renuncia a Ceuta, Melilla y el resto de fortificaciones hispánicas en el Norte de África. De hecho, el sultán inició este periodo de paz encabezando pocos años después, en 1774, un ataque contra Melilla. La defensa de los setecientos españoles de la ciudad fortificada fue agónica y el sultán procuró que coincidiera con los peores meses para la navegación, con lo que llevar provisiones y refuerzos resultó una odisea. Barceló se encargó de trasladar suministros a los enclaves españoles del peñón de Vélez de la Gomera y el islote de Alhucemas, también bajo asedio. Sin apenas fondeaderos válidos, solo la pericia de los jabeques al mando del mallorquín mantuvo en manos españolas estas plazas.

El fracaso de Marruecos en Melilla y en los otros enclaves animó a Carlos III a sacudir otro de los nidos piratas por antonomasia, si no el mayor: Argel. El monarca preparó una expedición de 20.822 hombres del ejército para tomar la ciudad y arrasar y cegar su puerto, con el fin de que no pudieran reconstruirlo en mucho tiempo. Todo el cuidado que se tuvo en la selección de tropas y de oficiales, con Antonio Ricardos, Francisco de Miranda, Bernardo de Gálvez o el naturalista Félix de Azara, entre otros ilustres de aquel siglo, fue el que no se tuvo a la hora de elegir a un comandante con talento. Más por intrigas que por méritos, se le otorgó el mando a Alejandro O'Reilly, un irlandés mercenario al servicio de España. La poderosa escuadra reunida se le asignó a don Pedro González de Castejón, mientras que a Antonio Barceló se le entregó el mando de los jabeques, que formaban división aparte.

La noticia del ataque sorpresa sobre Argel corrió con ruido por el Mediterráneo. El retraso en los preparativos fue el primer cromo de un álbum de errores por parte O'Reilly. Probablemente el más grave fue el lugar escogido para desembarcar: una playa baja y arenosa, dominada por una serie de terrenos elevados cubiertos de vegetación, perfecta para que los argelinos lucharan «a la morisca», esto es, ataque y resguardo rápido. Conociendo bien al enemigo, Barceló propuso, en cambio, bombardear la zona elevada y prender fuego a la vegetación, acaso usando granadas o frascos incendiarios. Su idea fue desechada porque retrasaría la operación, tras lo cual se procedió a desembarcar con parsimonia la primera oleada, unos 6.000 hombres, el 8 de julio de 1775. Esta línea tomó tierra sin problema, mientras desde las alturas comenzó el bombardeo previsto por Barceló. En vez de mandarlos rápido hacia delante, O'Reilly ordenó esperar a los 6.000 hombres siguientes, al considerar que era una fuerza escasa. Una decisión calamitosa, porque la siguiente línea desembarcó de forma desordenada y empujó a la vanguardia. El enorme bloque de carne era un blanco perfecto para los bombardeos, a los que pronto se sumó el acoso de 12.000 jinetes enemigos desde ambos flancos.

Sin esperar instrucciones, Antonio Barceló acercó sus diez jabeques todo lo posible a la orilla para cubrir con su artillería el ala derecha del desembarco. El jefe de escuadra don Juan Acton, al mando de las galeotas españolas, imitó la maniobra del mallorquín en la izquierda. El fuego de ambas escuadras evitó que la masa de españoles fuera envuelta. El pánico y la pasividad cundían en tierra, a excepción de los guardias españoles y valones, la élite del ejército, que tomaron una colina y desde allí pudieron contemplar que el camino hacia Argel estaba minado de emboscadas y trincheras. A O'Reilly, por su parte, solo se le ocurrió atrincherarse en la playa, formando un rectángulo. Sin artillería ni víveres ni agua, la situación devino en angustiosa en cuestión de horas. Esa misma noche se decidió el reembarque de las tropas.

Las bajas fueron desoladoras, con la pérdida de casi 5.000 hombres en aquella playa. Contribuyó a avivar las llamas del desastre la ocurrencia de O'Reilly de repartir vino entre las tropas para «reanimarlas», lo que atontó todavía más a los soldados en el embarque. De nuevo, la intervención de Barceló al cubrir desde el mar uno de los flancos minimizó los daños, así como el fallo de los argelinos al interpretar el trajín nocturno de lanchas como un nuevo desembarco en vez de una huida. Por la mañana, al ver la playa desierta, salvo por los cadáveres, fueron conscientes de que la presa se les había escapado, herida y desmoralizada, pero viva.

La Corona respondió al fracaso con una de cal y una de arena. Carlos III privó a Alejandro O'Reilly de sus cargos y prebendas, mientras recompensaba a Castejón, jefe del mando naval, con el puesto de ministro de Marina, pese a su indiferencia durante el desastre. Al «Capitá», ni fu ni fa. Ni se le recompensó ni se le castigó, como queriendo advertir a los intrépidos que las iniciativas individuales no eran bienvenidas en la Armada. No obstante, Antonio Barceló era demasiado valioso como para apartarle, siquiera un poco, en vísperas de la madre de todas las rivalidades: otro asalto con Gran Bretaña.

«GIBRALTAR FUERA DE ESPAÑA, QUE DE LOS INGLESES, NO»

Carlos III meditó durante un largo tiempo sobre si España debía intervenir, como Francia, a favor de la rebelión de las Trece Colonias (el germen del futuro Estados Unidos) contra Inglaterra. El monarca sabía que con las manos de Gran Bretaña entretenidas en América, España podría centrarse en recuperar Menorca y Gibraltar al otro lado del océano. Eso sin olvidar las aspiraciones sobre Manila y La Habana, que recientemente habían pasado a manos británicas y España esperaba canjear por alguna pieza capturada en la escalera del caos. El riesgo estaba en que el Imperio español jugaba con sustancias peligrosas en América, porque apoyar a una colonia rebelde se podría volver en su contra en el futuro, como terminó

ocurriendo tras la Guerra de Independencia española. Gran Bretaña ayudó a decantarse a Carlos III con su costumbre de anticipar sus acciones militares a las declaraciones formales de guerra.

Los ataques corsarios desde Menorca y Gibraltar llevaban años sobrepasando lo tolerable, hasta el punto de que cuando se declaró la guerra el 22 de junio de 1779 el bloqueo sobre la plaza sureña se activó como un resorte. A sus sesenta y tres años de edad, Antonio Barceló orquestó con una flotilla de barcos adaptados al Mediterráneo el bloqueo naval sobre Gibraltar, defendido por unos 5.000 hombres, mientras se amagaba con un asedio por tierra de 13.000 hombres al mando de Martín Álvarez de Sotomayor. A pesar de la desproporción numérica, el gobierno español asumía la dificultad de tomar Gibraltar a corto plazo, de modo que se conformaba con que el cerco sirviera para presionar a Inglaterra en otros frentes. De ahí la importancia de que al menos el bloqueo naval tuviera éxito.

Las nieblas, los vientos y las traicioneras corrientes del Estrecho hacían fácil que algún barco inglés esquivara el marcaje al amparo de la noche, ya fuera desde Inglaterra, Marruecos o Menorca, y llevara alimentos a Gibraltar. Pero, como en la lucha de los corsarios, las cifras de apresamiento del mallorquín hablan por sí mismas de su prodigio: cuarenta buques capturados, entre grandes y pequeños. El bloqueo llevó al límite a los defensores en varias ocasiones y el escorbuto se extendió por la falta de alimentos frescos. A base de audacia e ingenio se mantuvo el tormento sobre la inexpugnable plaza, e incluso varias potencias neutrales protestaron por los estrictos controles a los que Barceló sometió a todo objeto flotante que se acercó a Gibraltar.

El corsario, capitán y diseñador de barcos mallorquín ideó un tipo de embarcación inmune a los disparos desde Gibraltar. Las lanchas cañoneras consistía en unos grandes botes a remos con un palo para su reducido aparejo, armado en su proa con un pesado cañón de veinticuatro libras, de tal manera que se trataba de pequeños barcos con un impresionante armamento. Los españoles

no tardaron en montar en los barcos también morteros y obuses con granadas explosivas. Barceló pagó de su propio bolsillo la construcción de las dos primeras cañoneras. El invento causó carcajadas entre los ingleses en los primeros envites, no así cuando noche tras noche las cañoneras bombardeaban cada rincón de la plaza, sin dejar un momento de reposo a los vecinos. En la cabeza del antiguo corsario chisporroteaban constantemente distintas ideas para hacer imposible la vida dentro de Gibraltar.

Los artilleros británicos trataron de hundir estas pequeñas lanchas disparando al resplandor que provocaba la explosión de sus cañones. Frustrados por su pequeño tamaño, asumieron con el tiempo que se trataba de un gasto inútil. La efectividad de su ingenio animó al mallorquín a pedir a Carlos III que iniciara su fabricación en masa. Su petición se ahogó en un océano de burocracia: más de dos años después no se disponía ni de cuarenta y ocho unidades, a pesar de la simplicidad de su diseño.

Barceló hizo su parte. Lo que en verdad impidió mantener un bloqueo férreo fue la llegada de fuerzas navales de altura desde Inglaterra hasta en dos ocasiones. La falta de coordinación entre las armadas de Francia y España, esta vez aliados a favor de las Trece Colonias, facilitó que hasta en dos ocasiones arribaran a Gibraltar flotas de navíos atlánticos ante las cuales Barceló y su flotilla de jabeques únicamente pudieron hacerse a un lado. Nada que un rey juicioso hubiera podido achacar como un error a Barceló. «Dios, que buen vasallo si oviesse buen señor». Sin formación académica, ni aliados políticos, ni títulos nobiliarios, ni buen señor, el humilde «Capitá» fue escogido como «chivo expiatorio» para justificar el fracaso en el bloqueo.

Sus modales toscos y su tendencia a hablar a gritos, entre otras razones por su sordera, despertaron los primeros celos, luego envenenados. Mientras fue un corsario se le vio como un personaje extravagante e inofensivo, pero fue acumulando voces críticas conforme retrataba a sus compañeros de oficio como unos inútiles o, en el mejor de los casos, unos mediocres.

Durante el bloqueo de Gibraltar estas conjuras detonaron con su caída en desgracia en la Corte. En marzo de 1781, el bloqueo se puso bajo el mando del teniente general de la Armada Antonio Rodríguez Valcárcel, un marqués octogenario en el ocaso de su carrera, y se le abrió un expediente a Barceló acusándole de ineficaz. Sus enemigos exhibieron su sordera y su mala salud para justificar que se le sustituyera por ¡un octogenario! Eso, mientras se ascendía y premiaba a algunos de los responsables de que los dos grandes convoyes hubieran alcanzado el Estrecho sin oposición. La sangre pesaba más que las hazañas.

El marino mallorquín se sintió tan humillado que escribió un largo memorial al conde de Floridablanca, el hombre fuerte del rey, quejándose de que se le habían escatimado los medios, entre ellos los cañoneros en construcción, y reclamando un nuevo puesto «hasta que en él también me persiga la envidia de los que sienten verme en la gracia de Su Majestad». El silencio de Madrid enervó aún más a Barceló, quien solicitó que se le sometiera a un consejo de guerra para que se juzgaran sus acciones y, estimaba, quedara limpio de toda tacha. Por supuesto, nunca se celebró este consejo de guerra y se evitó el riesgo de que los datos objetivos hablaran por Barceló.

La llegada del segundo convoy inglés, que precipitó el relevo de Barceló cuando estaba a punto de caer Gibraltar, motivó el inicio del asedio efectivo a partir del 12 de abril de 1781. Las obras de asedio avanzaron a un ritmo lento pero estable hasta que a finales de noviembre una salida sorpresa de los británicos dejó en llamas las barracas y cureñas que cercaban la plaza. Desde Madrid se le otorgó entonces la dirección del sitio al duque de Crillon, cuyo prestigio se había disparado con la conquista de Menorca ese mismo año. Siguiendo con la cadena de ofensas contra Barceló, Crillon excluyó al mallorquín de sus planes. Lo que casi fue mejor, a la vista de que la idea impulsada por el duque consistió en un asalto naval con la ayuda de baterías flotantes.

El diseño de estas baterías flotantes, con las que se pretendía derrumbar los muros de la ciudad, era muy ingenioso. Se pensó en una red de tubos en las entrañas de los barcos para humedecer los navíos «como la sangre por las arterias» con el fin de repeler las balas rojas (calentadas al rojo para prender fuego al contacto de la madera). Sin embargo, incluso el conquistador de Menorca desconfiaba de que aquellas baterías pudieran aguantar en solitario los golpes de la artillería británica. El asalto debía ser secundado desde tierra en lo que ya era, con las negociaciones de paz en curso, el último coletazo de la guerra. Toda Europa giró la mirada al Estrecho y algunos voluntarios acudieron a contemplar en primera persona la caída del Peñón, entre ellos el conde de Artois, futuro Carlos X de Francia, y el príncipe de Nassau.

El continente acudió a tiempo de ver el ridículo del 13 de septiembre de 1782, el día elegido para arrojar las baterías supuestamente blindadas hacia las defensas de Gibraltar. Tras horas de duelo artillero, las baterías flotantes se desmontaron como un jersey de lana cuando se tira de un hilo suelto. Las diez baterías flotantes, todas las disponibles, se hundieron y se llevaron al fondo del mar a 398 almas. También se fueron con los tritones las últimas opciones de recuperar el Peñón. El fracaso del bloqueo naval en los siguientes meses, con la entrada parcial de un nuevo convoy, puso fin a la acometida y devolvió valor a lo que Barceló había realizado durante un año. A principios de noviembre, el mallorquín fue restablecido en el mando de las fuerzas de bloqueo. Resultaba que, después de todo, el sordo, analfabeto y viejo corsario había hecho un buen trabajo.

Gibraltar siguió en manos británicas a pesar de todos los esfuerzos, y porque a Francia, en verdad, le interesaba dejar el asunto fuera de los tratados de paz, a modo de espina clavada que pudiera reiniciar las rivalidades entre ambos países cuando le conviniera a los galos. En cualquier caso, la guerra que dio lugar a la independencia de las Trece Colonias concluyó en el resto de frentes con un éxito sin igual para Carlos III. La impresionante campaña de

don Bernardo de Gálvez en Florida situó al Imperio español en una posición ventajosa que ni siquiera la ineptitud diplomática de los emisarios españoles pudo malograr. Por lo firmado en septiembre de 1783, España recuperaba Menorca, conquistada en un rápido golpe de mano, la costa de América Central y Florida.

EL FIN DE UNA ERA EN EL MEDITERRÁNEO

La guerra de España y Gran Bretaña se guardó en un cajón, mientras se desempolvaba de otro la vieja partida contra la piratería berberisca. Con la Armada en un momento de moral alta —incluso obviando el episodio de las baterías flotantes en Gibraltar— y con Antonio Barceló rehabilitado, desde Madrid se estimó que era el instante idóneo para una nueva operación contra Argel, la más díscola regencia turca. Así, cuando la hostilidad hispano-turca anocheció, con el establecimiento de relaciones diplomáticas y la firma de un tratado comercial a partir de 1782; la regencia de Argel, que aún dependía nominalmente del sultán otomano, se colocó de perfil en lo que al corso se refiere. El tráfico de cautivos y el abordaje de mercantes europeos seguía siendo el eje económico de Túnez, Trípoli y Argel, que desoyeron las instrucciones turcas de iniciar un periodo de paz con España. La Armada española buscó así convencer a Argel con métodos más persuasivos de que acatara las recomendaciones de su soberano. Lejos del desastroso desembarco de 1775, ahora el objetivo de la flota española se centró en bombardear Argel hasta que se aviniera a la paz o pereciera en un amasijo de ruinas.

La flota de castigo estaría encabezada por el navío de Barceló, *El Terrible*, junto a otros tres buques de altura. El resto de la escuadra lo conformaban cuatro fragatas, tres bergantines, doce jabeques y toda una suerte de pequeñas embarcaciones, entre ellas veintidós lanchas bombarderas y diecinueve cañoneras marca de la casa. A estos efectivos se sumaron dos fragatas de la Orden de Malta, dedicada a una cruzada naval contra los musulmanes desde

antes de que Carlos V les cediera Malta con este fin. Una fuerza modesta comparada con la del infausto 1775, pero que el mallorquín había seleccionado con celo, a sabiendas de las particularidades que presentaba el Mediterráneo y, en concreto, el puerto de Argel, cuya ciudad se tendía desordenadamente por toda una colina.

El mal tiempo complicó la navegación hasta Argel. Pero, al fin, Barceló alineó el 1 de agosto de 1783 las dieciocho lanchas bombarderas en una formación recta frente a la costa, y situó en los flancos trece cañoneras y diez lanchas de abordaje. Los jabeques y otras embarcaciones más ágiles permanecían a expensas de asistir a estas lanchas y remolcarlas si fuera necesario. Todo ello mientras los navíos de más altura se colocaban en una segunda línea, a resguardo de las temidas «balas rojas» que tantos quebraderos habían causado en Gibraltar. Al mediodía, tronó Argel con un primer bombardeo hasta la caída del sol. Humedecida la pólvora por el viaje, el fallo de algunas piezas trasladó la impresión de que la ráfaga había causado pocos daños. Desde los barcos españoles resultaba imposible escuchar los gritos de horror en la ciudad. Tampoco confiaron en su puntería los defensores, que necesitaron 1.075 balas para causar dos muertos y dos heridos.

Al siguiente día se repitió la operación, a lo que los argelinos contraatacaron con una flotilla de embarcaciones a remo. Las lanchas situadas en los flancos hicieron trizas los bajeles mediterráneos. El paso de los días, los incendios y el bombardeo constante, solo interrumpido por el mal tiempo, desmoralizaron a los defensores. Estaban a merced de Antonio Barceló, quien, embarcado en una falúa, insistió en colocarse en primera línea de fuego para calcular mejor los efectos del bombardeo. Según las cifras manejadas por Agustín R. Rodríguez González, los argelinos lanzaron desde la ciudad fortificada ¡11.284 balas y 399 bombas! para provocar veintitrés muertos y trece heridos. Los españoles, por su parte, arrojaron 3.833 balas y 3.752 bombas, con un resultado que es difícil de estimar dada la opacidad de las autoridades musulmanas. Al parecer de un observador extranjero, se

destruyeron unas doscientas casas, incluida la mezquita mayor y el Palacio del dey de Argel, que se salvó por escasos segundos de morir en un bombazo.

En los últimos días de bombardeo, las tropas otomanas suplicaron permiso para izar la bandera del parlamento al dey, lo cual solo frenaron las inclemencias y la retirada al fin de los españoles. El 9 de septiembre, Barceló ordenó levar anclas a la vista del mal tiempo, el cansancio de las dotaciones y que poco más se podía destruir. De vuelta a España, la recompensa fue bastante pobre para el mallorquín, al que se le concedió el sueldo de teniente general empleado. Lo inesperado hubiera sido lo contrario: el antiguo corsario vio a lo largo de su carrera cómo a otros oficiales les colmaban de premios por ser «hijos de algo». Para acallar el runrún compartido por la opinión pública, el rey le entregó poco después la distinción de Caballero de la Real Orden de Carlos III.

El bajo coste de la expedición de castigo convertía una segunda visita en algo demasiado tentador. A principios de 1784, el incansable Barceló le daba vueltas a qué podía mejorar en su escuadra para otro asalto. Lo primero fue aumentar el número de cañoneras. Todo ello mientras mantenía su fino oído mediterráneo puesto en cómo pretendía responder esta vez Argel. Al célebre Federico Gravina, subordinado de Barceló en innumerables contiendas, le destinó a la zona para que recabara información y entrara en contacto con algún testigo cristiano sobre el terreno. Extraña forma de actuar para alguien considerado analfabeto y descuidado por los petulantes y sectarios ilustrados que poblaban la Armada. Pronto supo por sus fuentes que los argelinos estaban construyendo un nuevo reducto para aumentar sus plataformas de cañones y, a imitación de Barceló, fabricando sesenta cañoneras. Una vez los asesores ingleses y franceses ayudaron a los defensores a salvar su atraso tecnológico.

El conde de Floridablanca dio el visto bueno a la nueva operación y Barceló calculó que a principios de verano podría estar listo el bombardeo. A favor de la causa española jugó esta vez que

el Reino de Nápoles y Sicilia, Portugal y los caballeros de Malta se unieron a la expedición deseosos también de terminar con la piratería berberisca. Los 130 buques, sin contar los barcos extranjeros, navegaron entre vientos y mares adversos hasta llegar a Argel el 9 de julio, menos de un año después del anterior ataque.

La principal novedad frente al año anterior fue que las cincuenta y cinco lanchas cañoneras construidas por Argel se desplegaron en una larga línea frente a la costa, muy cerca de tierra. Los españoles hicieron lo propio con sus lanchas cuando las mareas permitieron el primer bombardeo el 12 de julio. Así las cosas, el ataque pareció ser menos efectivo que en la otra ocasión, debido al incómodo duelo artillero con las lanchas enemigas, el peor tiempo y la dificultad de coordinar escuadras de países distintos. Durante una de las acometidas, la falúa de Barceló y uno de los marineros que la pilotaban fueron alcanzados por los disparos de una de las lanchas cuando inspeccionaba las operaciones. El «Capitá» pudo ser rescatado antes de que se hundiera la embarcación o fuera capturado por el enemigo. El resto de ataques transcurrieron sin sobresaltos bajo el telón de fondo de la persecución, gato contra ratón, de las lanchas de ambas escuadras. El mallorquín trató por todos los medios de envolver la colmena enemiga, si bien chafó su propósito la escasa diligencia de algunos oficiales de la coalición. Tres cabezas piensan mejor que una, pero no tan rápido.

Se desistió de los bombardeos a finales de julio, con la sensación de que el daño había sido menor que el otro año. No obstante, los españoles dispararon el doble de proyectiles que el pasado verano y, aunque registraron 141 bajas, entre muertos y heridos, las mejoras introducidas a los proyectiles por el mallorquín en su taller particular aumentaron la precisión. En Argel cundió el miedo a que aquellas visitas inoportunas se hicieran anuales. Tras haber dejado la escuadra en Cartagena, el oficial mallorquín acudió a la Corte para exponer al rey los planes de un tercer bombardeo de Argel de cara al verano de 1785. Como la canción del verano pero en forma de bombardeo y solo un poco más dañino… De regreso a

Mallorca esperó en vano que el monarca autorizara el ataque, lo que nunca ocurrió porque al fin el nido de piratas accedió a negociar la paz con España. Los propios corsarios presionaron al dey para que firmara el acuerdo. Las visitas anuales habían viciado sus guaridas y arruinado el negocio. En un efecto domino, Túnez también pidió un respiro, mientras que Trípoli lo hizo antes de que comenzaran los bombardeos.

Los últimos años en activo de Barceló estuvieron de nuevo manchados por desplantes de la Corona hacia tan «buen vasallo», entre ellos, el escatimarle el ascenso: el grado de capitán general. Barceló se retiró de la vida militar en 1792, el mismo año en el que la caída de las murallas de Orán a causa de un terremoto forzó a Carlos IV a entregar la ciudad española, junto con Mazalquivir, al regente de Argel. El declive de la actividad berberisca amenazaba con dejar al «Capitá» como una antigualla de otro tiempo, de modo que su retirada fue vista como otra estrofa más de la canción de los tiempos. A los ochenta años, Antonio Barceló falleció el 30 de enero de 1797, legando un Mediterráneo infinitamente más seguro que antes de su nacimiento. La labor del corsario y la irrupción de los efectivos jabeques marcaron el punto de inflexión en la guerra contra los corsarios. Tras la caída de Argel se pudo repoblar una amplia franja de litoral español y se produjo un despegue económico en este territorio.

Ni la sordera ni las envidias ni los achaques a raíz de sus heridas de guerra frenaron la extraordinaria carrera de Barceló. Los mismos obstáculos que habían terminado por desmoralizar a otros héroes, en apariencia más rocosos, a él le hicieron más fuerte. Sin formación de ningún tipo ascendió a los primeros puestos de la Armada a base de victorias, ingenio y trabajo duro allí donde ningún otro oficial quería echarse al barro. Sus dotes de mando, su intuición y su increíble valor, que dio pie al dicho popular «ser más valiente que Barceló en la mar», fueron sus únicas y honestas bazas. Más allá del cariño popular, hay poca mitificación en la biografía de un hombre

fuera de lo común, que destacó, precisamente, por su pragmatismo y por contestar con cifras a quienes cuestionaban su valía.

14

LOS HÉROES DEL SALVAJE OESTE ESPAÑOL

No hay más Viejo Oeste que el de John Wayne en *Centauros del desierto*, el de Yul Brynner en *Los siete magníficos* o el de William Holden en *Grupo salvaje*. Para una nación sin historia, como es la imberbe república de Estados Unidos, la conquista del Oeste se convirtió en su mito fundacional. La épica sobre unos superhombres (la actual fiebre por las películas de superhéroes encuentra su par en el género del wéstern) enfrentados a una tierra indómita y a unos salvajes curtidos por siglos de guerra. Tras luchar décadas contra los indios, un coronel estadounidense concluyó que eran «los mejores soldados del mundo» y «los mejores jinetes a pelo nato». Lo que no observaron los norteamericanos es que sus wéstern pisaban sobre terreno ya manoseado por los españoles casi dos siglos antes. Lo que hicieron Custer, Billy el Niño, Mackenzie o Búfalo Bill no resultaba inédito para los dragones de cuera españoles, una tropa de élite surgida ante la necesidad de vigilar una frontera de cientos de miles de kilómetros cuadrados con un puñado de jinetes.

El Oeste más viejo empezó con las primeras exploraciones españolas en el siglo XVI. La conquista de México por Cortés precedió a una interminable lista de incursiones al interior de Norteamérica, entre ellas la que sirvió a Francisco Vázquez de Coronado para

descubrir el Cañón del Colorado; sin embargo, pasaron muchas décadas hasta que se establecieran puestos de avanzada en un territorio denominado la «Gran Chichimeca» por los aztecas y otros pueblos sedentarios, que se veían a sí mismos como civilizados en comparación con la vida allí. Bastante tenían los escasos castellanos con haber fundado asentamientos por toda Sudamérica, Centroamérica y México como para extenderse también al otro lado del Río Grande.

Aquella frontera autoimpuesta se derrumbó en el siglo XVII. Juan de Oñate, un español nacido en México, asumió la tarea de establecer por primera vez asentamientos permanentes en lo que hoy es el sur de los Estados Unidos. Firme, temerario e incluso cruel, Oñate, el jinete, fundó en 1598 la ciudad de San Gabriel, hoy Nuevo México, en una tierra áspera que agradó a pocos de los colonos que le acompañaban. La existencia de San Gabriel sería efímera, a causa de su pobreza y de la brutalidad de los indios pueblo. Aparte de los archiconocidos apaches y comanches, en el momento en el que Oñate se internó en el territorio que hoy ocupa Nuevo México la población nativa más importante era el grupo conocido como pueblo. La mayor parte de estas tribus se sintieron intimidadas por los caballeros de brillante armadura y accedieron a colaborar con los forasteros.

El afán de exploración internó a los españoles en las tierras de estas tribus. Confiado en lo fácil que estaba resultando someterlas, Oñate aceptó la invitación para subir a la que llamaban la aldea de las nubes a finales de octubre de 1598. Acoma o Hákuque (hoy al oeste de Alburquerque) estaba edificada por los indios queres en medio de una llanura rodeada de inmensos precipicios. Para alcanzar el asentamiento, que presumían inconquistable los indios, Oñate subió por una estrecha senda en la que un tropiezo suponía caer más de cien metros. La altura era un riesgo, pero más lo era que Oñate se acompañara de solo una decena de soldados, entre una hilera interminable de ojos indios, por mucho que Vázquez de Coronado hubiera sido recibido con gran hospitalidad medio siglo

antes. Tal vez porque olfateó el peligro, Oñate rehusó bajar a una cámara oscura en la sala del consejo de la aldea cuando así se lo pidió uno de los indios.

Ninguno de los otros indios insistió en que bajara. Oñate se marchó de Acoma satisfecho de haber sometido a otra tribu a la autoridad real. Mientras se alejaba de la impresionante aldea en su caballo, valoraba la sencillez de su nueva conquista, sin ser consciente de que el mayor botín del día había sido conservar la vida. Los partidarios de un jefe indio llamado Zutucapán habían colocado una trampa para matar en esa sala a Oñate. Muerto su caudillo —creían con cierta ingenuidad— que el resto de barbudos desandaría el camino por el que había venido.

Coronado y Oñate se maravillaron con la aldea de las nubes. Los siguientes españoles en poner pie allí arriba más bien sintieron terror. El 4 de diciembre de ese mismo año, Juan Zaldívar, sobrino de Oñate, se detuvo en Acoma para requisar harina cuando regresaba de explorar las llanuras del este. También él aceptó la invitación para subir a lo alto del valle. Mientras catorce de sus hombres se quedaban abajo vigilando los caballos, dieciséis españoles se dispersaron por las calles de Acoma. De repente, el grito de guerra del jefe de la tribu activó contra los españoles una lluvia de flechas, cuchilladas, pedradas, golpes y todo lo que pudieron lanzarles los indios, niños, mujeres y ancianos incluidos. Zaldívar y la mayor parte de sus hombres fueron masacrados en el ataque sorpresa. No así cinco soldados que se buscaron entre sí por las calles abriéndose paso a golpe de pólvora y de furia. Ya sin munición, los cinco usaron los mosquetes a modo de mazas para defenderse en un pequeño círculo formado al calor irregular de un sol de invierno. Una resistencia que el transcurso de las horas haría insostenible.

La superioridad numérica del enemigo, la gravedad de las heridas de algunos y la falta de un sendero por el que escapar a pie decantaron la opción más arriesgada. Con esa lógica tan aplastante y particular de los soldados de su época, los cinco determinaron que en la aldea de las nubes solo cabía volar, a lo que saltaron al vacío

desde una altura de más de cuarenta metros. «¡Están locos estos españoles!», habría comentado Obélix de ser Acoma un territorio de la Galia. Lo más insólito es que solo uno de los cinco perdió la vida en el salto, probablemente porque cayeron en una duna de arena. Los jinetes que permanecían abajo con los caballos acudieron espantados al observar la dantesca escena. Junto a sus compañeros, se hicieron fuertes en los riscos, donde permanecieron hasta que los heridos pudieran recuperarse. Su salida con vida de Acoma permitió avisar a Oñate y a las misiones de franciscanos aisladas de que estaba en curso un levantamiento de los indios pueblo.

Juan de Oñate respondió a la emboscada india con determinación, a pesar de que sus recursos humanos y militares eran casi irrisorios. El sargento mayor Vicente Zaldívar, hermano del fallecido, acudió con sesenta hombres a asediar el inexpugnable asentamiento nativo, que estaba defendido por una fuerza de quinientos indios entre queres y sus aliados navajos. En Europa una fortaleza de esa naturaleza, incluso cuando se trataba de defensas naturales, hubiera exigido un ejército al menos tan numeroso como el enemigo si no se quería entrar en un interminable cerco. No obstante, ni Acoma era un castillo europeo ni los indios pueblo iban a defenderse como normandos.

Los nativos hicieron acopio de alimentos y sus guerreros esperaron, como si se tratara de gárgolas en la montaña, a los europeos pintados de la cabeza a los pies de negro en lo alto de la aldea. Mientras los escasos hombres con armas de fuego realizaban un ataque de distracción en el norte, el 22 de enero de 1599 Zaldívar ordenó a doce españoles que escalaran la parte más afilada del talud en el norte para colocar en un saliente rocoso de la plataforma un pequeño cañón. El impacto de sus proyectiles destrozó las casas de adobe y madera como si fueran de cartón. Desde esta posición los españoles pudieron improvisar un puente portátil con madera subida con cuerdas, a pesar de la constante lluvia de flechas y piedras. El grupo de asalto logró cruzar la pasarela hasta una zona que daba a las casas queres, y allí

conquistaron metro a metro frente a un enemigo que les superaba diez a uno. El incesante sonido de los tambores de guerra indios cesó de repente. Sin embargo, aún quedaba el grueso de Acoma por caer, lo que no sucedió hasta que el pequeño cañón fue tumbando, como bolos, las casas de los indios desde primera línea. Dos terceras partes de la aldea desaparecieron, hasta que cundió el pánico y sintieron que era el fin de su mundo.

El 24 de enero, muchos guerreros comenzaron a arrojarse al vació al verse sin escapatoria. La medicina mágica de aquellos hombres blancos los hacía invencibles, estimaron, de modo que los ancianos de la tribu pidieron la rendición. Dado que la mayoría de los responsables del asesinato de su hermano habían perecido en el combate, Vicente Zaldívar no castigó con la muerte a ninguno de los queres rebeldes. Las penas fueros igual de salvajes. Se condenó a todos los hombres y mujeres mayores de doce años a veinte años de servicio personal, una suerte de esclavitud, además de que a los guerreros se les cortó públicamente un pie. Los niños fueron entregados a los frailes para su educación, mientras que sesenta niñas alimentaron los conventos de monjas de Ciudad de México, de manera que nunca más vieron a sus familias. La rápida victoria, que costó dos muertos a los españoles, a pesar de la terrorífica desproporción de fuerzas, sirvió para pacificar al resto de tribus.

En los siguientes años, ya sin Oñate, cesado con el cambio de reinado en España, se consolidó la presencia europea en Nuevo México y se trasladó la colonia a Santa Fe. San Gabriel murió para siempre, mientras Juan de Oñate se dedicó el resto de su vida a que la Corona le rehabilitara de las condenas por dureza excesiva con sus hombres y crueldad con los indios. Murió, ya anciano, en 1630, cuando ejercía el cargo de inspector de las Reales Minas. Para esa fecha, Santa Fe crecía a buen ritmo gracias a la colaboración de las tribus pueblo, cuyo proceso de pacificación se vio truncado por las abusivas presiones de algunos misioneros para que abandonaran sus cultos y ceremonias tradicionales. Uno de los hombres medicina acusados de brujería, Po'Pay, «Popé», organizó el 10 de agosto de

1680 un levantamiento general de indios pueblo como respuesta. Ese día fueron asesinados veintitrés franciscanos y 380 españoles, entre ellos niños y mujeres, y torturados todos los rostros blancos que no alcanzaron a tiempo Santa Fe. Popé se movió de poblado en poblado destruyendo imágenes religiosas, quemando iglesias, rompiendo matrimonios católicos y prohibiendo el uso de objetos españoles porque eran símbolos del mal.

La pólvora y el acero mantuvieron alejados de Santa Fe a los indios hostiles. El temor dentro de la ciudad se centraba en que los suministros se agotaran. Sabían que no podían esperar socorro desde el remoto Virreinato de Nueva España. Cuando se quedaron sin agua, el gobernador, Antonio de Otermín, determinó el 21 de agosto realizar una salida para romper lo que quedaba del cerco indio. Con solo cien hombres en condiciones de sujetar armas, frente a 2.000 enemigos, la caravana de europeos hizo camino al andar, aunque aquello supuso segar unas cuantas piernas enemigas. Su éxito en esta salida antecedió a una lastimosa marcha hasta El Paso. En su ausencia, Popé y su heterogéneo ejército barrieron todo lo que olía a español. La aventura española en Nuevo México había trazado lo que parecían sus últimas y tristes trazas.

Sin embargo, al igual que el ferrocarril, lo que representaban los españoles estaba allí para quedarse por muchas veces que se revolvieran los indios. Otermín y su sucesor, Domingo Jironza, mantuvieron contantes incursiones en las aldeas pueblo, de modo que fueron desplazados cada vez más al norte, donde un enemigo todavía más feroz no dejó de morderlos. Los ataques apaches y el despotismo de Popé ablandaron las posturas de las tribus. En 1692, la mayoría de los pueblo accedieron a reconocer la autoridad del rey de España y a volver a la religión católica, aunque en la práctica se toleraron las viejas creencias de esta nación india.

España llegó a ocupar la mayor parte de lo que hoy es Estados Unidos, pero lo cierto es que su poder fue más nominal que efectivo. La incapacidad de defender una frontera tan monumental obligó al Imperio español a conformarse con dominar una red de presidios que se extendía desde el Altar, en Sonora, hasta Espíritu Santo, en Texas. Estas fortificaciones eran de piedra o de adobe, casi siempre de forma cuadrada, con bastiones para la artillería. Endebles y atrasadas construcciones si estuvieran en Europa, pero suficientes en América para intimidar a los indios bárbaros y asegurar las principales rutas comerciales de la Corona. La defensa de esta red de fuertes corrió a cargo de los conocidos como dragones de cuera, una suerte de Séptimo de Caballería, siempre en inferioridad numérica, que hacía las veces de patrulla volante por todo el sureste de Norteamérica.

Su peculiar nombre procedía de la forma en la que se designaba su abrigo largo sin mangas, formado por hasta seis capas de piel capaces de resistir los flechazos de los indios. Y es que el nacimiento de los dragones de cuera coincidió con un cambio radical en la estética militar. Las corazas y los morriones propios de los conquistadores dieron paso al cuero endurecido y a los sombreros de alas abiertas, ideales para protegerse del sol. En tanto, se recuperaron la lanza y las armas de astas, que estaban en desuso en Europa, para luchar contra los diestros jinetes indios. Además, en su equipo multiusos portaban espada ancha, dos pistolas y un pequeño escudo (las típicamente españolas adargas ovaladas). Las armas de pólvora eran importantes por el valor psicológico, no así determinantes, porque, a falta de un mecanismo de repetición, los arcos indios podían realizar una veintena de lanzamientos en lo que un dragón recargaba.

En las escaramuzas con partidas de indios primaba la versatilidad. El gran poder de los dragones de cuera, lanza en ristre, era su capacidad de defender poblaciones dispersas sin apenas recursos y asándose de calor bajo sus seis capas de piel. El escaso número de esta tropa especializada exigía que vivieran y durmieran

casi todo el tiempo sobre sus caballos. En una inspección de la frontera del enviado real Pedro de Rivera, este se asombró, en 1728, de que la línea defensiva la constituían apenas mil hombres (1.006 hombres) entre oficiales y soldados, repartidos en dieciocho presidios. Las lanzas de los dragones simbolizaban, literalmente, hasta dónde alcazaba el poder del rey de España. Más allá era tierra salvaje o controlada por las otras potencias europeas que aspiraban a hacerse con un trozo del Nuevo Mundo.

Alarmado por la presencia francesa en las Grandes Llanuras, el virrey de Nueva España ordenó en el verano de 1720 al teniente general Pedro de Villasur, sin apenas experiencia militar, que se adentrara en el noreste a recabar más información. El riesgo estaba en que los galos se instalaran en Nuevo México a base de prebendas para los indios. Mientras Francia y España estuvieran en guerra, ningún comerciante galo era bienvenido en Norteamérica si los dragones podían darle caza.

El 16 de junio de 1720, unos cuarenta y cinco dragones españoles, sesenta indios pueblo y una docena de guías apaches partieron desde Santa Fe. La expedición recorrió ochocientos kilómetros a través de los actuales estados de Colorado, Kansas y Nebraska, hasta llegar a territorio pawnee, una tribu que de un tiempo a esta parte estaba colaborando con comerciantes franceses. Con los españoles viajaba un pawnee llamado Francisco Sistaca, del que se esperaba que hiciera de intérprete y mediador con su tribu. Como señal de paz les llevó tabaco. No obstante, «Paco» el pawnee desapareció misteriosamente el 13 de agosto. La negativa de su tribu a permitir que regresara con los españoles y el miedo a caer en una trampa decidió a Villasur a retroceder cerca de la actual Columbus (Nebraska). Al amanecer del 14 de agosto, el centenar de hispánicos fue asaltado en su precario campamento cuando ensillaba sus caballos. Los guerreros pawnee se ampararon en la hierba alta para esconder su posición hasta el último segundo. La presencia de mosquetes en manos indias apuntó a que los pawnee fueron asistidos por soldados y comerciantes franceses.

Pedro de Villasur cayó muerto en los primeros instantes. Los escasos supervivientes del ataque sorpresa formaron un círculo en torno al comandante muerto, cuya fatalidad recuerda a la del archiconocido George Armstrong Custer, oficial en jefe del Séptimo de Caballería. En cualquier caso, la defensa numantina mantuvo a los indios lejos de sus jugosas cabelleras muy poco tiempo. La batalla concluyó en matanza con el resultado de treinta y cinco soldados españoles y once indios pueblo muertos. Los siete españoles y cuarenta y cinco indios restantes llegaron moribundos a Santa Fe el 6 de septiembre. Un soldado escapó con nueve heridas de bala y con el cuero cabelludo arrancado.

HORIZONTES COMANCHES

Juan de Oñate se había enfrentado a indios hostiles nada más cruzar su particular Rubicón, esto es, el Río Grande. Desde temprano pudo comprobar por qué los apaches y los comanches eran los guerreros más temidos del sur americano. Estas dos etnias de carácter nómada habían llegado a la zona en tiempos recientes procedentes del más remoto norte. Los apaches de lengua na-dené procedían de Alaska y estaban considerados un pueblo depredador, rivales de todos sus vecinos incluidos los españoles, los indios pueblo y, más tarde, los texanos, los mexicanos y los estadounidenses. La guerra contra el mundo de los apaches no terminaría hasta la rendición de Gerónimo en 1886. Los comanches, por su parte, procedían del norte de Canadá y por distintas migraciones acabaron desperdigados por todo el sur de lo que hoy son los Estados Unidos, a partir del siglo XVIII. Un animal inédito en el continente les ayudó a tal despliegue.

La entrada del caballo en la escena prendió el Salvaje Oeste tal y como se conoce. Los caballos abandonados por los españoles en las praderas del Camino Real dieron lugar a la denominada raza mesteña, conocida en Estados Unidos como la raza *mustangs*, de pequeña alzada y apariencia robusta. A través del robo y del

trueque, la cultura equina se extendió con rapidez entre tribus. Para 1630 no quedaban pueblos nativos que no montaran a caballo. Y en 1750, todas las tribus de las llanuras y la mayoría de indios de las Montañas Rocosas empleaban caballos con una destreza innata. La incorporación del caballo recrudeció la lucha contra los invasores blancos, pero también entre las tribus, ya que los guerreros eran ahora capaces de recorrer distancias inimaginables a pie.

De entre todos estos pueblos, los apaches y los comanches fueron los que mejor uso hicieron del caballo. Estas etnias elevaron a la perfección la cinematográfica táctica de golpear y escapar. Se dedicaban a robar ganado a los colonos, cuando no a saquear sus casas. Su único comercio era a través de animales y mercancías robados. El valor de sus guerreros estructuraba su sociedad, lo que no significaba que fueran unos suicidas o unos irracionales. En palabras de un capitán estadounidense siglos después, los apaches «preferían merodear como un coyote durante horas y después matar al enemigo, antes que, por exponerse, recibir una herida, fuese fatal o no. Las preocupaciones que toman demuestran que son soldados excepcionales». A pie o a caballo, era mejor esquivar a los apaches, de los que se decía que bastaba un hombre para formar una banda guerrera.

Las caballos cayeron por casualidad en manos indias, no así las armas de fuego, que los españoles se cuidaban de no vender bajo ningún concepto a las poblaciones nativas. La legislación prohibía a los indios la propiedad y el uso de armas de fuego, al considerar lo peligroso que era que en el futuro las usaran contra ellos. Unas precauciones que holandeses, ingleses y franceses solo tomaron tras ver las consecuencias de que sus comerciantes armaran a los nativos. A partir de 1746, los comanches empezaron a lanzar incursiones devastadoras contra la frontera española gracias al suministro de rifles y fusiles franceses. Las mismas armas de fuego que poco después también apuntarían hacia el resto de europeos.

En Nuevo México, Arizona y Texas, la Corona de España se citaría con estas tribus depredadoras, armadas con pólvora y

montadas a caballo. Frente a apaches, comanches y franceses, la colonización en Texas avanzó con lentitud. La paz con Francia de 1720 permitió despegar a algunos asentamientos como San Antonio de Bexar, pero alimentó a su espalda un monstruo que todos lamentarían. A partir de 1740, la ciudad empezó a sentir el acoso de comanches equipados con armas de pólvora, lo que a su vez desplazó a otras tribus hartas de los depredadores. Incluso los sanguinarios apaches pidieron auxilio ante la nueva horda.

La irrupción en aquellas latitudes de los comanches, primos lejanos de los apaches, revolucionó el orden tribal. No está claro lo que andaban buscando con aquella brusca migración a principios del siglo XVIII, tal vez más caballos españoles o alejarse del empuje francés y británico desde el norte. El caso es que los comanches cayeron como jinetes mongoles en el sur y arrasaron todo a su paso hasta alcanzar la red fronteriza del Imperio español. Entre los afectados estuvieron los propios apaches, cuyo choque con sus primos casi les cuesta la aniquilación en la batalla del Gran Cerro del Fiero. La facilidad con la que fueron derrotados se explica porque los apaches aún no dominaban los caballos tanto como los comanches, además de carecer de armas de fuego.

El primer choque importante con los europeos, por su parte, ocurrió en 1716, en Nuevo México, cuando el gobernador Martínez estaba en el oeste luchando contra otros indios hostiles. Los comanches atacaron Taos, el último puesto civilizado antes de las tierras salvajes, pero fueron derrotados a pesar de contar con el factor sorpresa. Claro que en aquellos años todavía no contaban con armas de fuego. El brigadier Pedro de Rivera exhortó a prestar atención a esta nueva amenaza en su diario de 1729:

> Todos los años, por cierto tiempo, se introduce en la provincia de Nuevo México una nación de indios tan bárbaros como belicosos; su nombre, comanches, su número nunca baja de mil quinientos, y su origen se ignora, porque siempre andan peregrinando y en forma de batalla, por tener guerra con todas las naciones, y así, acampan en cualquier paraje, armando sus tiendas de campaña, que son pieles de cíbolo.

Taos, Galisteo, Pecos y otros pequeños asentamientos españoles sufrieron un acoso que era incompatible con la vida humana. El odio homicida hacia los pieles rojas caló en lo más hondo de varias generaciones de colonos. Como respuesta al goteo de asesinatos y de mujeres violadas y secuestradas, el gobernador de Nuevo México, Joaquín Codallos, con quinientos soldados y algunos auxiliares indios mataron a un centenar de comanches en Abiquiú. Ojo por ojo. Cabellera por cabellera. Los reiterados ataques contra los comanches carecían de una estrategia general y a veces perseguían únicamente devolver el golpe. Los dragones de cuera caían en frecuentes emboscadas a manos de unos guerreros que se movían, ágiles y seguros, en un territorio que conocían bien.

Los españoles llamaron Comanchería a la inmensa tierra salvaje que se extendía justo al frente de su red de presidios, que a partir de 1772 quedó fijada en trece fortificaciones y dos puestos de avanzada. Una enorme región baldía que ocupaba el actual estado de Oklahoma, el este de Nuevo México, el sudeste de Colorado y Kansas y el este de Texas. Con sed de venganza, los apaches desplazados acudieron a la puerta de San Antonio de Bexar a pedir ayuda a sus viejos enemigos. Los apaches lipanes convencieron a los europeos de que querían convertirse al cristianismo y, con este fin, les reclamaron que establecieran un presidio y una misión en una zona bien irrigada por el río Sabá (actualmente en el mismo corazón de Texas). Décadas de fracasos misioneros en territorio apache debieron advertir a los españoles de que alguna razón oculta se escondía tras las amables palabras indias. Y es que los apaches no tenían la menor intención de convertirse al cristianismo, sus planes pasaban por emplear a los españoles como parapeto frente a las acometidas comanches.

Finalmente, a las autoridades virreinales les pesaron más las ganas de evangelizar que la razón y ordenaron al rudo coronel Diego Ortiz Parrilla que levantara, en 1757, el presidio de San Luis de las Amarillas para, a su vez, defender la misión de Santa Cruz de San Sabá.

Con una dotación de cien hombres, el presidio de San Luis de las Amarillas presumía de ser el mejor defendido de Texas. En total, trescientas personas se desplazaron a estas buenas tierras agrícolas y pusieron en marcha la colonia, que contaba con una iglesia misionera a una legua y media del presidio. ¿Vendrían los feroces apaches a escuchar ahora la palabra del dios blanco? ¿Volverán las oscuras golondrinas de tu balcón sus nidos a colgar? No. A mediados de junio de 1757, unos 3.000 apaches acamparon junto a la misión, pero ninguno pareció interesado en Cristo. Únicamente dos de ellos, heridos de gravedad, se arrojaron a las manos misioneras. Si cabía alguna duda de las verdaderas intenciones apaches, la despejó las pocas ganas de andarse con fingimientos. En otoño llegaron rumores de que miles de comanches se dirigían a matar a los apaches y a arrasar el presidio. El robo de cincuenta y nueve caballos a principios de 1758 alertó de que el peligro estaba encima.

En la mañana del 16 de marzo, más de 2.000 comanches rodearon la iglesia franciscana, bajo la responsabilidad del padre Alonso Giraldo de Terreros. Al ver sus pinturas de guerras y sus armas de fuego, el padre Terreros entendió pronto que ellos tampoco habían venido a bautizarse. Mientras ganaba tiempo para avisar a los soldados del presidio, el franciscano ofreció a sus huéspedes tabaco y otras chucherías. Cuando se acabaron, los misioneros aconsejaron a los comanches que fueran a la puerta del presidio a por más regalos. Una estratagema para que al fin Diego Ortiz Parrilla respondiera al ataque. A la partida de comanches que llamó a su puerta en vez de tabaco les dieron solo fuego. Terreros y otros misioneros pagaron con su vida el engaño.

Ocho españoles y diecisiete indios murieron durante el delirio sangriento iniciado por los comanches, que incluyó toda clase de mutilaciones. La guarnición del fuerte espantó a los comanches durante el tiempo que tardaron los indios en sondear la escasez de sus efectivos. También el presidio fue cercado y parecía que correría la misma suerte que la misión cuando, en la noche del día 17, los comanches confundieron con refuerzos un tren de mulas de

suministros. La banda de guerreros huyó hacia el norte en sus caballos, mientras en el presidio de San Luis de las Amarillas se contaba el número de cabelleras arrancadas.

La mutilación del enemigo era una práctica habitual entre los indios norteamericanos, porque estos creían que así se protegían del espíritu que habían matado cuando fueran al más allá. Arrancar el cuero cabelludo al enemigo, que luego empleaban los indios para adornar sus ropas y sus caballos, es hoy la mutilación más tristemente célebre de estos guerreros. Bastaba con sujetar con una mano un mechón grande de pelo, y con la otra se realizaba un corte de unos cinco u ocho centímetros en la base de la cabeza. «¡Crac!»: con un tirón rápido se desgarraba fácilmente la piel y el pelo. No obstante, este hecho no tenía en sí la intención de matar, sino de marcar de por vida a los rivales. Además, lejos de lo que se pueda pensar, los nativos valoraban más las cabelleras de otros indios que la de los blancos, a los que estimaban oponentes inferiores.

Veterano en la lucha fronteriza, Ortiz Parrilla organizó una misión punitiva contra los responsables de la matanza de Sabá. El coronel de dragones partió a finales de verano de 1759 al frente de 576 españoles y 176 indios, la mayoría apaches. Una fuerza considerable para lo que estaban acostumbrados los hombres de la frontera. El mayor avance de esta expedición de castigo fue el ataque sorpresa a una ranchería de los tónkawa, aliados de los comanches, en Joyvan (Yojuan), con 55 indios muertos y 149 prisioneros. El hallazgo de un centenar de caballos robados de San Sabá delató que los tónkawa también habían participado en el ataque. Así las cosas, animado por esta victoria, Ortiz Parrilla se internó con sus dragones más al norte. Un error que pagaría caro el 7 de octubre. En Taovaya (Texas), un poblado fortificado indio, los españoles fueron los sorprendidos cuando intentaron tomar la zona. La dificultad de los dragones de desplazarse a través del territorio arenoso y la presencia de fusiles franceses en manos comanches situó durante cuatro horas a Ortiz Parrilla al borde del ocaso.

El coronel español se retiró, abandonando dos cañones frente a Taovaya, al verse sobrepasado por la algarabía de comanches y tribus aliadas que acudieron al oler la sangre. Ortiz Parrilla se replegó a Nuevo México obligado por el número de heridos. La expedición de castigo terminó así con tantos muertos en las filas españolas como en las de los castigados. Extraña forma de intimidar a los comanches, cada vez mejor armados y con tácticas más europeas. Ortiz Parrilla fue destituido a su vuelta como comandante del puesto de San Sabá. Lo cual tampoco pudo dolerle mucho en su orgullo, porque el desafortunado presidio de San Luis de las Amarillas fue abandonado en 1770. Los comanches eran un enemigo demasiado peligroso como para colocar una fortaleza en sus fauces.

EL HOMBRE QUE MATÓ A CUERNO VERDE

Era cuestión de tiempo que algún caudillo comanche llevara la guerra a otro nivel, como respuesta a la debilidad mostrada por los españoles. Tabivo Narityante («hermoso y valiente») fue ese hombre. Un guerrero conocido entre los comanches más indómitos como Cuerno Verde, por la peculiar cornamenta de búfalo que utilizaba como tocado. Apodo que había heredado de su padre —muerto a manos españolas en 1768—, al igual que el odio a esa nación. El valor y astucia de Cuerno Verde atrajo a su alrededor la lealtad de una despiadada banda de guerreros, cuyas razias se destacaron pronto por su agresividad incluso entre los comanches. Un episodio en concreto alertó a las autoridades hispanas de que no se trataba de un caudillo cualquiera. El emergente pueblo de Tomé (Alburquerque) recibió en junio de 1779 una visita comanche con la muerte de treinta colonos.

Don Carlos Fernández persiguió a Cuerno Verde en una épica marcha a golpe de trompeta, hasta la localidad de Antón Chico (Nuevo México). Con las primeras luces del día, una fuerza combinada de seiscientos soldados, milicianos e indios pueblo se precipitó sobre el campamento comanche. La banda del líder

comanche entabló un sangriento combate con las tropas españolas que se prolongó hasta el atardecer. Tras una heroica resistencia, Cuerno Verde escapó con vida con algunos de sus mejores guerreros, quedando tras de sí un centenar de comanches muertos y otros tantos prisioneros. Así y todo, una de las peores derrotas comanches del siglo no envileció la reputación de Cuerno Verde, sino todo lo contrario. El revés contagió al resto de guerreros del mismo afán vengativo que movía a su líder desde la muerte de su padre.

Nacido en 1736 en el presidio de Frontera (Sonora), Juan Bautista de Anza, de sangre vasca, tenía en común con Cuerno Verde que él también había perdido a su padre en la lucha entre dos tierras. Los apaches emboscaron y asesinaron al padre de Juan Bautista de Anza el 9 de mayo de 1740. De tal manera que el niño creció con la alargada figura de su padre en el horizonte. Este capitán del ejército virreinal había combatido toda su vida a los indios en la frontera y cuando murió aún planeaba nuevas exploraciones por el oeste del continente. El hijo menor recogió ambos testigos: el de la lucha contra los hostiles y el de la exploración de nuevas rutas en California. A la edad de quince años, Bautista de Anza ya era cadete de los dragones de cuera gracias al patrocinio de su futuro cuñado, el capitán Gabriel de Vildósola. No necesitó muchos años ni más padrinos para comandar un presidio, el de Tubac (Arizona), y para alcanzar en 1759 el grado de capitán.

Durante los siguientes años, el joven capitán se curtió como el guerrero de frontera total. Así lo confirmaba el sendero de heridas causadas por los apaches —los verdugos de su padre— que atravesaban su cuerpo. Y al igual que su progenitor, él también quiso ir más allá. En 1774 abrió una ruta entre Sonora y la Alta California, un anhelo que su padre nunca pudo alcanzar. Después de atravesar el desierto y el río Colorado, luchar con nuevas tribus y con colonos insatisfechos, llegó a la misión de San Gabriel el 2 de marzo de ese año. El regreso de sus hombres a Tubac dos meses después, tras recorrer más de 3.000 kilómetros, le elevó a la categoría de leyenda en Arizona y Nuevo México. La travesía por la Baja California era

larga y peligrosa, mientras que la iniciada desde Sonora por el capitán de dragones permitió que la recorrieran incluso mujeres embarazadas. El virrey Bucareli le premió con el grado de teniente coronel y con gratificaciones para los dragones de cuera que lo habían acompañado.

De barba negra poblada y mirada feroz, Anza era la versión moderna de los conquistadores de morrión y rodela. Un hombre de frontera, con sombrero negro emplumado, que aceptó, en 1775, el encargo de la Corona de guiar a 240 colonos al norte de California. Una vez alcanzaron San Gabriel (en el condado de Los Ángeles) a través de la ruta abierta por el novohispano, el grupo de colonos y soldados se dirigió a San Francisco, lugar escogido por el virrey para levantar un presidio.

El rey Carlos III nombró a Anza gobernador de Nuevo México al regreso de esta segunda expedición a California. Justo a tiempo de que se enfrentara a Cuerno Verde, que sin el marcaje de los dragones de Carlos Fernández había vuelto a las andadas. El gobernador de Nuevo México organizó una expedición contra los comanches compuesta de 150 dragones cuera y unos 600 hombres entre milicias e indios aliados, a los que después se les unieron unos 200 utes y apaches. Casi un millar de hombres a la caza del líder comanche.

El 15 de agosto de 1779 Anza se dirigió a la Comanchería evitando las rutas más obvias, lo que se tradujo en una marcha sobrehumana a través de terrenos hostiles. Con el fin de dar flexibilidad a su ejército, lo dividió a la altura de San Juan de los Caballeros en tres «divisiones» y una reserva. El miedo a que los exploradores comanches descubrieran la polvareda que levantaba el avance hispánico forzó al gobernador a cabalgar de noche. El mayor temor de Anza era engrosar la lista de gobernadores que habían paseado sus tropas durante días por la Comanchería sin ver un solo comanche. Tras horas de cabalgar a oscuras, Anza acampó el 24 de agosto en una ciénaga a la que bautizó con el nombre de San Luis, que aún conserva hoy. El camino se estrechó al atravesar una zona

de cañones y un caudaloso río al que llamó San Agustín, el actual río Arkansas. Como escribió García Márquez en *Cien años de soledad*, América «era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo». Anza y otros exploradores españoles fueron poniéndoles nombre a estos lugares.

El grupo punitivo cargaba con un tren de suministros en previsión de alimentar a muchas bocas, pero si querían cazar a Cuerno Verde Anza sabía que debían vivir y alimentarse como él. Los españoles cazaron en su marcha cincuenta búfalos, un animal emblema de la Norteamérica previa a la llegada de los europeos. Con esto, la silenciosa marcha se sometió a los rigores de un clima que tornaba en pocos kilómetros de planicies desiertas a pasos de montañas golpeados por el viento y la nieve. Tantas precauciones dieron su fruto el 31 de agosto. El gobernador fue informado, en la boscosa Sierra de Almagre (actual estado de Colorado), por sus exploradores de que se alzaba un poblado comanche a pocas leguas. Según escribió en su propio diario, Anza reservó a doscientos hombres para proteger los bagajes y, con los mejores dragones, cargó ladera abajó hacia el campamento indio formado por 120 tiendas. Los españoles causaron una veintena de muertos en medio de una gran polvareda y libraron una persecución durante varios kilómetros. Por varios prisioneros supieron que Cuerno Verde había estado allí días antes. Ahora se dirigía con su banda a cometer una razia contra los asentamientos españoles.

El gobernador no perdió ni un segundo. Los españoles volvieron a cruzar el río Arkansas el 2 de septiembre y fueron advertidos de que la banda de Cuerno Verde, sin percatarse de ello, se aproximaba directa hacia ellos. No es que les hubieran dado caza, sino que regresaban ya de su razia. Anza encabezó una emboscada contra la dispersa partida de comanches, que huyeron por una gran zanja que se abría en el terreno con nueve hombres menos en sus filas. Los guías apaches recomendaron entonces replegarse con la oscuridad como cobertura, pero Anza se mostró testarudo en guardar la

posición. La lluvia castigó esa noche a los españoles como si quisiera advertirles del riesgo que corrían.

Al día siguiente, no quedaba rastro de los comanches. Como tantas otras veces se habían disuelto delante del enemigo. O al menos eso parecía. Los españoles abandonaban decepcionados la zona cuando, de repente, Cuerno Verde y centenares de comanches decidieron plantar cara a los pieles blancas, que recibieron, a su vez, a los pieles rojas con una ráfaga de fuego cruzado. Cuerno Verde junto a cincuenta de sus guerreros, abandonados por el resto, se precipitaron sobre los indios aliados de los españoles, situados en el centro del despliegue. Una falsa retirada de estos indios atrajo a los comanches a una encerrona, de tal manera que Anza bloqueó cualquier posibilidad de retirada con doscientos jinetes. Cuerno Verde había caído en la trampa del gobernador como un soldado párvulo, impulsado por su odio visceral hacia los españoles o tal vez porque creía poseer una «medicina» poderosa que le inmunizaba de las balas de los dragones de cuera. Al verse rodeados, los últimos comanches desmontaron de sus cabalgaduras y se metieron en la zanja que habían utilizado el día anterior.

Atrincherados entre caballos muertos, los guerreros fueron cayendo uno a uno. Cuerno Verde murió en el combate junto a su hijo mayor, cuatro de sus lugartenientes, su hechicero y diez de sus guerreros. La «medicina» de Anza, que se había mostrado tan astuto y arrojado como un comanche, se había revelado más poderosa que la del caudillo enemigo. En su diario, Anza anotó la grave pérdida que fue la desaparición de Cuerno Verde para su pueblo: «Su muerte aseguran todos los nuestros será bien llorada de sentimiento [entre los comanches], pero creo no excederá a lo que de placer lo han hecho nuestras gentes».

Al llegar al presidio de Taos, el gobernador novohispano supo que Cuerno Verde había asaltado la posición días atrás. La noticia sobre la muerte del caudillo que había puesto bajo sitio el presidio llenó de gozo a los colonos. Desde Taos la expedición regresó a Santa Fe el viernes 10 de septiembre de 1779 con un trofeo de

guerra único. El tocado de Cuerno Verde fue retirado de su cadáver y enviado después al virrey de Nueva España. Asimismo, Carlos III se lo regalaría luego al Papa como prueba del mundo exótico que quedaba por civilizar. Por estas azares del destino, el símbolo del guerrero más temido del Salvaje Oeste español forma hoy parte de los fondos del Museo Vaticano.

¿Por qué perdió Cuerno Verde varias veces contra fuerzas que, a pesar de los esfuerzos hispánicos, seguían siendo inferiores en efectivos? Si bien los indios eran excepcionales en las escaramuzas y en la lucha cuerpo a cuerpo, nunca se adaptaron al combate abierto contra una unidad disciplinada o bien guarnecida. La masa de indios atacaba en líneas desordenadas y, a la orden de su caudillo, se dispersaba para reagruparse, como una bandada de pájaros en migración, y lanzarse otra vez contra los flancos enemigos. Un oficial de Estados Unidos, que luchó en las guerras indias, describió con flema este perfecto caos: «La llanura hervía de veloces jinetes, que daban vueltas, cada uno de ellos tumbado sobre su caballo o colgando a un lado del animal para escapar de los disparos del enemigo o lanzándose contra este como una terrorífica masa moviente y ululante al ataque». Sin embargo, los asaltos solían carecer de profundidad y de obstinación, porque los indios eran reticentes a culminar un ataque si no veían clara la victoria. Preferían mejor tender trampas y forzar señuelos. Lo que a largo plazo les condenó, una y otra vez, a no alcanzar victorias decisivas. A Cuerno Verde le sentenció su afán por ofrecer batalla en vez de huir y disolverse en el océano comanche como hicieron la mayoría de sus huestes.

Aparte del orden militar, los europeos tenían en el paso del tiempo su mejor aliado. La frontera española parecía tener más patas que un ciempiés, a la vista de que cada década le comía más y más kilómetros a la Comanchería. Guerra, comercio y pacificación eran los vehículos más efectivos. Como buen hombre de frontera, Anza sabía de la importancia de la colaboración con las tribus amigas y presionó a los comanches para que firmaran un acuerdo de paz.

No en vano, su ruta hacia la Alta California se había cimentado en la alianza con varios pueblos nativos deseosos de comerciar y de que alguien les protegiera de los depredadores nómadas. Sabía combatir a los indios, de la misma manera que sabía conversar con ellos y colmarlos de regalos, sobre todo aguardiente, licor y tabaco. En febrero de 1786, el jefe indio más influyente, Ecueracapa (llamado así porque vestía una capa confeccionada con cueras de los dragones), cerró el tratado de paz de mayor duración de todos los firmados por la nación comanche. Cuando Estados Unidos trinchó como un pavo de Acción de Gracias la Comanchería, el tratado de Anza seguía todavía en vigor entre muchas tribus.

La Paz de Anza rebajó la hostilidad de los comanches en Nuevo México, sin que la guerra de esta etnia en el norte de Texas se diera por aludida. Los comanches del norte suponían la peor pesadilla para los colonos de Texas, mientras que los del sur y otras regiones pasaron a ser los mejores aliados, incluso instruidos y armados por los españoles, en la lucha contra los apaches. La amenaza apache en las entrañas del Virreinato de la Nueva España terminó por convertirse en endémica: entre 1771 y 1776, estos guerreros nómadas mataron a 1.676 personas solo en Nueva Vizcaya, lo que hoy es el norte de México. Desesperado por la situación, el más legendario virrey de Nueva España, Bernardo de Gálvez, invocó casi una cruzada contra los apaches a partir de 1786. Se buscaría a los indios hasta el más oscuro de sus escondrijos, se acosaría sin descanso a sus bandas de guerreros y las fuerzas fronterizas levantarían hasta la piedra más remota del más inhóspito de los desiertos hasta cercarlos.

Una implacable política que contuvo la violencia solo en algunas regiones. Los sucesos revolucionarios que precipitaron la emancipación de México de la Corona resucitaron de golpe el caos donde tan bien se zambullían los apaches. Sobre esta forma de guerrear comenta Gálvez con admiración: «No se puede explicar la rapidez con que atacan, ni el ruido con el que pelean, el terror que

derraman en nuestra gente, ni la profundidad con que dan fin a todo».

EL ACENTO ESPAÑOL DE «BILLY EL NIÑO»

Juan Bautista de Anza murió de forma súbita en su casa de Arizpe (Sonora) el 19 de diciembre de 1788. El gobernador de Nuevo México había solicitado su relevo dos años antes debido a las falsas acusaciones de no haber prevenido a sus superiores de una rebelión de los indios yumas. Las envidias que acompañaron su fama orquestaron malas palabras contra él en el virreinato. Uno de los hombres más férreos de su frontera fue olvidado en la memoria del Imperio español. En la actualidad diversas estatuas ecuestres recuerdan a Anza en México y en los Estados Unidos. Además, cada año el 16 de octubre, en Tubac (Arizona), se celebra el Día de Anza (Anza Day) para recordar la gesta de los legendarios dragones de cuera.

Sus huellas y las de Oñate, los hermanos Zaldívar, Ortiz Parrilla, Villasur, y otros tantos, continuaron muy presentes en Arizona, Texas, California, Florida, Luisiana, Kansas, Colorado, Utah y, por supuesto, en Nuevo México. Como el resto de la antigua Nueva España, la zona de Nuevo México se independizó en 1824 y un siglo después, sin la interferencia de los malvados españoles, fue absorbida por Estados Unidos. A medio camino entre dos países y varios estados, sus tierras mestizas se convirtieron en el caldo de cultivo ideal para forajidos como «Billy el Niño». La herencia española persistía cuando el joven de orígenes irlandeses cometió sus letales travesuras. «The Kid», al que las canciones mexicanas añadieron la traducción al castellano de su apodo, hablaba un español arcaico, era amigo de muchos descendientes de españoles y mantuvo noviazgos con varias mujeres hispanas. Según Alfonso Domingo (autor del libro *La balada de Billy el Niño*), el asesino de veintiún hombres leyó al menos un libro en castellano, *La conquista de México por Hernán Cortés*, que le prestó su amigo el maestro y

juez de paz José Córdoba. El forajido sentía fascinación por las inverosímiles aventuras de los conquistadores.

Transcurrieron más de tres siglos y miles de muertos entre los apaches que recibieron con flechazos a uno de esos conquistadores y el día en el que el último de sus guerreros, Gerónimo, se entregó al ejército de la Unión, en 1886; y sin embargo las dos estampas eran fotogramas de una misma secuencia. Apaches, comanches, navajos y el resto de tribus depredadoras siguieron luchando a pecho descubierto contra el progreso cuando España salió del plano. La escasez de tropas de la Corona Española permitió a estos guerreros ocupar franjas inmensas de tierras durante varios siglos. Sin embargo, las siguientes potencias que dominaron Norteamérica estuvieron menos dispuestas a compartir. Ninguna de las tribus que protagonizaron el Lejano Oeste era nativa de las Grandes Llanuras. La presencia de todos estos pueblos en el Oeste era la consecuencia de la migración provocada por los asentamientos blancos en el este.

Las crudas guerras indias que se reprodujeron a partir de la segunda mitad del siglo XIX fueron, en verdad, el enfrentamiento de pueblos emigrantes, que se habían refugiado en la última gran región salvaje del país. Pero también de allí les expulsaron los estadounidenses y sus rutas ferroviarias, «los caballos de hierro». El hombre blanco era insaciable y tenía el paso de los siglos de su parte.

EPÍLOGO

LOS ÚLTIMOS

No hay nada escrito sobre cómo debe morir un imperio. A veces se limitan a desaparecer en silencio o, sin grandes aspavientos, se convierten en la pieza fundacional de la siguiente potencia hegemónica. Otras veces enferman y agonizan durante siglos, como el Imperio otomano o el austriaco. Y las más, brindan una última carga suicida contra el aspirante a ocupar su trono. Lo de fotografiar la caída ya es más complicado. Al Imperio japonés se le vio claudicar a bordo del acorazado *USS Missouri*, un mes después de los bombardeos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki. A la URSS, desquebrajarse junto al Muro de Berlín. A Napoleón, jugarse el suyo a una única carta en Waterloo. Y al Imperio galáctico, desapareciendo por un arrebato paternal. Siglos de historia derrumbados en cuestión de meses, semanas o incluso días.

El Imperio español lo hizo con una gran explosión. A las 21.40 horas del 15 de febrero de 1898, una llamarada sacudió la sección de proa del acorazado *Maine* en la bahía de La Habana, Cuba, detonando cinco toneladas de cargas explosivas de sus cañones: 264 marineros y dos oficiales murieron ese día, 266 excusas para que el gobierno de Estados Unidos, aupado por la prensa amarillista, culpara a España de provocar la explosión. La guerra entre la

potencia pujante y la débil escuadra española de ultramar duró un parpadeo.

El Imperio donde nunca se ponía el sol había menguado hasta lo que hubiera parecido a Felipe II el patio trasero de su palacio. Tras perder lo mejor de su marina en la batalla de Trafalgar, la caída de las posesiones de ultramar fue cuestión de tiempo. Francia, Gran Bretaña, Holanda, Suecia, los criollos, Estados Unidos… todos contribuyeron a ponerle la zancadilla al gigante que se tambaleaba desde finales del siglo XVI. Francisco de Quevedo lo vaticinó a la perfección cuando ya las primeras piezas del Imperio se desencajaron: «*Que lo que a todos les quitaste sola / te puedan a ti sola quitar todos*». Porque todos los grandes imperios acaban rodeados por los cuatro costados.

Entre la explosión del *Maine* y la destrucción de la mayor parte de la Armada pasaron menos de tres meses. De Cuba y Puerto Rico, la guerra saltó rápido a Filipinas, de modo que para el verano de 1898 el archipiélago se había extraviado. El rápido colapso de las fuerzas españolas y el hecho de que algunos de los mejores acorazados de su Armada eludieran intervenir en la contienda aumentaron la impresión en la opinión pública de que se estaba asistiendo a una demolición controlada de unas colonias ingobernables. No obstante, si la guerra obedecía a un guion aceptado por el gobierno español hubo desde luego un grupo de soldados a los que nadie avisó.

Iniciada la guerra hispano-estadounidense, una guarnición desplegada para combatir a los rebeldes filipinos quedó incomunicada en la pequeña población de Baler, en la costa oriental de la isla de Luzón. La zona había sido un constante foco de insurrecciones el año anterior, lo que incluyó dos asedios casi consecutivos, pero al fin parecía posible restablecer la calma. Tomada de forma súbita la provincia de Nueva Écija por los rebeldes, los cincuenta y cuatro españoles respiraron durante un mes una inquietante calma, mientras los últimos filipinos que vivían en el pueblo sacaban sus pertenencias a escondidas. Cuando el 27 de

junio la población amaneció completamente desierta, los españoles comprendieron que el enemigo estaba encima. Se acuartelaron en la iglesia, de trescientos metros cuadrados, para prevenirse de que un posible levantamiento no les sorprendiera sin cuatro paredes. Una iglesia que había quedado dañada e inhabilitada para el culto en sendos asedios a la guarnición el año anterior, de modo que apenas era un techo.

El día 30 fue tiroteada una partida de quince soldados que reconocía el pueblo. Los soldados se refugiaron en el templo con el resto de compañeros, mientras les cubrían varios tiradores españoles desde la trinchera y la torre de la iglesia. Como si se tratara de dos losas de mármol colisionando, las puertas se cerraron con solemnidad en cuanto pasó el último de ellos. Sin que aún lo sospecharan, la iglesia de San Luis de Tolosa se convertiría durante 337 días en la embajada, cuartel, comedor y baño de cincuenta y cuatro soldados y varios frailes, cuando no en la tumba de muchos.

Los insurgentes, armados con enormes machetes, exhibieron toda su fuerza alrededor de la iglesia, con cientos de hombres repartidos en trincheras. Al lugar acudieron rebeldes bien adiestrados en la lucha contra la madre patria procedentes de otras provincias. Lejos de lo que se ha supuesto, tampoco los defensores de Baler eran soldados bisoños. La mayoría habían combatido en otras batallas y trece habían estado asediados en esa misma iglesia recientemente. Desde el principio actuaron con determinación y profesionalidad para resistir hasta que llegaran refuerzos. Nada que hiciera pensar a los filipinos que el cerco pudiera alargarse más de una semana, si acaso, puesto que por toda la isla se estaban rindiendo sin luchar destacamentos de tamaños muy superiores. En cuestión de meses, 9.000 españoles caerían prisioneros de los revolucionarios.

Los rebeldes avisaron al mando español de la derrota de la Armada a manos norteamericanas y del derrumbe del Imperio. Su resistencia estaba fuera de lugar: si se rendían serían tratados conforme a las leyes internacionales. El capitán Enrique de las

Morenas, un veterano de guerra rudo y bravucón, se negó a creer la información de los rebeldes que cercaron la iglesia, haciendo suya la respuesta que Hasán Agádor, el renegado al mando de la defensa de Argel, le dio a Carlos V cuando este le reclamó rendir la plaza africana: «Nunca peor cosa fue, que tomar consejo de su enemigo. Que si me aconsejarais de no rendir la tierra, yo la rendiría; mas pues que, como enemigo, me aconsejáis rendirla, yo no quiero dejarla». De las Morenas confiaba en que «venza España o adquiera la victoria Estados Unidos, nos socorrerá una nación u otra. Esto es de razón, está basado en el derecho de gentes».

Durante meses, los filipinos instaron una y otra vez a rendirse al capitán español, que harto de cantinelas aseguró que «la muerte es preferible a la deshonra». A pesar del gran número de atacantes, la escasez de rifles (al principio solo treinta y cinco) y artillería entre los locales limitó el número de españoles abatidos por las balas a solo dos en todo lo que duró el sitio. Los soldados afirmaron haber causado ellos más de medio millar de bajas a los isleños.

El verdadero enemigo fueron las enfermedades. La mala alimentación y el hacinamiento propagaron la disentería y, sobre todo, el beriberi, un mal provocado por la carencia de alimentos frescos. Hasta el final del asedio murieron quince defensores por estas epidemias, entre ellos De las Morenas y el teniente Alonso Zayas, a consecuencia de lo cual el mando recayó en el teniente Saturnino Martín Cerezo a principios de otoño. Esa misma deficiencia nutricional remitió a partir de diciembre cuando los defensores realizaron una temeraria salida para recoger vegetales y frutas de los alrededores. Una decena de soldados logró saltar una de las trincheras enemigas, quemar un centenar de casas y despejar así unos doscientos metros alrededor de la iglesia. Todo ello mejoró la higiene y la alimentación dentro de San Luis de Tolosa.

A los muertos por combate y enfermedad se sumaron seis desertores. Uno de ellos, el sanitario Paladio Paredes, presentó un relato ficticio ante el Gobierno Militar de Manila donde afirmaba que el destacamento de Baler ya se había rendido, lo que paralizó el plan

de socorro que estaba en marcha. Otros desertores, no conformes con cambiar de bando, se dedicaron a lanzar proclamas a sus compañeros mediante altavoces para recordar lo inútil de su sacrificio. «Cazadores, esta noche moriréis todos, no habrá remedio. Estad con cuidado», se oía por las noches. Y en verdad era una resistencia inútil. Antes de que terminara 1898 el gobierno español firmó con Estados Unidos un tratado de paz por el que cedía Filipinas a cambio de veinte millones de dólares.

De pronto, Martín Cerezo y los suyos se vieron en medio de una guerra ajena entre los filipinos y los norteamericanos. Estos, por su parte, pidieron a España que conservara de momento las últimas posiciones filipinas bajo su control a cambio, entre otras cosas, de su ayuda para sacar vivos a los sitiados de Baler. Tampoco los yanquis tuvieron suerte aquí. Dos tripulantes del *USS Yorktown* fueron abatidos y varios apresados cuando se acercaron sin permiso por mar a esta población.

Mientras los tagalos reclamaban para sí la presa, un alto mando español, Cristóbal Aguilar y Castañeda, viajó con la expresa misión de convencer a los defensores de que combatían por un imperio que ya no existía. La novedosa visión de una bandera española despertó el interés de Martín Cerezo, que escuchó las explicaciones del oficial desde el interior de la iglesia. Para demostrarle que la guerra había terminado, el teniente coronel le mostró varios periódicos, pese a lo cual los defensores siguieron sin creer en una derrota tan vil. Aguilar justificaría su fracaso en un informe oficial porque había «tropezado con una obstinación jamás vista o con un espíritu perturbado».

Al día siguiente de la partida de Aguilar, Martín Cerezo se preparó para una salida casi suicida hacia Manila. Sin embargo, en vísperas de la marcha se convenció, hojeando otra vez la prensa, de que, sí, «aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento». Y de que, sí, «efectivamente habíamos perdido Cuba, Puerto Rico y Filipinas». El 2 de junio de 1899 depusieron las armas los treinta y tres supervivientes tras casi un año de zumbidos de balas, enfermedades, hambre y una guerra psicológica que incluyó

toda suerte de insultos y humillaciones. Un sacrificio sobrehumano, tal vez más una locura que una heroicidad, que sonrojó a muchos en España. Desde Manila fueron repatriados a Barcelona, donde se les recibió como a héroes. La prensa, que al principio había acusado a Martín Cerezo de no querer rendirse porque había asesinado a De las Morenas, comparó a los defensores de Baler con los de Numancia, Sagunto, Zaragoza o Gerona. Los elogios no faltaron para aquellos héroes ojerosos y famélicos.

En la audiencia que les concedió la reina regente María Cristina, el teniente Martín Cerezo afirmó que él únicamente había cumplido con su deber. «¡Ay, Martín!, si todos hubieran cumplido con su deber...», respondió la regente.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV., «Blas de Lezo, el valor de Mediohombre», catálogo de la exposición del mismo nombre, Ministerio de Defensa, Madrid, 2013.

ALBI DE LA CUESTA, Julio, *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2016.

ALONSO BAQUER, Mariano, *Españoles, apaches y comanches*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2016.

CANALES, Carlos y DEL REY, Miguel, *Las reglas del viento*, EDAF, Madrid, 2010.

CLARAMUNT SOTO, Alex, *Farnesio: La ocasión perdida de los Tercios*, HRM Ediciones, Zaragoza, 2016.

CUÉLLAR, Francisco de, «Carta de uno que fue en la Armada de Inglaterra y cuenta la jornada», *https://celt.ucc.ie/published/S108200/text002.html*

DE BOURDEILLE, Pierre, *Bravuconadas de los españoles*, Áltera, Madrid, 2002.

DELEITO Y PIÑUELA, José, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Alianza Editorial, Madrid, 2013.

ERAUSO, Catalina de, *Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma*, Cátedra, Madrid, 2006.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo, *El gran duque de Osuna*, Editorial Renacimiento, Sevilla, 2006. Prólogo de Francisco Ledesma.

GIMÉNEZ MARTÍN, Juan, *Tercios de Flandes*, Falcata Ibérica, Madrid, 2005.

JIMÉNEZ CANDIL, Justino, *Don Juan del Águila*, Ayuntamiento de El Barraco, Ávila, 2009.

KAMEN, Henry, *Poder y Gloria: los héroes de la España imperial*, Austral, Barcelona, 2010.
LEIVA, Miguel y LÓPEZ DE LA ASUNCIÓN, Miguel Ángel, *Los últimos de Filipinas: mito y realidad del sitio de Baler*, Actas, Madrid, 2016.
LINDE, Luis M., *Don Pedro Girón, duque de Osuna: la hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Encuentro, Madrid, 2005.
LOSADA, Juan Carlos, *Los generales de Flandes*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.
MALTBY, William S., *El gran duque de Alba*, Atalanta, Gerona, 2007.
MARICHALAR, Antonio, *Julián Romero*, Espasa-Calpe, Barcelona, 1952.
MARTÍN GÓMEZ, Pablo, *El Ejército español en la Guerra de los 30 años: todos contra nos y nos contra todos*, Almena Ediciones, Madrid, 2006.
MARTIN RUBIO, María del Carmen, *Francisco Pizarro: el hombre desconocido*, Ediciones Nobel, Oviedo, 2014.
MARTÍNEZ LÁINEZ, Fernando y CANALES TORRES, Carlos, *Banderas lejanas*: *la exploración, conquista y defensa por España del territorio de los actuales Estados Unidos*, EDAF, Madrid, 2009.
MUÑOZ LORENTE, Antonio, *Carlos V a la conquista de Europa*, Nowtilus, Madrid, 2015.
NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Alvar, *Naufragios y comentarios*, S.L.U., Barcelona, 2005.
PARKER, Geoffrey, *Felipe II, la biografía definitiva*, Planeta, Barcelona, 2010.
PÉREZ, Joseph, *La leyenda negra*, Gadir, Madrid, 2009.
RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín Ramón, *Drake y la Invencible*, Sekotia, Madrid, 2011.
—, *Antonio Barceló: mucho más que un corsario*, EDAF, Madrid, 2016.
—, *Álvaro de Bazán*, EDAF, Madrid, 2017.
ROMERO DE SOLÍS, José Miguel, «Andariegos y pobladores. Nueva España y nueva Galicia (siglo XVI)», *http://www.casadelarchivo.gob.mx/sigloxvi/ANDARIEGOS_Y_POBLADORES.pdf*

RUIZ MORENO, Manuel Jesús, *Diego García de Paredes. Las campañas del Sansón extremeño*, Almena Ediciones, Madrid, 2017.

SÁEZ ABAD, Rubén, *La guerra anglo-española*, Almena Ediciones, Madrid, 2016.

SENDAGORTA, Enrique de, *Indomables del mar: marinos de guerra vascos*, Ediciones Rialp, Madrid, 2014.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© César Cervera Moreno, 2018
© La Esfera de los Libros, S.L., 2018
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Imágenes de interior: Photoaisa y archivo particular
Primera edición en libro electrónico (mobi): abril de 2018
ISBN: 978-84-9164-314-2 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.